COVEY U

TEACH Me

Edición en Español



ANA SHAY

Ilustraciones de portada de Elen Bushe

Diseño de portada de Regan Kindrick

Corrección de All Encompassing Books

Copyright © 2023 de Ana Shay

Todos los derechos reservados.

No se podrá reproducir ninguna parte de este libro de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Para todos los bichos raros que hay por ahí.

CAPÍTULO 1

Tanner

En el banquillo.

No era así como quería que terminara mi primera temporada de fútbol americano en la Universidad de Covey, pero así era exactamente como me encontraba. Me habían quitado el puesto de *quarterback* titular, y no ha sido hasta ahora, sentado en la biblioteca intentando leer un libro de texto, que me he dado cuenta de lo jodido que estaba.

Las palabras se me mezclaban y no podía dejar de pensar en todas las consecuencias de suspender. Si no mejoraba mis notas, no volvería a jugar, y entonces tendría que decir adiós a la Universidad de Covey. Adiós a la NFL. Adiós a la vida que había planeado para mí.

Céntrate, Tanner.

No paraba de intentar animarme, pero era inútil. Era incapaz de leer las palabras. Con un suspiro, me tiré del pelo hasta que sentí dolor y cerré los ojos con fuerza. El dolor era bueno porque ayudaba a evitar que las palabras saltaran por la página o se mezclaran hasta no tener sentido. Llevaba treinta minutos mirando el mismo capítulo del libro. O quizá solo habían sido cuatro. ¿Quién llevaba la cuenta? En cualquier caso, siempre me pasaba lo mismo con las clases.

Era un zoquete y jamás lo pillaría.

Con los ojos aún cerrados, me concentré en el dolor que se extendía desde las sienes hasta los globos oculares. Cuando llegó al punto en que noté que se me arrancaban los pelos, abrí los ojos de par en

par, esperando que eso sirviera de algo. Volví a mirar el pasaje del libro e intenté leerlo una vez más.

¿Por qué está la música tan alta?

Cuando miré a mi alrededor para encontrar a la persona que intentaba reventarse los tímpanos con música rock, no la encontré. Vale. Debían de ser imaginaciones mías, así que volví a centrarme en el libro. Pero entonces, alguien sorbió por la nariz con tanta fuerza que casi sentí cómo se le subían los mocos, lo que me provocó un escalofrío que me recorrió hasta los pies.

Luego, la silla de alguien chirrió.

Una chica soltó una risita.

¿Por qué coño estaba todo el mundo tan ruidoso hoy?

Me relajé en la silla, obligándome a concentrarme, pero cuando bajé las manos, me encontré mechones de mi largo pelo rubio en ellas.

—Genial —susurré, riéndome amargamente para mis adentros mientras negaba con la cabeza, decepcionado. Me había pasado años dejándomelo crecer porque había sido mi amuleto de la buena suerte durante el instituto, y ahora también me estaba cargando eso. No es que me estuviera sirviendo de mucho ahora mismo.

¿Podían ir las cosas a peor?

Por supuesto que sí.

Fue entonces cuando oí unos pasos arrastrados en mi dirección, y supe que venían a por mí. Se había corrido la voz de que estudiaba aquí, y parecía que la gente era incapaz de contenerse. Apreté los dientes porque si era *otro* tío preguntándome por el fútbol, puede que acabara metiéndole por el gaznate el balón que llevaba en la mochila.

A ver, no me malinterpretéis, cuando no estaba intentando estudiar en la biblioteca, me gustaba hablar del partido con otros estudiantes. Joder, si hasta participé en ese estúpido evento de

citas, The Draft, cuando llegué, y me pasé cuatro horas allí, solo hablando con la gente. Sin embargo, las cosas cambiaron drásticamente cuando me mandaron al banquillo. Sobre todo porque era de lo único que todo el mundo quería hablar. Intentaban disimularlo al principio, preguntándome por el equipo y nuestra estrategia, pero en cuanto creían que se habían ganado mi confianza, colaban una pregunta sobre mi suplencia.

Como si yo quisiera hablar de eso con alguien que no fuera el entrenador y mis profesores. Porque, ¿qué era peor que estar en el banquillo por suspender Marketing Deportivo? Que todo el mundo *supiera* que estabas en el banquillo por suspender Marketing Deportivo. Era como si alguien me hubiera escrito la palabra «gilipollas» en la frente con un Sharpie negro permanente, porque no era capaz de aprobar ni las asignaturas más básicas de aquí.

Además, siempre me ponían esa falsa cara de compasión, como si creyeran que no me daba cuenta de que solo estaba aquí porque podía llevar a la Universidad de Covey al Campeonato Nacional. El único problema era que desde el banquillo no estaba llevando a nadie a ninguna parte, y eso se había convertido en uno de los temas de conversación más candentes de la universidad.

¿Eres tan bueno como dicen? ¿Valió la pena sentar a Aiden Matthews por ti? ¿Crees que serás una primera selección del draft como dijo Chally Sports?

Todas las preguntas que me habían hecho flotaban en mi mente, como una burla, porque las respuestas a todas ellas eran un rotundo y gigantesco «No». Estaba claro que no, porque esta universidad quería cerebro y músculo. Algo que yo no tenía. No era listo como mis compañeros de piso, Matty y Adam. Y no tenía dinero para sobornar a mis profesores como Aiden. Solo estaba aquí con una beca, esforzándome al máximo para jugar a un deporte que amaba desde que tenía cinco años.

—Hum, perdona.

Joder.

Por si mi humor no podía empeorar más hoy, lo hizo, porque no era un musculitos que venía a hacerme preguntas humillantes; era mucho peor. Una de esas tías que van a la caza de deportistas. Su voz apestaba a desesperación, y eso que solo había dicho una frase.

—¿Eres Tanner Joyce? —Su voz era aguda, con la rasposidad justa para que sonara como si se hubiera tragado cuarenta litros de sal… Y no lo digo en sentido figurado.

—Soy Rachel, tu nueva tutora. —Aún no había levantado la vista, pero su mano estaba de lleno en mi campo de visión y ya podía adivinar que se había arreglado para la ocasión—. Encantada de conocerte.

¿Por qué todas subían la voz cinco octavas cuando me hablaban? ¿Creían que ese tipo de cosas me la pondrían dura? Pues no. De hecho, solía tener el efecto contrario, haciendo que se me encogieran las pelotas para ponerse a salvo.

Cuando por fin levanté la barbilla para mirarla, tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco, porque lo sabía. Una melena rubia y larga, perfectamente peinada, con unos labios que parecían tan artificialmente hinchados como su pecho. Intentó ocultar su sonrisita, pero yo estaba entrenado para leer a la gente y sabía exactamente lo que estaba pensando. Creía que yo la deseaba. Se le notaba, porque tenía un ego que no le cabía en el pecho.

Retiró la mano y dijo:

—Siempre podríamos empezar por anatomía. —Sacó la lengua al enfatizar la última palabra y sus caderas se balancearon suavemente. Luego, bajó la mirada a la mesa, justo donde estaría mi entrepierna si la madera no la cubriera. ¿Qué planeaba exactamente? ¿Una demostración práctica? Porque yo no tenía ningún problema con la anatomía. Sabía perfectamente cómo funcionaban las cosas.

Me mordí la lengua y aparté el libro de texto, porque a lo mejor estaba exagerando. Quizá ella sería la tutora que por fin me ayudaría a aprobar sin tener que sobornar a los profesores. Eso es lo que Ralph, el coordinador de tutores, me había prometido, al fin y al cabo, y esta era la quinta. No podía ser un caso tan perdido, ¿o sí?

—No estudio Anatomía —dije sin emoción.

Abrió los ojos como platos y pude notar que intentaba aparentar que no le afectaba que mi respuesta no hubiera sido precisamente entusiasta.

—Oh, ya lo sé —soltó una risita tonta como si estuviera borracha—. Solo pensaba que era una buena broma.

Soltó otra risa, pero esta vez sonó forzada y avergonzada.

—Claro —dije arrastrando las palabras, y respiré hondo para contener mi irritación. Como Ralph me la hubiera vuelto a jugar, lo mataba.

Rachel se sentó a mi lado e inspiró bruscamente cuando mi brazo rozó el suyo sin querer. Se detuvo y su pecho subía y bajaba agitadamente, como si creyera que estábamos teniendo un momento especial.

No era el caso.

—Perdona —mascullé mientras cogía mi ejemplar de *La fierecilla domada* y lo levantaba bien alto para que no pudiera verme la cara —. ¿Podemos empezar con esto? —Jugueteé con el lomo antes de dejarlo caer sobre la mesa—. Todo este lenguaje del inglés antiguo me está volviendo loco.

Soltó una risita suave que se convirtió en una especie de graznido raro y estridente. Intenté ignorarlo y abrí el libro, pero es que sonaba muy fuerte.

Repasé el texto con la mirada e intenté entender las palabras, pero, de nuevo, estaba perdido. Como no oía a Rachel decir ni mu, levanté

la vista y la vi jugueteando con un mechón de pelo y sonriendo con la mirada perdida. Por lo visto, me había estado observando todo el rato, lo cual me dio un poco de grima.

—¿Rachel? —insistí, pero seguía sin parecer pillarlo—. ¿Puedes ayudarme con esto o no?

Fue entonces cuando arrugó la nariz, soltando otra risita odiosa que no hizo más que confirmar mis sospechas. No estaba aquí para enseñarme nada. Miró a su alrededor antes de inclinarse hacia mí con una sonrisa pícara. Dejó caer los hombros para que el escote de la camiseta se abriera y me dejara ver el canalillo. Yo era demasiado caballero para mirar, así que me limité a parpadear en la dirección contraria.

—Tengo que hacerte una confesión.

Ya estamos.

—¿El qué?

Rachel se echó su larga melena por encima del hombro antes de decir:

—Nunca he cursado Literatura Inglesa. —Levantó la vista al cielo, tarareando—. Bueno, espera, a lo mejor la di en primero, pero le pagué a un empollón para que me hiciera los deberes y así aprobar. Yo estudio Bellas Artes, así que nada de esto me importa.

—Entonces, ¿por qué me estás dando clases?

Se mordió la comisura del labio; estaba seguro de que esa mirada la había librado de muchos problemas en el pasado.

—*Puede* que convenciera a Ralph para que me dejara darte clases para poder conocerte. —Me dedicó una sonrisita cursi, como si eso hiciera que jodermela vida estuviera bien.

¿Qué le pasaba? ¿No entendía mi desesperación? Yo necesitaba a alguien que me diera clases, no a alguien que me tratara como si fuera una atracción de feria que vende entradas.

—Ah. —Fue todo lo que pude articular, porque estaba concentrando todas mis fuerzas en no gritarle delante de toda la biblioteca.

—Sí. —Se encogió de hombros, con esa sonrisa haciéndose más amplia mientras se relajaba en el asiento. Supuse que creía que había venido para quedarse—. Apenas pisas el campus. *Nunca* te veo en la cafetería, y Aiden dejó de dar fiestas después de que se liara con la chica esa. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia a la grosería de llamar a Alyssa «la chica esa»—. Llevo queriendo conocerte muchísimo tiempo y estaba harta de esperar. Así que, cuando se presentó esta oportunidad, no pude decir que no.

¿Esta oportunidad? Hablaba de mí como si fuera una inversión inmobiliaria.

—Vale.

—Es que creo que nos llevaríamos muy bien, pero es que eres muy difícil de encontrar.

—¿Y qué te hace pensar que nos llevaríamos bien?

—No sé. Supongo que es porque tenemos los mismos intereses. —Sus ojos me recorrieron la cara y encogió los hombros un poquito más. ¿Estaba intentando que le mirara el pecho? Estaba claro que no había detectado el desdén en mi voz y, por su bien, solo pude esperar que todo aquello la avergonzara y no que pensara que de verdad había funcionado.

—Pues mira —reí entre dientes, de la forma más creíble que pude, aunque por dentro estaba que rabiaba. Ella pareció tragárselo, balanceando su cuerpo lentamente hacia mí mientras intentaba tentarme para que le mirara el escote de nuevo. En serio, ¿de verdad se pensaba que todos los jugadores de fútbol éramos unos salidos?—. Qué curioso que digas eso. —Le dediqué una sonrisa torcida, bajé la mirada hasta su clavícula y la dejé creer por un segundo que estaba interesado.

—¿Ah, sí? —La cara se le iluminó de orgullo.

—Sí. Porque eres la cuarta chica que intenta esta misma jugada en las últimas tres semanas. —Cerró la boca casi al instante—. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá no podías encontrarme porque no quería que me encontraran?

Rachel frunció el ceño, sus labios se contrajeron, y toda su cara parecía una de esas máscaras de payaso triste. Intenté no reírme, porque, para ser justos con ella, era una chica guapa, pero eso no cambiaba el hecho de que no estaba interesado o que me estaba cabreando porque podía costarme mi puesto en el equipo de fútbol.

—Ah, ¿la cuarta?

—Mmm. —Recogí mis cosas rápidamente, sabiendo que si me quedaba más tiempo podría decir algo de lo que me arrepentiría.

Ella recogió sus cosas a la vez que yo, y supe que la única forma de librarme de ella era marcharme.

—Bueno, si me disculpas, Robin.

—Me llamo Rachel —me corrigió. Como si me importara. Sabía cómo se llamaba. Solo quería fastidiarla porque no podía gritarle.

—Perdona. Rachel. Si me disculpas, tengo que hablar con Ralph de una cosa.

—Aún tienes mi número, ¿verdad? —arrulló mientras me alejaba de nuestra mesa—. Aún puedo ayudarte con cualquier otra cosa que necesites. —Puse los ojos en blanco porque ese número iba a ser borrado de mi móvil en cuanto volviera a casa. ¿Por qué demonios se había tenido que graduar Derek, mi antiguo profesor particular? No sabía nada de fútbol y, a menos que se le diera muy bien disimularlo, no estaba interesado en meterse en mis pantalones. La combinación perfecta. Era el mejor profesor que había tenido nunca, y encontrarle un sustituto estaba resultando imposible.

Mientras caminaba con determinación por la biblioteca, pude oír los agudos susurros de mi nombre antes de que se hiciera el silencio cuando dirigí mi atención a las voces. Nunca me sorprendía que de repente cerraran el pico y se quedaran embobados mientras pasaba. Siempre lo hacían. Actuaban como si fuera una especie de famoso cuando, en realidad, solo era un tipo al que habían pillado en vídeo lanzando un balón en un campo de fútbol. No tenían ni idea de que los envidiaba porque ellos eran capaces de articular una frase coherente.

Saludé educadamente a la gente que se me quedaba mirando, esperando que eso les hiciera darse cuenta de que era una persona y no un animal de zoológico, mientras me dirigía hacia Ralph.

Sentado en su escritorio, encorsetado y con gafas de montura negra, era el hombre más discreto que había conocido. Me había dado un aire a Clark Kent la primera vez que lo vi, lo que me hizo pensar que podía confiar en él.

—Ralph —dije en tono amenazante, aunque no pudiera oírme. Me hervía la sangre mientras entrecerraba los ojos y apretaba los puños al mirar al hombre que se había convertido en mi enemigo en los últimos minutos. Él echaba la cabeza hacia atrás, riendo y bromeando con un par de jugadores de hockey, mientras yo estaba allí de pie, a punto de tirarme de los pelos porque no era capaz de encontrarme un profesor particular que no intentara tirarme. Era ridículo y estaba cabreadísimo.

Mientras me acercaba, los jugadores se dispersaron, dejándome a solas con Ralph y su pelo perfectamente repeinado. Cuando me vio, me dedicó una sonrisa radiante. —¿Tanner, tío? ¿Cómo va eso? — Levantó la mano para chocar los cinco, pero no se la di. Kinsey, la profesora adjunta de una de mis asignaturas, me había dicho que este tipo era el mejor coordinador de tutores del campus y, hasta ahora, había sido un fiasco. Frunció el ceño al verme la cara—. ¿Por qué me miras así?

Me contuve de ser demasiado agresivo con él porque todavía necesitaba su ayuda, pero por dentro echaba humo, y había un límite a las veces que podía apretar los dientes antes de estallar. —Tenemos que hablar —dije con toda la calma que pude. Si no estuviera tan enfadado, me habría impresionado mi propia contención.

Miró a su alrededor, sorprendido. —¿Todavía no has conocido a Rachel? Pensé que por fin te sacaría una sonrisa. —Arqueó las cejas, enseñándome los dientes de nuevo. Apreté los puños, conteniéndome para no darle una bofetada en toda la cara.

—La he conocido y estoy muy lejos de sonreír —repliqué sin rodeos.

Bajó la mano, resignado por fin a que no iba a chocarle los cinco. —Oh, no. ¿No ha acabado bien la cosa?

Me reí con sarcasmo, mirándolo con incredulidad. —¿Puedes explicarme por qué me la has mandado cuando es muy probable que yo haya escrito mejores redacciones que ella, y eso que he suspendido al menos dos asignaturas este semestre?

—Eso es un poco cruel. Me dijo que su especialidad era Biología 101. He oído que quizás necesites un poco de ayuda en ese campo. —Me guiñó un ojo y yo puse los ojos en blanco, pero no me molesté en corregirlo. Puede que Aiden, mi compañero de piso y dueño de la casa, hubiera extendido el rumor de que era virgen para desconcentrarme y, aunque nunca había tenido mucho tiempo para acumular experiencia, desde luego que *no* era virgen. Ralph echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa al ver mi reacción, porque seguía sin tomarme en serio.

—Ralph. —Respiré hondo. Me contuve de gritar porque no quedaría bien en mi expediente, pero era muy tentador—. Esto no tiene gracia. La única razón por la que he venido a verte es porque Derek y Kinsey me dijeron que podías conseguirme los mejores profesores del campus. Hasta ahora, lo único que he conseguido son cuatro

chicas intentando pillar mi número y dos tíos que querían consejo sobre cómo entrar en el equipo de fútbol sin beca.

—Ah, ¿sí?

—No te hagas el sorprendido. Eres tú el que me los ha buscado y, aun así, ni uno solo ha sido adecuado para mí. Algo que *yo* podría haberte dicho con solo verlos.

Dejando escapar un suspiro molesto, Ralph gimió y se le puso la cara roja de vergüenza. —Yo, eh, supongo que tienes razón. Lo siento. —Negó con la cabeza, restándole importancia a mi preocupación—. Es que Rachel me hizo una oferta que no pude rechazar, y pensé que no te importaría su compañía.

—¿Qué te ofreció? —le pregunté arqueando una ceja.

—Pasta.

—¿Dinero? ¿Le has cogido dinero? —Asintió, tomando aire bruscamente al darse cuenta de lo molesto que estaba—. ¿También le has cogido dinero a los otros? —Su silencio fue respuesta suficiente—. ¿Has estado sacando dinero a mi costa?

Levantó las manos, y sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica. —¿Qué quieres que te diga? Soy fácil de convencer y tú eres un producto muy cotizado por aquí. Me han dicho que tienes ese rollo intenso y melancólico. —Puso los ojos en blanco, como si la descripción le molestara—. Y, por lo visto, es muy difícil contactar contigo. En cuanto se corrió la voz de que yo tenía un contacto, mi bandeja de entrada casi explotó con ofertas.

—Bueno, pues si no me ayudas a subir mi nota a una media de suficiente como mínimo, el producto que vendes se va a ir por el retrete porque no voy a jugar ni un minuto. —Ay, las cosas que le haría si no tuviera una beca de fútbol. Aplastarle el cráneo con mis propias manos me parecía más algo que haría Aiden, pero ahora le veía la utilidad.

Pero entonces recordé dónde estábamos.

La biblioteca estaba en silencio. Sin duda, la gente podía oír esta conversación, y al mirar a mi alrededor, vi que todo el mundo nos estaba mirando. No me gustaba montar numeritos a menos que fuera en el campo de fútbol, y prefería no tener más publicidad negativa.

—¿Sabes qué? —dije, volviendo a mirar a Ralph. Me miraba con compasión, pero ya era demasiado tarde. No toda la culpa era suya de que estuviera en este lío. Era sobre todo culpa mía, y tenía que solucionar esta mierda. Le hice un gesto a Ralph para que se olvidara—. No le des más vueltas. Ya me buscaré un profesor por mi cuenta. —Aunque significara tener que buscar en internet y pagar una tarifa desorbitada a un desconocido, encontraría un profesor que me ayudara.

—¡Espera! —Ralph me agarró del hombro, tirando de los mechones de mi descuidado pelo rubio—. Lo siento. No debería haberlo hecho. Es solo que… bueno, Rachel está buena. Pensé que me lo agradecerías. La mayoría de los tíos estarían contentos con el rollo.

—Yo no soy como la mayoría de los tíos. Acudí a ti buscando un profesor y básicamente me has utilizado como proxeneta para una chica. ¿Eso no es ilegal?

Miró al techo, pensándolo un momento. —¿Sabes? No lo había pensado así, pero ahora que lo dices, sí que suena un poco a eso, ¿no?

Negué con la cabeza. Había terminado con él y me di la vuelta, porque no iba a llegar a ninguna parte con este tipo. Como un reloj, me detuvo. —Tanner. Lo siento, ¿vale? No lo volveré a hacer. Te lo prometo.

—¿Cómo puedo estar seguro? Ya la has cagado varias veces.

—Lo sé. Lo sé. —Levantó las manos—. Pero no me había dado cuenta de lo molesto que estabas. Creía que sabías que tendrías que ir a la escuela de verano de todas formas. —Ni el coordinador de tutores tenía fe en mis capacidades, y no estaba seguro de qué

decía eso de mí—. Te ayudaré esta vez, lo prometo. El entrenador me pateará el culo si no lo hago. —No era una respuesta lo suficientemente buena. Ralph parecía tan fácil de influenciar que dudaba que yo o el entrenador pudiéramos detenerlo.

Ralph me rodeó el hombro con el brazo, atrayéndome hacia él. —No pasa nada, tío. Te cubro. —Levantó la mano como si estuviera pintando un cuadro—. Tengo la profesora más increíble para ti. La mejor de todas. Te prometo que no te decepcionará.

—¿Ah, sí? Porque si mientes, yo… —No estaba seguro de cómo terminar esa frase sin una amenaza. No era precisamente conocido por pelear. Eso era más del estilo de Aiden, pero Ralph estaba haciendo un buen trabajo poniendo a prueba mis límites.

Cerró los ojos, llevándose una mano al corazón. —No se hable más. Siento haberte mareado. Te conseguiré la mejor profesora que tenemos. Vuelve mañana y te presentaré a Aster.

Aster. Sonaba a nombre de alguien inteligente.

—Vale. Voy a confiar en ti esta vez. —Le eché una mirada significativa y él asintió efusivamente.

—Y no te fallaré.

—Bien. Nos vemos mañana.

No perdí más tiempo. Me dirigí a zancadas hacia la puerta, ignorando las miradas fulminantes de los demás estudiantes. No sabía cuánta gente nos estaba mirando, pero era consciente de que eran suficientes para que esta pequeña discusión corriera como la pólvora por el campus. Así que ahora, el nuevo quarterback estrella no solo era un zoquete, sino que, además, todo el mundo se iba a enterar de que podía matar a Ralph si no tenía cuidado.

Qué más da. Le iba a dar a Ralph una última oportunidad.

Mientras abría la puerta de la biblioteca, miré por encima del hombro y vi cómo Ralph le lanzaba una mirada a Kinsey mientras se secaba

la frente teatralmente. —Y, Ralph. —Dio un respingo al oírme, pero levantó la vista hacia mí obedientemente con una sonrisa vacilante —. Devuélvele el dinero a Rachel.

—Lo haré —respondió, unas cuantas octavas más agudo de lo normal.

—Y a cualquiera a quien le hayas quitado dinero.

—Sí, jefe.

Cuando salí, el aire fresco me azotó la cara y, extrañamente, me sentí un poco más optimista que antes. Puede que lo de Rachel hubiera sido un fiasco, pero Aster me daba buenas vibraciones. Aunque solo había oído su nombre, sonaba como el tipo de chico que pasaba más tiempo en el laboratorio de ciencias que fuera viendo el fútbol, y eso era exactamente lo que necesitaba. Un chico que no quisiera saber nada de mí, excepto ayudarme a sacar un aprobado.

Esta vez *tenía* que funcionar.

CAPÍTULO 2

Aster

Me eché la mochila al hombro y gruñí, molesta. ¿Por qué no podían mis alumnos traerse sus propios libros de texto? Cargaba con tantos, como una mula, que apenas veía por dónde iba mientras intentaba mantener el equilibrio por la biblioteca.

—Aster —dijo Ralph con voz arrastrada. Puse los ojos en blanco porque siempre odiaba hablar con él. Nunca sabría cómo era capaz de reconocerme debajo de la pila de libros, pero siempre se las apañaba para encontrarme cuando yo hacía todo lo posible por evitarlo como la peste. No es que lo odiara ni nada por el estilo. Era bastante amable cuando quería algo de mí, pero, cuando no, solo me utilizaba para cotillear, y yo era más que consciente de ello después de mi incursión accidental en el grupo de los populares. —Deja que te ayude con eso. —De inmediato, me quitó los dos libros de arriba de la pila, lo que hizo que mis hombros se relajaran.

—Gracias —mascullé, mirándolo con recelo. ¿Qué podía querer ahora? Había hecho todo lo posible por mantenerme al margen del foco de los cotilleos desde el fiasco de Connor, pero me estaba dedicando esa sonrisa de oreja a oreja, demasiado entusiasta, que gritaba «elígeme a mí».

—Sabes, a lo mejor deberíamos conseguirte uno de esos carritos que la gente lleva a la playa. Así podrías llevar todos los libros que se te antojaran. Incluso podrías meter a un hombre ahí dentro, con tantos que te persiguen.

¿Estaba intentando hacerme un cumplido o era sarcasmo?

Bajó las manos y me echó un vistazo a la falda. —No es que me sorprenda. A ver, mataría por tener unas piernas como las tuyas. ¿Haces ejercicio?

Él sabía que no, y yo sabía que él quería algo.

—Suéltalo ya —espeté, porque no tenía tiempo para sus falsas sutilezas.

—¿Soltar el qué?

—¿Qué quieres, Ralph? —Se quedó con la boca abierta, fingiendo sorpresa, y yo simplemente lo fulminé con la mirada—. Te lo veo en la cara. Tramas algo. Dime lo que quieres de una vez, para que pueda decirte que sí o que no y seguir con mi día.

Seguía con la boca abierta como si esperara a que se le metiera alguna mosca, pero le sostuve la mirada. No iba a ganarme. Negó con la cabeza, chasqueando la lengua con decepción. —¿De verdad es eso lo que piensas de mí? ¿Que solo soy amable si quiero algo?

—No lo pienso. Lo *sé*. Venga, ¿por qué haces esto?

—¿Hacer el qué?

—Coger mis libros. Sonreír en mi presencia. Hacerme cumplidos. Es casi como si intentaras seducirme.

Echó la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada. —Lo siento, princesa, pero no eres mi tipo. Tu ex, sin embargo… —Ladeó la cabeza, mirando a lo lejos con aire soñador, y yo gemí de asco ante la mera mención de Connor—. ¿Qué? Puede que tú no lo quieras, pero él puede colarse en mi cuarto cuando quiera. —Sus cejas bailaron mientras la sonrisita satisfecha de su cara se ensanchaba.

Cerré los ojos con fuerza porque no tenía ni idea de lo cerca que estaba de la verdad sobre nuestra ruptura, y me negaba a que me viera triste. ¿O quizá sí lo sabía? No es que Connor fuera de los que se callan las cosas.

En cualquier caso, no iba a dejar que me viera afectada, así que, en vez de eso, me armé de valor, puse los ojos en blanco y fulminé a Ralph con una mirada que sentí que podría atravesar su sarta de mentiras como mil cuchillos. Pero no sirvió de nada. A ese chico todo le resbalaba. No se le pegaba nada. Siguió mirándome con su habitual sonrisa de suficiencia. —Por favor, no hables de ese idiota. No lo soporto.

—Lo sé, lo sé. Pero eso no quita que tenga unos abdominales más marcados que un rallador de queso. Todavía no sé cómo domaste a un tío como él durante más de unas pocas semanas.

—No lo hice —mascullé. Ralph no me oyó, pero sus cejas fruncidas solo sirvieron para recordarme que Connor nunca estuvo realmente interesado en mí. Solo consideró la idea de salir conmigo porque podía ayudarle con los deberes, y yo, estúpidamente, lo hice. En más sentidos de los que debería. Sacudí la cabeza, intentando librarme de esos pensamientos.

—En fin —dijo Ralph con voz arrastrada, poniéndose delante de mí para que no pudiera rodearlo—. Por mucho que me encante discutir las complejidades de los músculos perfectos de tu ex, estoy aquí para pedirte un favor.

Y ahí estaba. —Sabía que querías algo.

Hizo una mueca. —Es que odio tener que pedirte esto porque ya sé que vas a decir que no, pero no tengo otra opción. —Con los labios fruncidos, lo observé mientras se retorcía, pero no le ahorré el sufrimiento. Me gustaba verlo pasarlo mal—. Existe una posibilidad muy real de que me mates por esta petición, y llevas esos tacones superaltos con los que no sé cómo caminas sin torcerte los tobillos. Podrían atravesarme los huevos más fácil que un cuchillo la mantequilla.

—¿Qué quieres? —dije, quitándole mis libros y equilibrándolos sobre la pila.

—Necesito que aceptes a un nuevo alumno particular. —Soltó un par de soplidos y me dedicó una sonrisa relajada.

—Sabes que no puedo aceptar a nadie más. Mi horario está completo.

—Lo sé, lo sé, pero he estado hablando con Kinsey y ha aceptado que reduzcas las horas de Hazel y Alex y las transfieras a su grupo de estudio.

—¿Hazel y Alex? —Ambos habían avanzado mucho en los últimos dos meses, y yo creía que estaban más que preparados para pasar al grupo de estudio, pero eso no significaba que yo estuviera lista para dejarlos ir todavía—. Tendría que comprobar que a ellos les parece bien.

—Les parece bien.

—¿Ya has hablado con ellos?

Asintió. —Es importante.

—¿A cuánta gente quieres que dé clases?

—Solo a uno.

—Entonces, ¿por qué necesita tantas de mis horas?

Ralph miró a su alrededor por la biblioteca con nerviosismo antes de inclinarse hacia mí. —Porque este chico necesita tu ayuda de verdad. Pero de verdad de la buena. Está a punto de que lo echen.

—¿En serio? —Mis dedos de los pies se movieron dentro de mis merceditas de tacón porque la idea de ayudar a este chico me emocionaba. Me encantaba ayudar a la gente a descubrir el placer de aprender—. ¿Por qué no me lo habías traído antes?

Hizo una mueca. —Es que…, bueno, porque sé que vas a decir que no.

Me detuve en seco. Clavé los talones en el suelo. —¿A quién quieres que le dé clases particulares? —dije con voz inexpresiva—. Porque si

es a Connor, la respuesta es un no rotundo, y te mato solo por sugerirlo.

Ralph levantó las manos y negó con la cabeza a la defensiva. —Oye. No, por supuesto que no. No me apetece morir hoy. —Bajó los brazos—. Pero, por otro lado, puede que me mates por la simple sugerencia de a quién quiero que ayudes.

—Suéltalo ya. Llego tarde a mi sesión con Hazel.

—Vale. Necesito tu ayuda con el nuevo quarterback de la universidad.

Se encogió al recibir mi mirada silenciosa y furiosa.

—¿Un jugador de fútbol americano? —Asintió, y yo puse mala cara solo de pensarlo—. Lo que quieres decir es que quieres que le dé clases a uno de esos gilipollas privilegiados a los que no solo les pagan la matrícula, sino que ahora también pueden aceptar patrocinios para ganar aún más dinero.

No me contestó, así que pasé a su lado, negando con la cabeza, molesta. —Increíble. No me puedo creer que me lo hayas pedido.

—Lo sé. Lo sé.

—Claro que lo sabes. —Ayudar a alguien así no era mi prioridad porque, francamente, si les pagaban por estar aquí, entonces podían sacar tiempo para estudiar. No es que tuviera nada en contra de los atletas, en sí. Era solo que trabajar con los que estaban en los equipos con becas completas y contratos era una pesadilla. Nunca terminaban los trabajos que les mandaba, al parecer bajo el supuesto de que sacarían mejor nota con solo estar en mi presencia. Y aunque me estaba esforzando por descubrir la ciencia detrás de la enseñanza por ósmosis, todavía no había dado con la clave. Yo solo ganaba créditos universitarios por mis sesiones, y me negaba a trabajar con atletas que podían pagar a alguien mejor.

Apreté la mandíbula, molesta conmigo misma porque toda esa moral se fue al garete en cuanto Connor me dijo que era mona.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

Debería haberme limitado a ayudarle a leerse los temas, pero no lo hice. Esa sonrisa pícara y su mano inquieta me dieron otras ideas.

—Este chico es diferente.

Puse los ojos en blanco, conteniendo la risa. —¿Diferente? ¿En qué sentido?

—Ya lo hemos probado con varios tutores, y ninguno está a la altura de su ética de trabajo. —Se frotó la nuca como si eso fuera a hacer que me diera pena.

Ladeé la cabeza, mirándolo con incredulidad. —¿Que no están a la altura de *su* ética de trabajo? —imité—. ¿Con quién lo has estado emparejando?

Ralph cerró los ojos y frunció los labios con fastidio. No sabía por qué estaba tan enfadado. Él era el que había arruinado *mi* horario. —Vale. Vas a hacer que lo admita, ¿verdad? —Soltó un bufido y, la verdad, no tenía yo el cuerpo para sus dramas cuando iba con retraso.

—Suéltalo, Ralph. No tengo todo el día.

—Puede que escogiera a tutores como Jared, Ona y Rachel, por nombrar algunos.

Oír el nombre de Rachel hizo que me estremeciera al instante. —¿Rachel Hardman?

—Sí. —Se removió incómodo, sabiendo el desprecio que sentía por ella.

—¿No le estaban dando clases a ella el semestre pasado? —Omito la razón principal de mi odio, ya que no quiero parecer demasiado resentida.

—Sí —dijo arrastrando las palabras—. Puede que la haya cagado y le haya asignado tutores que me daban la mayor tajada por el

privilegio.

Eso hizo que me detuviera en seco. —¿Espera, la gente te *pagó* para darle clases? —Cuando asintió, negué con la cabeza y maldije por lo bajo con incredulidad.

—Y por eso, tuve que prometerle la mejor tutora que tenemos, que resulta que eres tú.

—Mmm. —Me quedé pensándolo un minuto—. Sabes, por mucho que me sepa mal por el chico, eso suena más a un problema tuyo que mío.

Pasé a su lado y me dirigí a mi rincón de estudio favorito; ya veía los rizos oscuros y en espiral de Hazel esperándome. Tenía la cabeza gacha porque ya estaba leyendo el libro de texto, aunque yo llegara cinco minutos tarde. Sonreí porque era el tipo de alumna a la que siempre me alegraba ayudar. Trabajadora y dedicada. Tenía pasión por aprender, solo que necesitaba encauzarla de la manera correcta. A los deportistas, en cambio, les importaban dos cosas: follar y cobrar, y no necesariamente en ese orden. Tenía experiencia de primera mano, y no estaba dispuesta a volver a pasar por eso.

—Venga, A. Ya sabes que no te lo pediría si no estuviera desesperado.

—Ah, ¿todavía sigues aquí? —dije por encima del hombro, viendo a Ralph seguirme desesperadamente—. ¿No puede pagarle a alguien para que lo haga? Estoy segura de que a algunos de los estudiantes de posgrado les encantaría darle clases como un trabajillo extra. Joder, seguro que la propia Kinsey aceptaría un trabajo remunerado.

—Kinsey ya no acepta estudiantes, y no puedo cagarla con esto. Ya lo he cabreado más de una vez. Necesito a alguien de eficacia probada. Alguien que sé que dará resultados. La mejor que tenemos en el campus. Te necesito a ti.

Me detuve, y hubo una parte de mí que casi sintió lástima por Ralph. No la suficiente como para *ayudarlo*, pero sí para mirarlo con una

mínima pizca de compasión. Ya sabía mi respuesta sin que yo tuviera que decir nada. No iba a dejar tirados a Alex y a Hazel solo porque Ralph hubiese cometido un error. Tenía que aprender la lección.

—Llego tarde. —Me ajusté los libros de texto y me dirigí hacia Hazel con un aire de superioridad moral recorriéndome. Aún no se había percatado de mi presencia porque estaba demasiado absorta en sus estudios. Definitivamente, estaba llegando al punto en que no me necesitaría y, si soy sincera, probablemente *sí* que tendría hueco para un nuevo alumno próximamente, pero no pensaba decírselo a Ralph. No quería que sintiera que lo estaban recompensando por prometer cosas que no podía cumplir.

—Aster, por favor. —Una última súplica, pero la ignoré—. Haré que valga la pena. —Frené el paso. Mis oídos se erizaron con intriga, pero no lo suficiente como para detenerme. ¿Qué podría hacer él que me hiciera cambiar de opinión? Su voz sonaba desesperada. Casi esperaba verlo de rodillas suplicándome si me daba la vuelta, así que le seguí la corriente.

—¿El qué?

—Connor —dijo con un hilo de voz, pero no pudo articular nada más.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Ralph allí plantado, agitando las manos a los costados mientras negaba con la cabeza. Me decepcionó un poco que no estuviera suplicando, pero había ciertos aspectos de su comportamiento que me recordaban a un robot averiado. —¿Qué pasa con ese capullo?

Se puso de puntillas y me señaló—. Me aseguraré de que le toque el peor tutor que tengamos. ¡Qué coño! Le daré *yo* las clases. Lo dejarán en el banquillo al cabo de una semana y podrá decirle adiós a la beca de hockey.

—Vale —respondí sin tener que pensármelo, porque soy así de rencorosa. Si podía joder a Connor como él me había jodido a mí, iba a aprovechar la oportunidad. Sin decir nada más, recorrí el resto

del camino hasta Hazel, la saludé brevemente y dejé los libros sobre la mesa. Luego volví hacia Ralph, que ya había vuelto a apoyar las plantas de los pies en el suelo.

—Entonces, ¿eso significa que lo harás? ¿Le darás clases a Tanner?

Abrí los ojos como platos y chasqueé la lengua—. ¿Qué parte del «sí» es la que no has entendido?

—Pero ¿y eso de que tenía que aprender una lección sobre la extorsión?

Agité la mano con indiferencia—. Haré una excepción por esta vez.

Ralph ya no podía ocultar su felicidad. Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja y las manos le temblaban como si no supieran qué hacer con ellas—. Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. —Extendió la mano y yo la examiné un par de segundos, dándome cuenta de que tenía las uñas como si las hubiera mordisqueado un cachorro incansable. Normalmente, tenía un aspecto impecable, así que debía de haber estado muy preocupado por este asunto.

Le estreché la mano y, mientras estábamos allí, en medio de la biblioteca, sentí como si estuviera haciendo un pacto con el diablo. Es cierto que estaba actuando de forma irracional y aceptando un nuevo cliente solo para fastidiar a mi ex, pero necesitaba hacerlo. Connor me había utilizado y, por mucho que quisiera ser el tipo de chica que puede perdonar y olvidar, no podía. Arriesgué mi reputación para ayudarlo a aprobar. Y mientras tanto, él se estaba enrollando con Rachel a mis espaldas.

—Más vale que Connor esté en el banquillo para final de mes, o se cancela el trato.

Ralph asintió sin parar; tenía las cejas tan altas que parecía que no tenía frente—. Vale. En el banquillo para final de mes. Entendido. No te voy a mentir, eso es bastante vengativo.

Me encogí de hombros—. En realidad, no. Tú y todo el mundo en este campus sabe lo que pasó, así que se merece todo lo que le

caiga. —Incliné la barbilla y lo miré fijamente—. Pero que esto te sirva de advertencia. Ya no estoy para tonterías. Si me la juegas, te haré pedazos.

Dejó escapar una risa baja y vacilante—. Ves, eso es lo que me encanta de ti, Aster. —Agitó la mano con despreocupación—. Sueltas amenazas de muerte como si nada.

Entrecerré los ojos y retiré mi mano de la suya—. Me alegro de que lo veas como lo que es.

—Está bien. Bueno, tu nuevo alumno ocupará el horario de Alex mañana. Se llama Tanner Joyce. —Hizo una pausa para ver si el nombre me sonaba de algo. No me sonaba. Nunca me había interesado el fútbol americano, ni el hockey, ya puestos. A mí dame un tipo como Brian Cox o Leonard Hofstadter cualquier día. Connor solo fue una anomalía, me pilló en un mal momento.

—Genial. Qué ganas de conocerlo. —Era mentira, porque estaba segura de que era como cualquier otro atleta de este sitio, pero si eso significaba que Connor recibiría su merecido, estaba dispuesta a seguirle el juego—. Nos vemos mañana.



—Aster —graznó mi madre al otro lado del teléfono. Su tono, normalmente suave, había sido reemplazado por una aspereza a la que no estaba acostumbrada—. No sueles llamar los jueves. Estoy hecha un desastre.

«Un desastre» para mi madre era algo subjetivo. Recuerdo que, de pequeña, siempre parecía una princesa de Disney. Tan cerca de la perfección que llegaba a dudar de si era real. En ese momento, la mujer que me devolvía la mirada era otra historia.

Se va a poner bien. Lo detectaron a tiempo.

Solo deseaba que esas palabras aplacaran esa pequeña desazón que sentía por dentro, porque no podía evitar preocuparme por si se habían equivocado.

Sentada bajo un árbol en el campus, me acomodé antes de relajarme contra la gruesa corteza. Con solo una pequeña miniatura de mi cara en una pantalla por lo demás en blanco, dije: —Vamos. Sabes que eso no me importa. Solo quiero verte. —La oí resoplar en señal de aceptación antes de que la pantalla parpadeara y apareciera su imagen.

—¿Aster? ¿Me ves? —En ese momento solo le veía la mejilla y la nariz, pero me hizo reír porque sabía a ciencia cierta que odiaría esa vista.

—Claro que te veo.

Por suerte, apartó el móvil, apoyándolo en la encimera de la cocina mientras se tomaba su tiempo para sentarse en uno de los taburetes —. ¿Cómo has encontrado un hueco para llamarme? ¿No deberías estar en clase?

Negué con la cabeza, sintiendo la brisa de California en la cara—. No. Normalmente tengo una tutoría ahora, pero estoy en transición a un nuevo alumno y tenía un poco de tiempo libre. Así que he pensado en llamarte.

—¿Ah, sí? —Juntó los dedos y se inclinó hacia la pantalla. Gemí, sabiendo por qué lo hacía—. ¿Quién es? ¿Alguien de quien podrías hacerte amiga?

Mi madre no se cortaba a la hora de expresar su deseo de que tuviera más vida social. Lo que no sabía era que seguir su consejo no me había ido muy bien. Miré a un lado y observé a algunos estudiantes caminando por el sendero del campus. Estaba lo suficientemente lejos del bullicio como para que nadie se diera cuenta de mi presencia, a menos que me estuvieran buscando. Justo como a mí me gustaba.

—Mmm, no recuerdo su nombre. —Lo cual era verdad. Aún no me había tomado el tiempo de mirar las notas que Ralph me había enviado, pero recordaba que era un atleta, así que hacernos amigos estaba totalmente descartado. Nuestra relación sería puramente transaccional, porque ya había aprendido la lección. Después de Connor, no iba a cometer ese error de nuevo.

—Es un buen comienzo —replicó ella con el ceño fruncido.

—No necesito saber su nombre para subirle las notas. El chico quiere aprobar y yo voy a asegurarme de que consiga mucho más que eso.

Puso los ojos en blanco y soltó una risita. —Aster —dijo arrastrando mi nombre.

Algo que solo hacía cuando mis payasadas la molestaban un poco. —Presumir no es una cualidad atractiva.

Se me cayeron los hombros y la culpa inundó mis pensamientos porque tenía razón. Presumir nunca fue algo que mis padres fomentaran. Incluso cuando daba clases avanzadas en primero de bachillerato, no querían que alardeara. Podría haber ido a la universidad antes de tiempo, pero me frenaron, diciéndome que mi desarrollo social era tan importante como mis logros académicos. Pero, a veces, sentaba bien estar orgullosa. A los atletas siempre se los elogiaba por su coordinación y determinación. ¿Por qué no podían elogiarme a mí por el trabajo que dedicaba a mis estudios? Me estiré la falda por costumbre, sabiendo que si mi madre pudiera verla, chillaría de emoción. Siempre había querido ponerme una de estas cuando estaba en casa, pero yo me había negado, porque quería encontrar mi propio estilo. Por desgracia para mí, eso me llevó a una etapa gótica muy agresiva. Me teñí el pelo, pelirrojo natural, de negro y llevaba lentillas marrones con las botas de plataforma más gruesas que pude encontrar. Mi madre no lo soportaba, pero era mi forma de rebelarme, ya que no me permitieron ir a la universidad antes.

Al principio, quise ir a la Universidad de Charlotte a los dieciséis años. Estaba en mi ciudad natal, lo que significaba que podría vivir en casa y ahorrarles algo de dinero a mis padres.

Cuando se negaron, incluso después de que les hablara del jugador de béisbol, Austin Adams, que había hecho exactamente lo mismo unos años antes, decidí mudarme al otro lado del país. Quería la libertad de tomar mis propias decisiones, y si eso significaba que tendría que estar más lejos de ellos para conseguirla, que así fuera. Ahora que estaba más lejos, podía descubrir quién era y, aunque había tenido algunos tropiezos por el camino, me gustaba en quién me estaba convirtiendo.

—No es presumir cuando es la verdad —dije con una sonrisita, sabiendo que odiaría esa respuesta, pero tomándole el pelo de todos modos. Era fácil de picar, así que me aprovechaba de la distancia.

—Sabes, si tu padre hubiera tenido una actitud tan arrogante como la tuya, no lo habría mirado dos veces —enarcó una ceja como si eso fuera a hacerme cambiar de opinión.

—Eso podría ser bueno —murmuré, sabiendo que no podría oírme. Que ella y mi padre se hubieran conocido en la universidad no significaba que yo estuviera condenada al mismo destino. No buscaba un hombre, sobre todo después de Connor. Ni siquiera podía pronunciar su nombre sin que las palabras salieran de mi boca con asco.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté para cambiar de tema, pero ya sabía la respuesta antes de que dijera una palabra. Tenía los ojos hinchados y parecía que había envejecido diez años en el lapso de dos meses.

—Estoy genial. ¿Tú cómo estás? —replicó con un mordacidad similar a la mía, y sonreí. De tal palo, tal astilla.

—Yo estoy bien, pero no soy la que espera una operación que podría salvarle la vida.

Ahí estaba. Lo había soltado y, por primera vez, ella bajó la mirada del teléfono y alzó sus finas cejas. —Ay, Aster. No seas tan dramática. ¿Salvarme la vida? Es solo una lobectomía.

No podía creer lo despreocupada que se mostraba al respecto, aunque en el fondo sí podía, porque parecía empeñada en fingir que estaba perfectamente bien cuando era obvio que no lo estaba. Claramente la estaba estresando, pero no quería cargarme con ello.

—¿Te han dicho los médicos cuándo será?

Suspiró. —Todavía no. Son gente ocupada, Aster. Se ocuparán de mí cuando sea mi turno.

¿Por qué a veces sentía que estaba hablando con una pared?

—Mamá —dije con los dientes apretados, sabiendo que si me enfadaba, no llegaríamos a ninguna parte en esta discusión—. ¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma? Estás esperando una operación para extirparte un cáncer de los pulmones, ¿y todo lo que se te ocurre decir es «se ocuparán de mí cuando puedan»?

—Porque es un estadio 1 y tengo fe en el sistema. Lo descubrieron por casualidad, lo que significa que no puede ser para tanto. Conocen mi pronóstico y me atenderán cuando puedan. No tiene sentido enfadarse por algo que no puedo controlar ni detener.

—Pero puedes evitar que se extienda. Ahora estás en estadio 1, pero eso no significa que vaya a seguir así.

—Exacto. Hay muchas otras personas que están más avanzadas y necesitan la cirugía con más urgencia.

—Pero si no insistes, te convertirás en una de esas personas.

Contuve mi escepticismo y los horribles pensamientos que me rondaban por la cabeza. Sabía que no eran ciertos, pero de vez en cuando, se me pasaba un pensamiento que resultaba tan insidioso como el dolor de mi corazón. *¿Y si los médicos estaban retrasándolo*

porque querían que empeorara, para que tuviera que pagar por más tratamiento?

Negué con la cabeza y respiré hondo porque era un pensamiento estúpido. Los médicos no hacen eso. Simplemente no entendía por qué estaban aplazando esta operación.

Ella bajó la vista y suspiró, antes de pasarse una mano por el pelo como si evitara arrancárselo. —Aster, por favor. ¿Podemos hablar de otra cosa? No quiero pelear contigo.

No estábamos peleando, pero si se lo decía, probablemente acabaríamos haciéndolo. —Vale —repliqué secamente.

—¿Cómo van las clases?

—Genial. El profesor Murphy me ha pedido que le ayude en algunas de sus clases más para conseguir créditos extra, lo que significa que voy camino de graduarme antes de tiempo.

—¿Ayudante de clase? ¿Dar clases particulares? ¿Vas a alguna clase?

Puse los ojos en blanco. —Claro que sí. Es solo que he terminado todo el trabajo del curso antes, así que tengo tiempo para hacer otras cosas.

—Sabes, cariño, no necesitas hacer eso. Nos parece bien que te tomes tu tiempo.

—¿Pero por qué? Ahorra dinero a largo plazo si termino antes. —No hacía falta que lo dijera. Sabía que el coste del tratamiento del cáncer podría arruinarlos, y no iba a añadir la carga de mis estudios encima. No es que lo estuvieran pagando todo con las becas que había conseguido, pero ya era bastante.

—Sí —suspiró—. Tu padre odiará que diga esto, pero la universidad no siempre consiste en sacar las mejores notas o en ver quién acaba los trabajos más rápido. A veces, se trata de hacer amigos y de divertirse un poco por el camino.

—Tú sabrás mucho de eso, ¿verdad? —Una sonrisa se dibujó en mis labios y fue contagiosa. Era innegable que ella se lo había pasado bien en la universidad y, por mucho que quisiera que yo fuera como ella, simplemente no lo era. Yo me parecía más a papá. Introvertida. Un poco obsesivo-compulsiva. Una niña buena que solo quería demostrar a la gente que valía—. Además, sí que me divierto.

Esa sonrisita desapareció casi tan rápido como había aparecido. —¿De verdad? Pues me resulta curioso saberme el nombre de todos y cada uno de tus profesores, pero no el de un solo amigo —Apreté los labios con fuerza, intentando pensar en un nombre que no fuera el de Hazel y que correspondiera a alguien con quien de verdad pasara el tiempo. Me quedé en blanco. Claro, había intentado salir con Rachel y las otras chicas de la hermandad por insistencia de mi madre, pero no tenía ningunas ganas de repetir aquella memorable velada. Que Connor me pusiera los cuernos delante de todo el mundo fue un elemento disuasorio suficiente como para ni siquiera plantearme volver a hacerlo.

—Estás intentando pensar en un nombre, ¿a que sí? —preguntó mi madre con aire de suficiencia. Me conocía demasiado bien y, aunque odiaba que me atosigara, sabía que tenía razón. Poca, pero la tenía —. ¿Y qué hay de las compañeras de habitación? ¿Te ha asignado ya la universidad una nueva?

Solté aire y aparté la vista del teléfono. Mi situación con las compañeras de habitación siempre había sido un tema delicado. Había tenido unas cuatro desde que entré en la Universidad de Covey. La última, Marissa, estaba bien, pero tenía una obsesión enfermiza con los Cheetos Flamin' Hot, y yo odiaba lo pringoso que dejaba todo en la habitación. Me dijo que se trasladaba a St. Michael's para estar más cerca de casa, pero no pude evitar preguntarme si quizá estaba intentando alejarse de mí, como las tres anteriores. No es que yo fuera insoportable; solo era especialita, y a la gente no le gustaba que le dijera lo que pensaba sobre que dejaran su ropa tirada por el dormitorio o que invitaran a un chico.

—Todavía no hay compañera de habitación nueva. —Le resté importancia a su preocupación porque en realidad me daba igual—. Pero ninguna de esas chicas era realmente mi amiga, de todas formas. —Una pequeña arcada me subió por la garganta al pensar en todas las cosas que una de ellas hizo en esa litera de arriba. Borré la mayor parte del incidente de mi cabeza, pero recuerdo entrar y encontrarme allí arriba a tres tíos desnudos y a otra chica con ella. A algunos esto les parecería una hazaña imposible, pero esa chica estaba decidida a demostrar a todos sus detractores que se equivocaban.

—¿Aster? —Alargó mi nombre con los ojos cerrados mientras esperaba a que respondiera. Cuando musité una respuesta, se lo tomó como una señal para continuar—. Necesito preguntarte algo y no quiero que te enfades.

—¿Qué?

Jugueteó con las manos y se mordió el labio antes de soltarlo: —¿Tienes amigos?

Casi me atraganto con mi propia saliva, porque sí, me había insinuado muchas veces a lo largo de los años que le preocupaba mi falta de amistades, pero nunca me lo había preguntado así, a bocajarro.

Me incorporé, molesta. Me daba igual que la corteza del árbol me arañara la espalda porque me había cabreado que siquiera lo sugiriera. —Joder, mamá. Vaya preguntita —me reí con amargura—. Solo he llamado para ver cómo estabas porque me preocupabas, y tú me interrogas como si esto fuera la Inquisición española. No me esperaba un ataque así. —Negué con la cabeza, chasqueando la lengua ante el puro atrevimiento de la pregunta.

¿Que si tenía amigos?

¿Qué clase de pregunta es esa para tu hija?

—Eso no ha sido una respuesta. —Su tono era frío y carente de emoción. Lo conocía bien, porque siempre lo usaba cuando quería que me dejara de rollos, pero esta vez no había ningún rollo del que dejarse.

—Sí. Tengo amigos —respondí sin más, llevando las rodillas al pecho y apoyando el móvil sobre ellas.

—Nombra a uno.

¿Pero qué co…?

—Hazel —contesté al instante porque quería demostrarle que se equivocaba.

—¿Hazel? ¿Te refieres a la chica a la que le das clases particulares? —Apreté la mandíbula mientras intentaba pensar en otro nombre, pero me había quedado en blanco.

—Ralph. —Me contuve para no gemir, porque Ralph y yo éramos cualquier cosa menos íntimos.

—¿El chico que coordina tus clases? ¿Qué tal amigos que no paguen por estar contigo?

—¡No pagan por mis clases! —repliqué, porque me cabreaba lo grosera que era la pregunta. No estaba dispuesta a atacarla por ello. Al fin y al cabo, estaba enferma y parecía más vieja de lo que la había visto nunca, cosa que sabía que ella odiaría, porque todo el mundo siempre comentaba lo joven que parecía. Solo quería asegurarse de que yo era feliz, pero no se daba cuenta de que teníamos cosas distintas en la vida que nos hacían sentirnos plenas.

—Vale. ¿Y amigos que no salgan contigo para que les hagas los deberes?

—¡No le hago los deberes a nadie!

Enarcó una ceja. —¿Seguro?

—Yo... yo... —No sabía qué demonios decir. Quería colgar, pero no podía, porque siempre tenía el miedo de que fuera la última vez que hablara con ella, pero, joder, sí que sabía cómo herirme. Se refería a Connor, y el hecho de que lo sacara a relucir, a pesar de que era algo que le había contado en confianza, me irritaba.

—Aster —dijo arrastrando las palabras, con un tono más tranquilizador que antes—. No intento ser mala contigo ni nada por el estilo. Pero me preocupo por ti.

—No tienes por qué. —Me quité una pelusa imaginaria de la falda, negándome a mirarla a los ojos. Sentía que se avecinaba otro sermón y no estaba segura de estar preparada para él.

—¿Con quién tienes que hablar ahí cuando las cosas no te salen como quieres?

Me rasqué la clavícula, tratando desesperadamente de pensar en un solo amigo al que estuviera dispuesta a confiarle lo de Connor. No había nadie. Por eso había tenido que contárselo a ella.

—¿Qué vas a hacer si a mí me pasa lo peor?

Levanté la cabeza de golpe, sorprendida, enfadada y confusa. —¡Mamá! ¿Cómo puedes decir algo así?

—¿Algo como qué? Todos somos mortales, cariño, y por mucho que me guste creer que estaré aquí en cada momento de tu vida, viendo con orgullo cómo te conviertes en la mujer que siempre supe que podías ser, no voy a vivir para siempre.

El nudo que tenía en la garganta se me hizo más grande. —Pero vas a vivir lo suficiente para verme acabar la universidad.

—Eso espero —suspiró.

—Mamá. No hables así. —Las lágrimas me quemaban los ojos, pero me negué a dejarlas caer.

—Lo siento, Aster. No pretendía disgustarte. Es solo que a veces, cuando estoy en casa, me preocupa que no salgas lo suficiente para

conocer a gente nueva.

—Pues no deberías. Me va de maravilla.

—Lo sé. Lo sé. Es solo que creo que no te vendría mal hacer algunos amigos, y quizá pasártelo bien con gente que no sean tus profesores.

—Sí… —dije arrastrando las palabras, intentando averiguar cómo me sentía ante el hecho de que me confrontara de esa manera. Quería sentirme avergonzada de que me sugiriera hacer amigos como si fuera una niña, pero no podía. Porque, en el fondo, sabía que podía tener razón. Había pocas cosas en este mundo que pudieran destrozarme, pero perderla a ella sería una de ellas.

—¿Y qué me dices de esas chicas tan simpáticas de Alpha Delta Theta? Estaban encantadas de saber que te unías a Covey el año pasado, y estoy segura de que encontrarían la manera de dejarte entrar fuera del proceso de captación. —¿Esas chicas tan simpáticas? Me entraron ganas de reír, porque la única persona que me vino a la mente fue Rachel. Superficial y repelente. No creía que fuera el tipo de chica de la que quisiera ser amiga. Eso quedó meridianamente claro cuando la encontré besándose con Connor en la sala de estudio donde se suponía que había quedado con él.

No es que le hubiera contado a mi madre que fue con ella con quien pillé a Connor poniéndome los cuernos. No creí que eso ayudara en nada, y ella seguía tan involucrada en los asuntos de la hermandad que pensé que podría enfrentarse a Rachel.

—¿Cómo fue la última reunión?

¿Cómo le dices a tu madre que la última reunión a la que fuiste fue horrible porque Rachel llevó a Connor como acompañante y te lo restregó por la cara todo el tiempo?

El silencio se apoderó del ambiente durante un minuto porque ambas sabíamos que yo no tenía madera de chica de hermandad, pero mi madre había sido la presidenta cuando estudió en la

Universidad de Covey, lo que significaba que siempre existió la expectativa de que me uniera. ¡Si el primer día que llegué, Rachel ya me estaba esperando en mi residencia, lista para reclutarme!

Pensándolo bien, puede que no fuera del todo agradable cuando se presentó; califiqué todo aquello de institución anticuada y dije que no quería formar parte de ella. Todavía estaba superando mi etapa grunge, así que la idea de hacer cualquier cosa que pudiera obligarme a llevar faldas cortas y a someterme a estándares patriarcales estaba totalmente descartada.

Por desgracia para mí, esa actitud arisca había echado por tierra la idea de unirme voluntariamente. Rachel me odiaba desde entonces, lo que no me importó mucho el primer año. Estaba acostumbrada. No le caía bien a mucha gente, y no me importaba. Yo no era para todo el mundo, ¿pero devolvérmela besando a mi novio? Bueno, eso fue muy rastrero.

—Sabes… —La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos—. Me encantaría poder verte allí.

Ahí estaba otra vez, echándome la culpa encima capa sobre capa, como si fuera una pila de tortitas y yo estuviera obligada a comérmelas todas, hasta la última, bañada en sirope de arce. ¿Quizá debería ser sincera y contarle la verdad?

Pero cuando me dedicó su sonrisa excesivamente entusiasta, supe que no podía hacerlo, porque no merecía la pena romper sus sueños por culpa de una chica de hermandad mediocre.

—Sabes que no es lo mío. —Era mi forma educada de decir que tenía más posibilidades de verme vestida con una camiseta de hockey de los Covey Crushers con el apellido de Connor que en cualquiera de esos estúpidos bailes de hermandad que organizan.

—Mmm —musitó—. Dijiste lo mismo de las matemáticas y mírate ahora. Quieres ser especialista en estadística.

Apreté los labios y le dediqué una mirada pedante. —Eso fue cuando tenía cinco años. Lo mejor de hacerse mayor es que ahora conozco mucho mejor mis gustos y lo que no me gusta.

—Solo tienes veintiún años. Tu padre me decía que tu cerebro aún no se ha desarrollado del todo. Si te soy sincera, no creo que hayas hecho suficientes amigos en tu vida como para saber si divertirte con ellos es algo que podría gustarte.

Sus palabras me quemaron tanto que habría jurado que me habían provocado hasta las puntas abiertas.

—¿Qué tiene que ver el desarrollo de mi cerebro con divertirme?

—Todo. Quién sabe cómo te sentirías si activaras esas neuronas con algo que no fuera leer un libro de texto.

—Prefiero no hablar contigo sobre activar mis neuronas.

—Exacto. Búscate una amiga. Diviértete. Cread un vínculo por vuestro odio compartido hacia los jugadores de pickleball.

—¿Pickleball? Connor era jugador de hockey.

—Lo sé. He estado pensando en ello, y creo que un jugador de hockey es demasiado salvaje. Un jugador de pickleball encajaría más contigo.

—Ni siquiera sé lo que es el pickleball. —Me imaginé golpeando una pelota con un pepinillo como si fuera un jugador de béisbol y sacudí la cabeza, porque eso no importaba—. Me parece bien mantenerme alejada de los atletas. —No era la conversación que esperaba tener con ella hoy.

—Sabes, me encantaría que al menos lo intentaras con la hermandad —dijo con voz humilde, haciéndome sentir culpable de la única manera que una madre puede hacerlo—. Han dicho que no saben nada de ti desde hace más de un mes.

Por supuesto que lo sabía. «Una vez hermana, siempre hermana», pero, por desgracia para mí, eso jugaba en mi contra. Conocía los

cotilleos de todo el mundo, hasta el punto de que pensé que podría venir hasta aquí a comprobarlo. Seguro que sabía que había sido grosera con Rachel y que había estado intentando hacerle la pelota en secreto, a pesar de que yo las había estado evitando a todas como la peste.

—He estado ocupada.

—Ocupada con asignaturas que ya has terminado y aceptando trabajos que no necesitas.

—Puede que no los necesite, pero disfruto con ellos.

—¿Podemos hacer un trato? —preguntó, irguiéndose un poco y con una sonrisa pícara en la cara. Estaba tramando algo, pero no sabía el qué.

—¿Un trato? —La cabeza me daba vueltas mientras intentaba pensar en todo lo que podía sugerirme, pero, al igual que mi lista de amigos, me quedé en blanco.

—Sí, un trato. —Ahora sonreía con más ganas y, aunque odiaba admitirlo, era la vez que más feliz la había visto en mucho tiempo—. ¿Sabías que el Baile de Primavera de la Hermandad es el mes que viene?

—No —solté, sabiendo de antemano que iba a rechazar su oferta si eso significaba que tendría que asistir.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. ¿Qué te parece si aceptas ir y, a cambio, yo llamo mañana al médico para que me dé fecha para la operación?

—¿En serio? —Me detuve, incrédula. No podía estar hablando en serio, ¿verdad?—. ¿Vas a usar tu muerte inminente en mi contra?

Soltó una carcajada tan sonora que habría jurado que la oía la gente que estaba cenando fuera. —Bueno, puede que no me quede mucho tiempo para chantajear a mi hija, así que quiero hacerlo mientras todavía pueda.

—Mamá… Eso es muy siniestro y no sé muy bien qué pensar al respecto.

—Yo tampoco sé muy bien qué pensar sobre lo de estar enferma, así que estamos juntas en esto.

Hice una pausa. —¿Sabes? Podría decirte que voy a ir para que llames mañana al médico y luego no presentarme.

—¿Sabes? —imitó ella mi respuesta ocurrente—. Yo podría fijar la fecha de la operación y no presentarme.

—Vaya, vas con todo, ¿eh?

—No tengo otra opción. Quiero verte pasándolo bien con gente de tu edad. —Puse los ojos en blanco mientras suspiraba—. ¿Tenemos un trato?

¿Otro trato? ¿Qué me pasaba hoy con los tratos? Primero Ralph y ahora mi propia madre.

Asistir al baile significaría que tendría que hablar con Rachel y su pandilla de chicas antes de la fecha, pero podría limitar esa interacción al máximo. Connor probablemente andaría por allí, ya que por lo visto salía con Rachel, pero ¿merecería la pena esa inminente vergüenza?

Por supuesto.

Que mi madre se pusiera bien era mi máxima prioridad. Podíamos discutir, pero mi madre lo era todo, y ella lo sabía.

—Vale. Veré si Rachel me deja ir al baile, pero eso es todo. No voy a aceptar unirme ni nada.

Con una pequeña y agradable sonrisa en el rostro, levantó las manos e inclinó la cabeza. —Es todo lo que pido. Solo quiero que te diviertas un poco.

Y era pedir mucho, maldita sea, pero lo haría, porque haría cualquier cosa por ella.

—¿Vas a cenar ahora? Debes de tener hambre.

—Sí, estoy al lado de la cafetería, así que seguramente cogeré algo antes de subir a terminar una de mis redacciones. ¿Por qué?

—Porque estoy cansada. Creo que voy a echarme una siesta. ¿Te parece bien?

Se me encogió el corazón, porque, por muy molesta que estuviera con todo el asunto del trato, haría cualquier cosa si eso significaba que ella se pondría bien.

—Claro, mamá. Hablamos luego.

—Sí. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero. Habla con el médico.

—Habla con Rachel.

Cuando colgué, suspiré y miré hacia las mesas del campus, llenas de gente que reía y bromeaba. *¿Amigos?* Quería que hiciera amigos, pero no estaba muy segura de cómo hacerlo.

Cogí la mochila y decidí saltarme la cena esa noche, ya que había comido mucho, y volví a mi habitación, lista para terminar la redacción.

CAPÍTULO 3

Tanner

Me temblaban las manos mientras abría mi libro de *marketing* y leía unas cuantas líneas. Seguía sin tener ningún sentido, pero era mi mejor asignatura y no estaba seguro de por dónde querría empezar Aster. Apretando la mandíbula, lo pensé un segundo y, en su lugar, cogí el libro de economía, porque esa era con diferencia la asignatura en la que más necesitaba mejorar.

Dejé el libro de *marketing* a un lado y apoyé los codos a cada lado del de economía mientras miraba una página marcada. Los símbolos danzaban por el papel blanco, dificultando la lectura, y podía sentir cómo volvía a irritarme porque me costaba muchísimo concentrarme.

Esto tenía que funcionar.

Aster tenía que funcionar.

Yo tenía que funcionar.

No podía joderla.

La frustración me desbordó mientras miraba los símbolos, sin tener ni idea de lo que intentaban decirme. ¿Por qué era tan jodidamente difícil?

No podía suspender otra vez. No con todo lo que me jugaba con la beca. No solo mi futuro estaba en juego. El de Thea también, y no pensaba decepcionarla.

Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo varias veces, intentando calmar la irritación que crecía en mis venas. Más le valía a Aster ser tan bueno como Ralph había dicho que sería. La única posibilidad que tenía de quedarme en la Universidad Covey era que él pudiera ayudarme a aprobar todas mis asignaturas.

—¿Tanner?

Cuando levanté la vista, me dieron ganas de vomitar.

¿Por qué esto me sonaba a déjà vu?

—No otra vez —mascullé, cerrando el libro de golpe y echando la silla hacia atrás con fastidio.

De acuerdo, al menos esta chica parecía haberse molestado en averiguar algo sobre mí antes de lanzarse, pero eso no hacía que me molestara menos. Me pregunté qué compañero de piso le habría dicho que me gustaban las pelirrojas. Tragué saliva porque, joder, era todo lo que soñaba para una novia. Con su larga melena pelirroja y una falda corta de tablas, parecía salida directamente de mi historial de búsqueda de porno. No es que lo buscara mucho, pero si lo hiciera, bueno, sí, sería ella. Si no estuviera en una situación tan de mierda con los estudios, quizá consideraría sus insinuaciones.

Pero eso no era lo que importaba en este momento. Lo que importaba era que esta chica estaba fingiendo ser mi tutor para conseguir una cita, y yo estaba harto de que me trataran como una mercancía en lugar de como a una persona.

—¿Tanner Joyce? —Estaba leyendo mi nombre en un trozo de papel, mirando inocentemente por entre las mesas como si no tuviera ni idea de quién era. Me entraron ganas de reír porque sus dotes de actriz dejaban bastante que desear. Sabía que sabía quién era. Había visto esta misma escena demasiadas veces como para que me la colaran ni por un segundo.

Ahora, otros estudiantes nos estaban observando. Probablemente, todos estaban esperando a ver cómo iba a acabar esto, ya que estaban acostumbrados a que rechazara educadamente sus insinuaciones. Pero esta vez no. Esta chica me había pillado en un mal día, y me negaba a ponérselo fácil.

Solté un bufido y me acerqué a ella a grandes zancadas. No fue hasta que estuve más cerca que me di cuenta de que llevaba calcetines blancos hasta la rodilla.

¿De verdad creía que me iba a tragar que iba por el campus vestida así todo el tiempo? Porque sabía que no era así. Habría sido el primero en fijarme en ella si lo hiciera.

La chica seguía mirando a su alrededor, fingiendo no tener ni idea de quién era yo, y me ignoró por completo cuando me puse a su lado. Buen truco, pero no iba a picar. Me quedé allí un minuto, observando cómo se giraba lentamente hacia mí y levantaba la vista. Yo era mucho más alto que ella, aunque no era nada nuevo. Medía uno con noventa y cinco, así que la mayoría de la gente tenía que inclinar la barbilla para mirarme. Cuando sus ojos conectaron con los míos, no pude evitar fijarme en sus rasgos de duendecillo. Unos grandes ojos color avellana me miraban mientras su enorme labio inferior se entreabría con asombro.

Joder, estaba buena, lo que iba a hacer que rechazarla fuera aún más difícil.

—¿Eres Tanner Joyce? —soltó, como si se hubiera quedado sin aliento. Y ahí estaba. Ya no podía ocultarlo. Su faceta de fan secreta estaba saliendo a la luz, y eso solo me molestaba más.

Harto de su teatro de aficionada, enarqué una ceja y la estudié con el mismo escrutinio intenso que normalmente reservaba para los *quarterbacks* rivales.

—¿Eres Aster? —Cuando asintió, negué con la cabeza, molesto, e inmediatamente miré hacia el pupitre de Ralph. Sorpresa, sorpresa.

No estaba allí—. Debería haberlo sabido —murmuré para mis adentros.

—¿Qué has dicho?

—Tu nombre.

—¿Qué pasa con mi nombre?

—¿Aster? Con «as», debería haber sabido que todo esto era una broma de mal gusto.

Me miró, con la cara de un rojo más intenso que su pelo mientras daba un paso atrás. Podía oír los susurros por la sala de los estudiantes que nos estaban observando.

Bien. Estas chicas tenían que aprender la lección. No estaba aquí para que ninguna de ellas me la chupara. Estaba aquí para llegar a la NFL y mantener el traslado de mi hermana.

Cuando alguien tosió, ella miró en esa dirección y pude ver la conmoción en sus ojos. Por un instante sentí un poco de pena por Aster, pero no lo suficiente como para detener mi perorata.

—Eh, no estoy segura de a qué te refieres. —Sin dejarse intimidar por mi actitud altanera, se recuperó rápidamente con los hombros rectos y la barbilla bien alta—. Creo que estás un poco confundido. Soy Aster Paige. Tu nueva tutora.

La chica era decidida, eso seguro.

Miré alrededor de la sala. Todo el mundo estaba mirando ahora, y había demasiada gente riéndose de su desgracia como para que ella no se diera cuenta.

Suspiré. —Bueno, Aster —dije arrastrando su nombre, porque en cierto modo sonaba bien—. Necesito dejar una cosa clara antes de que empecemos. —Recorrí su atuendo con la mirada, y quise detenerme un poco más, pero como sabía que tenía que dejar clara mi postura, no lo hice—. No importa lo sexi que te vistas, ni lo carnosos que te pongas los labios. No estoy interesado en estudiar

«biología» contigo para que puedas aumentar tu popularidad en este sitio. No estoy interesado en darte mi número y no estoy interesado en descubrir que le has pagado a otro para que te haga los deberes. Esta es la última vez que voy a dejar que tú, o cualquiera de tus otras amigas cazadeportistas, me dirija la palabra.

Dio un paso atrás y casi se le cae el libro de texto, pero de algún modo consiguió evitarlo.

Le tembló la boca y bajó la mirada al suelo.

—Yo, eh...

Bien, la había avergonzado. Igual que me sentía yo cada vez que suspendía por culpa de una de estas personas que fingían velar por mis intereses.

Estaba empezando a calmarme después de soltarlo todo y fue entonces cuando me di cuenta de que la gente se reía. Vale, lo admito, probablemente podría haberme guardado algunos de esos pensamientos o haberlos expuesto de forma más educada, pero no decir nada me había llevado a esta situación en primer lugar, y si vivir con Aiden Matthews me había enseñado algo, era que tener un poco de genio podía venir bien en ciertas situaciones.

Aster inspiró hondo y se apretó los libros con fuerza contra el pecho. Esperaba que se diera la vuelta y se fuera sin decir una palabra más, pero entonces hizo algo totalmente inesperado.

Se mordió el labio inferior antes de levantar la barbilla y cuadrar los hombros en un gesto de desafío.

—Tanner —hasta mi nombre sonaba sexi en sus labios—. Quizá pienses que todas las chicas del instituto quieren conocerte —sus ojos recorrieron mis rasgos mientras sus labios se curvaban en una sonrisa irónica—. Con esa mandíbula cuadrada y ese moñito ridículo que llevas en la cabeza, pero que sepas que no tenía ni idea de quién eras hasta que te me has acercado echando humo y listo para explotar.

Dejé escapar una risa sardónica porque no podía creerme que fuera a insistir. No me extrañaría que nunca la hubieran rechazado y que esa fuera la verdadera razón por la que ahora intentaba salvar las apariencias.

—Seguro que no —arrastré la mirada hacia el cartel de la puerta de la biblioteca y ella la siguió.

Y hete aquí que mi cara estaba allí mismo con mi nombre debajo. No solía ser el tipo de chico que alardea de su estatus. De hecho, prefería con mucho trabajar en silencio, pero la expectación que me rodeaba se estaba volviendo insoportable.

Iba a derrumbarme si no plantaba cara de una vez.

Sus ojos iban del cartel a mi cara como si acabara de atar cabos. Sí, podía confirmar que lo de ser actriz no era lo suyo.

—¿Sabes una cosa? Cuando Ralph prácticamente me suplicó que trabajara contigo, me prometió que no eras como los otros deportistas cabezotas de este instituto, pero supongo que se equivocaba. Eres tan egocéntrico y arrogante como el resto.

Solté una risa bufona porque no podía hablar en serio al compararme con gente como Aiden. No me había acostado con nadie desde que entré aquí porque estaba demasiado centrado en mantener mis notas. Las chicas eran lo último en lo que pensaba. Hasta que la vi, claro.

—Y tú eres como todas las demás cazadoras de camisetas del instituto. Desesperada por un chollo que te solucione la vida.

Vale, lo admito. Eso fue duro. Me pasé un poco, pero ella me llamó arrogante y egocéntrico, y yo ya estaba cabreado.

—Buena suerte resolviendo tus propias mierdas —no se molestó en mirarme de nuevo. En su lugar, se dio media vuelta, haciendo que su faldita se levantara casi tan rápido como su dedo corazón mientras me hacía la peineta y se alejaba con más descaro que las modelos

de Victoria's Secret—. Gilipollas —refunfuñó al abrir la puerta de la biblioteca y marcharse.

Me sobresalté cuando la puerta se cerró de un portazo.

Silencio.

Tragué saliva, mirando la puerta durante unos minutos, esperando que volviera para gritarme otra vez.

Un chispazo de electricidad me recorrió el cuerpo cuando me di cuenta de que no iba a volver, porque había funcionado. Era la primera vez que me rebelaba contra toda la atención y de verdad había funcionado. Se había ido y todo el mundo me miraba como si fuera el mayor gilipollas del planeta. Lo entendía. A sus ojos, yo era el jugador tranquilo y centrado del equipo. El ying del yang de Aiden. El quarterback que le sustituiría el año que viene y aseguraría al equipo y a los aficionados que seguiríamos ganando. Se suponía que yo debía dejar el drama a un lado, pero ahí estaba, creándolo.

No pasaron ni dos segundos cuando esas mismas puertas de la biblioteca se abrieron, solo que esta vez era Ralph quien estaba allí. Con el rostro contraído; era la primera vez que lo veía con un humor que no fuera jovial. Cuando me vio, gritó:

—¡Tanner!

Me sorprendió lo profundo y gutural que fue su gruñido.

—¿Qué coño acabas de hacer? —me empujó en los hombros, y cuando me tambaleé, retrocedió, probablemente sorprendido de su propia fuerza. No debería. Me había pillado por sorpresa.

Pero su reacción solo sirvió para cabrearme aún más.

—¿Que qué coño he hecho *yo*? Creo que la pregunta debería ser «¿qué coño has hecho tú?». ¿Aster? ¿Un des-Aster? Muy gracioso. Debería haber pillado la broma ayer, pero fui lo bastante estúpido como para creerme que de verdad me ayudarías. En lugar de eso, he vuelto al mismo punto que ayer, quitándome de encima a

cazadoras de camisetas. Estoy harto de esto, Ralph. Te he pedido ayuda y me prometiste un tío llamado Aster, no una aspirante a estrella de OnlyFans.

Ralph negó con la cabeza, riendo.

—Ay, madre. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

—¿De qué estás hablando? —la sangre me martilleaba en las venas, porque de repente ya no estaba tan seguro de mis acciones.

—Ya te lo dije —señaló por encima de su hombro—. Esa chica que acaba de salir. La del culo respingón y las tetas a juego —asentí—. Es la mejor profesora particular que ofrece este instituto.

Le observé la cara, esperando que se le escapara una sonrisa porque estaba bromeando, pero como no lo hizo, sentí que se me caía el alma a los pies.

—No.

—Créeme. Esa chica ha subido las notas a más estudiantes que se hundían más rápido que el Titanic que cualquier otra persona en este campus. Es la mejor en lo que hace y me costó un infierno convencerla de que te aceptara.

—¿En serio?

—En serio.

Cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que las caras de los estudiantes no eran de sorpresa, sino de lástima. Todos lo sabían, ¿verdad?

¿La he cagado del todo?

—¿Lo dices en serio? ¿Ella era mi billete para sacar mejores notas? —levanté la mano y señalé la puerta como si ella todavía pudiera estar ahí fuera, escuchando y dispuesta a aceptar mis disculpas.

Asintió.

—Sí, es prácticamente la única profesora particular aquí que te garantiza volver al equipo para el verano.

Bajé la mano.

Se me paró el pulso.

Estuve casi seguro de que me había muerto durante un par de segundos.

—Aster no es una de esas tías que van detrás de los jugadores como Rachel. No sigue a ningún equipo deportivo.

¿De verdad tenía que echar más sal en la herida?

Me quedé mirando la puerta, deseando que la tía buena con ese carácter de mil demonios volviera, pero sabiendo perfectamente que, después de cómo me había pasado con ella, no había ni la más remota posibilidad de que eso ocurriera.

Cuanto más tiempo permanecía allí en silencio, más lo asimilaba. Acababa de cabrear a la mejor tutora de la Universidad de Covey y de joder mi única oportunidad de jugar al fútbol americano el año que viene.

—¡Joder! —grité tan fuerte que las palabras retumbaron por toda la biblioteca circular. Oí a una bibliotecaria mandarme callar, pero estaba demasiado inmerso en mi propia frustración como para disculparme.

—Sí, joder. Le dijeras lo que le dijeras, la has cabreado tanto que, al irse, me ha dicho que quería verte fracasar, y eso solo se lo he oído decir de otra persona a la que odia de verdad.

Joder. Joder. Joder.

¿Cómo coño la había cagado tanto?

Ralph me dio una palmada en el hombro y negó con la cabeza mientras miraba la puerta. —No me puedo creer que hayas hecho

eso. Después de toda la mierda que me has echado en cara… Si lo piensas, tiene su gracia.

Giré la cabeza bruscamente en su dirección, entornando los ojos mientras pensaba en todas las formas en las que iba a matarlo. —Podrías haberme dicho que era así.

Levantó las manos en señal de defensa. —Eh, no puedes culparme a mí de esa salida de tono tuya. Después de todo el incidente con Rachel, no tenía ni idea de que te gustaran ese tipo de chicas.

—Esa chica estaba mucho más buena que Rachel.

Se encogió de hombros. —Ni idea. Ninguna de las dos es mi tipo. —Bajó la vista hacia mis manos apretadas en puños—. Como tú mismo has dicho, solo estoy aquí para conseguirte la mejor tutora que tenemos. Nada más.

Estaba escurriendo el bulto, y no podía culparlo. Le pedí la mejor tutora y me la sirvió en bandeja. Lástima que estuviera para comérsela.

—¿Cómo coño no la he visto nunca?

Ralph maulló. —No es que sea muy sociable, la verdad. Pasa la mayor parte del tiempo en clase o en los laboratorios. El semestre pasado pasó un tiempo en la pista de hockey, pero esa es una historia en la que estoy seguro de que no querrá que me meta.

—¿Y qué coño se supone que voy a hacer ahora? —Mirando el suelo enmoquetado, no era capaz de comprender cómo iba a salir de esta.

—Arrastrarte como no te has arrastrado en tu vida, pero voy a serte sincero: creo que es una causa perdida. Ya odia a los deportistas, y tú acabas de empeorar esto mil veces más.

—¿Y no hay nadie más? —Ralph negó con la cabeza—. ¿Qué hay de Kinsey?

—¿La profesora ayudante del profesor Murphy? —Asentí. Era la otra persona de la que había oído hablar bien y tal vez me aceptaría si

supiera que estaba dispuesto a pagarle el triple de la tarifa—. No. Este año ha cogido tres clases más y ha dejado de dar clases particulares. —Me dio una palmada en el hombro y me lo apretó como si fuéramos amigos. No lo éramos—. No hay nadie en el campus tan bueno como Aster. Sinceramente, si quieres estar en el equipo el año que viene, Aster es tu pasaporte.

Volví a mirar la puerta, y el arrepentimiento me invadió los huesos de una forma que nunca antes había sentido, porque ¿cómo demonios iba a recuperarme de aquello? No había forma de que volviera a hablarme, y mucho menos de que fuera mi tutora.

Joder. Sí que la había cagado, y no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

CAPÍTULO 4

Aster

—¡Te odio! ¡Eres lo peor que he visto en mi vida! —Qué curioso, así era exactamente como me sentía yo con respecto a Tanner Joyce, y no pude evitar sentirme identificada con los gruñidos de rabia que provenían de la chica en el pasillo de mi residencia.

Una cazafortunas desesperada por asegurarse el porvenir.

Las palabras retumbaban en mi cerebro mientras intentaba darles sentido. ¿De verdad ese tío creía que yo lo quería *a él*? Gimoteé para mis adentros porque se parecía muchísimo a las palabras que Connor usó para «romper» conmigo. Todo era una sarta de gilipolleces, pero no podía evitar pensar que Tanner debía de saberlo. Connor se lo había contado a la gente. Peor aún, les había hecho creer que eso era lo único que yo buscaba, y no debería extrañarme que otro deportista estuviera dispuesto a hacerle el trabajo sucio. Eran todos iguales. Insufribles.

—¿Por qué habré pensado yo que podrías servir para algo? —Mantuve la cabeza gacha, concentrada en el suelo, porque todavía estaba tan furiosa con Tanner que me preocupaba pagarlo con la chica, que a todas luces tenía hoy más problemas que yo. Solo cuando oí unos golpes desesperados y forzados levanté la cabeza de golpe y vi que estaba librando una batalla perdida contra su maleta.

Claro que no era de extrañar, porque la maleta le sacaba dos cabezas. Pero, aunque la pateaba metódicamente, gruñía como si le doliera más a ella que a la propia maleta. No pude evitar observarla fascinada. Con cada golpe que asestaba, el pelo le rebotaba

elegantemente sobre los hombros, haciendo que pareciera que se había peinado solo para ese momento. O eso, o se había echado tanta laca que una pelea con su maleta no iba a impedir que tuviera buen aspecto.

Frustrada hasta el punto de las lágrimas, se dejó caer en el último escalón de cemento y le dio una última patada a la maleta con un maullido de dolor antes de rendirse. —¿Por qué no pueden salirme bien las cosas por una vez?

Enterró la cabeza entre las manos y respiró tan agitadamente que pensé que le estaba dando un infarto.

Me aclaré la garganta para anunciar mi presencia. —Quizá tengas más suerte con el ascensor —señalé, y lo hice solo porque ocupaba tanto espacio en la escalera que me impedía usarla. Ni siquiera después de la humillación de Tanner iba a permitir que se interpusiera en mi objetivo de dar mis diez mil pasos.

Levantó la cabeza de golpe y soltó un fuerte jadeo. Sus enormes ojos verdes se abrieron de par en par, asombrados, al mirarme. Le brillaban como si fueran joyas preciosas y algo en ellos me resultó familiar, pero no estaba segura de qué.

—Oh, lo siento mucho. No te había visto. —Relajó los hombros y se secó rápidamente las mejillas, ocultando cualquier descontento evidente—. Te diría que siento haberle echado la bronca a mi maleta, pero se lo merecía.

Le dio otra patadita a la maleta, que rodó hacia delante y se detuvo a un metro de mí.

—El ascensor suele estar averiado, pero creo que estás de suerte. Todd, el de mantenimiento, se hartó de que me ofreciera a arreglarlo yo misma y, por una vez, hizo su trabajo —gruñí, ajustándome la correa del bolso.

Todd era otro hombre que dudaba de mis capacidades, y ya había tenido suficientes en mi vida.

Sus labios carnosos se afinaron en una sonrisa mientras miraba hacia el pasillo y luego de nuevo hacia mí. —Genial. Gracias por el dato.

Agarró el asa de su maleta y estaba a punto de pasar de largo, pero hice un ruido que la detuvo. —¿Perdona? ¿Has dicho algo?

Maldita sea.

Esperaba salir de este encuentro habiendo sido solo una buena samaritana mientras completaba mis pasos, pero parecía que las palabras de mi madre me habían calado. Estaba intentando ser *agradable* con ella. Algo a lo que no estaba acostumbrada, pero después del encontronazo con Tanner, sentía que necesitaba demostrarle a mi madre y a todos los que me rodeaban que se equivocaban.

—¿Nos conocemos de algo? —pregunté, sin saber qué era lo que me inquietaba de ella. Es que me resultaba muy familiar.

Negó con la cabeza, haciendo que las gafas de sol que llevaba sobre el pelo se tambalearan. Me sorprendió que se hubieran mantenido en su sitio mientras le echaba la bronca a la maleta hasta el olvido. —No. Soy nueva aquí. Hoy es mi primer día. —Levantó la vista con una sonrisa—. Bueno, técnicamente no es mi primer día. Me quedan algunas cosas por hacer con la matrícula, pero, a todos los efectos, es mi primer día.

Otra sonrisa y, Dios mío, esta chica era empalagosamente dulce.

—Eso me ha quedado claro. —Le eché una mirada a su maleta, desconcertada por las abolladuras en el lateral de su carcasa de color morado oscuro. Aunque, a juzgar por su expresión facial, no era eso lo que mi gesto transmitía—. Pero me resultas terriblemente familiar. ¿Fuiste a algún campamento de ciencias o algo así cuando estabas en el instituto?

—¿Un campamento de ciencias? —Soltó un resoplido odioso y miró al cielo—. La única forma de que yo pudiera ir a un campamento de

ciencias es que nos observaran a mi gemelo y a mí para ver nuestras diferencias.

—¿Eres gemela?

—Sí, y creo que me robó todo el talento aprovechable para los dos. —Sonrió, pero pude ver el dolor detrás de su broma autocrítica. Estaba claro que había algo de resentimiento oculto.

—Bueno, si tu gemelo es un chico, entonces no funciona así. —Frunció el ceño, así que se lo expliqué—. Porque sois mellizos, no gemelos idénticos. Básicamente, solo sois un hermano y una hermana que se gestaron al mismo tiempo. Si fuerais idénticos, tampoco funcionaría, porque seríais exactamente iguales hasta en el ADN. —Entonces me paré a pensar un minuto—. A menos que seáis gemelos especulares, claro. Eso ocurre cuando el óvulo se divide más de una semana después de la concepción y los gemelos se desarrollan como una imagen especular el uno del otro.

Hubo un breve instante de silencio mientras la chica me miraba con fascinación, pero luego negó con la cabeza y me tendió la mano. —Por cierto, soy Thea.

Se la estreché y sus pulseras tintinearon con el apretón de manos. —Aster.

—Encantada de conocerte, Aster. —Me dedicó una sonrisa sincera y no pude evitar devolvérsela—. Oficialmente, eres mi primera amiga en la Universidad de Covey.

—¿Amiga?

Asintió con orgullo. —Sí.Por mucho que quisiera ser amable, todavía estaba lidiando internamente con haber abandonado mi sesión de estudio con Tanner, y no pude evitar ponerme de mal humor. —¿No crees que es una palabra un poco fuerte, si te acabo de conocer?

Soltó una risita y frunció las cejas. —¿Es una broma?

—Se suponía que lo era —No lo era, pero le seguí la corriente. Mi madre tenía razón. Necesitaba más aliados —o amigos— en el campus.

—Ah, vale. Te va el sarcasmo. Puedo lidiar con eso. —Asintió, evaluando la situación, cuando lo único que yo quería era largarme y hacer trizas el póster de Tanner que había arrancado antes—. Tenía una amiga en mi antigua universidad que era como tú, solo que ella me daba un rollo más a lo Miércoles. ¿Sabes, la de la serie? —Entrecerró los ojos y soltó una risita porque seguramente adivinó que no me iba mucho la televisión popular—. Bueno, digamos que transmitía esa sensación de que podría matarte con una motosierra en mitad de la noche mientras dormías. —Se rio, recordándolo—. Por suerte, no compartíamos habitación; si no, probablemente hoy no estaría aquí.

—¿De dónde te has trasladado? —cambié de tema, porque era evidente que Thea tendía a irse por las ramas.

—Del Georgia Community College. En gran parte estoy aquí por mi hermano.

—Ah, ¿sí?

Murmuró una respuesta afirmativa antes de decir: —Sí, siempre me está ayudando, y si todo sale bien, podré quedarme.

—Suena de maravilla.

—A que sí, ¿verdad? —Sonrió y asintió sin parar, completamente ajena a mi sarcasmo—. Todavía no sabe que estoy aquí, así que estoy deseando darle una sorpresa. Pero antes de eso, necesito llevar esta maleta a mi habitación, así que, ¿te importaría enseñarme dónde está ese ascensor mágico del que hablas? Tengo otras tres maletas en el coche.

Se me abrieron los ojos como platos por la sorpresa. —Tu compañera de cuarto te va a matar. —Entonces caí en la cuenta. *Mierda.* ¿Sería *mi* nueva compañera de cuarto? No se habían

molestado en asignarme a nadie más después de que la tercera se fuera, y yo estaba contenta con eso. Pero ¿y si solo estaban esperando para meter a Thea conmigo? Seguro que primero tendrían que preguntarme.

Oh, Dios. Qué manera de terminar uno de mis peores días en el campus con diferencia. No solo me habían humillado delante de todo el mundo en la biblioteca, sino que ahora no podría regodearme en mi propia miseria porque ella estaría allí, sonriéndome como un chacal.

—No tengo.

Mis hombros se relajaron con alivio. Estaba siendo muy obvia, pero, para ser sincera, no me importaba. Había tenido un día de mierda, y que se mudara a mi habitación con tres maletas más grandes que todo el cuarto habría sido suficiente para sacarme de mis casillas.

—Elegí una de esas habitaciones diminutas al lado del cuarto del conserje porque quería venir un semestre antes. Dijeron que verían si podían encontrarme otro sitio al empezar el segundo año, pero hasta entonces, al menos tengo un lugar donde dejar mis cosas y dormir.

—Suena sensato. Vamos. —Caminé por el vestíbulo hasta el lado donde estaba escondido el único ascensor, con ella siguiéndome.

—Ah, Aster. Eres mi salvadora —arrulló Thea, juntando las manos en oración e inclinándose ante mí como si yo fuera una especie de santa patrona de los ascensores—. ¿Qué he hecho en la vida para merecerte?

—Solo te he enseñado dónde estaba el ascensor. Los carteles de la pared habrían hecho lo mismo por ti. —Parecía un poco exagerada, pero supongo que era su forma de ser. Cuando el ascensor sonó y se abrió, entramos las dos y mi dedo se quedó suspendido sobre los botones—. ¿Cuál es tu planta?

—La tercera. ¿Y la tuya?

—La tercera. —No era como si pudiera mentir, aunque me apetecía, pero la realidad de hacer amigas comenzaba a calar. Me vería allí a diario, y tendría que ser… agradable.

—¿En serio? Pues seremos superamigas, entonces. —Sonrió, dándome un codazo en el costado.

¿Superamigas?

Dios, ¿estaba mi madre manipulando mi vida de alguna manera en este momento? Quería que tuviera amigas, y justo después de tener la peor experiencia con un estudiante, entraba Thea.

Debía de tener espías.

—Suena genial —sonreí, pero era una sonrisa falsa, esperando verla solo de vez en cuando después de este viaje en ascensor y que, las veces que la viera, estaría demasiado ocupada para saludarla.

—No sé qué te va, pero pensé que a lo mejor querrías venir una noche y pedimos una pizza.

Vale, eso no había funcionado como esperaba.

—Claro. Suena genial —dije arrastrando las palabras, pero no sonaba genial porque yo no estaba hecha para tratar con la gente.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, caminamos juntas por el pasillo. —¿No me digas? ¿Vives en la 315? Yo en la 316.

—¿Qué probabilidades había? —No fingí ningún entusiasmo, pero a Thea pareció gustarle.

—Seguro que estás tan emocionada como yo. —Enarcó las cejas y había un atisbo de diversión en su voz, lo que me hizo preguntarme si estaba al tanto de la broma.

—Estoy encantada.

—Bueno, supongo que llamaré a tu puerta para ver si andas por ahí para lo de la pizza, ¿no?

—Suena perfecto.

Nos despedimos y empecé a prepararme para estudiar por la noche. Reflexioné sobre la interacción con Thea. Era simpática. Quizá hablaba un poco demasiado, pero no había sido borde conmigo y, en cierto modo, diría que era bastante agradable. No como el idiota de Tanner hoy. Me echó un vistazo y me juzgó como si conociera todas mis intenciones, y por eso mismo odiaba a los deportistas. Eran tan engreídos, hasta el punto de ser egocéntricos.

Puse los ojos en blanco e hice todo lo posible por centrarme en mi redacción en lugar de en las ganas que tenía de estrangular a Tanner.



—Aster —canturreó Hazel—. ¿Está… todo bien? —Dejó de juguetear con el bolígrafo y me miró con ojos llenos de lástima.

Justo lo que necesitaba hoy. Más lástima.

Habían pasado tres días desde «el incidente», como me gustaba llamarlo, y si pensaba que mi ruptura con Connor había causado revuelo en el campus, cabrear accidentalmente al mejor *quarterback* que nuestra universidad había visto en diez años era muchísimo peor.

La gente actuaba como si el tipo caminara sobre las aguas. Me escupían. Intentaban ponerme la zancadilla. Incluso recibí una amenaza de muerte bajo mi puerta. Aunque no me asusté. Estaba en una nota de color rosa fucsia, escrita con un bolígrafo rojo de purpurina con su nombre en la parte superior del papel. Baste decir que, si yo desapareciera, la policía sabría que tenía que ir directamente a donde Hillary Pillar para encontrar respuestas. Fuera quien fuese.

—Todo va bien —solté con ironía, escribiendo unos cuantos números sin sentido en mi bloc de notas para que pareciera que estaba

haciendo algo de provecho, cuando en realidad, pensaba en lo mucho que me había costado entrar en la biblioteca hoy.

El que una vez fue mi santuario ahora estaba mancillado por ese idiota de Tanner Joyce, que me había dejado en ridículo delante de todo el alumnado. Bueno, quizá no de *todo* el alumnado, pero sí de los suficientes para que empezaran a correr rumores sobre mí. Como si salir con Connor no me hubiera dado ya suficiente reputación de por sí. Por lo visto, Tanner estaba aún más arriba en el escalafón de los atletas de esta universidad, y eso me estaba haciendo parecer una desesperada.

De algún modo, Tanner y Connor estaban haciendo que me ganara la fama de ser una chica que solo va detrás de los deportistas, y odiaba que la gente pensara que estaba interesada en alguno de ellos.

—¿Estás segura? Porque me he enterado de lo que pasó el otro día.

Claro que se había enterado. Cerré los ojos y respiré hondo, porque el oxígeno era lo único que me impedía perder los estribos por completo. —¿Ah, sí? ¿Qué pasó?

Supuse que, al menos, preguntar me ayudaría a saber cuánto había cambiado la historia por el boca a boca.

—Pues que he oído lo tuyo con Tanner Joyce.

Y ya está. Iba a dejarlo así, sin más, como si yo tuviera que saber a qué se refería.

La miré entrecerrando los ojos y vi cómo se encogía en su asiento. Pobre Hazel. Era una chica tímida que no mataría ni a una mosca, pero estaba claro que creía que éramos lo bastante amigas como para mencionarme todo este asunto. —¿Qué es lo que has oído exactamente?

Esperé a que me contara la historia. Que me había llamado cazacamisetas y me había echado la bronca por llevar una falda

corta, pero al cruzar las piernas, los muslos se me pegaron al asiento, así que puede que tuviera algo de razón con lo del largo.

Aunque no pensaba aceptar ese tipo de comentarios. Me gustaban mis faldas y nadie iba a impedir que me las pusiera.

Hazel se removió un poco en su asiento, y no dejé de fulminarla con la mirada hasta que volvió a hablar. —Supongo que he oído que Tanner te ha dado calabazas. —Su voz se alzó—. Pero ¿sabes qué? Yo no me lo tomaría como algo personal. Se las da a todo el mundo. No solo a ti.

—Mierda. —Fue lo único que pude articular, porque era peor de lo que había pensado. Con razón la gente me había estado rehuyendo por los pasillos hoy. Oficialmente era una cazacamisetas, pero yo no cazaba ninguna camiseta; ellas venían a mí, y ambas me habían quemado como si estuviera cubierta de gasolina. Sabía que debería haberme aferrado a mi regla.

Nada de atletas.

—Mira el lado bueno, creo que la mayoría de la gente ya se ha olvidado de tu escarceo con Connor.

Ahora, en lugar de ser la chica callada que no le importaba a nadie, la gente pensaba en mí como la chica que salió con un jugador de hockey, a la que pusieron los cuernos, y que luego probó suerte con el mejor *quarterback* del país.

Sí, descubrí ese detallito sobre Tanner más tarde esa noche cuando lo busqué en Google. Solo demostraba que era una estrella más grande de lo que había pensado en un principio.

Ah, y tenía unos abdominales que podrían cortar mantequilla caliente. ¿Por qué no me avisó Ralph de que era todo un fenómeno y de que nuestras posibilidades de ganar un campeonato dependían únicamente de él? Probablemente porque sabía que habría dicho que no en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso no es lo que pasó. —Incluso al pronunciar esas palabras, sabía que cambiar la narrativa iba a ser una ardua batalla. Nadie iba a creer a la tutora callada por encima del deportista odioso. Había aprendido por experiencia que no funcionaría. A los tíos siempre se les creía, por muy rocambolescas que fueran sus historias.

—¿Ah, no? —El interés de Hazel se había despertado y, aunque sabía que deberíamos estar trabajando, pensé que explicarle la verdad podría, al menos, crear una historia potencialmente diferente —. Sí. No sé por qué estaba tan cabreado conmigo, pero parecía que pensaba que estaba intentando ligar con él. Y no era así. Solo intentaba encontrarlo para que pudiéramos empezar nuestra sesión de tutoría.

Se sonrojó un poco, porque se sentía avergonzada por mí. Pensaba que estaba mintiendo e inventándome esta historia para guardar las apariencias, pero no tenía ningunas ganas de corregirla. Hacía suficiente tiempo que me conocía como para no tener que dar explicaciones. Debería creerme sin más. —Bueno, me quedan cinco minutos contigo, así que si quieres que te corrija las respuestas, más te vale ser buena conmigo. —Le arrebaté el papel y fui marcando las respuestas correctas mientras ella observaba.

Podía sentir sus ojos sobre mí, pero me negué a hacerle caso. —Sabes, no es para tanto.

—¿El qué no es para tanto? ¿Tus respuestas? Porque, si te soy sincera, podrías mejorar.

—No. —Sacudió la cabeza, molesta—. Que te hayan rechazado dos atletas. —Dejé caer el bolígrafo y la fulminé con la mirada. Ella no dejó de hablar—. Yo no estaría disgustada por ello. O sea, al menos se han fijado en ti. Yo no consigo ni que un chico me dedique una segunda mirada, y mucho menos que me hable. —¿Era Hazel una… cazacamisetas? Arrugó un trozo de papel en la mano—. A no ser que cuentes a Alex. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios ante la sola mención de Alex McDonnell, uno de los compañeros de Connor con mejores resultados y otro estudiante al que acepté a

regañadientes como alumno cuando Connor me lo pidió. Cierto es que era el único atleta que me caía bien, pero tampoco parecía el tipo de chico que se desviviría por un alma cándida como Hazel—. Pero solo me habla porque me conoció el primer día de clase.

Oh, no. ¿Iba a sincerarse conmigo? No necesitaba eso. No cuando solo quedaban cinco minutos. Así que fingí mirar el móvil. —¡Hala! ¿Ya es esa hora? Voy a llegar tarde a clase si no me voy ya. —Era mentira, porque nunca llegaba tarde, pero no quería quedarme aquí a que Hazel analizara nuestras decisiones vitales. No se me daban bien esas cosas.

Mientras guardaba mis cosas, me di cuenta de que Ralph merodeaba cerca de la salida. Sin establecer contacto visual, supe que me estaba esperando y no tenía ninguna duda de que era porque quería hablar. Obviamente, no iba a disculparse, y a estas alturas, me preguntaba si tendría un pacto con Connor para dejarme en ridículo, y no al revés.

Metí lentamente el último libro de texto en mi mochila y miré a ambos lados de la biblioteca. Solo había otras dos salidas, ambas de emergencia, y las dos harían sonar una alarma si intentaba escabullirme por ellas.

Iba a tener que pasar por delante de Ralph, y no era algo que me apeteciera hacer.

Aceptando mi destino, me despedí de Hazel y me dirigí a la puerta con la cabeza gacha, esperando que no se fijara en mí.

—Aster, ¿podemos hablar?

Maldita sea.

Sus pies aparecieron en mi campo de visión, pero todavía no estaba lista para enfrentarme a él.

—Vas a tener que mirarme en algún momento, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

Flexionó las rodillas y me miró desde abajo con una sonrisa. Por fin levanté la barbilla y me encontré cara a cara con uno de los tíos a los que les habría estampado una pizza en la cara. —Aster, siento lo de ayer.

Parecía arrepentido de verdad, pero yo seguía con el instinto de luchar o huir a flor de piel y no estaba dispuesta a quedarme. Así que hui, saliendo de la biblioteca casi a saltitos.

—¿En serio, Aster? ¿Vas a ponerte así? —Al instante ya caminaba a mi lado, porque sus malditas piernas largas y arácnidas me alcanzaron con facilidad.

—No me pongo de ninguna manera. No tienes nada por lo que disculparte.

—¿No?

—Nop. —Marqué bien la «p» y mantuve la barbilla bien alta—. No es culpa tuya. Fui yo quien le dio a un jugador de fútbol americano el beneficio de la duda. Es culpa mía por creer que sería diferente a cualquier otro atleta que me he encontrado en este instituto —repliqué con sarcasmo.

Se rio con indecisión, aunque, pensándolo bien, quizá le subía y bajaba el pecho porque era más ejercicio del que acostumbraba. —No. No. No fue eso lo que pasó. Todo esto es culpa mía y ha sido un malentendido enorme.

—Un malentendido es presentarse por error a una tutoría a la hora equivocada. Un malentendido no es que el tío al que le doy clases crea que soy una rubia tonta y despistada que intenta meterse en sus pantalones —repliqué con una ceja arqueada. Seguía caminando y él seguía pegado a mi lado.

—Eso no fue lo que pasó.

Arrugué la cara, molesta. —Ah, ¿estás seguro? Porque yo sí estaba allí. Tú no.

—Lo sé, pero hablé con Tanner después.

Levanté la mano y su mirada se desvió hacia mis dedos, que le tapaban la boca. —No quiero oír nada más. Llego tarde a clase. Podemos hablar de esto más tarde.

Antes de que pudiera decir nada más, me aparté de su camino y me dirigí directamente al otro lado del campus.

Con las prisas, me di cuenta de que me había dejado un libro en la biblioteca, así que saqué el móvil del bolso y le envié un mensaje a Hazel, con la esperanza de que todavía estuviera allí y pudiera recogérmelo.

Justo cuando le di a enviar, me estrellé contra algo duro.

—Ay... —gemí al perder el equilibrio y casi caer de rodillas. Por suerte, un par de brazos musculosos me sujetaron antes de que pudiera estamparme de cara contra el cemento.

Genial para mi cara, ya que me había quedado a centímetros del suelo, pero no tanto para mi culo. Con el trasero en pompa, notaba el aire frío rozándome las nalgas, lo que solo podía significar una cosa.

Estaba enseñando el tanga por todo el campus.

—Aster, ¿estás bien?

Jodidamente genial.

Esa voz era demasiado familiar y sentí que el cuerpo se me calentaba de la vergüenza, pero no había nada que pudiera hacer en esa posición. Me zafé de su agarre y me negué a mirarlo mientras me sacudía la falda plisada. Si no fueran tan cómodas en los meses de verano, quizá no habría dejado mi culo tan a la vista en este momento.

—Lo siento —dijo Tanner, porque yo seguía ignorando su presencia.

—¿Por qué? —Por fin lo miré. Sí, frustrantemente, seguía siendo tan guapo como el otro día. Bronceado y esculpido, con ese pelo largo parecía un He-Man buenorro, aunque dudaba que supiera quién era. Probablemente estaba demasiado ocupado lanzando una pelota de un lado para otro como para ver series de calidad de los ochenta.

Su mirada se desvió hacia mi falda, y entonces hizo algo que estaba casi segura que le conseguía todo lo que quería. Me dedicó la sonrisa más demoledora que había visto en mi vida.

Dientes perfectos y rectos con labios carnosos. Esa sonrisa hacía difícil seguir enfadada, pero perseveraría.

Tanner levantó la mano como si fuera a tocarme, pero luego la bajó al pensárselo mejor. —Por todo. Por chocar contigo ahora mismo y por tratarte como una mierda el otro día.

Otra vez no. ¿Por qué todo el mundo estaba empeñado en hablar de otro momento bochornoso de mi vida? Le resté importancia con un gesto. —Da igual. Está bien. Ya es agua pasada.

—¿Lo es?

—Sí. Debería haberle dicho que no a Ralph en cuanto me ofreció la oportunidad de darte clases. —Frunció el ceño mientras miraba al suelo y luego a mí—. No somos un buen partido, y eso lo sabía antes de conocerte.

—¿No lo somos?

No me importó que se hubiera ofendido claramente porque, para ser sincera, se lo merecía. No debería haberme hablado de esa manera.

—¿Ah, no? Porque la verdad es que esperaba que pudiéramos fingir que lo del otro día no pasó y empezar de nuevo.

Casi me atraganto con mi propia saliva mientras lo miraba, conmocionada. —¿Perdona, qué? —Debía de haberlo oído mal.

—Me gustaría mucho que me dieras clases, si estuvieras dispuesta a aceptarme.

No tenía ni idea de qué decir. ¿Estaba pasando de verdad? Entonces, ¿a qué demonios vino lo del otro día?

—¿Aster?

Negué con la cabeza y parpadeé varias veces. —Lo siento, es que... bueno, no puedes hablar en serio, ¿no? —Quise reírme, pero cuando el brillo de sus ojos verdes se apagó, casi me sentí mal por haberle chafado el optimismo.

Levantó la cabeza hacia el cielo y dijo: —Sabía que no debería haber dicho nada. —Fue un murmullo, pero lo entendí y no estaba segura de a qué se refería—. Mira. —Sus ojos conectaron con los míos, profundos e intensos. Sentí como si me estuviera mirando el alma y me hormiguearon los dedos de los pies dentro de los tacones—. Siento haber sido un capullo ayer. No era yo mismo. Normalmente no soy tan grosero. Es que pensé que eras otra chica que intentaba el mismo truco conmigo, y me frustré.

—¿Qué truco?

Su labio se curvó en una pequeña sonrisa. —Usar mis clases particulares para conseguir una cita.

Me encogí y dejé escapar un maullido de fastidio. —¿Por qué demonios ibas a pensar que yo intentaría hacer eso?

Se quedó callado un minuto mientras me observaba. Cuando levanté una ceja, instándole a responder, finalmente lo hizo. —Bueno, mírate. Estás cañón.

Solo ese comentario hizo que me entraran ganas de cortarle ese moñito que llevaba en la cabeza. Me estaba reduciendo a mi físico cuando yo dedicaba tanto tiempo a asegurarme de ser más que eso. Solo porque me gustara cuidarme no significaba que estuviera buscando a un hombre como mi billete a la buena vida.

Sonreía ante mi silencio, y me negaba a admitir que tenía su punto sexi.

—Sin embargo, que estés buena es lo de menos —añadió, como si pudiera leerme el pensamiento—. Está claro que eres mucho más que eso, y lo siento. No debería haberte saltado así. No fue mi mejor momento, y de verdad espero que me perdones.

—Si acepto tus disculpas, ¿me dejarás en paz?

Soltó un suspiro y me miró con seriedad. —Ahora que te he conocido, no creo que pueda.

¿Se suponía que eso tenía que sonar como un gruñido grave y sexi? Seguro que no. Solo era su forma de intentar hacerme la pelota. Seguramente habría oído lo fácil que le resultó a Connor engañarme, y me negaba a caer de nuevo en las artimañas de ningún deportista. Eran todos unos mentirosos y unos manipuladores, y me jugaba lo que fuera a que él también querría que le hiciera los deberes.

—¿Alguna vez te funcionan esas frases? —solté con voz inexpresiva, y él se quedó de piedra.

Bien.

Estaba harta de que me molestara gente que quería de mí cosas que yo no estaba dispuesta a dar.

—¿Frases?

Me deslicé a su lado, en dirección al edificio Farrar, y dije: —Adiós, Tanner. Buena suerte encontrando a alguien que te dé clases particulares.

—Aster, espera —me llamó, pero no me di la vuelta—. Por favor. —Su súplica no fue suficiente. Seguí caminando sin más.

CAPÍTULO 5

Aster

Con la bandeja en las manos, me dirigí a mi sitio de siempre en la cafetería para cenar. Tranquilo y apartado, era el lugar perfecto para leer mis novelas y relajarme un poco antes de preparar las tutorías por la noche.

Mientras serpenteaba entre las mesas, me detuve en seco en medio del pasillo, agarrando la bandeja con fuerza porque estaba casi segura de que se me iba a caer. Me temblaban las rodillas y apenas podía respirar. Sentía el corazón aporreándome el pecho cuando vi quién estaba sentado allí.

Connor.

Estaba sentado en mi sitio, regodeándose en la intimidad del rincón mientras Rachel se sentaba en su regazo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja como si fuera más sabroso que los nachos. A él no parecía importarle. Con una sonrisita en la cara, vi cómo le apretaba la cadera y, cuando cruzaron la mirada, la contempló con adoración y orgullo. Siempre había pensado que a mí me miraba así, pero ver esto ahora me lo dejaba claro. Me había utilizado. Demasiado cegada por un chico que me sonreía como para pensar que era raro que estuviera tirando por la borda toda mi moral por él.

La vergüenza me recorrió el cuerpo porque nunca había sido el tipo de chica que va detrás de un tío. Salí con algunos chicos en el instituto y nunca fui a ningún baile. Simplemente, pasé desapercibida sin molestar a nadie. Connor fue el primer chico que pensé que se fijaba en mí de verdad. Decía cosas que nunca pensé

que un chico pudiera sentir por mí, y esa debería haber sido la primera señal de alarma. Que me pidiera que le escribiera unas líneas para uno de sus trabajos debería haber sido la segunda. Pero yo estaba demasiado ansiosa. Demasiado inexperta como para saber la diferencia entre que te utilicen y que le gustes a alguien.

Desde aquí podía oír la estridente carcajada de Rachel. Era tan penetrante que conseguía atravesar todo el ruido y resonar por la sala.

Apreté la mandíbula mientras volvía a mirarlos. Ella jugueteaba con el cuello de la camisa de él mientras la mano de Connor le subía la falda.

Solo podía suponer que Connor lo había hecho a propósito. Sabía que ese era *mi* sitio, porque siempre rechazaba cenar con su equipo en medio de la sala, negándome a ser el centro de atención. Se unió a mí en el rincón un par de veces cuando intentaba ganarse mi favor, pero en cuanto empezamos a salir, todo eso se fue al traste. Había vuelto a estar en el centro de la cafetería, acaparando toda la atención.

Entonces, ¿qué hacía ahora en mi sitio?

No era como si quisiera que volviera con él, porque, para empezar, nunca me quiso. Se sentó ahí porque quería hacerme daño, y vaya si me lo hizo. Mi ego ya había recibido suficientes palos esta semana. No necesitaba que mi ex siguiera con sus jueguecitos. Sobre todo, porque fue él quien rompió conmigo.

—Idiota —susurré para mis adentros, sin dirigirme a nadie en particular.

Miré alrededor de la cafetería para ver si había alguien conocido y suspiré al ver que no. Mamá tenía razón. No tenía amigos. Si ella no estuviera, no tendría a nadie con quien hablar. Siempre me sentaba sola y, aunque así era como me gustaba normalmente, hoy me habría venido muy bien un poco de ayuda.

Por si las cosas no pudieran ir a peor, los ojos de Connor se posaron en mí y sentí que daba un respingo por la sorpresa. No esperaba que se diera cuenta de que estaba allí, ni que me sonriera de esa manera. Uf. Juraría que tenía una sonrisa capaz de hundir flotas, y yo fui lo bastante estúpida como para dejar que casi me hundiera a mí.

Poniendo los ojos en blanco, me di la vuelta antes de dejarme arrastrar a sus juegos. De todas formas, ¿por qué me molestaba? Ya había conseguido lo que necesitaba. Le había subido las notas lo suficiente como para que pudiera volver a jugar. A estas alturas, solo se estaba burlando de mí.

Con mi bandeja, me dirigí directamente a la salida porque era plena hora de la cena y no había otras mesas libres. Al menos si me sentaba fuera, no tendría que aguantar más estupideces de mi ex.

Dejando la bandeja encima de la papelera para tener menos que llevar, sujeté los nachos con fuerza y empujé la barra de metal con la cadera para abrir la puerta al exterior. Por suerte, el sol aún brillaba y no hacía mucha brisa, así que se estaba bien. Elegí una mesa vacía con la sombra justa de los árboles como para seguir sintiendo el calor del sol de vez en cuando, pero sin que me diera directamente, lo que era bueno para mi pálida piel.

Mientras cogía un nacho de mi montón y empezaba a comer, saqué mi libro más reciente y me puse a leer. Me relajé un segundo porque se estaba bien y tranquilo aquí fuera, perfecto para leer la parte más jugosa de mi novela.

Justo cuando llegué a un punto de máxima tensión al final de un capítulo, alguien se dejó caer en el banco de enfrente.

Tenía tantas ganas de levantar la vista y fulminar con la mirada al intruso, pero no quería darle la satisfacción de saber que me había molestado. Así que, en su lugar, pasé la página y me concentré en el capítulo doce como si me fuera la vida en ello.

La persona se movió y me llegó una ráfaga de su colonia amaderada. Así que era un tío. Genial. Lo que me faltaba. Más tíos para juzgarme mientras yo estaba tranquilamente a lo mío.

Tosió, y yo apreté la mandíbula, haciendo todo lo posible por reprimir cualquier signo visible de molestia.Había al menos otros veinte bancos desocupados aquí fuera, ¿y tenía que elegir el mío? ¿Sin preguntar?

Apoyando la barbilla en la mano, me removí en el asiento, intentando por todos los medios no mirarlo, pero su presencia era imponente, como poco, y eso hacía difícil ignorarlo.

—Hoy has vuelto a añadirle a tu conjunto los calcetines hasta la rodilla. ¿Es que intentas matar de gusto a todos los tíos del campus?

—Tanner —espeté con desdén, cerrando el libro de golpe y casi mordiéndome la lengua—. ¿Qué demonios haces aquí?

Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y me miró con aire de suficiencia. No pude evitar darme cuenta de lo bonito que tenía el pelo. Era la primera vez que se lo veía suelto y me sorprendió lo largo que era en realidad. Solo le rozaba los hombros, pero era rubio y liso, y, bueno, sedoso.

Tanner se encogió de hombros, por suerte, ajeno a mis pensamientos descarriados sobre su pelo. Sus ojos recorrieron la mesa y luego volvieron a posarse en mí. —Es que, por mucho que odie admitirlo, esa combinación de falda y calcetines está para morderse el puño de lo buena que está.

Se llevó la mano a la boca, cerró los dedos en un puño apretado y se mordió los nudillos. Estuve muy tentada de meterle ese puño hasta la garganta, porque ese comentario no era ni gracioso ni inteligente. —Sabes, de todas las cosas que he descubierto esta semana sobre nuestro nuevo *quarterback*, no tenía ni idea de que era un gilipollas misógino. Quizá deba avisar al resto del alumnado femenino.

Quitándose la mano de la boca de un tirón, me dedicó una sonrisa.

Me quedé helada, porque si la sonrisa de Connor podía hundir barcos, la de Tanner podía desviar mundos de su eje. Tenía los dientes perfectamente alineados, algo que su mandíbula marcada y sus labios simétricos no hacían más que enfatizar. ¿Acaso una sonrisa seductora era un requisito para ser deportista o algo así?

—Tienes razón. No debería haberlo dicho. Sobre todo, dadas las circunstancias en las que nos conocimos. Lo siento. Está claro que llevo demasiado tiempo viviendo con Aiden Matthews y se me ha olvidado cómo hablar con las mujeres —se rio, negando con la cabeza—. Si mi hermana me viera ahora mismo, me daría un capón por ser tan gilipollas e intentar hacerme el mono. No soy el chico mono. Soy el que se parte el lomo para conseguir lo que quiere.

Me limité a mirarlo fijamente, observando cómo divagaba. Si sus redacciones de Lengua eran así, ya sabía por qué suspendía. —¿Aiden Matthews? Actúas como si debiera saber quién es.

Resopló, su pie rozó el mío por accidente debajo de la mesa y se echó hacia atrás de forma visible, dándome algo de espacio. —Claro que no has oído hablar de él. No te gustan los deportes, ¿verdad?

—Nop —solté, antes de arrastrar el libro por la mesa y meterlo en mi bolso.

—¿Qué lees? —Ahora tenía las manos entrelazadas, pero sus pulgares no paraban de moverse nerviosamente, lo que me hizo preguntarme si seguían haciendo controles antidoping a los deportistas fuera de temporada, porque Tanner actuaba como si fuera puesto hasta las cejas.

Lo fulminé con la mirada, sintiendo que se había convertido en la mosca en la sopa de mi vida. Atrapado donde no debía estar, y no podía sacarlo de allí sin estropearlo todo. Tenía su propia bolsa de comida, la abrió y sacó el burrito más grande que había visto en mi vida. Quise preguntarle cómo podía comerse algo así siendo deportista, pero eso habría implicado tener una conversación con él,

y desde luego no estaba dispuesta a ser agradable. No después de lo mucho que me había humillado.

—Supongo que vas a cenar conmigo, entonces —dije, con un tono tan monótono que sonó borde, pero lo hice a propósito. Esperaba que mi actitud fuera una indirecta lo bastante clara como para que se largara.

Sin mirarme, desenvolvió el papel de aluminio de la parte superior y lo dejó sobre la mesa. —Sip. —Seguía sin mirarme, pero no parecía molesto, y entonces le dio un bocado enorme a su burrito. La lechuga, los frijoles y el arroz se desparramaron de aquella delicia envuelta. Pero eso no le impidió arquear las cejas, intentando claramente sacarme una reacción.

—Sabes que podría hacer que te detuvieran por acoso, ¿no?

—¿Acoso? —Tenía la mejilla izquierda llena de comida mientras cogía una servilleta y se limpiaba las comisuras de los labios—. No te estoy acosando.

Levanté las manos, señalando la mesa. —¿Entonces cómo llamas a esto?

—¿A qué?

—A que te hayas autoinvitado a cenar conmigo.

—No estamos cenando *juntos*. Solo estoy comiéndome mi cena en un banco público, y da la casualidad de que tú estás sentada en el otro lado comiéndote la tuya también.

Resoplé molesta porque estaba siendo exasperantemente insistente. No quería ayudarlo. ¿Por qué no lo entendía? —Pero hay un montón de sitios libres en otras partes para que te sientes.

—Quizá —dijo arrastrando las palabras, y casi sonó como si estuviera gruñendo. Sacudí la cabeza para desechar esa idea, porque, por supuesto, no estaba gruñendo. Era el personaje del libro que estaba leyendo, no Tanner.

—Y, aun así, has elegido sentarte aquí.

—Me gusta la vista. —Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo, y no estuve segura de si quería comerse aquel burrito de aspecto delicioso o a mí.

—Eres exasperante.

—Y tú eres la persona más intrigante que he conocido aquí.

No supe qué responder a eso, así que no lo hice. Simplemente bajé la cabeza y me concentré en mis nachos, evitando los jalapeños como si fueran la peste. Ignorarlo durante los primeros minutos fue fácil, pero entonces empezó a masticar cada vez más y más fuerte, haciendo que fuera difícil concentrarse en otra cosa que no fuera él. Levanté la barbilla de golpe y lo miré fijamente. —¿Hay alguna razón por la que insistes en molestarme?

Dejó caer el burrito por la sorpresa, antes de sacudirse las manos y luego limpiárselas con la servilleta que tenía a su lado. Tenía un trocito de lechuga pegado a la comisura de los labios, pero me negué a decírselo. Era una cabrona rencorosa, y como él había permitido que todo el mundo se riera de mí el otro día, estaba más que encantada de devolvérsela un poco.

—Porque no has aceptado mis disculpas.

—Quizá porque no hay nada por lo que disculparse. —Ambos sabíamos que sí lo había, pero, sinceramente, no quería hablar más del tema. Había llegado a un punto en el que ser humillada por deportistas se había convertido en algo habitual, y no estaba dispuesta a dejar que se repitiera otra temporada.

—Si eso es verdad, ¿entonces por qué no quieres darme clases particulares?

—Fácil. Porque no tengo por qué hacerlo. —Negué con la cabeza y resoplé con fastidio antes de mirar por encima de su hombro. Ojalá no lo hubiera hecho porque, mira por dónde, Connor estaba saliendo de la cafetería con el brazo sobre los hombros de Rachel. ¿Cuántas

veces tenían que restregarme por la cara que Rachel era mejor que yo en todos los sentidos?

—¿Por qué los deportistas sois tan arrogantes? —le pregunté al aire, sabiendo perfectamente que no me respondería, y luego volví a mirar a Tanner—. Que no tengas nada por lo que disculparte no significa que yo tenga que ponerme mágicamente de rodillas por ti y hacer lo que quieras con un chasquido de dedos. —Chasqueé los dedos para enfatizarlo, y él simplemente se rio. Fue una risa cálida y gutural que me recorrió hasta los dedos de los pies.

—Eres exasperante, ¿lo sabías? —Seguía sonriendo, y a mí se me seguían encogiendo los dedos de los pies.

—Esa es una de las cosas más amables que me han llamado aquí. —Y, desde luego, era mejor que *desesperada cazadora de camisetas*, que era a lo que me había acostumbrado en los últimos meses.

Cuando volvió a mirarme, había un levísimo atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios, pero lo disimuló rápidamente. —Supongo que tu negativa es mi castigo por todas las veces que rechacé a esas chicas en la biblioteca. Ahora, la chica cuya ayuda necesito de verdad no quiere saber nada de mí, y todo porque pagué mi frustración con ella al creer estúpidamente que una chica como ella estaría interesada en un deportista como yo.

A esas alturas, se había convertido en una bandera roja andante, soltando todos esos cumplidos. Por desgracia para él, ya los había oído todos con Connor, y no pensaba picar esta vez.

—Al menos te he enseñado una lección valiosa.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—No juzgues a un libro por su portada.

Sus ojos volvieron a bajar hacia la mesa, y me removí en el asiento, sintiendo casi como si pudiera ver mis piernas cruzadas por debajo. —¿Y si la portada está muy buena? —bromeó.

Chasqueé la lengua contra los dientes en un intento de ocultar la sonrisa que amenazaba con aparecer en mis labios. Me fastidiaba y, por alguna razón, disfrutaba de nuestro pique. —Lo que cuenta sigue siendo el interior.

—¿Es por eso que no compartes lo que hay dentro de tu libro? Porque el torso desnudo de la portada sugiere que estás leyendo una novela erótica.

—¿Por qué no me sorprende que un tío como tú no lo pille?

Levantó las manos y se recostó en la silla, dejando que ese burrito absolutamente delicioso se enfriara. —Oye, como ya te he dicho. Te has hecho una idea completamente equivocada de mí. Parece que crees que soy una especie de deportista ligón, pero no lo soy. —Le lancé una mirada incrédula—. No lo soy. Ni siquiera he tenido una cita desde que empecé en la Universidad de Covey, y eso que he tenido más proposiciones de las que puedo contar.

—Eso no significa nada.

—¿Hay algo que pueda hacer o decir para que cambies de opinión sobre mí?

Fruncí los labios, fingiendo pensar durante unos segundos antes de decir: —Pues no. —Luego cogí un nacho del cuenco y me lo comí con el crujido más descarado y sonoro que me sorprendería que no lo hubieran oído al otro lado del estado.

Su sonrisita se borró y su cara se transformó en un ceño fruncido. Se estaba molestando conmigo. Bien. Quería que dejara de suplicarme. —¿Por qué no?

Me reí un poco más alto de lo necesario. —¿Lo dices en serio? ¿Es la primera vez en tu vida que oyes un «no»?

—Haré cualquier cosa que me pidas. —No pudo ocultar la desesperación en su voz y, justo cuando mi conciencia empezaba a inclinarse por sentir lástima por él, me recordé rápidamente lo avergonzada que me había hecho pasar la última semana—. Joder, si

con eso consiguiera que me ayudaras, hasta correría desnudo por el campus llevando solo la manopla.

Fruncí el ceño. —¿Robando tradiciones de los jugadores de hockey para ganar puntos conmigo? Sí, no va a funcionar. Lo siento. Mi cupo está lleno —dije, y él dejó caer los hombros mientras se cubría la cara y soltaba un gruñido ahogado antes de golpear la mesa con frustración. Puse los ojos en blanco ante su dramatismo. Había otros tutores en esta universidad que lo aceptarían de buen grado, así que no entendía por qué estaba tan empeñado en estudiar conmigo.

Mientras guardaba mis cosas, le oí murmurar algo, pero no pude descifrarlo, así que decidí ignorarlo. Con los codos apoyados en la mesa de pícnic, se pasó las manos por el pelo y tiró de los mechones sueltos mientras se miraba el regazo. Seguía hablando solo, así que lo saqué de su miseria.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—Eres mi única esperanza. —Fue apenas un susurro, pero su tono caló en mí—. He intentado todo lo demás para mantener mis notas. He estudiado durante horas y horas, pero no se me queda nada. Tenía un tutor, Derek, que empezó a ayudarme, pero se fue tan rápido que no creo que aprovechara del todo sus consejos. Solo necesito a alguien que me ayude a entender las palabras y los conceptos.

Había dejado de guardar mis cosas cuando empezó su discurso porque, por primera vez desde que lo conocí, sentí lástima por él. Parecía que Ralph le había hecho la puñeta, pero Ralph me las hacía a mí todo el tiempo y yo no tenía por qué estar siempre arreglando sus desastres.

—Estoy segura de que hay muchos otros tutores que querrían trabajar contigo. No me necesitas.

—*Sí* que te necesito.

—Bueno, pues yo necesito mantenerme alejada de los deportistas. Solo me causan problemas.

Arrugó la cara. —¿De qué estás hablando?

No debería haber dicho nada. —No importa —le espeté, cogiendo mi bolso y pasando una pierna por encima del banco.

—No, espera. Creo que sí importa. —Su voz se había animado y me señaló con un dedo—. Sabes, Ralph mencionó algo el otro día sobre ti, y ahora me estás metiendo en el mismo saco que a todos los deportistas ligones.

—Por favor. No te estoy metiendo en ningún saco. Lo has hecho tú solito.

—Y ya me he disculpado varias veces. Así que dime, ¿qué es lo que tanto odias de los deportistas?

Mientras sacaba la otra pierna de debajo del banco, me puse de pie y lo miré desde arriba. —Esto —dije deliberadamente. Él enarcó una ceja, esperando a que me explicara—. La arrogancia. El sentimiento de tener derecho a todo. La creencia de que el mundo debería detenerse y todo el mundo debería atenderos solo porque tenéis la suerte de tener una beca. —Apoyé las palmas de las manos en la mesa y me incliné—. No necesito ayudarte y no tienes nada que yo quiera.

—Si es por dinero, te pagaré encantado.

—No.

—¿Y entradas para los partidos? ¿Quieres?

—Creía haberlo dejado claro. Los deportes me importan una mierda.

—¿Un coche? Te daré un coche.

—Ya te lo he dicho, no tienes nada que yo quiera y, por muy fascinante que sea esta conversación, tengo cosas que hacer. —No me molesté en mirar atrás mientras caminaba directa a mi

residencia, porque podía sentir sus ojos sobre mí. Sabía que observaba cada uno de mis pasos con atención, y no me importaba. Me había jurado a mí misma que nunca lo ayudaría después de que me avergonzara. En lugar de eso, le añadí un contoneo descarado a mi forma de andar, por divertirme.

CAPÍTULO 6

Tanner

Me costó la vida abrir los ojos y mirar la pantalla. Cada vez que creía haber reunido el valor suficiente, me echaba atrás. Era como si los tuviera pegados con pegamento. Estaba siendo estúpido. Ya conocía mi destino y quedarme aquí sentado casi una hora entera con los ojos cerrados no iba a cambiar nada.

Oí pasos apagados al otro lado de la puerta: mis compañeros de piso se preparaban para nuestra sesión de gimnasio de las seis. Joder. Si ya estaban levantados, significaba que llevaba aquí sentado *más* de una hora, alargando mi suplicio.

A la mierda.

Solté todo el aire. Ya era un hombrecito. Si podía lanzar un balón con precisión mientras tíos que me doblaban en tamaño intentaban placarme, podía soportar esto. Solo era una pantalla con mis notas. ¿Qué tan malo podía ser?

Abrí los ojos.

Principios de Marketing 10100 - C

Introducción a la Estadística 10100 - D

Introducción a la Literatura Inglesa 10100 - D

Introducción a la Investigación de Mercados 10120 - C

Introducción al Marketing Deportivo 10130 - B

Introducción a la Economía 10100 - F

Joder. Iba bien hasta esa última nota. ¿Un suspenso en Economía? ¿Cómo he podido suspender de una forma tan espectacular? La describían como una de las asignaturas más básicas que ofrecía la universidad y, sin embargo, ahí estaba yo, suspendiéndola.

¿Qué tan malo tienes que ser para sacar un suspenso? ¿Acerté algo siquiera?

Apreté los puños, haciendo todo lo posible por mantener la calma porque, aunque me estaba matando a trabajar, no servía de nada para mejorar mis notas. ¿Cómo es que a los demás les resultaba tan fácil? No pude evitar pensar en la guapa pelirroja que se había negado a ayudarme. Mi única oportunidad de redención me odiaba a muerte. Y todo porque pensé que era demasiado guapa para ser lista. Era como una broma pesada.

Echándome hacia atrás en la silla, me mordí el labio inferior, usando el dolor para que mi mente se centrara en cualquier cosa que no fuera volver a mi pequeño pueblo de Georgia y presentarme como un fracasado. La gente esperaba algo de mí. Se suponía que mi talento estaba destinado a sacarme de allí, pero daba igual lo lejos que pudiera lanzar un balón. La Universidad de Covey me echaría a la puta calle si no conseguía apañármelas con Economía.

Mierda.

Estaba jodido. Lo sabía antes de abrir los ojos y comprobarlo, pero ahora, por primera vez desde que jugué el campeonato nacional del instituto, podía sentir la sangre bombeando por mis venas, latiendo como un tambor, porque no tenía ningún plan para salir de esta.

Abatido, me pasé una mano por el pelo y miré por la ventana antes de desviar rápidamente la vista hacia el escritorio. Por desgracia para mí, la novia de Devin Walker, el anterior inquilino de esta habitación, vivía justo en frente, y nuestras ventanas estaban lo bastante cerca como para poder hablar si alguna vez nos apetecía. Cosa que no hacíamos. Devin tendría algo que decir al respecto, y prefería no buscarme problemas con él. Los visillos estaban abiertos

y, en el breve instante que miré, pude ver a Reign sentada en su escritorio, escribiendo una redacción con una sonrisita en los labios.

Para ella era fácil estar contenta. Su novio era uno de los mejores defensas de la NFL y estaba tan obsesionado con ella que yo estaba convencido de que se casarían en cuanto se graduara. Qué coño, sabía a ciencia cierta que Devin se casaría con ella ahora mismo si pudiera. El tío estaba tan coladito por ella que no me extrañaría que hubiera puesto una cámara en mi habitación para asegurarse de que no me acercaba.

El arrepentimiento me recorrió las venas al pensar en el legado que Devin había dejado. ¿Cómo demonios lo había conseguido? Nadie esperaba que llegara tan lejos. Era un buen defensa, pero no el mejor. Los entrenadores le dijeron que tendría suerte si lo elegían en la segunda o tercera ronda del *draft*, pero, por un giro del destino, fue seleccionado en la primera ronda por los Charlotte Crossbills. Y habían tomado una buena decisión con él. Estaba ahí fuera, petándolo con su contrato de novato. Solo sentía respeto y admiración por ese tío y por lo duro que había trabajado para que se lo tomaran en serio como elección de primera ronda.

Sin embargo, eso no hacía más que poner de relieve mi situación. Llevaba varios años siendo el *quarterback* universitario más esperado porque un vídeo mío lanzando un balón a noventa yardas se hizo viral. Me gustaría decir que fue una casualidad y que solo ocurrió una vez, pero no fue así. Me había ganado esa atención con trabajo duro y dedicación, pero nadie iba a verlo si seguía chupando banquillo.

Y, ahora mismo, no veía ninguna salida. Pronto no sería nadie. Solo un vago recuerdo o un *quarterback* que no era lo bastante listo para llegar a la NFL. Quizá debería haberme dedicado al béisbol. Así podría haber pasado a las Grandes Ligas directamente desde el instituto y no tendría que preocuparme por mi rendimiento académico.

¡Joder!

Apoyé la mano en el ratón y lo apreté con fuerza, porque no podía montar un numerito sin que mis compañeros de piso me oyeran. Si oían algo, sabía que entrarían a preguntarme qué me pasaba. No, gracias. Prefería dejar un legado de gente que pensara que era más tonto que una piedra a abrir la boca y demostrarlo.

¿Por qué la Universidad de Covey tenía que estar tan obsesionada con las notas?

¿Por qué no me fui a una de esas otras universidades donde no exigían una nota media mínima para jugar?

¿Por qué Aster no podía, simplemente, ayudarme?

Cerré los ojos y me froté los párpados con los dedos, apretando con fuerza porque intentaba ignorar el constante golpeteo que venía de la habitación de Aiden. Habría instalado paredes insonorizadas, pero eso no parecía detener la vibración de la cama al chocar contra ellas, lo que era una putada para mí, porque él parecía sentir la necesidad de follar con su novia casi cada hora.

De brazos cruzados, refunfuñé para mis adentros mientras miraba mis notas, intentando olvidar que mi compañero de piso estaba echando un polvo en la habitación de al lado. Seguro que Aiden nunca había tenido que preocuparse por las notas. A él se lo daban todo en bandeja de plata. El tío tenía tanto que a veces ni se daba cuenta. Dinero, una novia cañón, un negocio multimillonario del que hacerse cargo. ¡Si era el dueño de la puta casa en la que estaba sentado, joder! Podía hacer lo que le salía de los cojones y aun así era mejor quarterback que al menos el diez por ciento de los quarterbacks en activo de la NFL, pero le daba igual. El fútbol americano no le importaba. Lo dejaría en cuanto se graduara, y no podía evitar sentir algo de envidia, porque debía de ser raro poder rechazar una oportunidad como entrar en el draft cuando hay tantísima gente compitiendo por que la tengan en cuenta.

Golpe tras golpe, los porrazos se volvieron tan agresivos que la pantalla de mi ordenador empezó a temblar. ¿Es que no se habían

explorado el cuerpo lo suficiente la noche anterior? Me desperté en mitad de la noche tras un sueño agitado, pensando que de alguna manera había tirado los dados y había acabado atrapado en Jumanji. Por desgracia, solo estaba en mi habitación, escuchando a mi casero darle matraca a mi vecina de al lado. Cada golpe sordo me recordaba que era otra cosa más en la que había fracasado durante mi estancia aquí.

Ligar.

No es que estuviera del todo interesado en tener novia, ni que quisiera ese cuento de hadas de Devin, pero algo no habría estado mal. Solo que no con una de esas que van a la caza de deportistas, porque me presionarían para que saliera del banquillo por los motivos equivocados.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Los golpes sacudieron mi puerta y me sentí como si me estuvieran atacando. —¡Eh, T! ¡Hora de entrenar! —gritó Matty, uno de mis compañeros de piso, desde el otro lado de la puerta—. ¿Vienes?

Me quedé mirando la pantalla del ordenador, agradecido de que no pudiera verme la cara ni la evidente forma en que puse los ojos en blanco ante su pregunta. Eran las seis de la mañana. Había planeado mirar mis notas a las cinco para no sentirme tan aletargado y hecho una mierda antes de ir, pero no pudo ser. En lugar de eso, me pasé toda la hora regodeándome en mi propia autocompasión. Algo que no admitiría fuera de estas cuatro paredes.

Con la ropa de entrenar puesta, estaba listo para salir, pero una vez allí, ¿me rechazaría el entrenador? ¿Me apartaría el equipo al otro lado del gimnasio, el reservado para los no deportistas, porque eso era lo que yo era ahora, verdad? Un deportista inútil y acabado.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

—T, ¿estás despierto? —meneó la puerta, pero la había cerrado con llave siguiendo el sabio consejo de Devin. Al parecer, esta habitación

se utilizaba para hacer bromas, y me dijo que la única forma de mantenerla a salvo era tenerla siempre cerrada.

—Estoy despierto —dije por fin, esperando que la gruesa madera que nos separaba ahogara cualquier atisbo de incertidumbre en mi voz.

Debería ir, pero si lo hacía, el entrenador me iba a cantar las cuarenta delante de todo el mundo. Ya me lo imaginaba. Su gordo dedo de salchicha meneándose delante de mi cara mientras sus mejillas adquirían un tono rojo intenso reservado solo para mí. Me aterrorizaba tener que hablar con él sobre el hecho de que era casi seguro que tendría que ir a clases de verano, lo que reduciría mis horas de entrenamiento.

Pero mientras estaba ahí sentado, repasando la conversación en mi cabeza, me di cuenta de que tenía el potencial para cambiarlo. Claro, había agotado todas mis opciones, pero no podía aceptar sin más que estaba suspendiendo y que tendría que dejar la universidad. Necesitaba hacer algo más que eso.

Necesitaba hacer algo diferente. Necesitaba convencer a Aster de que merecía la pena ayudarme. Le gustara o no.

Cerré la tapa del portátil, cogí la mochila y grité: —¡Matty! — mientras me dirigía a la puerta.

Para cuando la abrí, mi amigo de pelo alborotado estaba al otro lado con su habitual sonrisa embobada. —Vaya, no creo que nunca te hayas alegrado tanto de verme a las seis de la mañana —bromeó—. ¿Qué bicho te ha picado?

Pasé por su lado, cerré mi puerta con llave y dije: —Nada. Es solo que… —Consideré mentir, pero ¿qué sentido tenía? Todo el mundo sabía que estaba suspendiendo. Era el secreto peor guardado del campus, sobre todo porque el hecho de no jugar lo hacía evidente.

—Oh, no. Por favor, ¿no me digas que has vuelto a verle el culo a Aiden en pelotas? —hizo una mueca, mirando en la dirección

opuesta—. Sé que esta mañana estaba dándole duro, pero pensaba que al menos mantenía esas cosas en el dormitorio.

—Por suerte, no he visto nada esta mañana.

—Aun así, no sé cómo lo aguantas, noche tras noche. Al menos, cuando Devin tenía esa habitación, Aiden era más propenso a llevarse a sus conquistas al jardín para poder exhibirlas. Ahora, apenas sale de ese cuarto —señaló la puerta de al lado.

—Tienes que ignorarlo —me di un golpecito en la sien—. Es una demostración de poder, un juego mental. Si le das demasiadas vueltas, te volverás loco, así que tienes que bloquearlo.

Era más fácil decirlo que hacerlo cuando el tío era el quejica más ruidoso que había oído en mi vida, pero me las había apañado.

—Gracias por el consejo —se estremeció—. Pero no creo que sea el tipo de recuerdo que pueda bloquear sin que vuelva para atormentarme cuando tenga ochenta años. ¿Te imaginas morir del susto al recordarlo?

—No pasaré de este semestre si no subo mis notas.

—Vaya, casi tan dramático como Aiden.

—Matty, ¿conoces a una chica llamada Aster Paige?

Eso pareció despertar su interés, y su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una sonrisa socarrona. Nunca le había preguntado por chicas, y la única vez que en la casa pensaron que estaba interesado en alguien fue a principios de año, cuando estaba ayudando a Hayden a volver a casa.

Pero no lo entendían. Hayden era mi amiga. Cuando la conocí, lo único que vi fue a una chica asustada y rota que necesitaba protección, y quise ayudarla. ¿Habría salido con ella si hubiera pensado que estaba interesada? Sí, claro, pero después de verla con Aiden, mi compañero de piso, juntos, supe que eso no iba a pasar.

—¿Aster Paige? ¿Aster Paige? ¿Aster Paige? —repitió su nombre varias veces más y miró al techo como si eso le ayudara a recordar —. ¡Ah! —aulló sorprendido—. ¿Aster Paige, la chica de la biblioteca?

—¿La chica de la biblioteca? —El apodo me confundió porque, aunque sí, siempre estaba en la biblioteca, no creía que esa fuera su característica principal. Su aspecto excepcional y su carácter explosivo eran lo que siempre me venía a la mente.

—Sí —dijo, pasándose una mano por la cara—. Ya sabes —continuó, arrastrando las palabras como si me estuviera contando un chiste—. Es la chica que siempre está en la biblioteca, y que viste como una bibliotecaria superbuena de Pornhub. Durante meses, cuando estaba allí arreglando algunos de los ordenadores, pensé que era una empleada que se rebelaba contra el código de vestimenta. Tenía estas pequeñas fantasías de ella subiéndose la falda por los pasillos y saliendo contoneándose con una sonrisita de suficiencia en la cara.

—¿Has estado fantaseando con ella? —pregunté, apretando la mandíbula. *No lo mates. O si lo matas, al menos entérate primero de toda la historia.*

Soltó el aire. —No estoy seguro de conocer a mucha gente que no se haya hecho preguntas sobre la tía buena y callada que solo se ve en la biblioteca. Es como una broma cruel para los deportistas que no nos pasamos todo el tiempo trabajando en la biblioteca.

Matty sonrió, recordándome lo diferente que era del resto de mis compañeros de equipo. Ser el chutador del equipo significaba que no estaba mucho tiempo en el campo, pero cuando lo estaba, tenía la mayor presión. De él dependía marcar puntos, y para hacer un trabajo como ese, tenías que tener nervios de acero. Era analítico y un genio con los ordenadores, lo que, según él, le ayudaba a calcular el mejor ángulo para chutar el balón.

Siendo sincero, su interpretación de cómo jugar era demasiado analítica para mí, pero me alegraba de que le funcionara. Yo llevaba el fútbol en la sangre. No necesitaba que la ciencia y los análisis me

lo dijeran. Simplemente lanzaba el balón cuando me parecía correcto, y eso parecía funcionar.

—¿Por qué preguntas por ella?

Sí, Tanner. ¿Por qué preguntabas?

Sabía perfectamente por qué, pero no estaba seguro de si debía revelarle todo mi plan a Matty, por si acaso no llegaba a ninguna parte.

—No es nada. Olvídalo. —Di por zanjada la conversación y me dirigí a las escaleras. Matty, sin embargo, tenía otros planes. Me agarró del gancho de la mochila, obligándome a volver a mirarlo.

Con una amplia sonrisa y un brillo de picardía en los ojos, dijo:

—No. No es un «olvídalo» —meneó la cabeza, devolviéndome las palabras con un canturreo burlón—. Está claro que tenías una pregunta sobre ella, y estoy más que dispuesto a contarte todo lo que sé. Si necesitas más, también estoy dispuesto a hacerle una investigación de antecedentes completa.

—NO le hagas una investigación de antecedentes a la chica. Por favor.

—No lo haré si me dices por qué preguntabas por ella en primer lugar.

—Vale. ¿Sabes de alguien a quien le haya dado clases particulares?

Negó con la cabeza, todavía algo confundido por todo el asunto. —No. Según tengo entendido, solo acepta a estudiantes sin beca, lo que descarta a la mayoría del equipo de fútbol. —Entrecerró los ojos y me señaló—. De hecho, ¿sabes qué? Creo que salió con ese idiota del equipo de hockey. ¿Cómo se llama? —Se estrujó los sesos, pronunciando algunas variaciones antes de dar con el nombre—. ¡Ah, sí! Connor. Ese era. Es el que lleva ese corte a lo salmonete horrible con sus iniciales grabadas en el lateral.

—¿Por qué alguien haría eso?

Matty se encogió de hombros. —No lo sé, pero he oído que las novatadas en el equipo de hockey son una locura. Podría haber tenido algo que ver con eso. Su padre es entrenador del equipo y la única razón por la que le permitieron entrar. El tío no sabe distinguir un disco de una pelota de béisbol ni en sus mejores días.

Connor. El nombre me daba vueltas en la cabeza, porque nunca pensé que Aster, de entre todas las personas, saldría con un deportista. Parecía empeñada en demostrar que la población femenina podía vivir sin hombres... lo cual, con toda honestidad, probablemente fuera cierto; solo que no sería tan divertido.

—¿Estás intentando que te dé clases particulares?

—¿Cómo lo has adivinado? —dije sarcásticamente mientras ambos bajábamos las escaleras.

—Porque he oído que es la mejor, y a juzgar por las palabras del entrenador anoche, vas a necesitar toda la ayuda que puedas conseguir. Es una maga. Una verdadera Ginny Weasley, vaya. Conozco a algunos que estaban a punto de que los echaran de la universidad, pero ella los encarriló en menos de un semestre.

Levanté una ceja. —¿Se supone que debo saber quién es Ginny Weasley?

Negó con la cabeza, incrédulo. —¿Cómo conseguiste entrar en la universidad?

Lo miré fijamente. —Puedo lanzar un balón más lejos que casi nadie en el país a nivel universitario.

—Menuda confianza para un tío que ha estado a la sombra de Aiden este último año.

—¿Lo es? Porque, básicamente, estoy admitiendo que no soy lo bastante listo para estar aquí.

Me dio una palmada en la espalda, ofreciéndome una débil sonrisa de consuelo. —¿Por eso preguntabas por Aster? ¿Porque de alguna

manera la has convencido para que te dé clases?

—Ojalá —resoplé—. Se suponía que iba a darme clases, pero la cagué del todo. Ahora, ni siquiera me mira si no es con desprecio.

—Ah, seguro que puedes cambiar eso. Todo lo que tienes que hacer es convencerla.

—Porque es así de fácil. Intenté hablar con ella ayer, pero solo la cabreé más.

Matty entrecerró los ojos. —¿Qué hiciste? ¿La acosaste? Por favor, dime que no la seguiste como hiciste con Hayden.

—Nunca seguí a Hayden. —Defenderme de la acusación era inútil porque a los chicos les gustaba reírse de que yo tenía la manía de asegurarme de que las chicas llegaran a casa sanas y salvas. Lo entenderían si tuvieran hermanas, pero ninguno la tenía—. Y no acosé a Aster. Simplemente, entendí las cosas al revés y me lancé como un perro demasiado entusiasta.

Matty frunció los labios, moviéndolos de un lado a otro. —Ajá, ¿todavía quieres que te dé clases?

—Más que nada.

—Entonces te sugiero una táctica diferente. Conócela. Averigua qué le interesa antes de presionarla para que trabaje contigo. Por lo poco que sé de Aster, parece el tipo de chica que, una vez que se decide por algo, es muy difícil convencerla de lo contrario.

—Ni que me lo digas —mascullé—. Es terca como una mula.

—Exacto. Así que, como te decía, ve poco a poco, deja que piense que estás interesado en *ella*, no solo en lo que puedes sacar de ella.

—No estoy intentando acostarme con ella —dije con el ceño fruncido, porque sí, estaba buena como el infierno, pero yo estaba centrado en el premio de permanecer en el equipo de fútbol, no en mojar el churro.

Matty ya no pudo ocultar la sonrisa. Me señaló con el dedo y negó con la cabeza. —¿Estás seguro? Porque esa historia ya me la conozco.

—No, en serio. Solo necesito su ayuda para aprobar. Nada más.

—Vale. Pues entonces háblale como a una amiga. Como haces con Hayden, Reign y Britt.

—Sí, vale.

—Bueno, eso antes de que intentaras meterte en los pantalones de Hayden. —Se echó a reír a carcajadas y corrió hacia la puerta antes de que yo pudiera replicar—. Hayden me gustaba y, en cierto modo, Aster me recordaba a ella. Por el pelo rojo y los labios carnosos, pero ahí se acababa el parecido. Hayden era ruidosamente insegura, mientras que Aster era todo lo contrario. Tenía una chulería que podía rivalizar con la de Aiden y un descaro que me daba ganas de buscarle las cosquillas.

Pero buscarle las cosquillas no era una opción en ese momento. Necesitaba *camelármela* y, por lo visto, obligarla a cenar conmigo la noche anterior no había sido la mejor manera de hacerlo.

—¿Vienes? —preguntó Matty, asomando la cabeza por la puerta principal—. Vas a llegar tarde a la bronca del entrenador si no te das prisa.

Quise reírme, porque si le pasara a cualquier otro que no fuera yo, podría tener su gracia. El entrenador iba a gritar tan fuerte que podría reventarle la vena de la frente, y yo no sabía muy bien qué se suponía que debía hacer al respecto.

A la mierda.

Seguí a Matty y al resto de mis compañeros hasta la puerta y acepté mi destino.



Apoyado contra el edificio, me quedé mirando el enorme suspenso de mi trabajo de Márquetin Deportivo, porque si no había tenido suficiente con la reprimenda del entrenador sobre mis notas, encima me había restregado esto por la cara. La única asignatura en la que tenía una media de notable, y ahora esa nota bajaría. Normal que el entrenador no tuviera ninguna esperanza en mí. Yo tampoco la tendría.

Estaba fracasando estrepitosamente, y ahora ya no era un *deseo* de conseguir la ayuda de Aster. Era una *necesidad*, y haría cualquier cosa que ella quisiera solo para que me ayudara.

Cuando oí abrirse las puertas del edificio, mi cabeza se giró bruscamente, como había estado haciendo cada vez que la puerta chirriaba durante la última hora. Cada vez había sido otra persona. Pero, finalmente, mi paciencia tuvo su recompensa.

Por fin.

Y Aster no decepcionó. Con una falda corta, amarilla y marrón, casi salía por la puerta saltando de alegría. No se había dado cuenta de que estaba apoyado contra el edificio, lo que probablemente era bueno, ya que hoy ya me habían llamado acosador una vez y no quería que volviera a pasar.

Con la nariz apuntando al cielo, Aster caminó por delante de mí, sujetando el portátil con una mano y el bolso con la otra. A todos los efectos, parecía despreocupada, relajada y feliz de camino a clase. No me cabía la menor duda de que era el tipo de chica a la que le ponía ir a clase mientras el resto de nosotros lo temíamos. Tenía una pasión por aprender de la que yo quería beneficiarme, si tan solo me dejara.

Olvida esa idea. Si quería que me ayudara, tenía que *creer* que me ayudaría, e iba a hacer todo lo posible por llamar su atención.

—¡Aster! —la llamé, y en el instante en que oyó mi voz, se quedó quieta. Noté que sopesaba la idea de echar a correr, pero sus tacones eran demasiado altos y, por muy lista que fuera, estaba casi

seguro de que carecía de la coordinación necesaria para correr lo bastante rápido con esos zapatos como para escapar de un *quarterback*.

Por suerte, sabía que yo ganaría, y se giró lentamente sobre sus talones antes de inclinar la cabeza y mirarme con la misma expresión de aburrimiento que me dedicó ayer cuando la molesté en la cafetería. Vale, admito que estaba siendo un poco insistente, pero es que necesitaba esta victoria.

—Tanner —gruñó, mirando alrededor del silencioso campus. Todavía estaba un poco oscuro, ya que solo eran las siete y media, y apenas ninguno de nuestros compañeros había salido aún de la cama. Pero ahí estaba yo, totalmente vestido y deseando aprender de ella—. ¿Qué haces aquí? —La evidente molestia en su voz era notoria, pero iba a fingir que no la oía.

—¿No es obvio? —Di unos pasos en su dirección, abriendo las manos en un gesto amistoso. Ella se limitó a devolverme una mirada de desdén—. He venido a hablar contigo.

Soltó una risa de fastidio antes de negar con la cabeza. —¿Has venido a mi residencia y has esperado fuera a que saliera porque querías hablar conmigo?

—Sí.

Me miró durante un rato que me pareció más largo de lo necesario, pero la dejé que lo asimilara. Quizá cuando se diera cuenta de lo desesperado que estaba por su ayuda, me daría un respiro.

—¿Hay algún problema con eso?

Apretando los libros contra su pecho, cerró los ojos y soltó otro bufido. Estaba harta, pero mal sabía ella que yo no había hecho más que empezar.

Cuando abrió los ojos, me miró como si acabara de soltar un gran secreto. Me removí inquieto, porque no tenía ni idea de lo que esperaba que dijera.

—Tanner —empezó, pronunciando la palabra muy lentamente—. ¿Cómo sabías que vivía aquí?

Joder. La había cagado sin querer, ¿no? Tal como dijo Matty. No debía acosarla, pero tampoco podía mentir, así que estaba entre la espada y la pared. —Yo, eh, puede que te siguiera a casa anoche. —Me encogí porque podría haberlo expresado mucho mejor, pero cuando ella me miraba, sentía que era un detector de mentiras andante, y sabía que si intentaba decir algo que no fuera la verdad, recibiría la misma mirada cortante de antes.

Abrió mucho los ojos, pero no dijo nada durante unos segundos, lo cual fue sorprendente. La chica siempre parecía tener algo en la cabeza. —Aprecio la honestidad, Tanner. Por lo tanto, espero que seas igual de honesto cuando te haga la siguiente pregunta.

Asintiendo, esperé, porque me estaba hablando, que ya era más que ayer. —¿Me estás acosando? —Lo preguntó con tanta calma y naturalidad que pensé que debía de estar acostumbrada a este tipo de cosas.

—¿Acosando? —«¿Por qué me ha salido con un tono tan agudo?». —No. No —negué con la cabeza y levanté el papel que llevaba en la mano, plantándoselo delante de la cara. Luego lo agité en el aire un par de veces, por si no había visto el enorme suspenso garabateado en él—. Estoy aquí porque he suspendido otro examen. Ayer te seguí por el campus porque era de noche e ibas sola a casa. Tengo una hermana —hice una pausa porque… ¿de verdad iba a contarle lo que le pasó? No. Puede que quisiera la ayuda de Aster, pero la privacidad de mi hermana seguía siendo importante—. Yo, eh…, es que no me gusta ver a la gente volver sola a casa.

Enarcó una ceja y sus hombros se sacudieron un poco con esa actitud altiva que tenía.

—Gente, o sea, chicas.

Esbocé una pequeña sonrisa, porque había algo en su carácter arisco que me gustaba. No solo era lista. Era descarada y sabía lo

que valía.

—No tiene por qué ser una chica, pero parecías especialmente vulnerable con esa falda —mi mirada se desvió hacia la falda más sexi, o quizá la segunda más sexi, que le había visto. Joder, sí que le iban las faldas de tablas, y a mí me encantaba. Esta se le había subido mucho por el muslo porque la mochila le tiraba de la tela. Pero no lo mencioné por miedo a que pensara que no solo era un acosador, sino también un baboso.

Miró a ambos lados, a los terrenos vacíos, como si eso fuera a reforzar su argumento.

—Sabes que el campus es seguro, ¿verdad? Hago ese camino todo el tiempo por la noche después de mis clases de la tarde.

Me encogí de hombros. Ojalá no hubiera mencionado eso, porque, sin que ella lo supiera, ese pequeño dato iba a tenerme con el alma en vilo el resto del mes. Después de todo lo que pasó con Thea, quería estar ahí para proteger a los demás, pero cuando lo intenté con Hayden, acabé haciendo el ridículo. Tenía que aceptar que no podía ser la persona que salvara a todo el mundo todo el tiempo. Aunque eso no significaba que no quisiera hacerlo.

—Ojalá no me hubieras dicho eso —dije con un suspiro.

Ella puso los ojos en blanco, completamente indiferente a mi instinto protector.

—¿Adónde vas? —le pregunté, intentando parecer un poco sereno cuando, en realidad, estaba a punto de ponerme de rodillas y suplicarle que me ayudara. Me eché el pelo mojado por encima del hombro y no pude evitar darme cuenta de que observaba cómo el agua empapaba mi camiseta. Le tembló un ojo, y estaba bastante seguro de que odiaba mi pelo, pero, aun así, los mechones sueltos le parecían fascinantes.

—Al edificio Farrar. Tengo Química Avanzada en unos diez minutos — intentó pasar por mi lado, pero no funcionó. Simplemente giré sobre

mis talones y mantuve el paso, caminando a su lado.

—¿Química Avanzada? —dije sorprendido. Sabía que esta chica era lista, pero no me había dado cuenta de que era una lumbrera—. ¿Qué estudias?

—No importa —replicó, levantando la barbilla—. Si me quedo aquí hablando de ello, voy a llegar tarde.

Y allá se fue otra vez, casi esprintando solo para alejarse de mí. Por suerte, yo tenía razón con lo de los zapatos. La estaban frenando y me facilitaban alcanzarla.

—Qué casualidad. Resulta que yo también voy para allá.

—¿De verdad? Porque, sin ofender, no pareces el tipo de chico que trabajaría en el departamento de ciencias. De hecho, si no recuerdo mal tus clases, probablemente te pega más el Edificio Stephenson de Empresariales.

Así que me había investigado lo suficiente como para saber que estudiaba Márketing Deportivo, pero el hecho de que lo recordara me sorprendió un poco.

—Tienes razón. No lo soy. El edificio Farrar está justo al lado del gimnasio.

Sus ojos recorrieron mi cara antes de decir:

—Pero tienes el pelo mojado. ¿No acabas de venir de allí? —entrecerró los ojos y echó a andar, acelerando el paso porque creía que podría dejarme atrás.

—Muy perspicaz —digo, esbozando una sonrisa—. Pero estoy mucho por allí. Tengo que hacer una sesión de pesas en una hora.

Puso los ojos en blanco y murmuró algo por lo bajo sobre músculos y atletas. No lo oí, pero sabía que era algo relacionado con que éramos unos cabeza-huecas.

Aster se detuvo tan bruscamente que casi me caigo encima de ella. Por suerte, pude convertir esa posible caída en un paso de baile lateral.

—¿Qué quieres, Tanner?

—Necesito tu ayuda.

—Y ya te dije que no.

Levanté las manos.

—Lo sé, y lo respeto totalmente.

—No, está claro que no. Si lo hicieras, no estarías aquí suplicando otra oportunidad. No sé qué es más irritante. Que no puedas aceptar la decisión de alguien, o que pienses que vas a poder hacerme cambiar de opinión.

—Pero…

Antes de que pudiera terminar la frase, salió disparada, pisando fuerte por el campus como si no tuviera ni idea de que sus zapatos hacían un ruido metálico terrible al caminar.

—Vale, puede que haya algo de verdad en lo que dices, pero he estado pensando.

—Parece que eso es algo nuevo para ti.

Entrecerré los ojos y solté una risa forzada.

—Pensé que tú y yo podríamos llegar a un acuerdo que hiciera que esto mereciera la pena para ti.

—¿Un acuerdo? —ralentizó el paso, pero sabía que era porque estaba lista para soltar alguna respuesta ingeniosa que sin duda me cabrearía—. Eso implicaría que tú tuvieras algo que yo quisiera —sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo como si fuera lo único que tenía que ofrecer. Joder, si con eso conseguía que me diera clases particulares, le ofrecería cualquier cosa a estas alturas. Comerle el coño, darle múltiples orgasmos… lo que quisiera, estaría

más que dispuesto a ayudarla. Cuando sus ojos se posaron en mi pelo, contuvo una sonrisa de desconcierto. La hacía parecer mona—. Y no tienes nada que yo quiera.

Bueno, por suerte, solo la tenía a medio empalmar antes de ese comentario, lo que hizo mucho más fácil ocultar la decepción.

Mi pasmo ante el comentario le dio tiempo suficiente para girar sobre sus talones y marcharse pavoneándose como una bailarina engreída. Si creía que ese era el final de la conversación, se equivocaba.

—Te pagaré —grité antes de igualar su ritmo de nuevo—. Lo que quieras. Me da igual si en la mayoría de los países se consideraría extorsión. Necesito ayuda —negué con la cabeza, dándome cuenta de que sonaba desesperado—. Retiro eso. Necesito *tu* ayuda y haré lo que haga falta para conseguirla.

—Lo siento, Tanner. Estoy ocupada —si fuera cualquier otra persona, probablemente pensaría que estaba siendo sincera, pero sabía que Aster sentía una fuerte aversión por los atletas, así que probablemente le estaba encantando tener a uno pendiente de cada una de sus palabras, desesperado por que le dijera qué hacer.

—No es solo por mí —me encogí de vergüenza y eché la cabeza hacia atrás con un gemido. Sabía que quizá me estaba abriendo demasiado, pero tenía que decirlo de todas formas—. Es por mi hermana. —Aminoró el paso, lo que me pareció un buen comienzo —. Necesita venir aquí, y la única forma que tengo de asegurarle una plaza es no fracasar yo antes. Tengo que sacarla de la universidad en la que está. No es el lugar adecuado para ella.

—Vaya, Tanner. —No había compasión en su voz, ni un ápice de lástima—. ¿Intentas darme pena porque el soborno y las súplicas no han funcionado? —Negó con la cabeza. El moñito que llevaba en lo alto se movió con ella—. ¿Y qué será lo siguiente? ¿Venderme tu cuerpo?

Guardé silencio, porque sí. Esa era mi siguiente baza.

—Eres todo un caso, ¿verdad? —Se mordió el labio inferior como si se estuviera conteniendo para no decir algo. Conociéndola, no tardaría en soltarlo. Parecía el tipo de chica a la que le gustaba cobrarse la venganza.

—Bueno, los ojeadores de la NFL desde luego lo creen —repliqué, intentando bromear, pero su rostro se ensombreció de inmediato y no tardé en darme cuenta de que había metido la pata.

—Quiero dejar una cosa clara. No voy a ayudarte nunca. —El veneno con el que escupió las palabras me sorprendió porque era una reacción más fuerte de las que solía provocar en la gente. Yo era el chico callado al que solo le gustaba escuchar música *country* y jugar al fútbol americano, pero por la forma en que me fulminaba con la mirada, cualquiera diría que yo era Aiden Matthews y que la había dejado tirada después de un rollo de una noche—. No te bastó con burlarte de mi ropa.

—No me estaba burlando. La estaba admirando.

De nuevo, había dicho lo que no debía. Sus labios apretados se curvaron en un gesto de disgusto.

—Justo después me llamaste zorra.

Fruncí el ceño, intentando recordar cada una de las conversaciones que habíamos tenido, pero no recordaba que la palabra «zorra» hubiera salido de mi boca en ningún momento. —No te he llamado zorra en mi vida. Jamás diría algo así de una mujer.

—¿Ah, no? —bufó con desdén, dando un paso hacia mí. Se miró la punta de los pies y luego me clavó los ojos—. Porque llamar a alguien «cazafortunas» es prácticamente lo mismo.

¿Cazafortunas?

—Eso fue cuando creía que solo estabas utilizando las clases particulares como una oportunidad para salir conmigo.

—¿Te das cuenta de lo arrogante que suenas? —resopló, molesta, y se apretó el portátil contra el pecho—. Si no eres capaz de entender eso, entonces no puedo ayudarte de todos modos.

—Mira, lo siento. No lo dije con esa intención. Si hubiera sabido que eras la mejor tutora del planeta, habría forrado la biblioteca con libros de oro y habría hecho una reverencia a tu entrada. Eres lo que necesito. Estaba harto de que la gente me hiciera perder el tiempo, y ahora estoy perdiendo más tiempo intentando convencerte de que no soy el malo que crees que soy. Lo único que quiero es trabajar duro y dar a mi familia grandes oportunidades. Si no encuentro al tutor adecuado, no tendré forma de hacer nada de eso.

No había confesado todo aquello para hacerla cambiar de opinión, pero pareció dudar un momento cuando terminé mi perorata, y sentí que, metafóricamente, me había bajado los pantalones. No solo le había hablado de mi hermana, sino que prácticamente había admitido que me sentía como un fracasado y que ella era mi última esperanza.

—Lo siento. Tengo que irme.

Y ahí estaba. Ni siquiera abrirle mi corazón había sido suficiente para ablandar el suyo. La había fastidiado de verdad, y quizá era hora de admitir la derrota.

CAPÍTULO 7

Aster

Mientras cruzaba el campus a toda prisa, me obligué a no mirar atrás para no darle pie a Tanner a que me siguiera. ¿Cómo diablos se suponía que iba a responder a eso? Le había faltado ponerse de rodillas para *suplicarme* que lo ayudara y, aun así, no había sido capaz de decir que sí.

¿Estaba siendo mezquina?

Claro, hubo algunos rumores y bromas sobre mí intentando liarme con varios atletas después de la que montó en la biblioteca, pero ya casi todo el mundo lo había olvidado. Bueno, la parte de Tanner. Todavía quedaban algunos murmullos de fastidio por la situación de Connor, pero intenté aplacarlos todo lo que pude.

Miré por encima del hombro para comprobar si Tanner seguía detrás de mí. Cuando no vi su pelazo —sí, era un pelazo por muy irritante que fuera él—, respiré aliviada. Quizá por fin había captado el mensaje.

Mis pasos se ralentizaron al entrar en el patio central porque oí la carcajada más fuerte y desagradable resonando entre las paredes. Por desgracia, supe casi al instante a quién pertenecía y contuve la respiración como si eso pudiera hacerme invisible.

Rachel Hardman.

La chica a la que me esforzaba por evitar porque a mi madre le encantaría que nos hiciéramos íntimas para que yo pudiera entrar en su hermandad sin problemas. Rachel tenía la llave y llevaba

restregándomela por la cara desde primer año. Solo que a mí nunca me habían entrado ganas de cogerla.

No había hablado con ella desde que la encontré sentada en el regazo de Connor en una fiesta hacía un mes, y no pensaba hablar con ella ahora. Tenía a dos amigas de la hermandad a cada lado, pero no tenía ni idea de quiénes eran. Por lo tanto, para mí siempre serían conocidas como Tweedle Dee y Tweedle Dumb.

Miré alrededor del jardín cerrado, intentando averiguar si había alguna forma de cambiar de dirección o de pasar a hurtadillas sin que me vieran. Por desgracia, esta parte del patio estaba rodeada de setos y muros. Tampoco podía volver por donde había venido, porque correría el riesgo de toparme con Tanner de nuevo, y no soportaba verlo suplicar.

Por lo tanto, no tenía más opción que pasar por delante de ellas.

Pues vale.

Agaché la cabeza, maldiciéndome por llevar un moño hoy, porque me resultaba imposible taparme la cara. Mientras pasaba de puntillas junto a las chicas, Rachel hablaba tan alto y de forma tan animada que estaba casi segura de que me iba a librar.

—Aster —arrulló Rachel, agitando la mano en el aire para llamar mi atención, aunque su voz sonaba tan fuerte como la sirena de un barco y yo estaba a solo unos metros de ella.

Me detuve, inspiré hondo y me puse una sonrisa ancha y falsa, sabiendo que bastaría para engañarla. —Rachel —dije con voz lánguida, esforzándome por igualar su tono empalagoso.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Llego tarde a clase —mentí, utilizando la misma excusa que con Tanner, pero era una de esas mentiras piadosas. Ya sabes, de las que te impiden estrangular a alguien. De ese tipo de mentiras. La odiaba, pero cuando se inclinó, hice lo que más detestaba. La abracé y nos dimos un par de besos falsos al aire en las mejillas.

¿Qué narices estaba haciendo?

Toda la interacción era falsa y patética, pero tenía que ser amable con mis posibles hermanas de hermandad por el bien de mi madre. No importaba lo reacia que fuera a convertirme en su hermana en ningún sentido, necesitaba al menos intentar ir a ese estúpido baile.

Rachel se apartó, echándose su pelo perfectamente liso por encima del hombro, y entrecerró los ojos. —¿Hace tiempo que no te veo por aquí. ¿Dónde te has metido?

Me quedé helada. Luego tragué saliva y volví a mirarla. No podía estar preguntándome eso en serio, ¿verdad? La última vez que la vi fue hacía un par de días, sentada en el regazo de Connor como si fuera el puñetero Papá Noel en la cafetería.

Mis puños se estaban cerrando, y lo único que me impedía estrangularla era el dolor de mis uñas hincándose en mi piel. —He estado ocupada, sin más. —Era otra de esas mentiras para salvar a los demás, pero, de nuevo, era lo mejor.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro y bajó la mirada para examinar mi atuendo. Por el mínimo arqueo de su labio, supe que mi falda no le impresionaba, pero me daba igual. Me gustaba cómo vestía, aunque al resto del campus no.

—Así que... —dijo con voz arrastrada—. He oído que quieres unirte. —O Tweedle Dee o Tweedle Dumb se rio tontamente. No me molesté en mirar para averiguar cuál.

Solté un suspiro, sintiéndome un tanto decepcionada por haber dejado que la conversación llegara tan lejos. Debería haber dicho simplemente que estaba ocupada y haber corrido en dirección contraria. —Sí —suspire—. Me apuntó mi madre. —Admitirlo era vergonzoso, pero para ellas tendría más sentido, ya que yo no era exactamente el tipo de chica Alpha Delta Theta. Simplemente, mi madre resultó ser su presidenta cuando estudió en la Universidad de Covey, lo que significaba que se me consideraba un legado y, técnicamente, tenía la entrada garantizada si de verdad quería

formar parte de su «hermandad». Joder, *deberían* besarme los pies solo por mi genética, pero con Rachel como presidenta actual, tendría suerte si conseguía meter un pie dentro. No es que quisiera. Ese lugar era un nido de víboras, ya que todas apoyarían a Connor y Rachel. La Barbie y el Ken perfectos. Perdón, que me dan arcadas.

—Bueno, ¿no es una noticia fantástica? —Su tono de voz era elevado, como si estuviera hablando con una niña—. Siempre nos encantará que se nos una un legado. Sabes que eso significa que tienes que venir al baile dentro de dos semanas, ¿verdad? —Sacó la cadera y se mordió el labio inferior en un gesto de desafío—. La invitación debería llegarte por correo.

—Si tengo que ir —dije entre dientes, pero Rachel no estaba prestando la suficiente atención para oírlo, o no le importaba, al parecer—, allí estaré.

—Oh, va a ser superdivertido. También viene la fraternidad de Connor. —Genial, por si esto no pudiera empeorar aún más, de alguna manera había aceptado ir a una fiesta con la fraternidad de Connor.

Manteniendo la compostura, dije: —Suena muy divertido. —Pero no lo era. Sonaba como la peor noche de mi vida, y una de la que no podía librarme.

—Avísame si no recibes los detalles. Puedo decirle a Taylor que te los envíe. —Señaló a una de las chicas que estaban detrás de ella, creo que era Tweedle Dee, pero, de nuevo, no había prestado demasiada atención. Me limité a asentir con la cabeza y a sonreírle.

—Genial.

—Ah, y otra cosa —dijo Rachel. Tenía los labios, perfectos y en forma de corazón, fruncidos y esta vez supe que contenía una sonrisita burlona. Miró a sus amigas como si supieran lo que iba a decir y, cuando se giró de nuevo hacia mí, añadió—: Tendrás que traer pareja. —Miró el espacio vacío a mi lado como si yo debiera pasearme con un novio como si fuera un accesorio—. Ah, es verdad.

—Su voz se había vuelto venenosa y volvió a soltar aquella risotada repelente—. A ese lo tengo yo.

Me quedé con la boca abierta, incapaz de articular palabra.

¿Acababa de decir eso esa *zorra*? Creía que estábamos teniendo una conversación civilizada y de repente va y me echa un jarro de agua fría.

Menuda zorra.

Pero lo peor de todo era que no supe qué contestarle. Nada. No se me ocurría nada porque estaba demasiado atónita para creer que se atreviera a llegar a tanto.

Mi instinto de lucha o huida se estaba apoderando de mí y los dedos de los pies me bailaban en los zapatos, listos para salir corriendo.

Pero no podía moverme porque, de repente, un brazo pesado se posó sobre mis hombros.

—Eh, A. Te he estado buscando por todas partes. Llegas tarde.

Por si el momento no podía ser más humillante para mí, mi acosador me había encontrado de algún modo y estaba actuando como si fuéramos amigos delante de la que ahora era mi archienemiga.

—¿Tanner? —soltó Rachel con voz ahogada por la sorpresa y nos miró a ambos con incredulidad—. ¿Qué haces aquí? —Dio un paso al frente e inclinó la barbilla. Su voz había bajado unas diez octavas y tenía un tono ronco que no le había oído nunca. ¿Era casi… coqueto?

Con una sonrisa más falsa que la de una candidata a Miss Universo, fulminé a Tanner con la mirada.

—Sí, *Tanner*. ¿Qué haces tú aquí? —Le di un empujón con el hombro para poder mirarlo mejor. En realidad, solo quería una excusa para pisarle el pie con el tacón. Si le dolió, no lo demostró. Su cuerpo apenas se movió mientras su fuerte brazo me mantenía sujeta.

Rachel nos señaló con el dedo a los dos.

—¿No sabía que os conocíais? —Su pequeño cerebro intentaba encontrarle sentido a la situación, pero no había ningún contexto en el que pudiera tenerlo. Tanner era un jugador de fútbol americano alto y delgado al que le gustaba llevar cintas en el pelo y recogérselo en un moño. Yo, en cambio, era una pelirroja menuda a la que le gustaban las faldas de tablas y la astronomía. No encajábamos. No había ninguna necesidad de que nos habláramos, pero el hecho de que pudiéramos hacerlo estaba haciendo que a Rachel le explotara su diminuto cerebro.

—Pues sí —dijo Tanner arrastrando las palabras, sin darme tiempo a responderle yo misma—. Bueno, por fin he conseguido una buena tutora. —Enfatizó la última palabra para que lo captara, y me contuve de poner los ojos en blanco, porque si toda la atención se centraba en él, entonces no se centraba en mí, y eso significaba que se hablaría menos de que me uniera a su hermandad—. Rectifico. No es buena. Es fantástica.

Miré a Tanner y le lancé una mirada que esperaba que transmitiera un «*corta el rollo*». No quería que se diera cuenta de la mentira, porque intentar explicar lo que Tanner estaba haciendo parecía ridículo.

Rachel echó la cabeza hacia atrás y soltó otra de esas estúpidas risotadas.

—Bueno, eso lo explica. —Sus dos compinches se rieron a su lado, y una pequeña parte de mí quiso acurrucarse junto a Tanner y desaparecer de la vista porque estaba harta de que la gente se percatara de mi existencia. Echaba de menos los días antes de conocer a Connor, cuando a nadie le importaba quién era yo ni tenía una opinión sobre mí en ningún sentido.

—¿Explica el qué? —preguntó Tanner, fulminándola con la mirada.

—Por qué pasas el rato con ella. —El asco en su voz era tan espeso que sentí a Tanner removerse a mi lado. Rachel me odiaba, y la

única razón que se me ocurría era porque estaba enfadada de que yo fuera un legado y ella tuviera que abrirse camino hasta la cima de la hermandad. Yo no lo quería, así que no entendía por qué todo su odio se dirigía hacia mí.

Tanner se rio entre dientes y se me cayó el alma a los pies porque se estaba riendo de mí. No es que le hubiera dado ninguna razón para ser amable, pero que se riera con mi archienemiga fue como una patada en los dientes.

—¿Estás segura? —No estaba segura de si veía visiones, pero Tanner miró a Rachel con dureza, centrándose en su cara. Ella dejó de reír y su sonrisa se convirtió rápidamente en un ceño fruncido—. Porque llevo detrás de Aster desde el semestre pasado, pero es demasiado lista para su propio bien y no me hace ni caso. —Cuando me miró, me guiñó un ojo y me apretó el hombro—. Demasiado ocupada, al parecer. A lo mejor, cuando por fin saque ese sobresaliente en Marketing Deportivo, me dejará que la invite a salir para celebrarlo.

La reacción de Rachel no tuvo precio. Nos miró a ambos; su boca intentaba ahora sonreír, pero por desgracia le salía una mueca y el ojo le temblaba tan descontroladamente que era difícil apartar la vista.

Yo, por otro lado, no sabía qué hacer, así que le pasé el brazo por la cintura y le pellizqué el torso, esperando que eso le transmitiera mi fastidio por haberse metido donde no le llamaban.

—Entonces, ¿eso significa que, si Aster se une a la hermandad, serás tú quien la acompañe al baile?

¿Baile? ¿Quién era yo? ¿Cenicienta? Creía que solo era una cena con baile. No pensaba que tendría que vestirme como un pastelito para pasar el rato con gente que no soportaba.

Tanner soltó una risita. Fue cálida y grave, y pude sentirla vibrar por todo mi cuerpo debido a nuestra proximidad.

—Si me deja.

Algo pasó entre Rachel y Tanner, y supuse que tenía que ver con que tenían un historial. Su cuello estaba rojo y con manchas que le subían lentamente hasta las mejillas.

—Bueno, pues es genial. —Sonó tan falso como me sentía yo—. Supongo que os veré por ahí, entonces.

—Pues claro que sí. —Las palabras salieron de su boca con tanta confianza que decidí pellizcarlo otra vez. Rachel se estremeció, miró a sus amigas y retrocedió. Nunca pensé que sería tan fácil deshacerse de ella.

Tanner y yo permanecimos pegados hasta que Rachel y su pandilla cruzaron las puertas del patio. Solo después de darme cuenta de que no había moros en la costa, me aparté de él de un empujón y le di una palmada en el pecho.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Tranquilo y sereno, Tanner se limitó a mirarme porque mi golpe no le hizo absolutamente nada. Sonrió ante mi intento de hacerle daño y luego se apartó el pelo rubio de la cara. Vale, nunca me habían gustado los chicos con el pelo largo, pero los rasgos marcados de Tanner hacían que le quedara bien. Incluso aunque llevara una cinta que parecía que le cubría una calva.

Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada, esperando una explicación.

—Guau. ¿Seguro que no eres mi profesora? Porque estás a un zapateo de ser todo lo que siempre quise que fuera la señorita Huxley.

Me descrucé de brazos rápidamente y apreté los labios en un intento por mantener la calma. Cerré los ojos y respiré hondo. —¿Tanner? Por favor, ¿puedes explicarme por qué has hecho eso?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa socarrona. —¿Sabes? Para ser un genio, te confundes sorprendentemente a menudo. Pero

como lo has pedido por las buenas, lo que he hecho ha sido salvarte tu precioso culito.

Apreté la mandíbula; mis dedos se clavaron en la piel de mis brazos. ¿Creía que me estaba salvando? Qué idiota. Acababa de empeorar las cosas mil veces más y ni siquiera se daba cuenta. —Mi culo no necesitaba que lo salvaran, muchas gracias.

—¿Estás segura de eso? —Miró por encima de mi cabeza y luego sus ojos azul verdoso se posaron en mí. Sentí un chispazo recorrerme el cuerpo, pero supuse que era la adrenalina de reprimir todos mis intentos de matarlo—. Porque antes de acercarme a ti, parecía que estabas a un segundo de partirle la cara.

—Qué curioso que lo digas, porque estoy a un segundo de partirte la cara *a ti*. Además, no habría sido nada que no se mereciera.

Su sonrisa se desvaneció e irguió los hombros. —¿Qué te ha hecho Rachel?

—No es algo de lo que quiera hablar. Sobre todo contigo. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Giré sobre mis talones y empecé a alejarme, pero como un perrito faldero, Tanner me siguió.

—Te ha hecho algo, ¿verdad? —preguntó, poniéndose a mi lado.

—Me he ido. ¿No has captado la indirecta de que no quería hablar contigo?

—Sí, pero *yo* quería hablar contigo. Así que dime, ¿qué te ha hecho?

Puse los ojos en blanco. —Me ha quitado algo que era mío. —Lo dejé como una amenaza velada, porque Connor en realidad no era mío. Estaba claro que nunca lo había sido, pero que Rachel me restregara por la cara que podía quitármelo con facilidad me dolía más de lo que me gustaría admitir. Igual que en la casa de la hermandad, Rachel estaba viviendo la vida que mi madre deseaba

para mí. Apreté el paso, caminando tan rápido como pude, y me sorprendió haberme alejado tanto de él como lo hice.

—Aster, espera. Tengo una propuesta para ti.

Miré al cielo y cerré los ojos. ¿Qué había hecho yo para merecer que toda esta gente me molestara? En mi tarde libre, nada menos.

—Deja que te lleve al baile.

—¿Te refieres a ese al que te has autoinvitado?

—Exacto. Me alegro de que lo veas. Me necesitas.

—No te *necesito*. Seguro que puedo encontrar a otro que me lleve. —Demonios, Ralph sería mi pareja si fuera necesario, porque todavía me debía una.

—Sí, pero llevar a cualquier otro que no sea yo no sería un «que te jodan» tan grande para Rachel.

—¿Por qué le molestaría que hablara contigo?

—Porque la rechacé hace una semana, y no sé tú, pero creo que ya es hora de que a esa chica se le bajen los humos. Se cree la hostia, ¿a que sí?

Tardé más de lo normal en procesar sus palabras, y lo achaqué al hecho de que tenía el cerebro un poco frito por todas las conversaciones insulsas del día. Pero cuando por fin lo asimilé, lo miré con el ceño fruncido. —¿Espera, qué? Te pidió salir. ¿Cuándo?

Me dedicó una sonrisa ladeada que parecía casi vergonzosa. —No con esas palabras, pero esa era su intención. Antes de que te insultara como mi tutora, ella intentó darme clases particulares. Me dijo que podía enseñarme un par de cosillas.

Cerré los ojos, sintiendo vergüenza ajena porque, por si no fuera suficiente con haberla visto ya liándose con Connor, ahora me la estaba imaginando liándose con Tanner, y me daban ganas de

vomitar. —Demasiada. Información. —Levanté la mano, intentando que mi cerebro detuviera las imágenes, sin suerte, por supuesto.

Si estaba saliendo con Connor, ¿por qué intentaba ligarse a Tanner? ¿Y por qué me importaba? No me importaba. Podía hacer lo que le diera la gana, siempre y cuando no me implicara a mí.

—No te preocupes. No dejé que me tocara. Aunque me di cuenta de que me estaba desnudando con la mirada.

Dije con una mueca de desprecio: —¿Tú sabes cuándo tienes que callarte?

Se encogió de hombros. —Está claro que no. Por eso necesito una tutora. Enséñame y yo te ayudaré. ¿Qué me dices? —Extendió la mano y, al inspeccionarla de cerca, vi que era más una zarpa que una mano, con cortes y pequeñas tiritas enrolladas en dos dedos. Parecían unas manos trabajadoras y fuertes que podrían cubrirme toda la cara y asfixiarme si quisieran.

—Odio los tratos. —No era un no, pero casi. Por muy tentador que sonara llevar a Tanner al baile y matar dos pájaros de un tiro —fastidiar a Rachel *y* complacer a mi madre—, no quería ayudar a Tanner, por una cuestión de principios a estas alturas.

Soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás como si acabara de contar el chiste más gracioso del planeta. Parecía que, incluso cuando estaba de capa caída, el chico seguía rezumando optimismo. —Y yo odio suspender, así que tenemos algo en común.

—No. No lo tenemos. —Su persistencia era admirable y, para ser sincera, no estaba segura de por qué seguía hablando con él, pero lo hacía.

—Mira. Nos necesitamos. Deja que te ayude y tú podrás ayudarme. —Yo permanecía en silencio, pero seguía de pie a su lado—. Venga, ¿de verdad quieres ir a ese baile con alguien que no sea yo? Te dejaré elegir mi esmoquin. Incluso te compraré un vestido nuevo.

Con los ojos entornados, lo fulminé con la mirada. —Esas cosas no me importan.

—¿No? Pero parece que esta hermandad sí te importa.

La sonrisa excesivamente entusiasta de mi madre me vino a la mente, porque tenía razón. Sí que me importaba, pero solo porque lo hacía por un sentimiento de culpa.

—No lo sé. —Moví los labios de un lado a otro, molesta por estar admitiendo, casi sin oponer resistencia, que me estaba ablandando.

Abrió las manos y levantó la barbilla hacia el cielo. —Todo lo que te pido es que me utilices, Aster. Por favor. Deja que te lleve a ese baile y fastidiemos a todos los presentes.

¿A todos los presentes? Entonces caí en la cuenta. Connor también estaría allí. Oh, qué delicioso sería ver su cara si me veía con Tanner. Sabía a ciencia cierta que él había intentado entrar en el equipo de fútbol americano, pero no tenía ningún familiar que lo ayudara, así que tuvo que conformarse con el banquillo de hockey. Aparecer con el quarterback estrella sería la patada en los dientes que estaba esperando darle.

Los dedos de Tanner danzaban delante de mí, y cuanto más los miraba, más rápido los movía. Los agitaba delante de mí, incitándome a aceptar.

—Vale. —En cuanto le tendí la mano, su rostro se iluminó con una sonrisa odiosamente preciosa. Mi mano se deslizó en la suya con facilidad y, cuando me rodeó la palma con los dedos, sentí como si no fuera a soltarme nunca.

Sus ásperos callos me arañaron la mano durante el apretón, y sentí como si estuviera haciendo un pacto con el diablo. Solo que él era demasiado dulce para ser malvado. De modo que solo me quedaba una conclusión. *Yo* debía de ser el demonio en esta historia.

—¿En serio? —resopló, incrédulo—. ¿En serio vas a ayudarme?

—Te estoy estrechando la mano, ¿no? —Y el apretón aún continuaba. Desde luego, no me equivocaba al pensar que se estaba aferrando a mí como si le fuera la vida en ello.

—Vale, a ver, para que ambos lo tengamos claro. ¿Me darás clases particulares si te llevo al baile?

—No me hagas pensármelo mucho. Podría cambiar de opinión.

Apartó la mano de un tirón y me hizo el saludo militar.

—Perdón, jefa.

Lo señalé con el dedo y se le pusieron los ojos bizcos.

—No me llames jefa. Las clases son bajo mis condiciones. El viernes a las siete de la tarde, libre.

Hizo una mueca de dolor y dejó escapar un gemido parecido al de un globo deshinchándose. Sabía que iba a arrepentirme de esto.

—¿Podemos quedar a las ocho? Tengo… eh… entrenamiento hasta las siete y seguro que prefieres que me duche antes de sentarme contigo. En serio, el pestazo de los jugadores de fútbol es increíble. Ha habido gente que se ha desmayado en el vestuario por eso.

Puse los ojos en blanco ante su exageración.

—Vale. Dúchate antes de venir a la sesión.

—¿Y cómo te reservo para más días? Tengo libres los martes por la tarde, los miércoles por la noche y los jueves por la mañana. Me encantaría pasar el mayor tiempo posible contigo.

—Tanner —dije con una sonrisa plácida. No quería que pensara que estaba siendo borde, pero tenía que calmarse. Conmigo, aprobaría —. Créeme cuando te digo que solo me necesitarás para una sesión de estudio a la semana. Haré que tus notas suban en un mes y te enseñaré técnicas que podrás usar durante toda la carrera.

—¿Estás segura? No se me dan muy bien los estudios. —Levantó un brazo con desgana antes de rascarse la nuca mientras me ofrecía

una sonrisa algo vacilante. Pude ver la inseguridad en sus ojos y supe que sería capaz de cambiar eso.

—Y a mí no se me da muy bien la paciencia —lo imité de antes—. Así que verás resultados. Nunca he fallado con nadie y no voy a empezar contigo. Hay demasiado en juego.

Poco a poco, vi cómo se atenuaba ese deje de incertidumbre. Qué curioso, porque en todos los demás aspectos de su vida parecía tan seguro de sí mismo. Pero esta era su debilidad.

—Y si me necesitas para cualquier otra cosa, ahí estaré. Solo tienes que pensar en mí como tu asistente personal durante los próximos meses.

—Mmm, vale —dije arrastrando las palabras—. Por cierto, he quedado con una amiga para comer, así que me voy. —Señalé por encima de mi hombro con el pulgar y él asintió—. Hablamos luego. —Lo saludé con un gesto de la mano y me di la vuelta, saliendo del patio a grandes zancadas.

—Aster, espera. ¿No necesito tu número?

—No —grité por encima del hombro con una sonrisa—. El viernes a las ocho en la biblioteca. Estaré en la puerta del despacho de Ralph, que seguro que sabes dónde está.

—Vale. —Incluso mirando hacia atrás, casi podía sentir la sonrisa que emanaba de él. No era el tipo de chico que ocultaba sus emociones.

Aunque nunca lo admitiría, me hacía una extraña ilusión darle clases. Siempre era agradable trabajar con alguien que *quería* trabajar conmigo, y sabía que se quedaría impresionado con la rapidez con la que podía ayudarlo.

Mi único problema ahora era convencer a la gente de que estaba colada por él.

CAPÍTULO 8

Tanner

Me anudé una toalla a la cintura, limpié el espejo del baño y me cepillé el pelo. Había sido un día largo de entrenamiento, y una semana larga en general, pero tenía la esperanza de que mi cita de estudios con Aster de esta noche me ayudara a subir las notas. *Tenía* que funcionar. A estas alturas, no me quedaba otra opción.

—Tanner —gritó Aiden desde el otro lado de la puerta. Salí corriendo del baño porque parecía preocupado. Llevaba un tiempo sin hablarnos. Joder, no lo habíamos visto desde que él y Lyss se declararon su amor eterno, así que sabía que tenía que ser importante—. Ha venido alguien a verte.

Joder.

¿Me habría equivocado? ¿Iba a venir Aster aquí? Consulté el móvil y aún me quedaban quince minutos para nuestra cita, pero no me extrañaría que apareciera antes. Parecía de las que son puntuales.

—¿Quién es? —pregunté mientras me plantaba junto a la cómoda y me enfundaba unos pantalones de chándal, porque no tenía tiempo para buscar unos bóxers.

—Una tía con la que tendrías suerte si la pillaras. —Puse los ojos en blanco, pero me puse en marcha de inmediato porque ¿y si *era* Aster? La única otra chica con la que solía pasar el rato en la universidad era Hayden, pero como estaba en casa con Adam, ayudándole a recuperarse de una lesión, sabía que no era ella.

Al abrir la puerta, Lyss me saludó con un leve gesto de la mano. —Hola, Tanner —logró decir antes de que Aiden la arrastrara a su habitación. Bueno, al menos si empezaban ahora, cabía la esperanza de que estuvieran durmiendo para cuando yo volviera de mi sesión de estudio.

Con la vista fija en mis pies, bajé las escaleras a toda prisa, esperando ver a Aster y preguntándome de qué color sería la falda que llevaría esta noche. ¿Azul, quizá? Aún no la había visto con una falda tableada azul marino, y me ponía cachondo de solo pensarlo.

Ya lo sé, ya lo sé. Debería centrarme únicamente en la destreza de Aster como tutora, ya que conseguí convencerla de que me ayudara, pero no podía evitar admirar lo guapa que era. Sobre todo, cuando puse la mano en su cadera el otro día. Simplemente… no sé… encajaba.

He de admitir que ofrecerme a llevarla a ese baile no fue ningún sacrificio.

Con la mano en la barandilla, estaba casi abajo del todo. —Lo siento mucho, profe. Creía que habíamos quedado en la biblioteca.

—¿Profe, eh?

Me detuve en seco porque debía de estar oyendo cosas. Cuando levanté la cabeza de golpe, sorprendido, y vi a mi gemela de pie, con los brazos cruzados y una sonrisa de cabroncete en la cara, no pude evitar devolverle la sonrisa.

—¿Thea? —Sin mediar más palabra, corrí hacia ella, la levanté en brazos y la hice girar en círculo—. ¿Qué demonios haces aquí? —Al bajarla, le di otro abrazo, apretándola más fuerte solo para enfatizar lo mucho que la había echado de menos.

Con una sonrisa traviesa, miró por encima del hombro en dirección a Matty y Jackson. Ambos estaban sentados en el sofá del salón a desnivel. Matty tenía la cabeza gacha mientras tecleaba en su móvil, lo cual no era nada nuevo, mientras que Jackson se ajustaba la

visera de su gorra de béisbol de los Carolina Catfish mientras nos observaba con atención.

—Estaba conociendo a tus compañeros de piso. —Les dedicó un guiño y se mordió el labio. Gruñí descontento porque Thea siempre había sido una coqueta de mucho cuidado, lo que para algunos era como una señal de peligro andante. Era algo que no me molestaba hasta cierto punto, porque siempre supo que los compañeros de equipo eran intocables. La idea de tener que lidiar con que mi hermana le rompiera el corazón a un compañero un día y al siguiente tener que lanzarle un pase era un tipo de situación incómoda con la que no quería tratar.

Mientras Jackson la miraba con una sonrisa lánguida, supe que tendría que hablar con él. No era de los que le prohibían a mi hermana salir con chicos, pero como uno de los mejores alas ofensivas de la Universidad de Covey, tenía prioridades con el equipo. Estar con mi hermana no era una de ellas.

—Thea —le advertí, pero ella se lo tomó a risa y me dio una palmada en el pecho más fuerte de lo necesario, como siempre hacía. ¿Cómo podía la gente no ver que ocultaba sus inseguridades con su guasa?

—Oh, por favor, Tan Tan. Ya estamos en la universidad. No puedes imponerte y prohibirme hablar con todos los tíos como hacías en el instituto.

—No eran todos los tíos. Eran mis compañeros de equipo. —Volví a mirar a Jackson y, sí, seguía embobado con mi hermana, sin darse cuenta de que lo estaba observando—. Y ahora que tengo compañeros de piso, ellos están especialmente prohibidos —dije, sin dejar de mirar a Jackson, pero él no se había percatado de mí, ya cautivado por los encantos de mi hermana, al parecer. Luego volví a mirar a Thea, que no parecía darse cuenta de sus miradas—. Y no me llames Tan Tan. Sabes que lo odio.

—¿Tan Tan? —se rio Jackson entre dientes, metiéndose en la conversación—. ¿Por qué odiaría alguien un apodo tan bien pensado?

—¡Gracias! —exclamó Thea levantando la mano, riendo—. Me alegro de que alguien me entienda. —Otra mirada por encima de mi hombro y ya sabía que esos dos iban a ser un problema.

—Thea, ¿por qué estás aquí? ¿No deberías estar en el GCC ahora mismo?

—Ejem, sorpresa. —Con las manos todavía en alto, me dedicó una sonrisa ladeada. Sus dedos danzaron cuando no dije nada, pero luego me atrajo para darme otro abrazo—. Pedí el traslado antes de tiempo.

—¿Qué? ¿Cómo?

Se me hizo un nudo en el estómago porque, por mucho que me encantara tenerla aquí, me preocupaba que de alguna manera hubiera usado mi nombre para manipular su llegada anticipada. No es que tuviera mucha influencia, pero antes de aceptar ir a la Universidad de Covey, puse como condición que le concederían una plaza a mi hermana si subía sus notas para el traslado. Esa plaza dependía enteramente de mi rendimiento en el campo, y ahora mismo, el único rendimiento que se podía evaluar era el de mi culo en el banquillo.

—Bueno... —lo soltó alargando las palabras, tomándose su tiempo porque le encantaba ser el centro de atención—. Alguien se dio de baja en Teología, así que me ofrecieron una plaza en el curso antes de tiempo, ya que había mejorado mis notas. Como si el destino hubiera tenido algo que ver, también había una vacante en la residencia que solicité. —Abrió los brazos, negando con la cabeza, incrédula—. La acepté porque no podía rechazar la oportunidad de estar aquí contigo.

—No puedo... —empecé a decir, pero Jackson carraspeó, atrayendo nuestra atención.

—Perdona, pero ¿me estás diciendo que estudias *teología*? —Ella asintió con la cabeza y él nos miró, atónito. Así era como solía dejar a la gente, aunque ella no se diera cuenta.

—¿Sí? —Esperó a que terminara.

Negando con la cabeza, bajó la mirada y se ajustó la visera de la gorra. —Es como vivir en un mundo de payasos. —Volvió a levantar la vista y, sin abrir los ojos, dijo—: ¿Pero te llamas Thea?

—¿Sí? —Con una ceja enarcada, esperó a que soltara la gracia. Él se limitó a echar la cabeza hacia atrás y reírse.

—¿Qué? No tiene gracia. —Se echó el pelo oscuro por encima del hombro y parpadeó mientras le dedicaba una sonrisa—. Era la asignatura que más se acercaba a adorarme a mí misma. —Se rio a carcajadas, y Matty por fin levantó la vista y se quedó mirándola con expresión desconcertada. No sabía cómo tomarla, pero, claro, a la mayoría de la gente le pasaba lo mismo.

—Soy yo, hola. Soy el problema, soy yo. —Jackson enarcó ambas cejas y saludó a Thea con un pequeño gesto, y ella se rio. Supongo que a él no le costaba tanto entender su humor como a otros.

—¿Eres fan de Tay Tay? —Se acercó a él, pero la detuve—. ¿Qué?

Estaba a punto de decir algo, pero entonces el móvil me vibró en el bolsillo del pantalón de chándal. —Mierda —maldije, sabiendo que era un recordatorio para quedar con Aster—. Thea, por mucho que me alegre de que estés aquí —le di un beso en la frente y otro abrazo—, tengo que irme. ¿Vuelves al campus? Podría acompañarte.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de Thea. —Mmm. ¿Y adónde vas tú, hermanito? —bromeó.

—Me sacas tres minutos —respondí con sequedad.

Ella levantó la cabeza hacia el techo de forma dramática. —Y, macho, cómo echo de menos esos tres gloriosos minutos de soledad.

—Dice la mujer que acaba de viajar miles de kilómetros para estar conmigo.

Me dio un puñetazo juguetón en el estómago. —¿Qué te puedo decir? Eres como mis pecas en verano. Las odio hasta que desaparecen. Entonces pienso que son monas.

—Vale, Oso Polar. Vámonos.

—¿Oso Polar? —Jackson ya estaba de pie, dirigiéndose hacia nosotros.

Thea puso los ojos en blanco de forma exagerada, quejándose. —Puaj. Al menos Tan Tan es un apodo mono. Oso Polar es simplemente cruel.

—No es culpa mía que seas tan pálida que casi pareces translúcida —le di un codazo en las costillas y ella me devolvió el empujón—. Bueno, tenemos que irnos ya, que seguro que llego tarde.

Thea apretó los labios. —Sí, bueno, creo que me voy a quedar aquí, gracias. —Me dio una palmadita en el hombro y pasó de largo para sentarse con Matty en el sofá.

—Puede quedarse —dijo Jackson antes de pasar a mi lado para entrar en la cocina—. De todas formas, íbamos a pedir una pizza.

Miré a Thea con dureza; nuestra telepatía de gemelos echaba humo porque quería saber si de verdad estaba conforme con esto. Por lo que sabía, no había salido mucho en la GCC y ahora estaba dispuesta a pasar el rato con dos tíos que acababa de conocer. Vale que, si no fueran mis compañeros de equipo, nada de esto estaría pasando, pero confiaba mi vida a Matty y a Jackson.

Sentada en el sofá, se acurrucó, acercándose a Matty en el proceso. Esa chica iba a acabar conmigo.

—Entonces, ¿adónde vas tan tarde un viernes por la noche? —bromeó Thea—. ¿Tienes novia en secreto?

—No. Voy a ver a mi tutora.

—¿No puedes darle plantón y cambiar la cita? Acabo de llegar. Deberíamos celebrarlo.

—No puedo, es la única hora que tiene libre.

—Ah, es una chica —dijo Thea, con una gran carga de insinuación—. ¿Te *gusta*?

—No. No me gusta.

—¿Seguro? Porque tienes esa sonrisita bobalicona en la cara. —Se volvió para mirar a Jackson—. Es la misma cara que le ponía a mi mejor amiga, Emily. Llevaba años colado por ella y se pensaba que yo no lo sabía. —Entonces soltó una carcajada—. Joder, se pensaba que Emily no lo sabía. Todos estábamos esperando a que se liaran, pero al final nunca pasó. Fue una putada para él, porque ella acabó yendo con su mejor amigo, Cam, después de que Tanner no la invitara al baile de fin de curso.

—Espera. ¿Qué?

—Hermanito, si hubieras prestado un poco de atención, ahora mismo estarías casado con Emily.

—Quizá vigilarte me ha quitado demasiada atención. —Negué con la cabeza porque no tenía tiempo para pensar en una chica del instituto que apenas recordaba. Tenía que centrarme en la chica que tenía delante—. Mira, siento no poder ponerme a recordar viejos tiempos. Ya voy tarde.

—No te preocupes, T. Dejaré que tus compañeros de piso me entretengan hasta que vuelvas.

—Sálvese quien pueda —mascullé al cerrar la puerta, sabiendo que dejarla allí no era la mejor decisión, pero no tenía muchas opciones. Aster no era el tipo de chica a la que quisieras cabrear y, además, sabía que Matty y Jackson cuidarían de Thea.



—Llegas tarde. —Tenía los labios fruncidos y golpeaba el suelo con el pie como si se estuviera aguantando las ganas de darme una patada en los huevos por hacerle perder el tiempo. Probablemente me preocuparía más por mi paquete si no estuviera tan distraído por lo grandes que parecían sus tetas con los brazos cruzados sobre el pecho. No es que quisiera mirar, pero joder, me lo estaba poniendo difícil.

—Lo siento —espeté—. Mi hermana ha aparecido por sorpresa y no he podido escaparme. —Le puse mi mejor cara de disculpa, y sus labios se torcieron en una mueca. No era ni un ceño fruncido ni una sonrisa. Parecía casi como si estuviera estreñida, y no sabía muy bien cómo tomármelo.

Levantó un dedo en el aire, haciendo que bizqueara solo de mirarlo. —Una y no más. Se acabó. *Si* vuelves a llegar tarde, hemos terminado.

Levanté las manos. —Te prometo que a partir de ahora llegaré al menos diez minutos antes. —Entrecerró los ojos en una amenaza silenciosa, y bajé las manos—. ¿Buscamos un sitio para sentarnos?

—No hace falta. Ya tengo un sitio. Vamos. —Se dio la vuelta sobre sus talones, dejando a la vista otra de sus faldas cortas de tablas. Esta vez era rosa y morada, e igual de corta que las demás. Joder, ¿por qué estaba decepcionado? Supongo que era porque ya me la había imaginado con una de color azul marino.

Estaba tan concentrado mirándole los muslos que casi me choco con ella cuando se detuvo.

—¿Este es el sitio? —pregunté con sorpresa. Era una mesita en una esquina que, si era sincero, no tenía ni idea de que existiese. Entre la historia nórdica y los viejos vinilos, esta no era la zona más frecuentada de la biblioteca, y supuse que eso era parte de su encanto para ella. Con razón no sabía que existía. Había estado escondiendo lo cañón que estaba aquí todo el tiempo.

Gemí para mis adentros porque estaba hablando de mi tutora. Ella no me soportaba, y ahí estaba yo, pensando en todo lo que no debía, sobre todo cuando intentaba aprobar.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó, dejando caer los libros con fastidio. Tenía mucho genio, y nunca había conocido a nadie aquí que me tratara con tanto desdén. Era hasta refrescante que me hiciera esforzarme por todo.

—Nada. Es que es tan... tú. —Parecía el tipo de sitio en el que Aster querría estar. Escondida. Cuando no debería. Su pelo rojo encendido iluminaba cualquier habitación en la que estuviera, y esas faldas tan cortas hacían difícil que pasara desapercibida.

—Me alegro de que te guste. —Se sentó, abrió los libros y me miró expectante, mientras jugueteaba con un lápiz sobre un bloc de notas. Me senté rápidamente a su lado, saqué mis propios libros y fingí organizarlos de una forma que no fuera por colores.

—Vale, he estado echando un vistazo a las notas que me envió Ralph, y creo que lo mejor que podemos hacer es empezar con Marketing Deportivo, ya que es la asignatura en la que mejor te va.

—Espera, ¿conoces mis notas? —Mi mente empezó a dar vueltas por la vergüenza. Había visto mi expediente, lo que solo podía significar que sabía que había sacado un cero como una casa en mi último examen. Intenté estudiar para él, pero de alguna manera me había puesto tan nervioso que se me olvidó todo.

Por primera vez desde que la conocí, pareció casi arrepentida, y eso era exactamente lo que odiaba. La lástima. —Tanner, soy tu tutora. Necesito saber tus notas para poder averiguar cuál es la forma mejor y más eficiente de usar nuestro tiempo. Tu principal objetivo es subir tu media general a un cinco, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Bueno, entonces tiene sentido asegurarse de que mantienes tu mejor nota para poder trabajar en subir la peor después. Eso significa que tu media general debería subir.

—Tiene sentido. —No lo tenía. No tenía ni idea de por dónde empezar, pero para eso estaba ella aquí. Para ayudarme.

—Bien, porque vi la nota que sacaste en el examen de la semana pasada y he hablado con el profesor Hessler sobre ello. Hemos acordado que eliminará esa nota de tu expediente si eres capaz de producir un contenido de mayor calidad basado en cómo promocionarías el equipo de fútbol americano de la Universidad de Covey.

—¿Que has hecho qué? —Me tragué el nerviosismo que sentía en el estómago. No me parecía bien, pero tampoco podía creer que hubiera conseguido eso para mí.

—Hablé con el profesor Hessler y le dije que eres mi nuevo alumno y que, por desgracia, estaba demasiado ocupada para aceptarte antes, de lo contrario habrías sacado mejor nota.

—Pero...

Levantó la mano. —No te preocupes. No es hacer trampa pedir una recuperación. Muchos estudiantes las hacen, sobre todo cuando les ha pasado algo estresante. Yo calificaría ser el principal fichaje del equipo de fútbol americano como algo bastante estresante.

—¿Pero has hecho eso por mí? —Asintió—. Pero si me odias.

Ladeó la cabeza, suspirando. —No te odio. —Luego, frunciendo los labios, los movió de un lado a otro antes de maldecirse—. Lo siento. Sé que doy esa impresión, pero te prometo que no te odio. No te conozco lo suficiente como para odiarte. Es que tengo un problema con los atletas. No es algo personal contra ti. Bueno, en realidad no es algo personal contra ti en absoluto. Me estás haciendo un favor enorme y te lo agradezco.

Me froté la nuca antes de pronunciar las palabras. —Sí, supongo que te debo una después de pensar que solo querías salir conmigo. —Apretó los labios, ignorándome—. No tenía ni idea de que tenerte como tutora fuera algo tan profundo.

—Como tú, yo también me tomo mi trabajo en serio. Ahora que soy tu tutora, tus victorias son mis victorias. —Sonrió y, por una fracción de segundo, casi sentí que había atravesado esa dura coraza. ¿Nos habíamos hecho amigos? ¿Aliados, como mínimo? Sus ojos recorrieron mi cara y movió los hombros—. Bueno —resopló, bajando la mirada al libro abierto y negándose a mirarme a los ojos —. Ahora, si quieres ser capaz de escribir un buen trabajo, tendrás que aplicar lo que aprendiste en el capítulo tres. —Señaló el libro con su uña perfectamente arreglada, y solté una risita—. ¿Has leído el capítulo?

—Sí, eh, sobre eso... —¿Cómo se suponía que iba a decirle esto? Estaba aquí para ayudarme, lo sabía, pero aun así se me hacía raro no ser perfecto.

No me dejó terminar porque ya me estaba fulminando con la mirada. —Tanner. Puedo mover todos los hilos que tengo, pero esto no va a funcionar si no pones de tu parte.

—Lo estoy intentando, créeme. Es que... —Cerré los ojos y resoplé. Era ahora o nunca—. Tengo dificultades para leer.

Ahí estaba. Lo dije. La única cosa que nunca había dicho en voz alta, porque me hacía sentir patético. Era un estudiante universitario de veintiún años y, sin embargo, a veces sentía que tenía la capacidad de lectura de un niño de tres años.

—No soy el lector más rápido, lo sé —continué, porque el silencio era ensordecedor—. Pero me dejo la piel, aunque la mitad de lo que pone en las páginas no tenga sentido para mí. —Dudé un momento y luego lo admití—. Soy disléxico. Lo sé desde el instituto y desde entonces he estado intentando lidiar con ello.

—¿No tenían ningún tipo de ayuda en tu instituto?

—Me daban tiempo extra en los exámenes y algunas láminas de lectura de plástico de colores para ayudar, pero aparte de eso no me ofrecieron mucho más apoyo. Pero cuanto más tiempo llevo aquí,

más me he dado cuenta de que mis profesores puede que también hayan sido algo más que generosos con mis notas.

A pesar de lo avergonzado que me sentía en ese momento, ella ni se inmutó. No había ni rastro de burla en su expresión. Se limitó a cerrar el libro de texto que tenía delante y se aseguró de que la miraba antes de decir nada más. —Vale. Está bien saber que eres disléxico. He trabajado con muchos estudiantes disléxicos antes, y creo que podré ayudarte a crear mejores hábitos que te facilitarán recordar el contenido de tus clases. También hay recursos en el centro de atención al estudiante que están adaptados a tus necesidades.

—Bueno es saberlo.

—No solo es bueno saberlo. Te insto a que aproveches estos recursos porque tienen técnicas para facilitar las cosas. No tienes por qué sufrir solo. —Rebuscó entre unos cuantos papeles que tenía a su lado—. ¿Sabes qué? No creo que figure en tu expediente académico.

—No, no lo puse.

—¿Porque no querías que te ayudaran con ello? —Me encogí de hombros con timidez y me quedé quieto cuando dejó caer su mano sobre mi rodilla—. Bueno, vale, dejemos una cosa clara. La dislexia no es algo de lo que avergonzarse. No significa que seas tonto ni que merezcas menos sacar buenas notas en clase. De hecho, probablemente sea la razón por la que eres tan bueno al fútbol americano. La dislexia es un don, y solo tenemos que aprender a aprovecharlo. Eso implica aprender a trabajar de forma más inteligente, no más dura, y aprovechar todos los recursos que tienes a tu disposición. —Asentí y mantuve la mirada en mi libro porque empezaba a darme cuenta de lo mucho que odiaba que sus ojos se clavaran en mí.

—Bien pensado —dije, porque no tenía ni idea de qué otra cosa responder.

—Así que el primer truco fácil que tengo es Alexa.

Fruncí el ceño. —¿Alexa?

—Alexa, en el móvil. Puedes descargar casi cualquier libro y te leerá el contenido. También puedes pausar y ralentizar su voz si es necesario. Así, puedes aprender a tu propio ritmo.

—Vale.

—Y me aseguraré de tener eso en cuenta cuando escriba los apuntes para nuestra próxima sesión. Hasta entonces, voy a comentarte el capítulo tres porque lo he leído justo antes de que llegaras. Quiero que escuches y me hagas preguntas. Si no lo haces, daré por hecho que no estás prestando atención, y eso contará como un punto en tu contra para futuras sesiones.

Intentaba sonar amenazante, pero no estaba seguro de si se había olvidado de que su mano seguía descansando plácidamente sobre mi muslo. No pensaba decírselo, porque en cierto modo me gustaba.

—Me parece bien —dije con un deje de inquietud.

Ella bajó la vista y por fin retiró la mano. —Confía en mí. Si esto no funciona, podemos probar otra cosa.

Asentí, aún sin estar convencido por estos métodos tan simples, pero si esta mujer era la maga que todo el mundo decía que era, estaba dispuesto a intentarlo.

Aster se reclinó en la silla y, siguiendo su consejo, me concentré en su rostro casi perfectamente simétrico, con apenas un levísimo atisbo de pecas. —Bueno, este capítulo será importante para tu trabajo porque trata sobre el consumidor deportivo. Un consumidor es cualquiera que ve, escucha, practica o arbitra deportes. Básicamente, un aficionado a los deportes. Es obvio que, a la hora de hacer marketing, hay que centrarse...

Aster seguía hablando, pero yo no estaba prestando atención porque le estaba mirando los labios. Carnosos y rojos. Hacían juego

perfectamente con su pelo. Hablando de lo cual, su pelo caía en cascada por un lado de su hombro en mechones sueltos, enmarcando sus rasgos angulosos, y se detenía justo a la altura de su pecho.

Joder.

Levanta la vista. Levanta la vista.

Ahí estaba otra vez, comiéndome con los ojos a mi tutora porque, joder, estaba buenísima, pero ella seguía hablando.

—Tanner. —Tragué saliva, encontrándome con sus penetrantes ojos verdes, y parecía de todo menos divertida—. ¿Estabas escuchando?

—¿Eh?

—Entonces, por favor, ¿puedes explicarme qué es la segmentación de mercado?

Bueno, mierda.

Me había pillado en los primeros cinco minutos. Traté de recordar todo lo que había escuchado en clase durante el último año y solté: —La edad. —Por si acaso acertaba.

—Sí, esa es una de ellas, y corresponde a la demografía. —Me sequé metafóricamente el sudor de la frente porque me había salido con la mía..., por los pelos.

—La geografía, los beneficios del producto y la psicografía también se incluyen en la segmentación para fines de análisis.

Asentí, saqué el bolígrafo y empecé a escribir lo que decía. Ella posó su mano sobre la mía y, cuando desvié la mirada hacia ella, me dedicó una pequeña sonrisa. Algo en ella me hizo sentir como si el pecho estuviera a punto de estallarme. Quizá fuera porque su generoso escote se apoyaba contra el tablero de la mesa, y más bien era mi polla la que iba a explotar. A estas alturas ya no lo sabía, porque tenía demasiadas emociones contradictorias en la cabeza y solo intentaba obligarme a concentrarme.

—No escribas —dijo—. Solo escucha. Escribiré apuntes que deberían serte más útiles y te los daré en nuestra próxima sesión. —Aster cogió su móvil—. Voy a grabar la siguiente parte de nuestra conversación para que la tengas para más tarde. Y ahora, lo único que quiero que hagas es tener una conversación conmigo sobre la segmentación de mercado y lo que eso podría significar para el marketing del equipo de fútbol americano de la Universidad de Covey.

—Claro.

Y así fue como empezó la sesión. Al final, había esbozado verbalmente tres cuartas partes de mi nuevo trabajo y estaba deseando escribirlo todo en mi ordenador, algo que nunca antes me había entusiasmado.

—Chicos —asomó Ralph la cabeza por la esquina—. La biblioteca va a cerrar ya.

Miré a Ralph y luego el reloj. ¿Cómo era posible que ya se nos hubiera acabado el tiempo?

—Gracias, Ralph —respondió Aster, sin hacerle más caso. Me miró, con un evidente temor en el rostro. Supuse que no era yo la única persona a la que Ralph sacaba de quicio.

Consulté el reloj. —Mierda. Son las once. ¿Adónde se ha ido el tiempo? —No me había dado cuenta de que llevábamos tres horas hablando. Solo estaba concentrado en escuchar todo lo que decía porque, cada vez que acertaba algo, ella hacía ese pequeño gesto con el boli que me gustaba. Cuanto más tiempo pasaba en su presencia, más me gustaba estar con ella. Era peculiar, pero tenía una determinación y una pasión que no había visto en muchas otras personas.

—Haciendo un esquema para tu informe. —Tecleaba en el móvil sin mirarme—. Te he enviado el archivo de voz a tu correo para que lo tengas cuando escribas el informe. Puedes tenerlo listo para nuestra próxima sesión, o puedes enviármelo por correo y veré si hay algún

problema flagrante antes de la tutoría, para que podamos repasarlo. El próximo viernes, me gustaría que dedicáramos la mayor parte del tiempo a economía, ¿te parece bien?

Tomé aire bruscamente, haciendo una mueca. —Para eso va a hacer falta más de una sesión. Los números no se me dan nada bien.

—Bueno, míralo por el lado bueno. La cosa solo puede ir a mejor. — Recogimos los libros en silencio, pero mientras la observaba, me sentí obligado a hablar.

—¿Aster? —Soltó un pequeño «mm» como respuesta—. Solo quería darte las gracias. —Levantó la vista y se echó el pelo por encima del hombro—. Por creer en mí.

Me dedicó una pequeña sonrisa, y parecía que esta sesión la había ablandado. Al menos, no parecía estar planeando todas las formas posibles de matarme, y eso era un cambio agradable.

—No necesitas que alguien crea en ti para que te vaya bien. Solo necesitas que alguien te muestre la mejor manera de aprender. Francamente, me dan ganas de enviarle una carta muy seria a tu instituto, porque aprendes las cosas rápido cuando se adaptan a tu estilo de aprendizaje.

Se me hinchó el pecho, porque nunca antes me habían hecho un cumplido así. Claro, la gente decía muchas cosas sobre mi lanzamiento y mi juego en el campo, pero nadie me había hecho sentir inteligente. —Aun así. Has hecho más por mí en estas últimas horas que cualquiera de los otros tutores de este sitio.

Aster cogió su bolso, apenas reconociendo el cumplido. —En fin, se está haciendo tarde. Debería volver a mi residencia. —Señaló con la cabeza en dirección a la puerta y, cuando se giró para salir, yo le pisé los talones.

—Deja que te acompañe. —Por muy rápido que caminara, podía alcanzarla fácilmente con mi zancada más larga.

—No hace falta. Está a solo diez minutos de aquí.

—Sí, y me pilla de camino. —Mentía, pero no tenía por qué saberlo. Simplemente, no podía soportar la idea de que volviera sola a oscuras.

—Vale —gruñó, pero no aflojó el paso. De hecho, aceleró, así que yo iba caminando detrás de ella, intentando seguirle el ritmo. Todo el progreso que habíamos hecho pareció desintegrarse en cuanto salimos de la comodidad de aquel pequeño rincón de estudio.

Para ser un viernes por la noche, el campus estaba tranquilo, pero como nos acercábamos al final del semestre, la gente optaba por ir de fiesta fuera. A medida que nos acercábamos a la zona de residencias del campus, el ambiente se animó, y me di cuenta de las miradas de los tíos cuando Aster pasaba, que cesaban de inmediato al verme caminar detrás de ella.

Aster los ignoró a todos y cada uno de ellos. Simplemente pasó de largo con la cabeza bien alta. Eso fue hasta que nos detuvimos frente a la casa de la hermandad Alpha Delta Theta. Hacía una noche cálida, casi calurosa en California, así que la fiesta que había allí se desbordaba hasta la calle. Sonaba música y la gente se reía. Todos menos Aster, que se limitaba a mirar la casa sin ninguna emoción.

—Esa es la hermandad a la que quieres entrar, ¿verdad?

—No es que quiera entrar. Se me pasó el plazo. Mi madre está intentando meterme a través de algún resquicio legal porque ella fue la presidenta cuando estudió en Covey.

—No me digas, ¿tu madre fue presidenta de Alpha Delta Theta?

—¿Por qué te sorprende tanto? —Se encogió de hombros, una señal inequívoca de que la había vuelto a fastidiar. Y ahí estábamos, otra vez en la casilla de salida.

Levanté las manos y di un paso atrás. —Eh, tranquila, no lo decía con ninguna mala intención. Solo quería decir que pensaba que tu

madre sería como tú. Demasiado decidida y centrada como para preocuparse por cosas así.

—Sí, bueno, creo que la hermandad ha cambiado en los últimos años. Por lo visto, estaban muy centradas en la comunidad cuando ella era miembro. Debería haber estado allí esta noche. Recibí un correo electrónico pidiéndome que fuera, y sé que me preguntarán la próxima vez que me vean.

—Entonces, ¿por qué no fuiste?

—Porque estaba ocupada trabajando contigo.

—¿Habrías ido si no me estuvieras dando clases?

—No.

—Entonces no me uses como excusa. Si de verdad quieres entrar, deberías ir.

Ella soltó un bufido. —Sí, claro, ni de coña.

—¿Por qué no?

—Probablemente mi ex esté ahí.

—¿Tu ex? —Enarqué una ceja, confundido por la extraña sensación en mi estómago. No sabía por qué me importaba, pero quizá era mi instinto protector saliendo a flote—. ¿Quién es tu ex?

Puso los ojos en blanco y resopló, pero creo que estaba más molesta consigo misma que con otra cosa. Al fin y al cabo, había sido ella quien había mencionado a su ex. —Connor McKibbon.

Ese nombre me sonaba, y de repente, até cabos. —¿El hijo del entrenador de hockey? —Asintió con los ojos cerrados—. ¿Creía que habías dicho que odiabas a los atletas?

—Y así era —recalcó, su voz alcanzando un tono que solo los perros podían oír—. Y así es. —Entonces, me miró y probablemente se dio cuenta de mi ofensa—. Quiero decir, que no los odio. Uf, no puedo hablar cuando me miras así.

—¿Así cómo? —Estaba conteniendo la sonrisa que amenazaba con dibujarse en mi cara, porque de repente caí en la cuenta. Quizá yo le afectaba tanto como ella a mí.

—Como si quisieras meterme la mano por los ojos y revolverme el alma.

—No estoy segura de si se supone que es un cumplido o no.

—No lo es —negó ella con la cabeza—. En fin, será mejor que me vaya.

Cuando intentó pasar a mi lado, la agarré del brazo. Se detuvo y miró mi mano con dureza antes de levantar la vista hacia mí al darse cuenta de que no la iba a soltar. —Deja que te lleve a esa fiesta.

—¿Eh?

—Solo cinco minutos. Entremos en esa fiesta de la mano y demostrémosles a Connor, a Rachel y a toda esa gente que hay ahí dentro que has mejorado.

Contuvo una sonrisa. —¿Que he mejorado? Un poco chulo, ¿no?

—Es fácil ser mejor que el extremo izquierdo suplente que solo está en el equipo porque su papi es el entrenador.

Miró alternativamente la casa y a mí, como si estuviera sopesando mi oferta. ¿Por qué deseaba tan desesperadamente que dijera que sí? Lo que tenía claro era que no quería que la noche terminara con ella. —No. Debería volver a mi residencia.

—¿Y qué? ¿Dormir? Si esto solo nos llevará cinco minutos. —Le cogí las manos, dejando que se deslizaran entre mis dedos—. Déjame darte las gracias de la única forma que sé.

Ella gruñó. —Tanner, haces que parezca que estás desesperado y que la única forma de pagármelo es haciendo un estriptis.

—Bueno, si lo hiciera, ¿significaría que me darías clases más de una vez a la semana? —le di un codazo en las costillas. Ella se rio. Fue

una risa ligera y despreocupada.

Y me gustó.

Mucho.

Muchísimo más de lo que debería.

Mientras torcía los labios, me di cuenta de que estaba cediendo. —Vale. Cinco minutos, pero luego tengo que irme a casa. Mañana tengo otra tutoría y necesito estar fresca.

Me llevé una mano al pecho, boquiabierto. —¿Otra tutoría? Señorita Paige, ¿me estás poniendo los cuernos?

—¿Con otro cliente de tutoría? Pues sí.

—Dame su nombre. Tendremos que tener una conversación.

—Se llama Hazel, y no te preocupes, no está interesada en salir conmigo.

—¿Pero crees que yo sí? —enarqué una ceja, conteniendo la sonrisa, porque se le había escapado totalmente, ¿verdad?

No pudo ocultar el sonrojo, y algo en ello me enorgulleció. Que por fin había roto su dura coraza. —No. Pero como estás fingiendo que te intereso para este trato, solo espero que también te interese salir conmigo. O, al menos, que te interese volver a fingir.

—No te equivocas. —Le pasé el brazo por los hombros y la conduje en dirección a la casa—. Venga, vamos. Quiero ir a presumir de ti.

—Si insistes. —Aunque fingió que aceptaba a regañadientes, me di cuenta de que estaba tan intrigada como yo por lo que iba a pasar esta noche.

CAPÍTULO 9

Tanner

Cuando he entrado aquí de la mano de Aster hace veinte minutos, no me esperaba que las cosas tomaran este rumbo. Cierto, todo el mundo se nos ha quedado mirando en shock cuando hemos abierto la puerta, aunque sabía que en parte era porque Aster era, simplemente, un espectáculo. Era innegable que ser una de las chicas más buenas del campus implicaba miradas constantes, y la gente en la sala se preguntaba cómo me las había apañado para que fuera colgada de mi brazo. Una parte más grande de mí sabía que se debía sobre todo a que yo iba en chándal y con una camiseta vieja y hecha polvo mientras el resto de los tíos vestían de traje. A Aster no le había ido mucho mejor, porque todas las demás chicas de aquí llevaban un vestido negro y ceñido con un enorme lazo morado en el pelo. Le temblaban las rodillas mientras me miraba con una sonrisa falsa y decía entre dientes:

—¿Qué has hecho?

No sabía de qué se quejaba. Incluso con su falda de tablas, era la tía más buena de la sala. Claro que Aster podría llevar mi chándal y yo seguiría embobado mirándola. Y ahora estaba pensando en Aster llevando mis pantalones… Genial.

Me daba igual. Simplemente le cogí la mano a Aster y me adentré en la sala. Me estaba dando cuenta de que, cuando su mano estaba en la mía, sentía algo. Algo que no quería admitirme a mí mismo y que, desde luego, no le admitiría a Aster a menos que quisiera que me clavara un lápiz en los huevos.

Había oído hablar de gente que se enamora de su terapeuta, ¿pero pasaba lo mismo con tu tutora? Porque el empalme que tenía en el chándal cuando pensaba en ella empezaba a ser la hostia de incómodo. Me maldije por no haber tenido dos dedos de frente y ponerme calzoncillos antes de salir para la tutoría, porque iba con todo al aire.

Los susurros nos siguieron mientras nos adentrábamos en la sala y, por desgracia para ambos, nos llevaron en direcciones opuestas. Ella me lanzaba una mirada asesina desde el otro lado de la sala, ignorando a las dos rubias que tenía al lado. No es que ellas se dieran cuenta. Estaban demasiado enfrascadas en su propia conversación insulsa para ver que la guapa pelirroja me estaba mirando como si estuviera pensando en todas las formas posibles de descuartizarme.

—¿Tú qué opinas, Tanner? —La mano de Rachel se envolvió en mi brazo y me apretó un poco, poniendo cara de sorpresa al darse cuenta de lo grandes que eran mis músculos. No te jode, Sherlock. Era el *quarterback* de uno de los mejores equipos del país. Habría sido bastante difícil lanzar misiles sin algo de músculo detrás.

Eché un vistazo al círculo de personas que, de alguna manera, se había reunido a mi alrededor y les dediqué una sonrisa seca. Puede que Aster no me creyese, pero había muchos otros sitios en los que preferiría estar ahora mismo. Mi mirada se detuvo al encontrarme con unos cuantos miembros del equipo de hockey. Todo el mundo conocía a Scotty Hendricks, el pívot estrella que seguía los pasos de su padre, pero Brooks Hart era otro cantar. Jugaba de extremo derecho y era casi tan callado como su portero, Dash Bridges. Los conocía de varios eventos deportivos, pero me sorprendía que se aliaran con esta hermandad de mujeres. Aunque ninguno parecía especialmente encantado de estar aquí.

Finalmente, mi mirada se posó en el hombre que tenía a mi lado. El que había estado intentando evitar desde que, con todo el descaro, se me había plantado al lado, fingiendo que éramos viejos amigos.

Aunque, después de haber estado a su lado durante la mayor parte de una hora, es posible que ya fuera su amigo más antiguo. A Connor no se le daba bien la gente, aunque él creyera que sí, lo que significaba que las cosas podían volverse incómodas muy rápido.

Por suerte, Connor no me estaba mirando porque estaba demasiado ocupado colgado de cada palabra de Rachel. Con su propia camiseta del equipo puesta, parecía aún más ridículo, porque ¿quién se pone su propia camiseta para salir, y más aún fuera de temporada? Lo hacía para llamar la atención, porque, claramente, no conseguía suficiente reconocimiento desde el banquillo.

No es que yo fuera mucho mejor.

Aun así, no pude evitar analizar al ex de Aster con el rabillo del ojo porque no entendía por qué se había fijado en un tío como él. Era tan… repelente y tenía una mirada huidiza como un hámster. Ella era vivaz, sarcástica y llena de vida. Parecían polos opuestos y no tendrían nada de qué hablar. Pero, por otro lado, puede que no hablaran mucho. Apreté un poco más fuerte el vaso de agua que tenía en la mano.

¿Por qué la sola idea de que él le pusiera las manos encima hacía que quisiera agarrarlo del cuello y gritar *Mía*?

Nunca he dicho que estuviera cuerdo, pero Aster estaba consiguiendo que sintiera que perdía la cabeza y, al mismo tiempo, me la recomponía.

—¿Tanner? —insistió Rachel, y finalmente la miré. Me dedicó una sonrisa recatada, pero fui incapaz de devolvérsela porque no quería que se hiciera ideas. Estaba tan lejos de interesarme por ella que debería haber sido obvio, pero no pude evitar pensar que creía que todavía tenía una oportunidad, incluso después de la jugada que me había hecho.

—Lo siento. ¿De qué estabais hablando? —Miré a Rachel y a algunas de las otras personas, pero no me había quedado con sus nombres. Estaba demasiado ocupado observando a Aster, que estaba atrapada

con dos chicas de la hermandad, y aunque yo era capaz de disimular mi desinterés por esta gente, a ella no se le daba tan bien. De pie, me fulminaba con la mirada, y me reí porque sabía que me estaba maldiciendo por dentro por haber sugerido venir aquí cinco minutos. Ya habían pasado unos cincuenta y cinco.

—Te he preguntado si creías que la Universidad de Covey tendría muchas posibilidades de ganar los tres campeonatos este año —volvió a hablar Rachel, atrayendo mi atención.

—¿Tres?

—Béisbol, hockey y fútbol americano, por supuesto —dijo como si fuera ridículo que necesitara la aclaración.Con el ceño fruncido, asentí, fingiendo interés porque, joder, era más aburrida que una ostra—. Ah, sí. Supongo que sí. Aunque no sé lo suficiente de los otros deportes como para darte un análisis preciso. Probablemente deberías preguntarles a estos tíos. —Hice un gesto con la cabeza hacia el equipo de hockey; ninguno de ellos parecía interesado en nada de esto tampoco.

Rachel frunció el ceño, probablemente molesta por ver que yo miraba constantemente por encima de su hombro para ver cómo estaba Aster. Sip, seguía fulminándome, y articulé sin sonido un «lo siento», lo que hizo que su ceño se suavizara ligeramente. Bueno, o Aster se estaba ablandando o se me estaban empañando las lentillas de tanto usarlas.

Rachel soltó una risita ahogada y negó con la cabeza.

—¿Cómo que *no* lo sabes? —soltó una carcajada, y fue tan escandalosamente fuerte que miró al grupo de gente como si esperara que se rieran con ella.

—Sí, es que no hay mucho más que hacer mientras estás sentado en el banquillo —se rio Connor mientras me daba una palmada en la espalda. Salí despedido hacia delante por la sorpresa y lo miré con incredulidad.

—¡Connor! —exclamó Scotty a su lado, mirándolo estupefacto.

—No, tiene razón. —Miró a Rachel y dijo—: Es que está demasiado ocupado follando con su tutora para que le ayude a hacer trampas como para pensar en otra cosa.

Tragué saliva, y el corrillo guardó silencio mientras observaba mi reacción. Sin embargo, no les di el gusto. Le eché un vistazo rápido a Aster, preocupado por si de alguna manera tenía un oído increíble y sabía exactamente de qué estábamos hablando.

Seguía muerta de aburrimiento; no parecía que hubiera oído nada.

—Eres un completo idiota —gruñó Brooks, negando con la cabeza mientras él y Scotty se miraban, preguntándose en silencio cómo podían aguantar a un tío como él.

Connor levantó las manos. —¿Qué? Si Aster fuera mi profesora particular, yo estaría haciendo lo mismo. —Miró al techo y soltó un largo silbido—. Ah, espera, que ya lo hice. Esperemos que a ti te vaya mejor.

—Connor —le advirtió Scotty.

Levanté la mano y volví a mirar a Connor. —¿Y por qué exactamente crees que va a acabar mal? —lo piqué porque tenía un interés genuino por saber cómo se las había apañado para cagarla con ella. Vale que probablemente esto era algo que debería hablar con Aster antes que con su ex, pero no pude evitarlo. Quería saber qué clase de excusa egoísta e interesada se le iba a ocurrir.

—Siete meses de noviazgo y lo único que conseguí fueron sobresalientes en todo.

—¿No es ese el objetivo de un profesor particular? Ya sabes, ¿enseñar?

—Sí, pero una vez que acabábamos de estudiar, esperaba conseguir algo más. ¿No es por eso por lo que la elegiste? Para poder divertirte un poco después de las sesiones.

Miré a Aster, y estaba a punto de partirle la cara a una de sus posibles hermanas de la fraternidad. No podía culparla. Esa gente era sosa de narices. —¿De qué hablas? Le rogué a Aster que fuera mi profesora porque es la mejor que se puede conseguir en la universidad.

—Entonces, ¿por qué sales con ella?

—No estoy… —Pero entonces tuve que callarme porque, técnicamente, esa era la razón por la que estaba aquí. Creen que estamos juntos, y no podía avergonzarla más—. Nos estamos viendo porque me parece una tía genial. No tiene nada que ver con utilizarla para nada. Sacar buenas notas es lo más importante para mí. Si de ello surge algo más, pues genial también.

Él chasqueó la lengua. —Supongo que es fácil tener tanta confianza cuando te estás tirando a tu profesora. Ah, perdona, quería decir «tutora». —Resopló, riéndose para sus adentros—. El *quarterback* estrella enamorándose de su profesora particular amante de las faldas de cuadros. Sigue sonando como el argumento de una peli porno malísima, lo mires por donde lo mires.

—Ya basta —intervino Scotty—. Lo siento, Tanner. Está claro que Connor está resentido porque Aster, como casi todas las chicas de la Universidad de Covey, no tiene ningún interés en él.

Connor giró la barbilla hasta que me miró directamente. —Como sea. Solo voy a advertirte que esas faldas cortas engañan.

Entrecerré los ojos y observé cómo Scotty se alejaba de la conversación, claramente tan irritado como yo. Pensaba seguir su ejemplo en un par de minutos, pero primero quería darle una lección a Connor.

—La tía es más frígida que un témpano. Es una calientapollas de campeonato.

—¿Pero qué COÑO estás diciendo? —Instintivamente, lo agarré por el cuello de la camisa y lo empujé contra la pared. Solo cuando la

música paró y oí algunos jadeos me di cuenta de que estaba llamando la atención.

Brooks y Dash se acercaron a mi lado, pero no me estaban sujetando. De hecho, sentí como si me estuvieran picando un poco.

Sin embargo, este no era el lugar ni el momento de airear mis quejas. Sobre todo cuando, para empezar, técnicamente no eran mis quejas.

Bajé lentamente a Connor hasta que sus pies tocaron el suelo, y luego acerqué mi boca a su oído. —Como vuelva a oírte hablar así de Aster o siquiera pronunciar su nombre, puedes estar seguro de que acabaré con cualquier mínima esperanza que tuvieras de jugar en el hielo.

Lo solté, ignorando a todos los demás en la sala, excepto a la chica con la que había venido. Sus labios, de un rojo rubí, estaban entreabiertos, como si no hubiera respirado desde que me vio levantar a su ex de esa manera.

Cuando estuve lo bastante cerca de ella, la adrenalina me recorrió las venas y no deseé nada más que besarla. Así que lo hice. Porque, ¿y por qué coño no? Acababa de defender su honor, y ahora necesitaba demostrar a todo el mundo que, de hecho, era mía, y que nadie iba a volver a meterse con ella.

Sujetándole las mejillas con las manos, la miré fijamente a los ojos, esperando que de alguna manera mi truco de telepatía con Thea funcionara aquí también. Al inclinarme, las comisuras de sus labios se curvaron y, de forma muy sutil, empujó los labios hacia fuera. Bien. Sabía lo que estaba planeando y no iba a impedirlo. Posé mis labios sobre los suyos y la besé con fuerza, pero con la suficiente pasión como para que nadie pensara que este era nuestro primer beso.

Aster no se apartó, sino que apoyó la mano en mi pecho, derritiéndose ante mi contacto mientras la acercaba más a mí. Sus labios se deslizaron sobre los míos y dejé que mis emociones

tomaran el control. Deslicé la lengua en su boca y sus dedos se aferraron a mi camisa, y supe que si no parábamos pronto, esto no iba a terminar solo con un beso.

Así que me aparté, sintiendo todas las miradas sobre nosotros mientras pasaba mi mano por su cintura y la besaba en la mejilla. Si mi movimiento la sorprendió en lo más mínimo, no lo demostró.

—Venga, A. Larguémonos de aquí —susurré, sabiendo que incluso en esta habitación abarrotada, nadie más podía oírnos.

—Vale —dijo ella dócilmente, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja. Miró por encima de mi hombro y dedicó una sonrisa al grupo con el que estaba. No era una sonrisa amable. Era una de esas sonrisas cabronas y sarcásticas que pones cuando quieres presumir. Totalmente merecida, ya que supuse que se la estaba dedicando a Connor y Rachel.

Joder, me encantaba su genio.

Mientras caminábamos hacia la salida, bajé la mano ligeramente para que descansara en su cadera, con algunos de los dedos rozando lo inapropiado. Al mirar por encima de mi hombro a Connor, le dediqué una sonrisa igual de engreída y le guiñé un ojo.

Con la cabeza bien alta, salí de allí con la tía más buena de la sala. La tía más buena del campus, si quieres que te diga la verdad.

Cuando salimos por la puerta, me miró de reojo, pero no se atrevió a decir nada. Notaba cómo se le sacudían los hombros mientras contenía la risa.Para cuando llegamos a la puerta de su residencia, se dio cuenta de que no había moros en la costa y me apartó de un empujón. —¿A qué coño ha venido eso? —Sonreía, pero estaba claramente preocupada. La adrenalina del beso se había disipado con la fresca caminata, y la realidad de lo que Connor había dicho caló hondo. Con los puños apretados, estaba listo para volver y partirle la cara—. ¿Tanner?

Pero entonces bajé la vista hacia Aster, que observaba mi semblante, y parecía preocupada.

¿Cómo se atrevía Connor a pensar que estaba bien hablar de ella de esa manera? Inclinándome para quedar cara a cara con ella, le dije: —Prométeme que nunca volverás a acercarte a Connor.

Hizo una mueca solo de pensar en él. Por alguna estúpida razón, eso me hizo sentir bien. —No tienes que hacerme prometer algo así. No soy tan tonto.

—Bien. Ese tío es un baboso y no se merece a una chica como tú.

Tartamudeó un momento; supongo que estaba confusa por mi repentino arranque de posesividad, pero no era tanto que la deseara como que quería asegurarme de que no volviera a creerse las patrañas de otro idiota. O al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

—Está bien saberlo. —Apretó los labios y se puso a jugar con el bolso—. Gracias por venir esta noche. Sé que no ha sido precisamente divertido, pero creo que ha surtido el efecto deseado.

Al verla con los labios apretados, mi mente se desvió al recuerdo de haberla besado. Fue demasiado corto. No me quedé satisfecho. Unos labios carnosos y suaves que me devolvieron el beso. Me hormigueaban los labios solo de pensarlo, pero como ella no lo había mencionado, no iba a arriesgarme a distanciar a mi tutora sacando el tema.

Por mucho que quisiera volver a hacerlo.

Tragándome cualquier remordimiento, asentí. —De nada. Estoy disponible siempre que me necesites. —Extendí las manos, sintiéndome un poco desesperado. Ella sonreía, felizmente inconsciente de que yo había amenazado con romperle las piernas a un tío por hablar mal de ella—. ¿El próximo viernes a la misma hora?

Asintió, y mientras se dirigía tranquilamente hacia las puertas de su residencia, la observé cada segundo hasta que supe que estaba a

salvo dentro. Luego volví a mi casa, fuera del campus, e intenté averiguar desesperadamente en qué momento me había vuelto tan protector con una chica que se suponía que no significaba nada para mí.

CAPÍTULO 10

Aster

—Aster, ¿qué estás mirando? —casi di un respingo cuando Hazel se asomó para mirar mi móvil.

Lo dejé caer rápidamente sobre mi regazo porque ni loca quería que lo viera. —Nada —solté, porque admitir la verdad era demasiado vergonzoso—. Solo estaba comprobando unas cuantas frases en francés de las que no estaba segura antes de preguntarte. —Era mentira, a menos que «qué se considera un beso con lengua» contara como parte de la solicitud de traducción.

A estas alturas, para mí sí que contaba.

—Vale. —Me miró con escepticismo, pero sabía cuál era su sitio durante nuestras sesiones de tutoría. Volvió a bajar la cabeza para concentrarse en sus traducciones y yo suspiré de alivio por no tener que enfrentarme a más preguntas.

Estaba siendo una mala profesora particular hoy. Espera, me corrijo. Había sido una mala profesora durante los últimos cinco días porque había estado muy distraída. Sentía como si el corazón me revoloteara en el pecho y, por extraño que pareciera, me apetecía ir dando saltitos por el campus.

Mi mente daba vueltas y era incapaz de concentrarme por más que lo intentara.

Hazel me acercó una hoja de papel, sonriendo. —Creo que vas a estar orgullosa de mí. —Su voz estaba llena de ilusión y entusiasmo

y yo me sentí un poco mal por estar tan distraída cuando ella se estaba esforzando tanto.

—Ya estoy orgullosa de ti, Hazel. Has avanzado muchísimo. —Esa era una verdad que sí podía aceptar, porque lo estaba haciendo de maravilla, y estaba casi segura de que había progresado hasta el punto de que ya no necesitaría mi ayuda para nada.

Hazel sonrió de oreja a oreja. —Gracias, pero de verdad, creo que te vas a quedar impresionada.

Asentí, dispuesta a ser mejor profesora, pero, cuando bajé la vista hacia su hoja, no pude ver las palabras que había escrito. Lo único que podía leer era «Tanner, Tanner, Tanner, Tanner».

Parpadeé un par de veces con la esperanza de que eso me devolviera la cordura, pero nada. Solo veía el nombre de Tanner escrito con la letra de Hazel.

¿Así era como una se sentía cuando le gustaba alguien? Tenía el estómago revuelto. Y, por alguna extraña razón, todo me llevaba a Tanner. De algún modo, se había apoderado de mi concentración y no sabía qué hacer al respecto.

—¿Sabes qué? Voy a corregir esto en casa y te enviaré mis comentarios por correo electrónico. ¿Te parece bien? —Hazel no pudo ocultar su decepción, pero se mordió el labio y asintió—. ¿Por qué no tenemos una conversación en francés? ¿Puedes contarme tus planes para el fin de semana?

—Claro.

Por desgracia para Hazel, volví a quedarme en mi mundo y solo capté las últimas palabras de su frase. Era algo sobre una canoa. Sonreí y asentí, haciéndole un gesto para que me contara más porque no podía hacerle preguntas. Ella siguió hablando y mi mente no paraba de volver al mejor beso de mi vida.

Tanner me besó, y desde que lo hizo no podía pensar en otra cosa.

Duro y exigente, me pareció demasiado corto para lo mucho que le he estado dando vueltas desde entonces. Mis labios palpitaban con el recuerdo, pero intenté contenerme.

Tanner no me besó porque *quisiera*. Estaba dejando las cosas claras a todos los que estaban en esa habitación. Ah, y vaya si las dejó claras.

Connor me había estado llamando obsesivamente durante los últimos días. Siempre estaba borracho y me decía que mi nuevo novio no era el adecuado para mí. ¿Y él qué sabría? Fue un novio terrible, pero prefería no darle la dignidad de ese título.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Era como si Tanner se hubiera convertido en mi última obsesión y no pudiera dejar de pensar en él. Quería restregarme la cara con la mano, esperando que eso borrara su recuerdo, pero no podía. No sin delatarme ante Hazel de que no la había estado escuchando.

Cerré los ojos en un último intento desesperado por olvidarme de Tanner, pero fue un error. Ahora, lo único en lo que podía pensar era en las fotos de Tanner que había buscado en Google y en sus abdominales. Sinceramente, nunca había visto fútbol americano, pero ver a Tanner con una camiseta corta mientras lanzaba un balón sonaba más tentador de lo que me gustaría admitir, y me estaba arrepintiendo de haber rechazado esas entradas para el palco que me ofreció.

—Pues me he enterado de una cosa —soltó Hazel, y por la expresión de su cara supe que era sobre Tanner y aquella noche. Intentó ocultar su sonrisa con los labios fruncidos, pero se le notaba—. O al menos Alex, la del equipo de hockey, me ha contado algo, y no sé si creérmelo o no.

—¿Qué te ha dicho?

Miró a su alrededor antes de inclinarse sobre la mesa para acercarse un poco más. —Me ha dicho que Tanner defendió tu honor en una

fiesta de una hermandad la semana pasada. —Mmm, esa era la versión suave de lo que yo había oído, porque, al parecer, Tanner había amenazado de muerte a Connor si volvía a pronunciar mi nombre, y a mí me pareció genial.

Recuerdo su rostro vívidamente en el momento en que agarró a Connor por la camiseta. Estaba oscuro y amenazador, una mirada que nunca esperaría de un chico como él. Y todo porque me estaba defendiendo a *mí.*

Me encogí de hombros, actuando con indiferencia porque por dentro estaba gritando. Nunca había tenido un chico tan posesivo, y aunque sabía que todo era una farsa, eso no significaba que no pudiera disfrutarlo un poco más. —No fue nada. Estoy segura de que cualquier chico haría lo mismo por ti si tu ex estuviera soltando mierda.

Apretó los labios con fuerza y miró a la mesa, asintiendo rápidamente. —Sí, seguro. —Los ojos normalmente claros de Hazel se ensombrecieron, pero desechó rápidamente cualquier preocupación—. También te besó, ¿verdad?

—Sí —dije arrastrando las palabras, deseando que no hubiera sacado el tema. Había pasado dos minutos enteros sin pensar en ello, y ahora los labios me palpitaban, anhelando más.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Hacer el qué?

Sus mejillas se tiñeron de rojo. —¿Conseguir que pensara que eras algo más que una amiga empollona?

—No creo que lo consiguiera —respondí con sinceridad—. Creo que eso es lo que le gusta de mí. En realidad, nuestra relación se basa en la amistad. —Era lo más cerca que podía estar de la verdad sin decirla explícitamente. Que solo éramos amigos. Que siempre seríamos solo amigos, pero nadie, excepto yo y Tanner, necesitaba saberlo.

—¿Hay alguna razón por la que quisieras saberlo?

Se mordió el labio y negó con la cabeza enérgicamente. —No, yo, eh..., supongo que estoy colada por un chico, pero él nunca se ha interesado por mí. —Intentó restarle importancia, pero se notaba que le dolía. Jugueteó con su pelo rizado y desvió la mirada.

—Si no es capaz de ver lo especial que eres, es un idiota —dije sin rodeos, porque estaba harta de que las chicas se enamoraran de idiotas que no las valoraban.

—Hola. —La suave voz de Tanner me hizo dar un respingo. Estaba justo al lado de mi oreja, sonriendo de oreja a oreja. Era la primera vez que lo veía desde que me besó, y me temblaron un poco las piernas. Cuando nuestras miradas se cruzaron, las cosas empeoraron. El estómago se me revolvió por algo que no era hambre. Bueno, al menos no por hambre de comida. ¿Tendría que ver con que me iba a venir la regla? Porque me estaba comportando como una perra en celo, jadeando por un chico que solo me hablaba porque lo estaba ayudando a subir las notas—. Perdón por interrumpir.

Tenía el pelo mojado y, al echárselo hacia atrás por encima del hombro, habría jurado que sentí parte de la humedad en mi pecho, pero eso era físicamente imposible, ya que se había alejado. ¿Qué demonios me pasaba?

—¡Oh, Dios mío! ¿Eres Tanner Joyce? —chilló Hazel, levantándose de la silla. La típica reacción de una novata. Se pensaba que el chico era una celebridad. Le tendió la mano—. Soy Hazel. Es un verdadero honor conocerte.

Tanner miró por encima de su cabeza y me dedicó una sonrisa sarcástica antes de cogerle la mano y dedicarle a ella una sonrisa radiante y hermosa. —Encantado de conocerte, Hazel.

Ella soltó un chillido que sonó un poco como un globo deshinchándose, pero observé con curiosidad porque Tanner no la avergonzó ni una sola vez por su reacción de fan. Fue tan elegante,

incluso estoico, y me sorprendió, porque habría pensado que un chico como él se aprovecharía de esa reacción.

—Siento molestaros. Solo quería deciros que he llegado un poco antes y que os esperaré en la sección de ficción histórica.

Le sonreí y, antes de que pudiera responder, Hazel nos miró a los dos. —¿Un momento, ahora le das *tú* clases? ¿Después de que te rechazara? —Entonces cerró la boca más rápido que una trampilla porque sabía que la mataría por eso.

Pasarla al grupo de estudio de Kinsey parecía mucho más probable ahora. —No quería decir... Yo, yo...

Como era un poco sádica, disfruté viéndola temblar de miedo por lo que me diría a continuación, pero Tanner era demasiado bueno para eso. Se rio de inmediato. —No la rechacé. Ni mucho menos. ¿A que no, ricura?

—Llámame ricura una vez más y pintaré tu coche con penes de color rosa chillón.

—¿Ves? Por eso «ricura» funciona... Es irónico.

—Me sorprende que sepas lo que significa. —Enarqué una ceja, incapaz de reprimir una sonrisa. ¿Estábamos bromeando? ¿Y disfrutando de la compañía del otro? ¿Cuándo demonios había pasado eso?

—Puedo irme. —Hazel señaló con el pulgar por encima del hombro —. Siento como si estuviera interrumpiendo algo.

—No te preocupes. Tanner ha llegado pronto. Puede esperar. Siéntate. Repasaré tus respuestas antes de que te vayas.

—Vale.

—Estaré por allí si me necesitas. —Tanner señaló la mesa vacía.

—No lo haré —canturreé.

Cuando por fin terminé con Hazel y Tanner se acercó, no supe qué hacer ni adónde mirar.

—¿Lista para mí, profe?

Pff. ¿Que si estaba lista para él? No. Por supuesto que no. Porque me había prometido a mí misma que no me acercaría a un deportista después de Connor. Y, sin embargo, aquí estaba, cometiendo el mismo error otra vez.

—¿Profe? —refunfuñé, mirándole a la nariz en lugar de a los ojos para que pareciera que mantenía el contacto visual. Mirarlo directamente habría sido demasiado.

—Bueno, como no te gustó «jefa», tenía que ponerte algo.

—¿Y pensaste que «profe» estaría bien? —Enarqué una ceja, tratando de sonar indiferente y desinteresada, pero era difícil porque me parecía adorable.

—Sí, y por suerte no puedes hacer nada al respecto. Todo el mundo sabe que solo se puede vetar un apodo. Tú ya has gastado el tuyo, así que ahora tendrás que aguantarte con este, profe.

Negué con la cabeza y parpadeé un par de veces porque me estaba provocando un ligero latigazo cervical. —Vale. Puedes llamarme como quieras...

Apretó un puño contra su estómago y siseó: —Sí.

—No me has dejado terminar. Puedes llamarme como quieras, siempre y cuando me expliques la clase de Marketing Deportivo que has tenido hoy.

Esperaba que su sonrisa se desvaneciera ante la petición, pero no lo hizo. En su lugar, apretó los labios, conteniendo una sonrisa de suficiencia. —Vale, profe. Te lo explicaré.

Apartó sus libros y me dedicó de nuevo esa sonrisa demoledora. Ignoré que se me cortó un poco la respiración, achacándolo a las alergias en lugar de a lo blandita que me ponía por dentro. No iba a

volver a enamorarme de otro deportista al que daba clases. Ya había aprendido la lección.

—Venga, vamos al lío.

Después de una hora trabajando con Tanner, tenía que admitir que estaba impresionada. Estaba atento y aceptaba todas mis sugerencias sin quejarse. Veía lo importante que era para él tener éxito y me alegraba de que nuestras sesiones parecieran estar ayudando.

—Así que... —dijo Tanner con calma mientras yo revisaba una tarea para su clase de investigación de mercados. Se suponía que él tenía que estar repasando las fichas que le había hecho de *La fierecilla domada*, pero sus deberes tenían buena pinta, así que se la iba a pasar por esta vez.

Golpeó las fichas contra la mesa hasta que levanté la vista. Entonces, dedicándome una sonrisa ladeada, preguntó: —¿Cómo estás después de la fiesta de la semana pasada?

Contuve una sonrisa porque no esperaba que sacara el tema. —¿La semana pasada? —Haciéndome la tonta, miré al techo—. La semana pasada. La semana pasada —repetí, jugando con las palabras antes de soltar—: Ah, ¿te refieres a después de que me llevaras a una fiesta y te olvidaras de mencionar que amenazaste con matar a mi ex si volvía a pronunciar mi nombre?

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. —¿Cómo sabías que dije eso? Justo iba a ponértelo sobre aviso.

—Las noticias vuelan cuando la gente cree que has convertido al quarterback de modales apacibles en una amenaza.

Tanner bajó la mirada a la mesa y se frotó la nuca con la mano.

—Sí. Mira. Lo siento. No sé qué me ha pasado. Normalmente no me comporto así con la gente que no soporto. Es solo que...

Esperé a que terminara, pero no lo hizo. Dejó que sus últimas palabras quedaran suspendidas entre nosotros, como si se supusiera que yo debía rellenar los huecos, cosa que no era capaz de hacer porque no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Tampoco lo conocía lo suficiente como para aventurarme a adivinarlo.

—Gracias. —Ya no pude ocultar mi sonrisa burlona.

Tanner entrecerró los ojos y me apuntó con el bolígrafo.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —Me estudió, a ver si yo dejaba entrever algo. Esperaba no ser tan fácil de leer, pero cuando soltó un jadeo, estuve segura de que lo había adivinado—. ¿Habló *él* contigo? —El fastidio se extendió por sus facciones y no pude negar que su ceño fruncido era un poco… sexi.

De hecho, incluso con ese moño, Tanner era guapo. Últimamente, todo en él me provocaba un ligero aturdimiento. Desde su sonrisa arrolladora hasta su exceso de ganas por complacer. Me gustaba demasiado. Me gustaba hasta el punto de que creía que estaba coladita por mi cita falsa, como una colegiala, pero tendría que guardármelo para mí. En primer lugar, debería haber aprendido de la última vez y, en segundo, un chico como Tanner no estaría interesado en una chica como yo. Yo preferiría estar leyendo en una biblioteca que al aire libre en las gradas. Éramos demasiado opuestos, y me negaba a enturbiar las aguas más de lo que ya estaban y a hacerle un flaco favor como su tutora.

—¿Quién es *él*? —Sonreí, pero el rostro de Tanner permaneció tan estoico como cuando me hizo la pregunta, así que le resté importancia a su preocupación con un gesto de la mano—. No exactamente. O sea, sí que me llamó, pero no diría que hablamos. Eran las tres de la madrugada e iba borracho como una cuba. No sabía lo que decía. Apenas lo entendí. Era todo muy incoherente.

La mandíbula de Tanner estaba tan marcada que resultaba difícil no darse cuenta de cómo se le crispaba.

—¿Qué te dijo?

—Todo mentira. «Aster, he cometido un error» —me burlé—. «Quiero que vuelvas. Aster, he hecho el *idiota*. ¿Lo pillas? Estoy idiota por ti, Aster». —Omití el hiriente comentario final: «No me puedo creer que te dejara escapar porque no te acostabas conmigo». Eso no era algo que Tanner necesitara saber, y yo no quería que me mirara de otra forma por ello.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que necesitaba una noche sin alcohol y que quizá debería buscar a Rachel para que le ayudara a ahogar las penas. Después de eso, bloqueé su número. Me niego a que me despierten así otra vez.

—Bien.

Tanner se quedó sentado, cavilando, mientras yo lo observaba. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué se estaba enfadando tanto por esto?

No le di muchas vueltas. En lugar de eso, abrí un libro de texto de forma muy dramática y lo hojeé.

—Bueno, nos queda una hora. Probablemente deberíamos volver al trabajo.

Él asintió y, mientras yo leía el libro de texto, me di cuenta de que no coincidía con los apuntes que había tomado la noche anterior.

—¿Sabes qué? Esta es la edición equivocada. Hay una más nueva en las estanterías, que es con la que estaba trabajando. —Levanté un dedo—. Dame un segundo y voy a por ella.

—Vale. —No pude evitar darme cuenta de que su mirada se desvió hacia mis piernas cuando me levanté, y un escalofrío me recorrió la espalda. Estas faldas nunca me habían metido en líos, pero los líos nunca habían tenido el aspecto de Tanner, hasta ahora.

Pasé a su lado y me dirigí a la sección de márquetin, pero frené cuando oí unos ruidos extraños en el pasillo de Historia Antigua.

Se oyó un jadeo agudo. Luego, un gruñido. ¿Ese golpeteo rítmico eran libros cayendo al suelo?

Caminé de puntillas por el pasillo de Educación Infantil, siguiendo los ruidos al otro lado de los libros.

Se oyó un gritito de emoción y apreté los puños, porque estaba absolutamente segura de lo que estaba pasando y no podía creer que tuvieran la osadía de hacer *eso* aquí. En la *biblioteca*.

A medida que me acercaba, miré a través de los libros; solo entonces pude ver la espalda de alguien. Así que, con mucho cuidado, aparté un par de libros para ver mejor.

Me detuve.

Apenas podía respirar.

Agarré los libros con toda la fuerza que pude, sabiendo que si se me caían me descubrirían.

Y no había decidido si quería delatarlos o… mirar.

Oficialmente, era una pervertida. Porque justo delante de mí había un chico agarrado a la parte superior de las estanterías de la biblioteca, mostrando la extensión de su espalda, con la cabeza inclinada hacia abajo. Cuando seguí su mirada, tuve que morderme la lengua porque lo único que podía ver desde este ángulo eran dos manos con garras de arpía aferradas a los vaqueros del chico a cada lado de sus caderas.

—Oh, Dios —susurró él, echando la cabeza hacia atrás antes de bajarla para mirarla porque no podía tener suficiente—. Estás tan buena.

La chica sorbía tan fuerte que no pude evitar imaginarme todo lo que le estaba haciendo para que él se sintiera así. Sinceramente, la idea me hizo sentir cosas que no me resultaba del todo cómodo admitir. Sentí un cosquilleo en la entrepierna y una palpitante y urgente necesidad de tocarme porque, por mucho que odiara que

abusaran así de la biblioteca, la verdad es que era bastante excitante.

—Sigue —dijo él, embistiendo ahora con las caderas contra las estanterías. La cabeza de ella golpeaba contra la estructura metálica, haciendo que los libros se movieran. Hice una pequeña mueca de dolor y recé por esos pobres libros que, sin duda, estaban siendo maltratados por la experiencia, pero no lo detuve. Esa sensación de hormigueo era ahora ardiente. Era más urgente de lo que jamás había sentido.

La oí ahogarse con arcadas, pero él no se detuvo. De hecho, embistió con más fuerza y me preocupó que pudiera ahogarla hasta la muerte. Solo cuando vi sus afiladas uñas rojas supe que estaba bien. Se clavaban en sus vaqueros, guiándole para que embistiera contra ella más rápido.

Aún con los libros en una mano, me agarré a la estantería con la otra porque no podía apartar los ojos de ellos. La sensación estaba llegando a su punto álgido en mí, pero sabía que era imposible llegar al orgasmo sin estimulación. ¿O sí?

Como seguían en ello, mis ojos estaban tan pegados a ellos como cuando los encontré. No podía evitarlo. Era como ver un accidente de tren. Solo que, con suerte, este tendría un final feliz.

—Oh, Dios, me corro. —El chico gruñía tan fuerte que me sorprendía que nadie más les hubiera parado, pero claro, habían elegido el lugar más recóndito para hacerlo. La estantería se tambaleaba y, joder, qué excitante.

Me froté los muslos y la simple fricción creó una sensación tan intensa que una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Era una sensación increíblemente buena, pero no era necesariamente suficiente. Me sentía acalorada, turbada y un poco húmeda.

Contuve la respiración mientras él gruñía, embistiendo su boca con tanta fuerza que se me cayó el libro de texto porque estaba demasiado concentrada en mirarlos.

JODER. JODER. JODER.

Eso no acaba de pasar, ¿verdad?

Los gruñidos cesaron y cerré los ojos mientras me preparaba para el impacto.

—¿Has oído eso? —preguntó él; supuse que ella todavía tendría la boca llena, e hice una mueca. Iban a encontrarme y a ver que me estaba poniendo cachonda y húmeda por ellos. Los había usado involuntariamente como porno. Espera, ¿eso era ilegal? ¿No era esto técnicamente voyerismo? Gimoteé ligeramente, pero entonces recordé que estaba en otro pasillo. Podía salir de aquí sin que me vieran si actuaba lo bastante rápido.

Me giré y me di cuenta de que era un callejón sin salida. Si iba en la otra dirección, se cruzarían en mi camino y sabrían que los estaba observando.

Dios mío. Dios mío. ¿Qué voy a hacer?

Supuse que lo único que podía hacer ahora era que la estantería se me cayera encima. Al menos moriría cubierta de libros en lugar de morir de vergüenza por una posible acusación de acoso por voyerismo.

Agarrada a las estanterías metálicas, estaba preparada para que todo terminara, pero, de repente, sentí un cuerpo apoyarse contra mi espalda.

—Relájate —dijo con voz ronca, su aliento haciéndome cosquillas en el cuello. Tanner.

¿Se me habían caído ya las estanterías encima? ¿Era esta la última imagen que mi mente creía que quería ver antes de abandonar este planeta para siempre? O quizá me había quedado inconsciente y este era el sueño que se suponía que me ayudaría a salir del coma.

Las manos de Tanner se entrelazaron con las mías y fue entonces cuando supe que no era un sueño. Sus duras callosidades rozaron mi

piel, haciendo casi imposible ignorar el hormigueo que me recorría la columna vertebral.

Me guio las manos hacia las estanterías, manteniéndome inmóvil, y al principio pensé que quizá iba a ayudarme en mi caída y a derribar las estanterías por mí. Una misión kamikaze, nada menos. Pero no lo hizo. Las dejó allí. Deslizó sus manos hacia abajo y habría jurado que dejó el más ligero de los besos en mi mandíbula antes de que su mano alcanzara la mitad de mi muslo.

Justo debajo del dobladillo de mi falda. Lenta, muy lentamente, su mano fue subiendo. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza sobre su hombro porque su contacto me abrasaba. El hormigueo en mi sexo volvía a encenderse, y no cabía duda de que si seguía, notaría lo mojadas que estaban mis bragas.

Solo me había tocado el muslo, pero, patéticamente, después de todo lo que había visto, sentía que podía estar cerca de un orgasmo.

—Uh, jaja.

Esa risita.

Fue suficiente para apagar cualquier fuego inminente.

Rachel.

—Parece que no éramos los únicos que se divertían un poco en la biblioteca.

Y así, sin más, toda la tensión que se había acumulado en mi cuerpo desapareció, porque si alguien podía cortar el rollo, esa era Rachel. Obligándome a mirarla, vi que estaba de pie al final del pasillo, sonriendo divertida con un tipo alto y rubio de aspecto anodino detrás de ella.

Se echó el pelo por encima del hombro antes de lamerse el borde de los labios. Me estremecí, sintiendo un ligero mareo al pensar que era a ella a quien había estado observando.

—Siento interrumpir, tío. —El chico parecía estar en una nebulosa de borracho, así que supuse que mi interrupción llegó después de que él, ejem, se corriera. Al menos, eso era una victoria para él.

—No hay problema. —La voz de Tanner retumbó detrás de mí, y de repente recordé nuestro aspecto. La mano de Tanner estaba firmemente apoyada en mi muslo, con el dedo rozando el borde de mi falda, y mis caderas estaban curvadas contra las suyas.

Cómo anhelaba que sus dedos siguieran el camino previsto y me tocaran.

Tragué saliva porque, ¿de verdad acababa de pensar eso?

Sí, últimamente había estado pensando mucho en Tanner, pero nunca había pensado en los chicos que conocía de forma sexual y, sin embargo, aquí estaba, deseando a Tanner.

¿A quién quería engañar? Todo era culpa de lo cachonda que estaba.

Tanner se rio entre dientes, y la vibración resonó en mi pecho, intensificando la sensación entre mis muslos, e inadvertidamente me moví para conseguir algo de alivio. Fue un error, porque solo sirvió para que su mano subiera más por mi falda. Estaba inintencionadamente cerca de mi sexo, lo que hizo que intentara apartarme.

Otro movimiento en falso, porque eso me hizo restregarme contra su entrepierna. Sentí a Tanner gruñir, pero se le daba mucho mejor que a mí mantener la compostura. Rachel y ese tío observaban cada uno de nuestros movimientos y si queríamos que la gente creyera que le gustaba, tenía que actuar con naturalidad, como mínimo.

—Supongo que os dejaremos a lo vuestro, entonces. —Me guiñó un ojo y me saludó con un dedo de forma pícara antes de coger la mano del chico y marcharse.

Con el dedo índice de Tanner a apenas un par de centímetros de mis bragas empapadas y mi culo restregándose contra su entrepierna, permanecimos en un abrazo incómodo más tiempo del necesario,

pero teníamos que asegurarnos de que no había moros en la costa antes de movernos.

Una vez que reinó un silencio sepulcral, empujé a Tanner con tanta fuerza que chocó contra el otro lado del pasillo. Inmediatamente me sacudí la falda, ajustándomela, y di unos pasos de un lado a otro para que mis piernas recuperaran el movimiento.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurré a gritos.

Con el ceño fruncido, dijo: —¿En serio? —Señaló el final del pasillo por donde se habían ido Rachel y su compañero de mamada—. He sido yo salvándote el culo. *Otra vez*.

Levanté la mandíbula y lo miré desafiante. Era todo lo que me quedaba en ese momento, porque no quería pasar vergüenza y admitir cómo me hacía sentir todo el asunto. —¿Y qué te hace pensar que mi culo necesitaba que lo salvaran?

Puso una expresión de desconcierto mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Me estremecí, pero me crucé de brazos, esperando que no se diera cuenta. Luego me froté los brazos, fingiendo que era el aire acondicionado lo que me había puesto la piel de gallina. No el contacto de Tanner.

—¿De verdad vas a fingir que no estabas viendo a tu archienemiga hacer una mamada a través de un hueco en la sección de Aprendizaje y Desarrollo?

Joder. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí de pie?

—Porque solo me he acercado para decirte que seguramente tenía el libro que necesitabas. Entonces te he visto ahí de pie, mordiéndote el labio y aferrándote a un par de libros como si fueran tu único salvavidas.

Así que lo vio todo. Sentí que se me calentaba la cara solo de pensar que había estado ahí de pie, observándome. ¿Sabría que me estaba poniendo cachonda? —Eres un pesado —espeté—. Y ella no es mi archienemiga.

Me dedicó una sonrisa lenta, estudiándome la cara hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Parecía que no iba a volver a mencionar lo de besarme, pero al mismo tiempo se le veía más que contento de tocarme de maneras que casi me hacían llegar al clímax contra las estanterías. —A lo mejor no lo es, pero de todos modos, la has cabreado.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Se le notaba en la cara. Mi mano estaba en tu muslo, no en el suyo. Y eso no le ha gustado.

Puse los ojos en blanco y aparté su duro pecho de un empujón, obligándome a fingir que no me gustaba la sensación. Estaba duro por todas partes. Era como intentar empujar una pared de ladrillos. —¿No serás un poco gallito, señor Quarterback? Literalmente se la estaba chupando a otro tío hacía menos de un minuto, y tú solo piensas en lo celosa que estaba de que me estuvieras tocando.

Me cogió las manos y las sostuvo un segundo más de lo que me pareció necesario. Estábamos tan cerca que, de pie a su lado, tenía que echar la cabeza completamente hacia atrás para verle la cara. Nunca me había dado cuenta de lo alto o musculoso que era hasta que lo tuve enroscado a mi alrededor. —Para nada soy un gallito. Si lo fuera, no te habría pedido ayuda y habría ideado alguna forma elaborada de volver al equipo haciendo trampas, pensando que nadie se daría cuenta. —Contuve el aliento porque Connor me vino inmediatamente a la mente—. Es solo que conozco a las chicas como ella. Buscan una cosa: una cartera con patas, y funcionan con un sistema de categorías. El tío al que se la estaba chupando es una de las mayores promesas del béisbol del año que viene.

—¿Béisbol, hockey, fútbol? ¿Hay algún deporte que no haya probado? —refunfuñé.

—Exacto. Nadie del equipo de hockey la toca después de su incursión con Connor, así que busca atletas con mejores

perspectivas. Así que perdóname si de vez en cuando me gusta restregarle por la cara que de mí no lo va a conseguir nunca.

Se dio la vuelta sobre sus talones, su codo rozó mi pezón y, en mi estúpido estado ligeramente erótico, todo mi cuerpo se estremeció porque disfruté de aquello un poco más de lo que debería.

¿Qué me pasaba? Era casi como si en el momento en que Tanner me besó, hubiera desbloqueado una especie de llave mágica para mis zonas erógenas. No me gustaba. Nadie debería tener esa llave excepto yo.

—Ahora, ¿te importaría repasar conmigo las respuestas de los deberes, por favor?

Avanzó por el pasillo y no miró atrás, pero sabía que iba a seguirlo. Después de todo, no tenía ningún otro sitio a donde ir.

Refunfuñó algo entre dientes mientras se giraba y desaparecía de vuelta a nuestros asientos, dejándome hecha un manojo de nervios húmedo y confuso entre los pasillos de Educación Infantil e Historia Antigua. Dejando a un lado todos mis sentimientos, mantuve la cabeza bien alta y volví a nuestra mesa de estudio con tanto descaro como de costumbre, aunque un poco más tambaleante.

Cuando por fin llegué a la mesa, me dejé caer en el asiento y me centré únicamente en los deberes de Tanner que tenía delante, porque existía una posibilidad muy real de que me sonrojara si lo miraba y pensaba en lo que acababa de pasar en el pasillo.

Lo único que sabía era que nunca volvería a mirar a Alejandro Magno o a Freud de la misma manera. Podía sentir la mirada ardiente de Tanner sobre mí, pero la ignoré porque pensé que era lo más sensato. —¿Sabes? Si no puedes soportar que te toque así en la biblioteca, con solo un par de testigos, ¿cómo demonios vas a soportar el baile de la semana que viene?

Levanté la cabeza de golpe y él sonreía con suficiencia. Mierda. Lo sabía, ¿verdad? Sabía que estaba mojada por él, y me quedé sin

palabras. Era tan descarado y seguro de sí mismo. —¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer? —repliqué con un poco más de descaro, intentando desesperadamente aparentar que no me afectaba.

A juzgar por su sonrisa de suficiencia, no estaba segura de que estuviera funcionando.

Se rascó la barbilla, y fue la primera vez que me fijé en la mínima cantidad de barba incipiente rubia que le rozaba los lados de la mandíbula. Tan definida, tan esculpida. No estaba segura de haber asimilado del todo lo que había dicho porque me estaba mirando como si yo debiera reaccionar.

—Perdona, ¿qué?

—¿No estabas escuchando?

—Tengo un límite de cháchara de deportistas que puedo soportar en un día. Llegué a mi cupo hace una hora, así que tienes suerte de que te esté entendiendo siquiera remotamente. Ahora, si fueras tan amable de repetir lo que decías, te lo agradecería.

—Vale. Si de verdad quieres saberlo, ¿recuerdas ese beso del viernes?

Como si pudiera olvidarlo. Entrecerré los ojos y me hice la tonta. —La verdad es que no. No fue memorable.

Él se rio entre dientes, levantando una ceja. —Ah, ¿así que a eso vamos a jugar? Genial. Pues que sepas, entonces, que eso fue un calentamiento. Si quieres que todos los presentes piensen que estoy *saliendo* contigo y que no eres solo mi tutora, entonces prepárate para una avalancha.

—Hasta que no lo vea, no lo creeré —dije sin inmutarme, pero por dentro me estaba derritiendo. Tanner me miraba con todo el fuego y la lava que no podía comprender del todo. Quería que me lo demostrara ahora mismo, pero, de nuevo, no era apropiado en la biblioteca ni en una sesión de estudio.

—Acepto el reto —respondió él.

Solo esperaba poder con aquello en lo que me había metido.

CAPÍTULO 11

Tanner

Bajé el parasol de mi Jeep para mirarme en el espejo y me pasé una mano por el pelo, agradecido de no haber seguido el consejo de Jackson de echarme gomina. Sabía que el largo le sacaba de quicio a alguna gente. Qué coño, estaba seguro de que a Aster le sacaba de quicio, pero estaba convencido de que prefería esto a un moño masculino. Después de conocerla el primer día, me di cuenta de que le temblaba el ojo izquierdo cada vez que miraba hacia él. Supe entonces que no podía llevar ese peinado cerca de ella, porque no me cabía duda de que me lo cortaría a la mínima oportunidad.

Así que, pelo largo y punto.

Me saqué los mechones que se me habían metido en el cuello de la camisa y me ajusté la corbata morada. No me había puesto este traje desde el baile de fin de curso del instituto, así que me quedaba un poco justo, pero para esta noche serviría.

Cogí el móvil del portavasos y le envié un mensaje rápido a Aster antes de relajarme en el asiento.

Tanner: *Estoy aquí.*

Giré la cabeza y miré las flores que descansaban en el asiento del copiloto. Había algo en esperarla fuera que no me parecía bien. Si de verdad estuviéramos saliendo, le habría subido las flores a su habitación y la habría acompañado abajo. Una sonrisa involuntaria se me dibujó en la cara. Si de verdad estuviera saliendo con ella, habríamos llegado una hora tarde, porque estar en su habitación me habría dado todo tipo de ideas.

Pero entonces se me borró la sonrisa al recordar que Aster y Thea estaban en la misma residencia de estudiantes. Era como si alguien me estuviera gastando una broma pesada. Aunque estaba seguro de que no se conocían, tampoco podía entrar ahí, vestido para un baile de gala, y que Thea me acribillara a preguntas.

Porque, cuando Thea hacía preguntas, no eran preguntas normales. Preguntaba cosas como: *¿Qué desodorante te has puesto? ¿Te aseguraste de que no fuera alérgica a las gilipolleces antes de pedirle salir? Por favor, no me digas que llevas tus calzoncillos de la suerte de tercero de la ESO.*

Me estremecí solo de pensar en que Aster y Thea se conocieran. Mi cerebro no alcanzaba a comprender cómo iría aquello, porque eran muy diferentes. Tendría que ser un encuentro muy bien organizado. No es que fuera a pasar. Aster no era mi novia de verdad y, aunque nuestra relación falsa era la comidilla del campus, Thea era demasiado nueva para darse cuenta.

Volví a girar la cabeza y me quedé mirando por la ventanilla del coche. El campus estaba tranquilo esta noche, porque era esa hora entre la cena y la fiesta en la que las chicas se preparan y los chicos juegan a videojuegos.

Cerré los ojos y esperé a que el móvil vibrara. Aster nunca llegaba tarde, pero yo había llegado diez minutos antes para prepararme. No había ruido en el coche y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz. No me estaba preparando con ansiedad para un examen sorpresa que sabía que iba a suspender ni agobiándome por un trabajo que no sería capaz de escribir, porque las técnicas de Aster estaban funcionando.

Por primera vez, sentía que tenía el control sobre mis objetivos académicos, y todo era gracias a Aster.

Ahora, si pudiera dejar de pensar en ella durante más de unos minutos, todo iría bien.

Ojos verdes, pelo rojo y una sonrisa que podía dejarme mudo del impacto.

Aster lo era todo.

No me miraba como si fuera su billete de lotería. De hecho, apenas me miraba, y, por lo visto, eso me gustaba. Me gustaba ella, pero el único interés que tenía en mí era como cita falsa y para vengarse de su ex, el jugador de hockey.

Refunfuñé, cruzándome de brazos, porque quería a Aster, pero no podía tenerla como yo quería. Y lo peor de todo: era por mi propia estupidez. No tenía que haberla salvado en la biblioteca como hice la semana pasada y, desde luego, no debería haberle toqueteado los muslos sin permiso, pero no pude evitarlo.

Con las manos aferradas a aquellos libros con más fuerza que Rose a Jack en *Titanic*, ya me imaginaba lo que iba a pasar. Los libros se le iban a caer y la iban a pillar como la miradora que era. Y yo no quería eso para ella. No después de todos los otros rumores que corrían sobre ella, que decían que era una cazadeportistas.

Rumores a los que yo había contribuido sin querer al negociar con ella para que fuera mi tutora.

Así que hice lo que cualquier amigo haría. La ayudé y tomé las riendas del asunto.

Estaba tan absorta con la mamada libresca que ni siquiera me oyó llegar, pero cuando me puse detrás de ella y apoyó la cabeza en mi hombro, supuse que quería que le siguiera el rollo. Y le seguí el rollo, vaya que si lo hice.

El peor movimiento de mi vida.

A ver, nunca he sido de los que piensan que un espectáculo porno en directo me pondría cachondo, pero había algo en ver el pecho de Aster subir y bajar mientras lo asimilaba todo que me puso más duro que el mástil de la bandera de delante de la biblioteca.

Su olor era embriagador. Su piel era suave y no detenía mis manos en su camino hacia la destrucción garantizada mientras subían por su muslo. Cada vez más arriba, por debajo de su falda, a pocos centímetros de su centro. Uf, hasta pensarlo ahora mismo me estaba poniendo duro otra vez.

Me pasé una mano por el pelo, esperando que eso me ayudara a serenarme. No funcionó. Solo tenía que admitirlo. En algún punto entre el beso y el roce en el muslo, había empezado a sentir algo por mi pequeña y descarada tutora. Desde el momento en que la conocí, la deseé. Con locura, pero nunca iba a admitírmelo a mí mismo por lo mucho que la había cagado al principio. Era solo que, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más crecían mis sentimientos. Empezó con la incapacidad inicial de escucharla cuando hablaba porque sus labios me distraían demasiado, pero eso lo superé. Tocarla, sin embargo..., bueno, eso era un poco más difícil de superar, porque sabía lo que sentía ella. Sabía cómo se le cortaba la respiración con mi contacto y ahora lo único que quería era descubrir todas las formas en las que podía volver a dejarla sin aliento.

La cosa se estaba poniendo seria. Me sentía como un adolescente desesperado e inexperto, muerto de deseo por su profesora. Cada vez que soltaba una palabra que no entendía o me elogiaba por hacer un buen trabajo, mi mente se iba a lugares a los que sabía que no debía. Como verla tumbada en mi cama con las piernas abiertas mientras me tiraba del pelo, elogiándome por lo bien que lo estaba haciendo.

Sí. No era nada bueno. Y cada vez que la veía, la cosa empeoraba, porque inevitablemente veía algo nuevo en ella que despertaba una nueva idea en mi mente.

Soltando un suspiro, me sequé las palmas sudorosas en mis pantalones grises planchados, porque tenía que calmarme y mantener las manos quietas. Los pantalones eran rígidos y apretados, así que intentar ocultar una erección en ellos sería casi

imposible. Mis muslos se habían vuelto demasiado grandes para ellos desde que había empezado a hacer entrenamiento con pesas de nivel universitario; pero ella me había pedido específicamente que vistiera de gris, y yo me pondría cualquier cosa si eso significaba que me miraría de la misma forma que lo hizo en la biblioteca, o después de que la besara.

Joder. Ahí fue cuando todo se fue a la mierda. Cuando la reclamé como mía delante de todo el mundo, aunque no tenía ningún derecho a hacerlo. Fui un idiota y me busqué yo solito toda esta situación.

Bzzz, bzzz, bzzz.

El sonido de mi móvil vibrando en el portavasos me sacó de mis pensamientos y comprobé rápidamente el mensaje.

Aster: *¿Quién eres? ¿Tanner?*

Me reí, porque hasta por mensaje parecía enfadada conmigo. No podía evitarlo. Siempre estaba tan tensa, y yo había estado pensando en todas las formas en las que me gustaría ayudarla a relajarse. Retomar lo que dejamos en la biblioteca podría ser una de ellas.

Sacudiendo la cabeza, me reí con amargura.

¿Pero qué idiota había sido?

Enamorarme de mi tutora y esperar que pasara algo. En qué triste y patético cliché me había convertido.

Tanner: *¿Esperabas que te recogiera otra persona esta noche?*

Aster: *No. Solo quería saber cómo has conseguido mi número.*

Tanner: *¿Acaso importa? En realidad, deberías habérmelo dado cuando empezamos a trabajar juntos, pero eras demasiado cabezota. Joder, tuve que pedirle tu correo a Ralph, cosa que deberías haberme dado en el mismo instante en que aceptaste ser mi tutora.*

Aster: *Voy a repetir mi pregunta. ¿Cómo has conseguido mi número?*

Tanner: *Teniendo en cuenta que se supone que esta noche vamos a tener una «cita», sería raro que no lo tuviera.*

Aster: *Tanner.*

Tanner: *¿Sí, profe?*

Aster: *Responde a la pregunta.*

Me reí porque casi podía oír el tono de amenaza en su mensaje. Era tan cabezota que resultaba ridículo.

Tanner: *Ralph.*

Aster: *Lo sabía.*

Tanner: *Me lo dio por si necesitaba ponerme en contacto contigo.*

Aster: *¿Cuándo?*

Tanner: *Más o menos la primera semana que empezamos a trabajar juntos.*

Aster: *¿Y no me lo dijiste?*

Tanner: *No pensé que fuera para tanto.*

Aster: *No lo es.*

Tanner: *Entonces, ¿por qué le das tanta importancia?*

Las burbujas de «escribiendo» aparecían y desaparecían, y me pregunté si era su forma de ganar tiempo para no tener que pasar tanto rato en el baile. No tenía ni idea de qué esperar, ya que lo único que sabía sobre las hermandades femeninas eran las cosas que me había contado Hayden, la novia de Adam, y ninguna de ellas era buena.

Aster: *Es solo que soy una persona muy reservada y no sabía que le estaba dando mi número a la gente.*

Tanner: *No se lo estaba dando a la gente. Me lo estaba dando a mí.*

A juzgar por su falta de respuesta, supuse que eso no había servido de mucho para calmar su inseguridad.

Tanner: *Si te sirve de consuelo, me dijo que solo lo usara en caso de una auténtica emergencia y para nada más.*

Aster: *Supongo que eso ayuda un poco.*

Tanner: *¿Estás lista? Porque es ridículo que estemos escribiéndonos cuando podríamos estar de camino al baile.*

Aster: *Casi. Dame cinco minutos.*

Vale, cinco minutos.

Eso significaba que iba a llegar puntual. Me removí en el asiento, intentando relajar los hombros, pero no podía calmarme en el reducido espacio del coche porque la pierna no paraba de rebotarme contra el volante.

Cogí las flores, después el móvil y salí del coche, ya que me pareció una mejor forma de esperarla.

Tras cerrar la puerta, me apoyé en ella y crucé una pierna sobre la otra, obligándola al fin a quedarse quieta. Eché un vistazo a algunas noticias deportivas solo para no pensar en qué podría llevar puesto Aster, pero todo eso se fue al traste en cuanto se abrieron las puertas de la residencia.

Con la boca abierta, casi se me cae el móvil a la alcantarilla. Por suerte, tengo unos reflejos increíbles y lo cogí justo a tiempo, pero todavía no había asimilado del todo qué cojones estaba viendo, o si estaba despierto, porque tenía que ser un sueño.

Aster estaba... Bueno, joder. Si pensaba que las faldas de Aster eran letales, su vestido sería cianuro. Siempre había sabido que estaba buena, pero esa noche estaba que lo rompía. Con un vestido largo y negro, caminaba con tanta seguridad que la gente podría creer que lo llevaba puesto todo el tiempo.

Tragué saliva, porque cuanto más se acercaba, más me daba cuenta de que el vestido tenía una abertura que le llegaba hasta la mitad del muslo. Esos mismos muslos que había fantaseado que me apretaban la cara durante la última semana.

Me guardé el móvil en la americana sin apartar los ojos de ella y sonreí al verla. El vestido le quedaba tan ajustado que parecía que se lo hubieran pintado con espray, y podía distinguir cada una de las curvas de sus caderas y de sus pechos.

Oh, Dios, sus pechos.

Eran tan perfectos y turgentes.

Ella era perfecta.

Y fue entonces cuando supe que estaba real y jodidamente perdido. Daba igual cuánto intentara ignorarlo. Siempre iba a pensar en este momento, porque lo único que quería era a ella.

Sin dejar de caminar, no se había dado cuenta de que yo estaba recogiendo la mandíbula del suelo porque sus ojos se habían clavado en las flores moradas que sostenía. Silbé, metiendo las manos en los bolsillos para crear un poco de espacio porque mi polla me lo estaba quitando.

—Aster, estás…

No me dejó terminar la frase. Levantó una mano y pasó de largo hasta el lado del copiloto de mi todoterreno.

—No lo digas. Ya sé que estoy ridícula.

No era la palabra que yo usaría.

—No, en realidad, yo…

Levantó la mano antes de abrirse la puerta.

—Todas tenemos que llevarlo, y este apenas me entra porque es de mi madre —contoneó las caderas y di gracias de que el coche me tapara la vista—. He llegado a la conclusión de que usaba al menos

tres tallas menos que yo. —Se oía cómo se lo subía, pero, de nuevo, agradecí no poder verlo.

Cuando Aster se metió en el coche, yo hice lo mismo.

—Seguro que tu madre agradece el gesto —dije mientras me abrochaba el cinturón.

Cuando se abrochó el suyo, me dedicó una leve sonrisa.

—Seguro que sí. —Al pronunciar esas palabras, me dio la sensación de que quería añadir algo más, pero me resistí a preguntar porque sentí que no me correspondía. Nuestras miradas se encontraron, le sonreí y ella se fijó en las flores que yo tenía en las manos—. ¿Son…, son para mí?

Negué con la cabeza, sintiéndome un poco tonto, y me reí con timidez.

—Sí, perdona, debería habértelas dado enseguida, pero me he distraído un poco. —Frunció los labios mientras se las tendía.

Se quedó mirándolas durante un buen rato, sin decir nada.

—¿Qué?

Negó con la cabeza y soltó una risita.

—Lo siento, es que nunca nadie me había comprado flores, y no solo me has comprado flores…, me has comprado ásteres.

Sonreí, sintiéndome como un idiota bobalicón porque estaba orgulloso de mí mismo.

—Bueno, no quería traerte un ramo cualquiera, así que fui a una floristería a las afueras y hablé de ti. —Olió las flores, haciendo girar una en la mano—. ¿Sabías que en la mitología griega los ásteres se colocaban en el altar de los dioses? —Negó con la cabeza, pero me costaba creer que no lo supiera. Aster lo sabía todo—. Sí, por lo visto simbolizan el amor, la sabiduría y la fe. Solo deben regalarse a alguien por quien sientes un profundo afecto. —Al pronunciar la

última frase, mirándola a los ojos, dejó de jugar con las flores y sus labios se entreabrieron con palabras no dichas.

Tragó saliva y apartó la mirada.

—Gracias. Me encantan. Son preciosas.

—Ni de lejos tan preciosas como tú, pero compartir nombre les da ventaja.

Puso los ojos en blanco antes de examinarme.

—Mírate. Flores, una elegante camisa de botones con traje y el pelo perfectamente peinado. Qué primera impresión tan impecable para una cita. ¿Suele funcionarte? —No pude evitar sonreír. Lo había llamado «cita», y me consumí por dentro porque sabía que mi mente se pondría a pensar en cosas que quería hacer *después* de dicha cita, pero, de nuevo, eso era un sueño inútil.

Me encogí de hombros, apoyando la mano en el volante.

—Ay, Aster. Dijiste que querías algo memorable, y aquí estás, frustrando todos mis intentos. Me dijiste que tenía que vestir de gris, y esto era todo lo que tenía. —Agarré las solapas de la chaqueta—. ¿Tú qué crees? ¿Encajaré?

—Usted, señor Joyce, nunca podría encajar. Incluso en su peor día, brilla más que nadie que haya conocido.

Apretó los labios como si no hubiera querido decirlo, y yo me limité a sonreír porque no tenía ni idea de cómo responder a un cumplido como ese. Dejó caer las flores en su regazo y se revolvió, supuse que para acabar con la incomodidad entre nosotros.

—¿Estás lista para esto? —le pregunté al girar la llave en el contacto.

—Todo lo lista que puedo estar.

—Allá vamos —susurré, sin saber adónde nos llevaría la noche.



Mirándome la corbata, dejé caer el codo sobre los aperitivos ya fríos de la barra de al lado. Llevábamos merodeando por aquí, en la esquina de la barra, al menos cuarenta y cinco minutos, y me preguntaba cuándo se armaría Aster de valor para relacionarse con las chicas de la hermandad de la que tanto deseaba formar parte. ¿No se daba cuenta de que, aunque llevara el mismo vestido que todas las demás chicas de la sala, no le quedaba igual? Destacaba de la mejor manera posible, y tenía que admitir que estaba orgulloso de ser el chico que iba de su brazo.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo preguntarte. —Crucé una pierna sobre la otra mientras miraba a mi acompañante. Incluso fulminando con la mirada a todos los demás, era la chica más guapa de la sala. El rímel espeso solo servía para enfatizar sus ojos entornados y sus labios fruncidos.

Se echó el largo pelo por encima del hombro, dejando al descubierto la clavícula mientras me miraba. Esas miradas fulminantes, combinadas con ese puchero involuntario… Sabía exactamente cómo se sentía sin que dijera una palabra más. Estaba cabreada y enfadada. Pero ¿por qué lo dirigía hacia mí? Si yo no estuviera aquí, estaría de pie con la única compañía de la cortina. En todo caso, debería darme las gracias por hacer que no pareciera que hablaba sola.

Aster era fascinante cuando no me lanzaba puyas sarcásticas, pero esa noche se había estado comportando de forma diferente. Estaba más retraída y se había pasado la mayor parte de la velada mirando el fondo de su copa en lugar de establecer contacto visual con nadie. Incluido yo. No podía quejarme exactamente de la falta de interacción, teniendo en cuenta que me había autoinvitado, pero, sinceramente, no me había dado cuenta de que su objetivo para la noche era ser lo más invisible posible. ¿Qué sentido tenía venir? Por el mero hecho de estar allí, llamaba la atención, le gustara o no.

—¿Cuál es tu pregunta? —preguntó con notable fastidio. Lo ignoré y me incliné hacia ella, porque intentaba que todo el asunto de la pareja resultara creíble. Sinceramente, si alguien nos hubiera estado observando, se habría preguntado si nos conocíamos, y mucho menos si éramos pareja.

Sus pestañas se agitaron, y fue entonces cuando me di cuenta de que me la había quedado mirando. Realmente era la chica más guapa que había visto en mi vida, y empezaba a ser inquietante lo encaprichado que estaba de ella.

Me aclaré la garganta y bebí un sorbo de agua mientras recorría la sala con la mirada. La reunión era pequeña, lo que me hizo preguntarme por qué estábamos allí. Las hermandades tan antiguas como esta se basaban en el dinero y la vanidad, dos cosas que a Aster no le importaban. La sala en la que estábamos era más pequeña que el gimnasio en el que se celebró mi baile de fin de curso, pero quizá fuera a propósito. Quizá querían mantener su exclusividad. Probablemente les gustaba la idea de que fuera una pequeña e íntima reunión de esnobs.

—¿Estás bien? —Finalmente, Aster levantó la mirada por encima de su copa para mirarme.

—Estoy bien. ¿Por qué? Te estás riendo como si hubiera contado un chiste, pero lo único que he hecho ha sido estar a tu lado y permitir que me rodearas la cintura con la mano.

Un poco más erguido, estuve a punto de mover la mano, pero no quería descubrir el pastel. —Lo siento. Me reía de mi propio chiste —dije, y cuando miré a Aster, deseé no haberlo hecho. Hacía un puchero con esos labios perfectos que me hizo pensar en cómo sería volver a besarlos. Completamente inapropiado, pero no podía evitarlo. Lo único que quería era sacarla de allí a toda prisa y decirle lo mucho mejor que era que todos los demás, porque odiaba lo falso y superficial que era todo aquello.

—¿Estás seguro de que no te reías de mí? —Se giró sobre sus talones y se cruzó de brazos mientras empezaba a golpear el suelo con la punta del pie, irritada. Me miraba como una profesora enfadada, y reprimí una sonrisa porque no creía que se lo fuera a tomar bien. Era tan arisca. Todo. El. Maldito. Tiempo. Era como si esperara que la gente la ofendiera personalmente con cada frase que salía de su boca.

Joder. Me gustaba demasiado como para que no fuera tóxico.

Sin embargo, si de verdad quería que la gente se creyera que estábamos saliendo, tenía que dejar de mirarme con ese labio fruncido en una mueca de desprecio.

Levanté las manos y di un pequeño paso atrás en señal de paz. —Créeme. Jamás me reiría de ti, Aster. —Con los brazos aún cruzados, asintió en señal de reconocimiento, con los labios todavía fruncidos como si solo me creyera a medias.

—Entonces, ¿qué querías saber? —Con la punta del pie aún golpeando el suelo y su expresión de aburrimiento, me pregunté si había alguna forma de que pudiera hacer esa pregunta menos atractiva. La tía era un libro cerrado con siete candados.

—¿Por qué Alpha Delta Theta? —Parpadeó un par de veces, como si no tuviera ni idea de a qué me refería, así que me expliqué mejor—. ¿Por qué querías unirte a esta hermandad? —Eché un vistazo a la sala y vi que Rachel y Connor hablaban en una esquina, susurrando en voz baja con rostros tensos mientras miraban a su alrededor. No parecía una conversación agradable, pero no me importaba. Por mí, como si esos dos se dedicaban a mover el estiércol montaña arriba.

Mi pregunta hizo que se irguiera un poco, y pareció como si le hubiera metido un palo por el culo porque, claramente, se había ofendido. A esta chica todo le ofendía.

Miré a mi alrededor, levantando la mano ligeramente mientras señalaba a la gente más estirada que había conocido en el campus. —Es que no me da la impresión de que seas amiga de ninguna de

estas personas. —Andaba con pies de plomo, sabiendo que estaba a una palabra de llevarme una bofetada—. Tampoco parece que *quieras* ser amiga de ninguna de ellas. Y, sin embargo, aquí estás, vestida para matar y asistiendo a sus eventos solo para que acepten admitirte como recluta informal.

Soltó un bufido de fastidio y volvió a bajó la vista hacia sus pies.

—Ya tienes esta universidad en el bote, así que no entiendo por qué te esfuerzas tanto.

Resoplando, se inclinó sin querer y me dio con el hombro. —No tengo la universidad en el bote.

—Tienes las partes que importan.

—¿Qué parte es esa?

—Eres la más lista de la sala. Podrías cargarte a cualquiera de estas chicas con solo enseñar esa sonrisa perfecta tuya, y te garantizo que todos los tíos de aquí están deseando que les hagas caso.

Bajó la mirada y sus dedos apretaron el vaso con un poco más de fuerza. Dije algo que no le gustó, pero ¿qué había de nuevo?

—En cualquier caso, no es asunto tuyo por qué quiero estar aquí. —Su actitud cambió de repente. La chica borde que conocí la primera vez estaba de vuelta y, de nuevo, era culpa mía. Le había tocado las narices a propósito, pero esta vez la conocía. Ocultaba algo, y sabía que tenía que ver con su madre. Lo había notado cuando la mencionó antes—. Lo que *sí* es asunto tuyo es hacer que todo esto entre nosotros sea creíble.

—¿Y me echas la culpa a mí por no hacerlo? —Me reí, mirando la distancia que había creado entre nosotros.

—Sí, te la echo. Hay un grupo de chicas allí. —Inclinó la cabeza hacia la derecha—. No han dejado de mirarte desde que has entrado, y creo que es porque están decidiendo cuál va a ser la primera en sacarte a bailar.

Levanté una mano en mi defensa. —No es culpa mía que te estremezcas cada vez que te toco, señorita Arisca. —No quise mencionar que en la biblioteca parecía no importarle en absoluto que la tocara, pero ahora saltaba a cada movimiento que hacía.

—Se suponía que iba a venir sola, ¿sabes? Fuiste tú quien propuso el trato de venir y, supuestamente, aportar algo. Pues bien, aporta algo. —Agitaba las manos. Nunca la había visto tan descompuesta.

Claro que quería aportar algo. —Vale —dije entre dientes antes de acercar mi boca a su oído sin avisar. Inspiró bruscamente cuando le dije—: ¿Quieres bailar, Aster? —No respondió, así que le tendí la mano, y ella la miró con desdén. Moví los dedos, ganándome un gemido de fastidio. No pude evitarlo, me encantaba. Podría caminar sobre mí con sus tacones y aun así me parecería sexi—. Cuidado, A. Nos están mirando esas chicas de allí. Puede que no se crean que estamos juntos si sigues mirándome como si prefirieras asarme los huevos a catarlos.

Me fulminó con la mirada, pero pude ver la más mínima curva en sus labios. Se estaba aguantando la risa o un insulto. Fuera como fuese, deslizó su delicada mano en la mía y rodeó mi palma con sus dedos. Su mano encajaba a la perfección, pero eso no era nuevo para mí. Muchas cosas de Aster parecían encajar a la perfección, porque, al parecer, estar pilladísimo por mi tutora era mi nuevo pasatiempo favorito.

La conduje a la pista de baile, sintiendo todas las miradas sobre nosotros. No era de extrañar, la verdad. Era la primera vez que nos movíamos de la mesa desde que habíamos llegado. Al detenernos, la hice girar para colocarla en posición de baile y puse mi mano en la parte baja de su espalda. Ella hizo lo mismo, apoyando una mano en mi hombro mientras la otra seguía firmemente sujeta en la mía. Con suavidad, acerqué un poco más su cuerpo y sonreí al ver las caras a nuestro alrededor. —Rachel nos está mirando —dije con una sonrisa, mirándola como si fuera lo mejor que me hubiera pasado en la vida. Aunque, si conseguía subirme las notas, probablemente lo sería.

Una sonrisa divertida se dibujó en su rostro, y fue la primera vez que me di cuenta de que tenía hoyuelos.

—No mires. Sería demasiado evidente.

Sus dedos apretaron un poco más mi hombro. —¿Estás seguro de que está mirando? Antes estaba hablando con Connor.

¿Así que seguía pendiente de Connor? Era interesante, teniendo en cuenta que él parecía un gilipollas de primera.

—Segurísimo. Tiene una sonrisa en la cara, pero sus ojos están muertos. Está cabreada. —Decidí aumentar su fastidio bajando mi mano apenas un par de centímetros. No lo suficiente como para que Aster se sintiera incómoda, pero sí para que Rachel viera lo cerca que estaba de agarrarle el culo.

Pero entonces Rachel hizo algo totalmente inesperado. Me guiñó un ojo y me lanzó un beso.

Vaya, así que quería jugar.

Y yo también sabía jugar.

A espaldas de Aster, y con la mano que tenía en su culo, fingí coger el beso de Rachel, y eso fue suficiente para que se le dibujara una sonrisa de oreja a oreja porque creía que me tenía en el bote.

Pues no. Y jamás me tendría.

Con el beso invisible todavía bien agarrado, fingí que lo tiraba al suelo e hice la pantomima de pisotearlo con un giro, como si estuviera apagando un cigarrillo.

Resoplé cuando Rachel frunció el ceño, al parecer totalmente perpleja de que a alguien no le interesaran sus numeritos.

—¿Por qué te ríes otra vez?

Inclinándome, le susurré:

—¿Me dejas hacer una cosa?

—Depende de lo que sea.

—¿Qué tal si confías en mí? ¿Solo por esta vez?

—La última vez que confié en ti, acabé… —dudó, y luego decidió no terminar la frase.

—¿Que acabaste qué?

Tartamudeó un momento, sorprendida de que no fuera a dejarlo pasar. Quería saber qué había hecho para sacarla de quicio. —Nada. Confiaré en ti por ahora. —Me rodeó el cuello con las manos, acercándose más a mí, y yo aproveché la oportunidad.

Lentamente. Muy, muy lentamente, deslicé la mano hacia su culo mientras miraba a Rachel. Quería que supiera que Aster era mía y que no me interesaba nadie más que ella.

—Eeeh, ¿Tanner?

Entonces le aparté el pelo y le dejé un beso en la clavícula antes de lamerme los labios, saboreando su loción corporal de coco. Esta chica realmente sabía tan bien como aparentaba.

—¡Tanner! —Esta vez, me tiró del pelo para llamar mi atención—. ¿Qué estás haciendo? —dijo bruscamente.

—Hago lo que me has pedido. Aportar valor.

—¿Refregándote contra mí en la pista de baile?

—O sea, ¿que te pareció bien que te manoseara en la biblioteca, pero a esto le pones pegas?

—Sí, porque estás haciendo que parezcamos dos quinceañeros en su primer baile.

—¿Y cómo preferirías que pareciéramos? —bromeé, disfrutando del hecho de que estaba consiguiendo picarla—. Estoy aquí por ti, ¿recuerdas? Y si quieres fastidiar a Rachel, esta es la forma de hacerlo.

—Estoy segura de que hay otras formas. —Su voz se elevó a medida que mis dedos se acercaban a su culo, pero no me dijo que parara, cosa que sin duda habría hecho si me lo hubiera pedido.

—Pues no. No con una chica como ella. Deslumbrarla con tu inteligencia no servirá de nada. Provocarla con un tío es la única forma de fastidiar a una chica como Rachel. Por cierto, ¿por qué tienes tantas ganas de fastidiarla? ¿Es para poner celoso a Connor? Porque ese tío es idiota por dejar escapar a una chica como tú.

Se irguió un poco sobre los tacones, lo que eliminó cualquier atisbo de broma. Mi mano estaba ahora firmemente en su culo, cubriendo su melocotoncito como si de verdad fuera mía.

—No es por Connor. Curiosamente, antes de conocerlo, no pensaba en los tíos. Simplemente me desvié un poco porque me hizo un par de cumplidos y se dejó la piel para ligarme.

—Entonces, ¿a qué viene ese odio hacia Rachel?

—Porque es la jefa de una hermandad de la que me siento obligada a formar parte. Sabe que no quiero y me lo está poniendo muy difícil solo porque puede.

—Bueno, si te sirve de consuelo, ahora mismo te está mirando como si quisiera sacarte los ojos con una cuchara oxidada. —Aster no pudo ocultar la sonrisa en sus labios—. ¿Subimos un poco el nivel?

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

—Déjame besarte.

—¿He oído bien? ¿Quieres *besarme*? ¿Otra vez?

Puse los ojos en blanco. —No lo digas como si fuera un suplicio. Connor también está mirando. De hecho, están uno al lado del otro, observándonos como si fuéramos una atracción de zoo. Hagamos que sigan hablando. —La estaba provocando, principalmente porque quería besarla otra vez, y sabía que era egoísta, pero, joder, llevaba demasiado tiempo mirándole los labios. Quería sentirlos bien esta

vez. Nada de besos bruscos para demostrar algo. Quería que fuera creíble.

—Vale —refunfuñó, como si no le hiciera gracia, pero su sonrisa la delató. Tampoco estaba enfadada, y quizá, en algún lugar recóndito de su mente, estaba tan emocionada como yo.

Aster echó la cabeza hacia atrás y me miró los labios, luego los ojos. —¿Vas a hacerlo o qué?

—Qué impaciencia, profe.

—Solo quiero acabar de una vez. —Puso los ojos en blanco, pero aun así levantó la barbilla. Supuse que estaba derritiendo su coraza de hielo.

Sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos mientras me inclinaba y posaba mis labios sobre los suyos. Sorprendentemente, no se inmutó. Tal vez se estaba acostumbrando a mí. Pasó la mano por mi pelo, tirando un poco. No estaba seguro de si intentaba hacerme daño, pero sin duda rozaba lo doloroso.

Sin embargo, no dejé que eso me detuviera. Atrajeron su cuerpo hacia el mío, hasta que estuvo pegado a mí, y profundicé el beso, dejando que mi lengua rozara su labio. No esperaba que me abriera la boca, pero sabía que el gesto sería lo suficientemente visible para nuestro pequeño numerito.

—Oye, no me has respondido a la pregunta —dije con voz lánguida mientras me apartaba de nuestro beso.

Tenía los ojos entornados y, aunque no me atreví a decirlo, parecía un poco cabreada.

—¿Por qué quieres formar parte de un grupo de gente a la que odias? —Abrió la boca, sin duda para negar la acusación, pero yo la conocía mejor—. No me digas que no los odias. Sé que sí, y tienes motivos para ello. —Miré a mi alrededor y vi que había grupos de gente de pie, mirándonos. Sin duda, cuchicheaban sobre cómo había cogido a la dulce y virginal chica y la había echado a perder. Curioso,

antes de besarla, nunca me había dado cuenta de las ganas que tenía de hacerlo. ¿Eso me convertía en alguien tan malo como ellos? ¿O me preocupaba más asegurarme de que todo en ella fuera mío? Fuera como fuese, me había vuelto algo posesivo con mi novia falsa y tutora, y sin duda eso iba a meterme en líos—. Son gente horrible.

—Frívolos y superficiales, sí. ¿Pero horribles? Eso es un poco duro, ¿no crees?

—¿Supongo que no te has enterado de todo lo que pasó en Southern Collegiate durante el partido del campeonato?

—Pues no.

—Mi amiga Hayden estuvo allí antes de venirse aquí. Formaba parte de una de las hermandades y allí pasaron cosas muy jodidas.

Levantó la mano, frunciendo los labios.

—No. No quiero oírlo. Lo pillo. Esta gente es horrible, pero tengo que hacerlo.

Levanté las manos y la atraje hacia mí porque todavía no quería dejarla marchar. Se dejó caer contra mi cuerpo, casi como si ella tampoco quisiera soltarme. Le puse la mano en la parte baja de la espalda y sentí el hueso duro de su rígido corsé. No era una sensación agradable. Quería sentir sus suaves curvas y bajarle la mano hasta el culo. No es que los novios falsos tengan ese privilegio, pero quizá, solo quizá, pudiera aprovecharme de la situación.

—Creo que me he quedado tan impresionado al verte que se me ha olvidado decirte lo guapa que estabas esta noche.

Dejó caer la frente sobre mi pecho, negándose a mirarme a los ojos.

—Gracias —masculló, y odié no poder ver su reacción.

Metí una mano entre los dos y le levanté la barbilla para que me mirara.

—En serio, Aster. No eres solo la mujer más guapa de aquí. Eres la mujer más guapa que he visto en mi vida.

Se le sonrojaron las mejillas, pero vi cómo se dibujaba una diminuta sonrisa en sus labios. Fue entonces cuando me di cuenta de que aquello que sentía por mi tutora no era solo un capricho que se me pasaría en cuanto dejara de verla. Era una obsesión en toda regla. ¿Era normal querer saberlo todo sobre alguien?

Entonces, hice algo sin preguntar, porque sus ojos me lo suplicaban. Me rogaban que la tocara. Era como el canto de una sirena que me llamaba a casa, y yo quería refugiarme en su calidez.

La besé.

Puse mis labios sobre los suyos y pensé que ya estaba. Que por fin iba a admitir que sentía la misma loca obsesión por mí.

Pero fue un error arrogante por mi parte.

Se quedó helada. Su cuerpo intentaba alejarse de mí todo lo posible y sus labios no respondieron. Habría jurado oír un gritito ahogado cuando mis labios tocaron los suyos, pero tuve que quedarme así al menos un minuto porque la gente estaba mirando y necesitábamos que fuera creíble.

Cuando me aparté, echó un vistazo a los demás invitados.

—Gracias —soltó con sorna—. Creo que de verdad hemos conseguido que se crean que nos gustamos.

—Bueno, me alegro de que haya funcionado. ¿Eso significa que harás un trabajo para subir nota para mí? —bromeé, pero al ver sus ojos como platos, supe que la había vuelto a cagar. Como si el beso no hubiera sido suficiente distracción, voy y digo eso—. ¿Estaba destinado a fastidiarlo todo?

Mantuve una mano apoyada en su espalda mientras ella se giraba para mirar a la multitud que teníamos delante. Efectivamente, todo el mundo nos observaba. Éramos la anomalía. La única pareja que

nadie conocía, y el hecho de que yo estuviera allí, a pesar de haber rechazado a varias mujeres de la sala, significaba que estaban juzgando a Aster, preguntándose qué tenía ella que no tuvieran las demás.

Aster lo era todo, y ni siquiera se daba cuenta.

Tragué saliva, porque estaba coladísimo por una chica que pasaba de mí. La primera vez que la besaba sin permiso, y se quedaba helada. No me deseaba. En fin. Supongo que no se me podía culpar por intentarlo. Solo deseaba que no sintiera como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago por el placer de hacerlo.

—Creo que deberíamos irnos —susurró, lo que solo sirvió para confirmar que la había cagado, pero bien. Ya ni siquiera podía soportar mi presencia.

—¿Deberíamos al menos saludar a algunas personas antes de irnos?

Se encogió de hombros, con aire indiferente.

—Qué va. Ya me han visto la cara. Es lo que querían. No tengo que quedarme y tener que aguantar una conversación con esta gente. Eso no entraba en la letra pequeña.

Con mi mano firmemente cogida a la suya, dejé que me arrastrara fuera de la sala mientras yo, a regañadientes, me limpiaba su pintalabios de los labios. Lo único bueno de irnos tan pronto fue que todo el mundo pensaría que teníamos cosas mejores que hacer… Como comernos el uno al otro.



—Mi madre —dijo Aster cuando paré frente a su residencia. No había hablado desde que nos metimos en el coche, y el silencio se estaba volviendo ensordecedor. Al menos agradecí que el lugar no estuviera lejos, para no tener que sufrirlo mucho tiempo.

Giré la cabeza sobre el asiento del coche para mirarla. Sí, seguía tan guapa como cuando la había mirado cinco minutos antes. Incluso con los dientes clavados en los labios.

—¿Tu madre?

Asintió antes de centrar la atención en sus manos.

—Ella es la razón por la que intento entrar en la hermandad.

—Ah —asentí mientras mis dedos jugaban con el volante—. Qué bien. Seguro que se alegrará cuando entres.

—Está enferma —espetó, y luego cerró los ojos, sacudiendo la cabeza con abatimiento—. Dios. No puedo creer que lo esté diciendo en voz alta.

Le temblaban las manos de forma visible, así que me acerqué y se las cogí. No estaba seguro de qué decir, así que no dije nada. Solo froté mi pulgar contra su palma.

Tras unos minutos de silencio, dije:

—Siento lo de tu madre.

Me miró con una sonrisa forzada.

—Tiene cáncer de pulmón en fase uno. Supongo que debería alegrarme de que no esté tan avanzado, pero ella parece resignada al hecho de que nadie va a ayudarla.

—¿Qué quieres decir?

Levantó la mano con displicencia.

—No sé. Es que la única razón por la que se va a operar es porque acepté ir a la estúpida fiesta de la hermandad. —Dejó caer la mano en su regazo, negando con la cabeza ante lo que consideraba inútil —. ¿No te parece jodidamente retorcido?

Me quedé de piedra porque era la primera vez que oía a Aster decir una palabrota y que pusiera tanta vehemencia en sus palabras. Fue

entonces cuando me di cuenta de cómo era oírla hablar de algo que de verdad le importaba. No se estaba centrando solo en lo superficial, sino que compartía algo importante. Algo personal, y me aferraría a ese hecho.

—No le importa que no se trate. Podría matarla.

Aster tenía los ojos vidriosos, y me estaba costando un mundo no subirla a mi regazo y simplemente abrazarla. Le cogí la mano y se la llevé a mi muslo.

—Seguro que le importa, y seguro que tu asistencia esta noche no es la única razón por la que ha programado la operación. —No conocía a su madre, pero si se parecía en algo a su testaruda y arisca hija, solo podía suponer que todo era una estratagema para otra cosa. No es que se lo fuera a decir a Aster.

—Es que no entiendo cómo puedes actuar como si no te importara después de que te pase algo tan gordo. Tienen que quitarle un tercio del pulmón y ella actúa como si no fuera para tanto.

Se me encogió el pecho porque pensé inmediatamente en Thea y en cómo se comportó después de todo lo que le pasó en el instituto.

—Cada uno lidia con las cosas que le pasan de una forma diferente —dije, sin estar preparado para contar la verdad de mi hermana cuando ella llevaba años intentando olvidarla.

Aster apretó los labios y asintió. Intentaba que no le temblara la barbilla, pero yo seguía viéndolo. Tenía los ojos vidriosos y la necesidad de acercarme y abrazarla se volvió irresistible. Cedí.

La atraje hacia mí antes de que pudiera apartarse y, aunque al principio se quedó paralizada, se amoldó suavemente a mi contacto, llegando incluso a apoyar la cabeza en mi hombro. —Si se parece en algo a su hija, estoy seguro de que luchará contra esto con todas sus fuerzas.

Su aliento me hizo cosquillas en el cuello mientras le frotaba la espalda. —Ojalá tengas razón. Es que es tan cabezota...

—Eso me suena —mascullé, lo bastante alto para que me oyera, y sonreí cuando me miró sorprendida. No duró mucho, porque ella sonrió y eso era exactamente lo que yo quería para ella. —¿Te ha dicho alguien alguna vez que tu sonrisa es devastadora? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Ella soltó un bufido de incredulidad. —¿Devastadora?

—Sí. —Bueno, ya había llegado hasta aquí. Más valía seguir por ese camino imprudente—. Porque hay tanto escondido detrás de ella... La mayoría de la gente no se detendrá a observarla el tiempo suficiente para darse cuenta, pero yo puedo verlo. Hay tantas cosas en ti que son perfectas, pero tú crees que sigues rota, y es desolador saber que no ves lo que yo veo. Lo que todos los demás ven.

Ella inspiró bruscamente, apartándose de mí, y se recostó en el asiento del copiloto.

Joder.

¿De verdad acababa de cagarla? ¿Acababa de revelar mis cartas? ¿Y su respuesta era apartarse?

Menuda idiotez.

¿Por qué demonios insistía en creer que ella sentía lo mismo que yo?

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y volvió a centrarse en sus manos, ignorando por completo mi desesperado intento de hacerla sentir mejor.

—Gracias por venir conmigo esta noche, Tanner. Te lo agradezco.

—No hay de qué. No hay nadie con quien prefiera estar en la esquina de un bar que contigo. —Intenté hacer una broma, pero mis palabras tuvieron un poco más de intención de la que deberían. Estaba un poco picado. Podía admitirlo, pero de verdad había pensado que lo nuestro iba a alguna parte después de que me

contara lo de su madre—. Espero que te ayude a entrar en la hermandad, si es lo que de verdad quieres.

Se rio entre dientes. —Sí. Creo que ni aunque le lamiera los talones a Rachel conseguiría entrar.

—Que les den. ¿Quién las necesita?

—Yo. ¿Y si mi madre se niega a operarse hasta que yo entre? —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Entonces, tendremos que asegurarnos de que entres.

—¿Tendremos?

—Sí. Ahora somos tú y yo, te guste admitirlo o no.

Giró la cabeza para mirar hacia la oscuridad. —Será mejor que me vaya. —Lo dijo a regañadientes—. Necesito dormir. Tengo un alumno al que doy clases particulares que es implacable. Quiere mi atención a todas horas. —Volvió a girar la cabeza en mi dirección y me miró a través de las pestañas—. Hoy he descubierto que tiene mi número de teléfono, así que nunca me lo voy a quitar de encima.

Su rostro era tan inexpresivo como su voz. Pensé que estaba bromeando, pero con ella nunca se sabía.

—¿Qué esperas? Esas faldas son matadoras.

Aster me dio una palmadita en el muslo. —Tú también deberías descansar. He planeado algo diferente para ti esta semana.

Enarqué una ceja. —¿Quieres darme más detalles o vas a dejarme con la intriga?

—Creo que te vas a llevar una grata sorpresa. —Con una mano sosteniendo las flores que le había comprado y la otra en el tirador, abrió la puerta—. Mañana te enviaré un mensaje con el lugar donde nos veremos. Buenas noches, Tanner.

—Buenas noches, profe.

CAPÍTULO 12

Aster

—¿Lo dices en serio? —A Tanner se le escapó una risita y, cuando miré por encima del hombro, lo único que vi fue la confusión enturbiando su rostro de ángulos perfectos.

—Venga —repliqué levantando la barbilla, sin responder a su pregunta. Me limité a seguir caminando por el césped. Tanner me siguió, cargando con la red llena de balones que le había pedido que trajera, y maldijo por lo bajo.

Sin embargo, se estaba riendo, y no podía creerme lo mucho que había cambiado nuestra relación en las últimas semanas que llevábamos trabajando juntos. Tanner era tan diferente de lo que me había esperado. Cuando me insultó aquel primer día, di por hecho que era como Connor, pero era todo lo contrario. Tanner sabía que no era perfecto y se esforzaba por mejorar. Era dedicado, estaba deseando agradar y yo no podía sino admirar a alguien capaz de afrontar sus defectos con tanta convicción y de trabajar en sí mismo como lo hacía él.

Decir que estaba impresionada por su ambición sería quedarse corto. Aceptaba de buen grado todas las sugerencias que le hacía. Hacía todos los trabajos que le pedía. Sin rechistar. No se quejaba ni se lamentaba por nada. Incluso ahora, mientras lo arrastraba fuera para un experimento al aire libre, se contentaba con seguirme como un labrador leal.

—¿De todos los sitios que hay, me traes aquí? —Podía oír la confusión en su voz, pero no me giré para mirarlo. Era la primera

vez que pisaba un campo como este, y no estaba segura de si había chuletas secretas en el césped como en el golf. Al menos, creía que eso era lo que pasaba en el golf. No podía estar muy segura. En cualquier caso, no estaba dispuesta a tropezar delante de Tanner con mi falda de cuadros azules y amarillos mientras sostenía un libro de texto en una mano y el bolso en la otra.

Mis zapatillas nuevas me rozaban el talón, y podía sentir el rocío de la hierba húmeda salpicándome los tobillos mientras caminábamos por el campo. Al oírle mascullar otra palabrota, me reí.

—Pues sí.

Los potentes focos nos bañaban de luz y me sorprendió el calor que me daban a pesar de estar tan lejos. Casi me quedé ciega cuando giré la cabeza apenas un centímetro hacia un lado. Para mí era un misterio cómo se las apañaba Tanner para jugar en estas condiciones con el estadio lleno cada semana. Tener la confianza para exponerse ante miles de personas era algo que me alegraba no tener que experimentar jamás.

—¿Tanner? —dije al darme cuenta de que ya no oía el arrastre de los balones detrás de mí. Cuando llegué a la línea de cincuenta yardas, miré por encima del hombro y vi que se había quedado en la de treinta, observándome con una sonrisa tranquila—. ¿Vienes o no? —le grité. Sacudió la cabeza, se echó la bolsa de balones al hombro y caminó con esfuerzo hacia mí.

Dejó caer los balones a mis pies y enarcó una ceja antes de mirar a su alrededor, por el estadio que tan bien conocía. —Tengo muchas preguntas sobre por qué estamos aquí. Pero la primera es: ¿cómo demonios has conseguido la llave?

—Sabes, nunca he sido de las que usan nombres para conseguir lo que quieren. Principalmente porque no soy nadie y no me serviría de nada. —Ladeó la cabeza, observándome con interés—. Sin embargo, es increíble lo que se puede conseguir usando *tu* nombre.

—¿Ah, sí? —bromeó, acercándose un paso más a mí. Instintivamente quise dar un paso atrás, pero no lo hice. Me mantuve firme—. ¿A quién le has soltado mi nombre?

La forma en que sus labios se curvaron en una sonrisa me dio un vuelco el estómago, pero lo dejé a un lado porque enamorarme de mi cliente —un deportista, nada menos— no era algo con lo que pudiera sentirme cómoda. No otra vez. Pero, por desgracia, descubrí que no sentía debilidad por los chicos de ciencias, como pensaba. Tenía debilidad por los deportistas, y vaya si era fácil enamorarse de un chico como Tanner. Era el típico *quarterback* generacional, humilde, que actuaba como si todo le saliera de forma natural. Pero, si su dedicación a las notas servía de indicativo, era evidente que le dedicaba mucho trabajo.

—A tu entrenador. Prácticamente me invitó a cenar cuando se enteró de que era yo quien te daba clases particulares.

—¿Mi entrenador? —La mirada de Tanner se agudizó, sus labios se fruncieron en el ceño y entonces supe que había dicho algo que no debía.

—Era una broma. Relájate. No me invitó a cenar. Simplemente estaba muy emocionado por conocer a la mujer que iba a decidir el éxito o el fracaso de su temporada. —Resoplé—. Menuda forma de meter presión. Hay tantos factores que podrían afectar a tu rendimiento, no solo si te ayudo a subir las notas, pero ahora es en lo único que puedo pensar. —Puse los ojos en blanco, restando importancia a su preocupación, pero me di cuenta de que Tanner no se reía. Me miraba fijamente, y su expresión era más sombría de lo habitual.

—Voy a preguntártelo una sola vez, Aster. ¿Se propasó contigo?

—No, por supuesto que no, Tanner. Créeme, no estaría aquí dándote clase si lo hubiera hecho. —Aquello pareció tranquilizarlo, pero yo seguía sin tener ni idea de qué lo había preocupado tanto en primer lugar. Estaba acostumbrada a hablar con profesores, y los

entrenadores no eran diferentes. De hecho, siempre sentía que tenía algo más en común con ellos que con cualquiera de mi edad.

Apretando los labios, intenté ocultar mi diversión. —Aunque sí que me ofreció abonos de temporada en un palco, como agradecimiento. Los rechacé porque supuse que significaría que tendría que ver mucho fútbol americano, y no quiero hacer eso. —Saqué la lengua, arrugando la nariz con asco.

—Sabes que hay gente que mataría por unos asientos en el palco, ¿verdad?

—Menos mal que no los tengo, entonces. Si no, estaría muerta. —Enarcó las cejas y se rio.

—No. Creo que los muertos serían ellos. Tienes pinta de saber defenderte.

—Lamentablemente, no es así. ¿Sabes que hay gente a la que miras y te dices: «Esa persona sobreviviría a un apocalipsis zombi»? —Asintió, con cara de cierta confusión. Joder, hasta *yo* estaba confundida. Estaba divagando sobre zombis en medio del campo de fútbol americano, pero no podía parar—. Pues bien, yo soy sin duda la carne de cañón que muere en los primeros diez minutos. Probablemente sea lo mejor, de todas formas. Sin lentillas veo fatal, y seguramente rompería todas las gafas que tengo al cabo de una semana.

Tanner seguía en silencio, pero se le había desencajado la mandíbula un poquitín antes de reírse entre dientes y acercarse un paso más a mí.

Levantó la mano, pero entonces se detuvo y se la quedó mirando. Había algo en ese gesto que no me gustó, así que fui directa hacia él y me planté cara a cara.

—Aster Paige. Eres la pera, ¿sabes? —susurró. Su voz era un tanto sexi y grave. Me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Lo sé. Me lo dices a todas horas.

Su mirada se desvió hacia mi sonrisa, y me vinieron a la mente las palabras que me había dicho la otra noche. Quise apartar la vista, u obligarlo a que no me mirara, pero habría sido demasiado obvio estando tan cerca de él. Dijo que mi sonrisa era devastadora. Que me veía de una forma en que yo no me veía a mí misma, y esas palabras me habían perseguido desde entonces. Su confesión llegó después de que le hablara de mi madre, y sentí que algo había cambiado entre nosotros. Como si hubiera una comprensión que nunca antes había tenido con nadie.

Con las manos en los bolsillos, Tanner se puso de puntillas y miró alrededor del estadio. —¿Bueno, ¿me vas a decir por qué te has tomado toda la molestia de traerme hasta aquí?

Haciendo visera con la mano, lo miré. —¿Cómo demonios juegas con estas luces? Apenas puedo verte.

—Con el casco puesto casi no se notan. Además, los cien mil aficionados del estadio ayudan a atenuarlas.

Tragué saliva. —¿Cien mil? —Asintió—. ¿Y no te meas en los pantalones de los nervios?

Se rio y se agachó para abrir el saco de balones de fútbol americano. —Por suerte, todavía soy lo bastante joven como para tener pleno control sobre mi paquete —dijo con naturalidad mientras cogía un balón y se ponía de pie. Lo lanzó de una mano a otra, observándome, totalmente inconsciente de que ahora yo solo podía pensar en su paquete.

—Es bueno saberlo —dije con voz lánguida, preguntándome qué demonios me pasaba. Jamás había pensado voluntariamente en la entrepierna de un chico, pero lo único que quería hacer era mirar hacia abajo, lo cual no solo era de mala educación, sino también inapropiado.

—Vamos, profe. No me dejes con la intriga. ¿Por qué estoy aquí?

Porque sentarme en la biblioteca contigo después de la otra noche fue una tortura. Porque solo podía pensar en la forma en que me miraste como si fuera la cosa más preciada del mundo. Porque mis sueños se llenaron de recuerdos de cómo sería que terminaras lo que empezaste cuando estábamos allí. Obviamente, no dije eso. Por mucho que lo sintiera. Tenía que guardármelo para mí.

—¿Has oído hablar alguna vez del aprendizaje kinestésico?

—Nop. —Lanzó el balón de fútbol americano de una mano a otra—. Pero antes de conocerte no había oído hablar de muchos tipos de aprendizaje. —Ahí estaba de nuevo esa sonrisa ladeada. Si quería hablar de algo devastador, debería mirarse al espejo.

—Vale, pues es una forma de aprendizaje en la que usas tu cuerpo a través del movimiento, la sensación y el tacto.

El balón dejó de moverse, y me miró fijamente.

—¿Quieres que aprenda a través de la sensación y el tacto? —Enarcó una ceja, y la sonrisa burlona de su cara se hizo más grande. Odiaba que me encantara cómo le quedaba—. Quizá si Rachel lo hubiera planteado así, habría llegado más lejos con su trabajo de tutora —reflexionó, y la mera mención de su nombre hizo que se me revolviera algo en el estómago. Quería decir que no eran celos, pero desde luego se parecía mucho a ellos, y no estaba segura de qué pensar al respecto.

Me acerqué a él con el paso más seguro que pude reunir y le quité el balón de la mano. —No te preocupes, no te estoy ofreciendo mi cuerpo. —Inmediatamente bajó la mirada, recorriéndome con la vista antes de que pudiera detenerlo. Me apreté el balón contra el pecho, creando algo de distancia entre nosotros.

—Qué pena —dijo.

Tragué saliva, sorprendida de lo denso que se había vuelto el aire entre nosotros. Estábamos al aire libre, pero mi pecho subía y bajaba como si hubiera estado horas sin oxígeno.

—Solo pensé que, como se te dan bien los deportes, el aprendizaje kinestésico podría ser algo que te ayudara.

—¿Y crees que va a hacer que, por arte de magia, se me dé mejor la economía? Lo siento, profe. He estado de acuerdo contigo en la mayoría de tus métodos, pero este parece un poco cogido por los pelos.

Le lancé el balón directo al pecho y lo atrapó con facilidad, devolviéndomelo rápidamente. Ojalá pudiera decir que yo también lo atrapé con facilidad, pero no fue así. Me tambaleé hacia atrás, preocupada porque la zanja que había imaginado estuviera justo detrás de mí, lista para derribarme. Mientras me mantenía sobre mis piernas temblorosas, Tanner fue lo suficientemente educado como para no hacer ningún comentario.

—¿De verdad? ¿Puedes explicar el concepto de traspaso de riesgos y los conflictos entre bonistas y accionistas? Se explica en el capítulo ocho de tu libro de texto.

Su cara se descompuso. —Ya sabes que no puedo. Todavía no he escuchado ese capítulo.

Le devolví el balón, y aunque estaba a un metro escaso, cayó al suelo, como un globo de cumpleaños deslucido. Tanner, siempre un caballero, tampoco se rio. Simplemente recogió el balón y me lo lanzó.

—Ahí es donde te equivocas. Sí que puedes.

—No. No puedo.

—¿Puedes explicarme qué es un *Hail Mary*?

—¿En fútbol americano?

—Sí. Enséñame un *Hail Mary*.

—Mmm, necesitaría algunos jugadores más para enseñártelo, pero puedo explicártelo.

—Genial.

Dio un paso atrás, con la confusión aún dibujada en su rostro. —¿Pero qué tiene que ver con el traspaso de riesgos?

—Pronto lo descubrirás.

—Vale. Bueno, un *Hail Mary* es cuando vas perdiendo en un partido de fútbol americano y está a punto de terminar.

—Enséñamelo —insistí de nuevo—. Finge que estás en el campo con tus compañeros de equipo y haz lo que harías si estuvieras ejecutando una jugada *Hail Mary*.

Con el balón en la mano, miró hacia el campo. —Vale. —Por un momento, vi cómo sus ojos se movían como si buscara a un jugador en el campo. Entonces, echó hacia atrás el pie derecho y el brazo con el que sujetaba el balón. Lo lanzó tan lejos que me quedé asombrada. El balón giró en espiral como si fuera un misil dirigiéndose a su objetivo. He de admitir que los deportes nunca me habían interesado. Ni siquiera cuando Connor intentó que fuera a algunos partidos de hockey. Fingí interés mientras estaba allí sentada, pelándome de frío en la pista de hielo. Me aburría como una ostra y todo me parecía inútil, ya que él estaba sentado en el banquillo. Sentía que contribuía más a la victoria del equipo con mis ánimos, puesto que él se pasó toda la noche en el banquillo.

Es que no conseguía que me gustara el hockey. Pero ver a Tanner... Bueno, eso era otra historia. Verlo poner todo su cuerpo en un lanzamiento era digno de admiración. Se podían ver los músculos de sus brazos contraerse al completar el lanzamiento.

Cuando el balón botó cerca de la línea de cinco yardas, me quedé con la boca abierta, asombrada. —¿Pero cómo es posible?

—Bueno, un «Hail Mary» no es una jugada habitual. Son arriesgadas. Solo la intentas cuando no tienes nada que perder —explicó, sin ser consciente de que me refería a su lanzamiento. Sin

embargo, lo dejé seguir, porque que me lo explicara era exactamente lo que quería de él.

—El porcentaje de éxito es bajo. Así que, si pudieras elegir, optarías por una serie de jugadas más cortas para ponerte en posición de chutar a palos.

—¿Pero aun así las usáis?

—Joder, claro. Cuando vas contra reloj, tienes que echar toda la carne en el asador para ganar. Aunque signifique perder de forma espectacular por una intercepción.

Sonreí. La forma en que hablaba de su deporte, con tanta pasión, me hizo sentir una calidez por dentro.

—¿Por qué sonríes así?

—¿Así cómo?

—Como si te acabara de ofrecer nachos para toda la vida. Y no creas que no me he dado cuenta de la cantidad ingente que comes de esos, por cierto. No puede ser bueno para ti.

Me crucé de brazos y me incliné hacia delante, con una sonrisa cada vez más amplia. —Sonrío porque acabas de explicar el capítulo ocho de Economía sin darte cuenta —dije con aire de suficiencia. Luego pasé a su lado, saltando, y avancé por el campo hacia el balón.

Se me quedó mirando. —¿Qué? —Como no respondí, Tanner me siguió, alcanzándome rápidamente con sus largas zancadas.

Cuando caminábamos uno al lado del otro, se lo expliqué. —El capítulo ocho describe el traspaso de riesgos y los conflictos entre bonistas y accionistas como incentivos contrapuestos entre ambos. Uno de los conflictos más importantes que surgen es la preferencia de riesgo de estos dos grupos.

—Me has perdido. —Quizá no era tan sencillo como pensaba, pero iba a insistir, ya que estábamos aquí.

—Vale, en este caso tú eres el accionista. —Como seguía perplejo, continué—. Si una empresa va a la quiebra, al primero que se le paga es al bonista. El bonista es la Universidad de Covey. Aunque el equipo pierda, la universidad seguirá cobrando y ganando dinero con la venta de entradas.

—Vale. —No era fácil y tenía el ceño fruncido, pero no había descartado la idea por completo.

—Y tu equipo son los accionistas. Si no ganáis, no cobráis, o sea, no entraréis en la NFL.

Seguía confuso, pero sonreí, esperando a que lo asimilara. —Oye, no es que cuestione tus métodos, pero esto parece mucho más complicado que leerme los capítulos en voz alta.

Le di una palmada juguetona en el costado. —Es más complicado si sigues haciendo tantas preguntas.

—Perdona. —Extendió la mano, dedicándome una sonrisa divertida —. Continúa.

Cerré los ojos, tratando de recordar mentalmente todo el supuesto, porque, sí, tenía razón. Era un poco complicado, pero estaba segura de que, una vez terminara la explicación, todo encajaría.

—Entonces, cuando váis perdiendo y quedan un par de minutos de partido...

—Asumimos más riesgos —terminó él la frase, y lo señalé con una sonrisa.

—Exacto. Igual que en el fútbol americano, no importa si ocurre el peor de los casos, porque los accionistas habrían perdido de todos modos.

—Creo que lo pillo, pero hay una parte que no tiene sentido. La Universidad de Covey querría que asumiéramos el riesgo para ganar el partido, así que no funciona.

—Ah, pero es entonces cuando el apetito de riesgo del bonista y el del accionista coinciden. No siempre es el caso.

Vi cómo pensaba, intentando encontrarle el sentido a la analogía. —Como cuando nos perdimos los *playoffs*, a ellos no les importan los resultados de este año. Se están centrando en el que viene.

—¡Exacto! Pero vosotros seguís centrados en cada partido porque cada oportunidad cuenta. En los negocios es igual. El apetito de riesgo puede cambiar y variar, dependiendo de con quién hables en la empresa y de lo que esté en juego.

Miró al suelo un momento y luego a mí, negando con la cabeza. —Sabes, por muy loco que suene, creo que lo pillo... más o menos.

Me puse de puntillas, intentando ocultar mi emoción, porque esto también era nuevo para mí, y aún no estaba del todo segura de que fuera a funcionar, pero me alegraba que Tanner al menos lo estuviera intentando.

—Bueno, eso es un comienzo. —Saqué otro balón de la bolsa y se lo lancé. Lo cogió con facilidad y, aunque fue mucho mejor que mi primer intento, todavía me quedaba mucho por mejorar—. Ahora, déjame que te explique la teoría económica que hay detrás del *draft*.

Me devolvió el balón y dijo: —¿Por favor, dime que estás hablando del *draft* de la NFL y no de ese estúpido evento de citas que hacen aquí cada año?

—No sé ni de qué hablas.

—Claro que no lo sabes. El *draft* es un evento de citas rápidas en el que los atletas pueden conocer al resto del alumnado.

Lo miré sin expresión. —¿Por qué has llegado a pensar que malgastaría mis neuronas pensando en algo así?

—No sé. Pero acabas de probar conmigo el aprendizaje kinestésico. Quién sabe, igual habías ido a observar la selección humana en acción.

Me eché a reír y le empujé el balón contra el pecho con algo más de fuerza de la necesaria. Le di un empujón con el hombro antes de pasar a su lado dando saltitos. —¿Casi parece que intentas distraerme, señor Joyce?

—Jamás —respondió, preparándose para lanzármela. No estaba segura de a qué distancia debía ponerme, teniendo en cuenta que tendría que devolvérsela, pero al menos sabía que a su lado había otros quince balones.

Después de lanzarme el balón varias veces, llegamos a la conclusión de que, para jugar de forma óptima, tenía que estar a un metro de distancia, lo cual funcionó. Yo podía explicarle las teorías que le resultaban difíciles y él podía recitármelas con facilidad. Algo que sabía que nunca antes habría sido capaz de hacer.

—No puedo creer que esto funcione. ¿Podemos hacerlo más a menudo? —Llevábamos allí más tiempo del que habíamos asignado al estudio, pero no me importaba. Me lo estaba pasando demasiado bien.

—Tendré que ver si puedo adaptar más conceptos a tu juego. Me llevó mucho tiempo idear estos. No me había dado cuenta de lo complicado que era el fútbol americano.

Tanner lanzaba un balón de una mano a otra. —¿Ah, sí? ¿Qué te resulta difícil?

—Nunca me han gustado los deportes, y a mis padres tampoco, así que no vi muchos de pequeña. Puede que el profesor Murphy me ayudara un poco con esos dos ejemplos —admití, sintiéndome algo avergonzada por la omisión.

—¿El profesor Murphy, eh? Si te está dando consejos, lamento decirte que probablemente estén desfasados. —Me lanzó el balón de vuelta y me quedé con la boca abierta justo cuando lo cogí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Ya sabes lo que significa. Es un poco mayor para enseñarte sobre fútbol americano. ¿Qué tal si la próxima vez que tengas una pregunta sobre el tema vienes a mí?

Fruncí los labios y lancé el balón, sin dignarme a responderle.

—Pero no lo entiendo. Seguro que cuando salías con Connor tuviste que ir a algunos de sus partidos.

Gemí y un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordarlo. No porque me diera asco, sino porque la pista de hielo estaba helada. —¿Qué partidos? Se pasó todo el tiempo chupando banquillo.

Tanner inspiró hondo. —Uf. Ya sé que era un capullo y todo eso, pero eso ha sido cruel.

—¿Qué? ¿Tan cruel como que se liara con Rachel en una fiesta a la que me pidió que fuera? —Los labios de Tanner se tensaron y supe que el silencio lo había provocado yo—. La verdad es que me alegro de haber terminado con él. Solo desearía no haber sido tan idiota y no haber caído rendida a sus encantos para empezar.

—La verdad —me imitó Tanner, lanzando el balón al aire sin mirarme —, es que nunca describiría a Connor como encantador. Ese tío es tan interesante como un ladrillo.

—En eso tienes razón.

—Oye, profe. —No me dejó darle muchas vueltas a mis pensamientos sobre Connor—. ¿Quieres aprender a jugar?

—No especialmente —me quejé—. Solo aprendí lo básico para entenderlo lo suficiente como para explicártelo a ti. En realidad no me interesa el deporte.

Se llevó la mano al pecho, fingiendo estar escandalizado. —Vaya. Pues sigo pensando que deberías venir a un partido cuando volvamos a jugar. Creo que te gustaría.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Porque hay mucha estrategia y táctica de juego. Me imagino que te engancharías. —Le dediqué una mirada de sabelotodo—. Venga, déjame enseñarte un par de cosas.

Sin previo aviso, retrocedió y lanzó el balón en mi dirección. De milagro, lo cogí.

—¿Acaba de pasar eso?

—Felicidades, estás a punto de aprender a jugar de receptora abierta.

—¿Qué quieres decir? —Retrocedí, inquieta, porque me observaba casi como si estuviera… hambriento.

Inclinó la barbilla, con un ceño amenazador en el rostro, antes de dar un paso decidido hacia delante. Yo di un tímido paso atrás, acabando en la línea de diez yardas.

—Si fuera tú, correría, profe. —Entonces aceleró el paso y me sentí como un ciervo deslumbrado por los faros. Mi instinto de lucha o huida se apoderó de mí al instante mientras avanzaba hacia mí con grandes zancadas. Solté un gritito antes de correr a su alrededor, esquivándolo por los pelos mientras bajaba por el campo.

Por desgracia para mí, no era ninguna atleta y, tras unas pocas zancadas, ya estaba jadeando en busca de aire. Tanner tampoco tuvo piedad de mí. Cuando me alcanzó, me rodeó la cintura con los brazos y me tiró al suelo. A la mierda la falda, iba a acabar en la hierba quisiera o no.

Solté un chillido de sorpresa cuando me derribó y aterricé en el suelo con un golpe sordo, con un jugador de fútbol americano muy pesado encima de mí. Su cuerpo era demasiado grande para que pudiera zafarme de su agarre, y casi pensé que estaba disfrutando de aquello. —¿Así es como tratas a todos tus receptores abiertos?

Le empujé una vez más, pero fue inútil. Ni siquiera se movía. De hecho, se estaba riendo de mí. Entonces me rodeó las muñecas con los dedos, me las sujetó por encima de la cabeza y se inclinó.

Tanner estaba ahora a escasos centímetros de mí. —Solo a los que son monos.

Él sonrió.

Yo fruncí el ceño.

¿Estaba ligando conmigo?

No estaba segura, así que pensé en responder con mi habitual descaro.

—Pobre Adam. Entonces debe de acabar inmovilizado en el suelo casi a diario.

La sonrisa de Tanner se ensanchó.

—¿Ah, no? ¿Acabas de decir que mi compañero de equipo está bueno?

—Si eso es lo que has sacado en claro, es cosa tuya. Está saliendo con tu amiga, Hayden, ¿no? Quizás podríais formar un bonito trío —bromeé, porque era mi única forma de defensa mientras yacía en la hierba con él—. Creo que haríais buena pareja.

—¿En serio, profe? ¿Así van a ser las cosas? —Se movió para poder sujetarme ambas muñecas por encima de la cabeza con una sola mano. Llevando la mano libre a mi abdomen, empezó a hacerme cosquillas sin piedad.

—¡Tanner, no! Tengo cosquillas —chillé, retorciéndome, pero fue inútil. Me había atrapado con las piernas porque ahora estaba básicamente sentado sobre mí.

—Esa es la idea. Esto es la revancha.

—¿Por qué? —Me salió la pregunta casi sin aliento y con un resoplido, pero me negaba a dejar que me venciera. Sin dejar de dar patadas, intenté desestabilizarlo.

—Por hablar de lo bueno que está mi compañero de equipo.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque la única persona a la que quiero que mires es a mí.

Entonces todo se detuvo.

El silencio nos envolvió.

Me miraba desde arriba tan sorprendido como yo lo estaba de él.

¿Acaba de decir eso?

¿Acaba de admitir que le gusto?

Su cuerpo se relajó, liberando mis piernas, aunque estas habían abandonado la lucha hacía un rato. Su torso esbelto se deslizó entre mis muslos mientras cambiaba el peso de su cuerpo.

Tragué saliva.

¿Estoy sintiendo lo que creo que estoy sintiendo?

—Eh, ¿estás cómoda así? —preguntó Tanner. Yo no había dicho nada desde su confesión. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Nunca me había encontrado en una situación como esta, pero sabía que no quería que parara.

—Sí, estoy bien —dije con un chillido—. Podría hacerte algunas preguntas de repaso mientras estamos aquí. —Qué otra cosa iba a decir. Todavía incapaz de moverme, ahora tenía las piernas abiertas de par en par con Tanner cómodamente apoyado entre ellas. Sonaba ridícula, pero a él no pareció importarle. Simplemente me estudiaba la cara como si fuera la primera vez.

—Aster, en esta postura haces que me sea extremadamente difícil concentrarme en mi trabajo, y mucho menos en un examen sorpresa. —Sonrió, paseando la mirada por mis facciones, y yo esperé que los focos ocultaran el rubor de mis mejillas.

Me humedecí los labios y dije:

—¿Por qué?

—¿Acaso no lo sabes ya?

—No.

Se inclinó y supe de inmediato sus intenciones. Iba a besarme, y se movía lo suficientemente despacio como para que, si yo no hubiera querido, pudiera haberme apartado. No quería apartarme. A medida que sus labios se acercaban, él cerró los ojos y yo hice lo mismo. Su aliento rozó mis labios y detuvo su movimiento un instante. Otra comprobación para asegurarse de que yo estaba dispuesta a todo. Como sus labios no llegaban a tocar los míos, incliné la barbilla en su dirección, forzando un rápido piquito entre nosotros. Tan rápido que, si no lo hubiera estado esperando, dudo que se hubiera dado cuenta.

Tanner no necesitó más ánimos. Apretó sus labios contra los míos y odié oírme gemir. No pude evitarlo. Con su corpulento cuerpo cubriéndome, sentía que estaba rodeada por Tanner. Me sujetó las muñecas con más fuerza mientras sus caderas se movían por voluntad propia. Estaba creando una fricción deliciosa entre nosotros y lo único que yo quería era pasarle las manos por el pelo e intensificar el beso, pero en esta postura, él tenía todo el control. Algo que creo que le gustaba.

Tanner solo llevaba un pantalón de chándal, así que cuando su cuerpo se movió contra el mío, pude sentir cada centímetro de él y, joder, eran muchos centímetros. No es que yo supiera lo que eran muchos. Es que él parecía enorme.

Giré la cabeza, terminando el beso para poder recuperar el aliento, pero fue inútil. Tanner me lo robó de nuevo en cuanto sus labios se deslizaron por mi cuello. Arriba y abajo, su lengua lamió mi pulso y apenas podía respirar.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo hacer esto? —No pude responder. Demasiadas cosas daban vueltas en mi cabeza. Sabía que no debería estar haciendo esto. No después de lo que pasó con Connor, pero a ver quién paraba a mi cuerpo. Estaba esforzándose al

máximo para asegurarse de que no pudiera pensar con claridad porque llevaba las últimas dos semanas pensando en esto con Tanner.

Entonces hice algo que nunca pensé que querría hacer. Enrosqué las piernas en las caderas de Tanner, animándolo a mover su cuerpo sobre mi vientre.

¿Esto contaba como restregarse con la ropa puesta?

Se mecía contra mi sexo y oleadas de placer me recorrían. Estaba excitada y mis caderas respondían a cada una de sus embestidas. Nunca había experimentado una tensión sexual como aquella, porque podía sentirlo. Con solo unas pocas prendas de ropa cubriéndonos, podía sentir todo él deslizándose contra mí.

Aceleró el ritmo, gruñendo ligeramente mientras yo maullaba de placer. Cerré los ojos con fuerza porque así me sentía mucho menos avergonzada por todo el asunto.

Sin embargo, eso no impidió que quisiera más.

Uf, ¿de verdad quería perder la virginidad en un campo de fútbol americano?

Sí. En nuestra neblina de lujuria, sí quería.

—Tanner —susurré.

—¿Sí? ¿Quieres que pare?

—No. Por favor, no. —Ahora gimoteaba, con los dedos de los pies encogidos dentro de los zapatos porque estaba tan cerca de llegar al clímax que era ridículo. Meció su cuerpo más rápido y yo empezaba a marearme. Una necesidad salvaje se apoderaba de cada gramo de mi cuerpo y, por triste que sonara, no era suficiente.

Necesitaba más de él.

Quería más de él.

Frotando mi sexo contra la parte de su pantalón de chándal que estaba segura de que era su polla, intenté tantear el terreno. Estaba dura y era grande, eso seguro, y aunque sentía el impulso de tocarlo, no podía porque aún me sujetaba las manos.

—Qué bien sientas, profe —dijo Tanner, y yo simplemente me dejé llevar por el subidón.

Embestida tras embestida. Gruñido tras gruñido. Mi respiración era agitada y estaba tan cerca que casi podía saborear el orgasmo. ¿Cómo era capaz de hacer esto solo con el movimiento de sus caderas?

—¿Qué es eso?

Sus caderas dejaron de moverse al instante. Su boca se apartó de mi cuello.

Primero sentí las frías gotas de agua en las palmas de mis manos, y luego un pequeño chorro me roció el brazo. Se me encogió el estómago.

—No son las once, ¿verdad?

Se miró la muñeca.

—Son las once menos dos.

—Entonces tenemos dos minutos antes de que los aspersores se pongan a toda potencia.

Tanner asintió y, sin decir una palabra más, metió mis libros en mi bolso y luego se levantó del suelo de un impulso, cogiéndome en el proceso y echándome sobre su hombro como si no pesara nada.

Unas gotas de agua resbalaron por mis muslos. —¡Tanner! ¡Mi falda! —grité, intentando sujetar los bordes con desesperación, pero no llegaba con las manos.

Me agarró los muslos con más fuerza mientras salía corriendo del campo.

—Es por tu propio bien, profe. —El trayecto fue accidentado e incómodo, pero, al levantar la vista, pude ver el desastre que habíamos montado en el campo.

—¿Y los balones? —Los aspersores del fondo se encendieron y empaparon algunos de los balones que habían quedado atrás. El agua nos salpicó, pero desde esa posición no estaba claro cuánta se nos venía encima.

—Ah. Son daños colaterales. Te los recogeré por la mañana.

Cuando estuvimos cerca de las gradas, esperaba que me bajara, pero no lo hizo. Siguió corriendo por el túnel, el vestuario y el pasillo hasta el aparcamiento.

Finalmente, me dejó junto a su coche, apoyándome contra la puerta. Todavía sujetándome los brazos, me examinó de arriba abajo. —¿No te has mojado mucho, verdad?

Por los aspersores no, pensé, pero me guardé ese detallito para mí, porque por mucho que quisiera culpar a los aspersores de la humedad de mis braguitas, no tenían nada que ver con ellos y sí todo que ver con el chico que estaba de pie frente a mí.

El chico que odiaba hasta hacía unas semanas.

—Estoy bien.

—Bien. —Se sacudió el pelo y unas gotitas de agua me golpearon la cara. Un refrescante respiro para mis mejillas acaloradas. Con ambas manos a cada lado de mí, Tanner me estaba acorralando de nuevo, y no me importaba en absoluto—. Siento lo de ahí atrás. —Señaló con la barbilla la entrada del campo.

—No tienes que sentirlo.

—¿Seguro? Porque si te dejaste llevar por el momento, lo entiendo. Soy un chico mayorcito y he estado yendo un poco fuerte.

—Te habría dicho que no lo quería si así hubiera sido.

Con una pequeña sonrisa en la cara, se agachó y me dio un beso rápido en la mejilla. —Supongo que debería llevarte de vuelta a tu residencia.

No podía decir que no me sintiera decepcionada. Me había besado en la mejilla y yo solo quería que terminara lo que había empezado.

—Supongo que tienes razón. De todos modos, probablemente empezarán a buscarme si no aparezco en treinta minutos.

—¿Lo harían?

—A ver, normalmente estoy en mi habitación a las diez como muy tarde. Así que la hora es preocupante. Si se enteraran de que estoy pasando el rato con el mejor quarterback que ha visto esta universidad en la última década, sería un auténtico escándalo.

Él se rio entre dientes y me dejó un beso justo debajo de la oreja. —Eres demasiado amable, pero si alguien va a hacerlo, me alegro de ser yo quien manche tu reputación, profe. —Su mano encontró la mía y le dio un apretoncito antes de apoyar su frente en la mía—. Me lo he pasado muy bien esta noche —admitió, mordiéndose el labio inferior.

—Yo también. —Entrelacé nuestros dedos.

—¿Quizá podríamos repetirlo alguna vez?

—Me gustaría.

Mientras se apartaba de mí, abrió la puerta de atrás, sacó una sudadera gris de la Universidad de Covey y me la tendió, pero no la cogí. Me limité a mirarla con confusión. —Cógela. Por favor. Tienes el pelo lo bastante mojado como para que estés tiritando.

—Vale. —Al ponérmela, sentí que me ahogaba en un mar de Tanner. Al diablo con los aspersores. Así era como quería irme.

Me abrió la puerta y entré, triste de que esta noche ya estuviera terminando.



Me tomé mi tiempo para volver a la residencia, viendo a Tanner alejarse en coche. El corazón me latía con fuerza y me sentía borracha de alegría.

¿De verdad acababa de pasar esta noche? Toda la velada parecía un sueño, algo que yo nunca haría. ¿Besuquearme en un campo de fútbol? Esa no era yo, pero estaba casi segura de que había sido la mejor noche de mi vida.

Abrí la puerta y me dirigí a los ascensores. Una vez sola dentro, puede que chillara un poco más de la cuenta. No pude evitarlo. Ya me habían besado antes, pero nunca como besaba Tanner. Era apasionado e impetuoso, y no se me ocurrían todas las palabras para describirlo porque mi cerebro todavía estaba intentando asimilar que había ocurrido de verdad.

Había besado a Tanner Joyce, y me había pedido volver a verme. ¿En qué planeta vivía?

—¿Por qué sonríes así? —me preguntó Thea cuando pasé a su lado en el pasillo. Llevaba una tarrina de helado y vestía un cómodo body negro con una sudadera del Georgia Community College.

—¿Estoy sonriendo? —Intenté con todas mis fuerzas que las comisuras de mis labios bajaran, pero fue inútil. Después de que mi noche con Tanner diera un giro inesperado, sentía que estaba en una nube.

—¿Puedes parar? —Hizo una mueca—. Me das un rollo Joker espeluznante. ¿Tengo que preocuparme de que vengas a visitarme con una motosierra mientras duermo?

—No es para tanto.

—Oh, sí que es raro, Aster. Nunca te he visto así.

—Simplemente estoy contenta, eso es todo. —Le resté importancia, abriendo los brazos, pero me di cuenta de que eso podría hacerme parecer demasiado animada.

—Bueno, pues no estoy segura de qué pensar de una Aster contenta. Da un poco de miedo.

—Estoy segura de que es mucho mejor que una cabreada.

Frunciendo los labios de un lado a otro, se lo pensó. —Supongo que tienes razón, pero todavía no te conozco lo suficiente como para juzgarlo. Pero, en serio, ¿qué te tiene tan contenta esta noche cualquiera? ¿Has creado vida nueva por ósmosis en un tarro de plantas o algo así?

—Así no es como funciona.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia. —Te tomas las cosas demasiado al pie de la letra. Así que, ¿vas a contarme por qué pareces una sopa?

Me examinó el atuendo de arriba abajo y contuvo el aliento.

—Un momento. Esa sudadera no es *tuya*, ¿verdad? Es enorme. ¿Has tenido una cita?

Ahora agitaba las manos y parecía demasiado emocionada para ser alguien que no había estado en la cita. Soltó un gritito, dando saltitos sobre el mismo sitio. Ojalá fuera un poco más discreta con esto.

Negué con la cabeza, me llevé un dedo a los labios y mandé callar a Thea. Sus saltitos se ralentizaron y, cuando abrí la puerta, le hice un gesto para que entrara.

Al principio dudó.

—Sabes que lo de la motosierra era broma, ¿no? Si me matas, la gente se enterará.

—No voy a matarte.

—Eso es justo lo que diría alguien que va a matarte —dijo, aunque eso no le impidió entrar en la habitación.

Cuando cerré la puerta, se dio la vuelta, se cruzó de brazos y acunó la tarrina de helado como si fuera su primogénito. Luego me miró con una ceja arqueada.

—Creo que acabo de tener una cita —lo digo tan bajo que casi no me lo creo ni yo, porque se suponía que iba a ser una sesión de estudio, pero ahora no me parecía correcto llamarlo así.

Thea bajó los brazos y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios. Me alegró ver que había superado rápido lo de la motosierra.

—¿Llegas a casa con la sudadera del tío y todavía no estás segura de si ha sido una cita?

—Es complicado —apreté los labios en un intento de pensar bien las cosas antes de soltar algo que no debía.

Thea resopló con sarcasmo.

—Debió de ser una cita bastante sosa si todavía no lo sabes —masculló por lo bajo.

Mi mente voló de vuelta al campo de fútbol y a aquel beso. El restregón. A mis ojos, fue de todo *menos* soso.

—Es que somos amigos… más o menos.

Se animó.

—Espera un momento, ¿es el chico al que te llevaste a lo de la hermandad? ¿Esa vez que parecías una reina gótica vampiresa? —sonreí como respuesta—. Me sorprende que no intentara llegar más lejos entonces. Estabas cañón.

—Mmm.

—No me vengas con «mmms». Hay algo que no me estás contando, ¿a que sí? ¿Pasó algo esa noche también?

—Nos besamos.

—¿Y todavía te preguntas si esto era una cita o no? Lo siento, pero me están dando *flashbacks* del instituto, cuando mi mejor amiga me contaba con todo detalle las formas correctas en las que un chico le cogía la mano.

Mientras hablaba, se dirigió a uno de mis pufs de color verde neón y se dejó caer en él con su helado, sacando una cuchara del bolsillo delantero de la sudadera.

—No es tan simple.

Cogió una cucharada grande de helado y la sorbió. Cuando la miré, abrió mucho los ojos e inclinó la tarrina.

—¿Quieres un poco? No suelo compartir la comida, pero como estoy en tu cuarto y me estás mirando como si fuera una salvaje, supongo que podría compartir solo por esta vez.

—No, gracias —con los brazos cruzados y la cabeza todavía dándome vueltas, me dirigí a la cama y me senté sobre el edredón.

—Más para mí —canturreó, cogiendo otra cucharada y… empezó a *masticar* el helado. Era algo que no había visto nunca—. Ahora cuéntame, ¿quién es ese chico y qué te ha hecho para que tengas esa cara?

Sentada allí, mirando a mi nueva amiga, me pregunté cuándo habíamos llegado a tener tanta confianza como para que yo estuviera tan dispuesta a darle todos los detalles. Nunca había tenido una amiga tan cercana con la que hacer esto, lo que me hizo preguntarme si alguna vez había tenido una amiga de verdad.

No es que hubiera planeado esta amistad. Simplemente surgió. Empezó a venir y yo empecé a dejarla entrar.

—Le doy clases particulares.

—Uuh. Esto suena jugoso —se removió, poniéndose cómoda—. Sabía que estaba aquí por una razón. ¿En qué tipo de cosas le dabas

clase? ¿En los preliminares? —arqueó las cejas y ni siquiera pude reírme. Me moría de la vergüenza de hablar de esto. Nunca le había confiado a nadie mi vida amorosa.

Me sentí fatal.

—Olvídalo. No debería haber dicho nada.

—No, espera. Lo siento. Era una broma. Por favor, por favor, cuéntame la historia. Me muero por saberlo.

—Bueno, pues le doy clases, y resulta que estaba cerca de mí cuando la zorra de Rachel intentaba hacerme sentir inferior.

—Esto ya suena delicioso.

—Sin preguntar, fingió ser mi novio y, a partir de entonces, tuvimos que mantener la farsa cuando estábamos en público.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura de que no era una treta para meterse en tus pantalones?

—No. Quería que le diera clases particulares y yo me había negado porque insinuó que era una de esas que van a la caza de deportistas la primera vez que lo conocí.

Tomó una gran bocanada de aire.

—Uf.

—Ya. Apenas soportaba al tío cuando empezamos a hablar.

—¿Pero ahora…?

—Pero ahora, no estoy tan segura. Las cosas empezaron a ponerse raras entre nosotros.

—Seguro que fue justo cuando te vio con ese vestido.

—No, fue antes. Le he llevado a una sesión de estudio esta noche y, bueno, ha sido diferente de lo que esperaba. Me ha besado —no podía dejar de sonreír y me sentía ridícula.

—¿Otro beso? ¿Es un eufemismo?

—No. Solo nos estábamos besando en el campo de fútbol.

—¡Oh, Dios mío! —casi se le cae el helado de la emoción—. ¿Como que te levantó en brazos y te dio vueltas mientras te besaba hasta marearte? Es como mi sueño.

—No exactamente. Estábamos en el suelo y él estaba, eh, encima de mí.

—Aster. Qué fresca. No te hacía yo así —sorbió otro poco de helado —. No me digas que eso fue todo.

—Estábamos en público. Fue respetuoso.

—¿Mientras estaba tumbado encima de ti?

—Sí —reconozco que, contándolo así, sonaba peor de lo que fue en realidad.

—Ah, no digas más —me señaló con la cuchara antes de volver a llenarla con más helado—. Lo pillo. Os magreasteis.

Me quedé sin palabras. El único ruido que llenaba la habitación era el suave rasquido de satisfacción de su cuchara contra el fondo de la tarrina.

¿Cómo diablos lo sabía? ¿Y qué demonios se suponía que debía contestar a eso?

—No pasa nada. A todas nos ha pasado. Un besito tonto lleva a unos cuantos roces, que a su vez hacen que vuestros cuerpos se muevan. Y antes de que te des cuenta, estás dale que te pego contra la cremallera de sus vaqueros hasta el olvido. No tienes de qué avergonzarte, a las mejores nos pasa.

Quizá para ella no fuera nada, pero para mí, desde luego, sí que lo fue.

—Y bueno, ¿cómo es?

Mi mente voló directa a los rasgos cincelados de Tanner y sonreí al pensar en todo lo que lo hacía especial. Todo lo que antes solía odiar de él. Ahora, sin embargo, no podía parar de pensar en ello.

—Tiene una sonrisa preciosa y unos ojos de color verde cerceta en los que podría perderme.

—Oh, eso suena a que estás enamorada —bromeó Thea.

—Eso es decir demasiado. Quizá que me gusta sería más acertado. Sí, me gusta. —Mucho.

—¿Cómo se llama? ¿Lo conocería?

—¿Te gusta el fútbol americano?

Se quedó quieta y su sonrisa se desvaneció al instante. —¿Es jugador de fútbol americano? —Asentí y su cuerpo entero pareció desinflarse.

—Por eso estaba en el campo de fútbol y por eso llevo esto. —Tiré de la sudadera para enfatizarlo.

Bajó la mirada con desgana hacia la sudadera gris y pude sentir la decepción que emanaba de sus facciones. ¿Qué había de malo en que fuera jugador de fútbol americano? —Sí, supongo que no me había dado cuenta de que era una sudadera de fútbol americano. Aunque debería haberlo hecho. Mi hermano tiene una casi idéntica.

—Sabes, nunca pensé que me fijaría tanto en la mandíbula de un chico, pero la suya es tan marcada que es… —miré al cielo—. Irreal.

—No será Jackson James, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —No tengo ni idea de quién es. —Su expresión cambió de inmediato, y fue entonces cuando me di cuenta de que debía de haberse encaprichado un poco desde que empezó aquí—. Se llama Tanner.

El alivio pareció durar poco y Thea volvió a quedarse paralizada. Le dio un tic en el ojo y por un segundo pareció un robot estropeado.

—¿Tanner Joyce?

—Sí, ¿lo conoces?

Lentamente, dejó caer la cuchara en la tarrina de helado y se levantó. —Esto es peor que cuando Emily me dijo que le gustaba —murmuró mientras caminaba hacia la puerta de mi habitación.

—¿Va todo bien? —No estaba segura de qué había hecho para que reaccionara así, pero estaba claro que la había cabreado.

Con los ojos cerrados, empezó: —Aster, por mucho que me alegre de que seamos amigas, no creo que pueda seguir hablando de esto contigo.

—Vale. —Respiró hondo y me levanté, preocupada de que estuviera hiperventilando—. ¿Es porque te gusta Tanner o algo? Por lo visto, muchas chicas han intentado meterse en sus pantalones desde que llegó.

Levantó una mano y soltó un chillido: —Por favor, no vuelvas a mencionarme los pantalones de Tanner nunca más. Es mi *hermano* y oírte hablar de magrearte con él en un campo de fútbol me ha dejado cicatrices inimaginables en la psique que solo un profesional cualificado con varios años de experiencia podrá curar.

—¿Tu hermano?

—Mi hermano *mellizo*.

—Ah.

—Ahora, si no te importa, tengo que irme a pensar en formas de lavarme el cerebro con lejía. Oh, Dios. Necesito darme una ducha hirviendo. Al menos eso hará que me sienta menos asqueada conmigo misma.

Thea comenzó a frotarse los brazos, quitándose suciedad imaginaria.

—Humm, lo siento.

—No lo sientas. —Me dedicó una sonrisa un tanto forzada—. Pero la próxima vez que te vea, ¿te importaría no volver a mencionar que te magreaste con mi hermano? Ni mencionar ninguna otra cosa que hagáis. Ya me va a costar hasta la última gota de mi fuerza de voluntad quitármelo de la cabeza.

—Claro —contesté secamente antes de que se arrastrara hasta la puerta, murmurando enfadada para sí misma.

—Buenas noches, Aster. —No se molestó en darse la vuelta, y a mí me pareció bien, porque yo también estaba avergonzada.

Me dejé caer de espaldas en la cama y respiré hondo. Al menos no le había contado lo bueno que estaba. Era el único consuelo que me quedaba. Revisé mi móvil una última vez antes de prepararme para dormir y vi que Tanner me había dejado un mensaje.

Tanner: *Vaya noche. Qué ganas de verte el viernes, profe.*

Aster: *Yo también tengo muchas ganas de verte.*

Apreté el móvil en mi mano, sonriendo para mis adentros. No sabía qué iba a pasar con Tanner de ahora en adelante, pero estaba deseando descubrirlo.

CAPÍTULO 13

Tanner

Thea: *Oye, habría estado bien un aviso de que estabas intentando acostarte con alguien de mi residencia.*

Tanner: *¿De qué hablas?*

Thea: *De Aster. Era mi amiga primero, pero como me siento generosa, te dejaré salir con ella.*

Tanner: *Qué… amable por tu parte.*

Thea: *Pero, por favor, por lo que más quieras, no subas a su habitación para echar un polvo rápido. Nuestras paredes son de papel y no puedo con ello.*

Me guardé el móvil en el bolsillo porque ni las quejas de mi hermana podían quitarme el buen humor. De hecho, me sentía tan bien que iba de camino a la biblioteca por voluntad propia, con un papel en la mano que lo cambiaba todo.

Cuando abrí las puertas, Ralph estaba allí y me saludó con la mano. Le devolví el saludo a regañadientes porque, aunque me la había jugado, había arreglado las cosas. Eso no significaba que estuviera dispuesto a confiar en él en un futuro cercano.

Mientras me dirigía a la mesa apartada de siempre de Aster, me di cuenta de que no estaba, pero su bolso sí. Tenía que estar en algún lugar de la biblioteca. Solo tenía que encontrarla.

Recorrí pasillo tras pasillo sin verla, hasta que llegué al último de esa planta. El pasillo al que me refería cariñosamente como *nuestro*

pasillo. Era el pasillo donde la encontré cuando vio a aquel tío recibir una mamada de Rachel y, por poco romántico que sonase, para mí era especial, porque fue la primera vez que abracé a Aster y cuando empecé a sentir algo por ella.

No podía dejar de sonreír cuando la vi. Justo allí, en lo más profundo de *nuestro* pasillo, estaba Aster, apoyada en una estantería y leyendo en silencio para sí misma. Estaba tan absorta en el libro que no se había percatado de que yo estaba allí, observándola. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Hoy no teníamos nuestra sesión de estudio habitual y no le había mandado ningún mensaje desde anoche porque no quería parecer demasiado obsesionado, demasiado pronto. La realidad era que me había interesado por ella en el mismo instante en que la vi. Esperaba que a ella solo le estuviera costando un poco más de tiempo ponerse al día.

Con suerte, la noticia que tenía para ella podría ponerla en la misma página que yo.

Por mucho que no quisiera interrumpirla, porque siempre me parecía monísima cuando se concentraba, esta noticia era importante. Di unos pasos más y dejé caer mi mochila al suelo, apoyándola contra las estanterías mientras me deslizaba detrás de Aster. En un solo movimiento, le pasé los brazos por las caderas y apoyé la barbilla en su hombro.

—¿Qué lees? —le susurré al oído, y al instante ella cerró el libro de golpe, intentando ocultar el torso desnudo de un hombre que parecía recién salido del plató de una serie de la Regencia.

Se zafó de mis brazos como un ratoncillo asustado y metió el libro en la estantería antes de que pudiera verlo bien. Como si eso fuera a impedirme leer el lomo.

—Tanner. ¿Qué haces aquí? —Estaba nerviosa. Le ardía la cara y miraba a su alrededor, comprobando si había alguien más observando. Luego se apoyó en la estantería, ocultando estratégicamente el lomo de su libro. Bien jugado.

—He venido a verte, por supuesto. ¿Hay alguna otra razón por la que me verías por aquí?

Reprimió una sonrisa.

—Bueno, teniendo en cuenta que ahora te estás convirtiendo en un amante del saber, quién sabe. A lo mejor estás intentando sacar uno de los muchos libros maravillosos que hay en estas estanterías.

—Por muy genial que suene mirar todos estos libros, en realidad he venido a darte una buena noticia. —Di un paso atrás—. Pero si estoy interrumpiendo algo, puedo volver en otro momento.

—No interrumpías nada. Siempre tengo tiempo para ti.

Le dediqué una media sonrisa de soslayo.

—¿Eso es porque soy tu alumno favorito?

—Puede que te hayas puesto por delante del resto después de lo de anoche. No te voy a mentir. —Se sacudió la falda al decirlo, tratando de que pareciera que no era para tanto. Pero pude ver un ligero rubor teñirle las mejillas y supe lo que estaba recordando, porque yo tampoco podía quitármelo de la cabeza—. Pero no tengo mucho tiempo. Alex vendrá para una tutoría en unos diez minutos.

Me balanceé sobre la punta de los pies y sonreí.

—Lo sé, así que seré breve.

Dicho esto, levanté el papel que llevaba en la mano y se lo presenté. Sin decir nada. Dejé que asimilara el enorme **Sobresaliente bajo** garabateado en él.

Cuando se dio cuenta de lo que era, me arrancó el papel de la mano y chilló.

—¿Has sacado un sobresaliente bajo en el último examen de Economía?

—Sip. No sé qué tipo de vudú usas, pero sigue así.

Se mordió el labio inferior, intentando contener la sonrisa que sabía que se le escapaba. Le encantaba ayudar a la gente y se notaba que esto la alegraba. Sin mediar palabra, saltó a mis brazos y me apretó con fuerza.

—Ay, Tanner. —Su voz sonaba ahogada porque estaba acurrucada en mi hombro—. Estoy tan orgullosa de ti. ¿Puedes creer que lo has conseguido en menos de un mes? Imagina de lo que serías capaz en un par de meses más.

—¿Sabías que nunca antes había sacado una nota que empezara con una S?

Se apartó para poder mirarme a los ojos y el impulso de besarla recorría cada fibra de mi ser. Debería hacerlo sin más. Después de anoche, lo nuestro estaba más que confirmado, pero no quería ponérmela en contra por besarla en la biblioteca después de una noticia tan buena.

—Es increíble, Tanner. Es… —Dejó la frase a medias, sin encontrar las palabras.

—Es todo gracias a ti. Nunca sabrás lo agradecido que estoy de que aceptaras darme clases.

Ella se rio, empujándome el pecho.

—Sabes, no creo que me dieras mucha opción.

—Pues me alegro de que cedieras, porque me has cambiado. Mi forma de estudiar. Mi forma de pensar en las clases. Mi forma de ver la vida. Mi forma de ver a las chicas. —Alargué esa última frase y terminé con una sonrisa porque me gustaba mirarla—. Bueno, déjame reformularlo. Me gustaba todo de ella. Era fuerte, decidida y tenía las ideas muy claras—. ¿Me atrevo a decirlo? De alguna manera, has conseguido que a este deportista idiota le encante aprender. —Le guiñé un ojo y ella puso los ojos en blanco antes de darme un golpecito en el pecho y soltar una risita. Nunca la había

oído reírse así. Era una risa ligera, fresca, y quise embotellarla y guardármela para mí.

—Eh, no te menosprecies así. No eres tonto. La única razón por la que te va tan bien es por tu ética de trabajo. Si no hubieras aceptado mis sugerencias o no lo hubieras deseado tanto como lo deseas, no habrías sacado esa nota. Enhorabuena. Estoy muy orgullosa de ti.

Volvió a alejarse de mí y me costó un mundo no atraerla de nuevo hacia mí para robarle un beso. Ahora estábamos saliendo y quería presumir de ello, pero ahora que era real, quería asegurarme de que fuera bueno para ella. Aster era increíble, y quien no pudiera verlo estaba ciego.

—¿Puedo invitarte a salir? —solté antes de arrepentirme al instante, porque frunció el ceño y se alejó un paso de mí. Quizá lo nuestro no estaba tan claro como yo pensaba.

—¿Quieres invitarme a salir? —Su voz estaba teñida de confusión.

—Normalmente, eso es lo que pasa cuando sales con una chica.

—¿Salir? —tragó saliva, con la voz un poco más aguda.

Me pasé una mano por el pelo y solté una risita nerviosa, intentando aligerar la tensión de la sala. —Sí, después de lo del campo de fútbol, pensé que era algo que se daba por sentado. ¿Te lo estás pensando mejor?

—No. Es solo que..., eh, me sorprende que quieras tener una cita conmigo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —No sé. Sencillamente, no pensaba que la gente en la universidad tuviera citas.

—Bueno, *yo* sí, y quiero invitarte a salir para celebrar todo lo que has hecho por mí. ¿Me dejas? Te lo mereces.

Se quedó quieta, y quería ser yo quien le mordisqueara el labio inferior, no ella.

—¿Por qué pareces tan confundida?

—Porque nunca he tenido una cita.

—¿Y qué hay de ese idiota de Connor?

Ella negó con la cabeza. —No. Dijo que era porque siempre estaba entrenando para hockey, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que en realidad era porque no estaba saliendo conmigo de verdad. Solo quería que yo lo creyera para poder utilizarme para sus trabajos.

—Ese tío es más idiota de lo que pensaba —mascullé.

Se encogió de hombros. —De los errores se aprende. Pero solo quería decir que no hago esto para obtener un reconocimiento como ese. Lo hago porque de verdad me encanta ver la mejora en personas que antes lo veían imposible.

—Lo sé, y no te invito a salir porque seas mi tutora. Te pido que salgas a celebrarlo conmigo como mi novia.

—¿Novia? —Vale, se atragantó con la palabra. Casi me entraron ganas de reír porque parecía muy confundida de que yo dijera eso. No creo que se diera cuenta de que estábamos teniendo «la conversación», o de que yo estaba decidido a que fuera mía para cuando acabáramos.

Le pasé la mano por la cadera, queriendo acercarla a mí. —Sí, ya sabes, no dejo que cualquiera me bese en el campo de fútbol. ¿Qué te parece si me dejas *enseñarte* cómo deberían tratarte? —Puso los ojos en blanco y me apartó—. ¿Qué me dices?

—Vale. —Intentó que sonara a que lo decía a regañadientes, pero no pudo ocultar la sonrisa que amenazaba con apoderarse de sus labios.

La rodeé con mis brazos. —Tanner. Técnicamente estoy trabajando. —Miró a su alrededor con nerviosismo, casi olvidando que estábamos en un pasillo por el que no se aventuraba nadie.

—Eso no te impidió espiar a Rachel y a ese tío antes. —Sonreí con suficiencia, dejándole un beso en el cuello. Quería seguir, pero me apartó juguetonamente.

—No me lo recuerdes.

Fue entonces cuando pensé en divertirme un poco con ella. La empujé suavemente contra la estantería y la atrapé con mis manos a ambos lados. —No pasa nada por tener algunas fantasías, profe —le susurré antes de besarle la columna del cuello—. ¿Quieres compartirlas?

Ella soltó una risita entrecortada e inclinó la cabeza hacia atrás. —Oh, Tanner. No creo que pudieras soportar esas fantasías. —Me apartó de un empujón; su falda estaba un poco arrugada, al igual que su pelo.

—De acuerdo. Ya te las sacaré con el tiempo, pero lo primero que quiero sacarte es una cita. Te recojo a las siete esta noche. —dije mientras retrocedía lentamente—. Ah, y hazme un favor. No se lo cuentes a mi hermana, ¿vale? No ha parado de acribillarme el móvil desde que se enteró de que me interesas, y preferiría no tener que explicarle más de nuestras actividades. —Arqueé las cejas y, antes de que pudiera darme con un libro, salí corriendo de allí.



Cuando llegamos al lugar, la confusión ensombreció el rostro perfecto de Aster. Tan arreglada como iba, no creo que se esperara que paráramos aquí. —¿Querías tomar un café o algo? ¿Por eso paramos aquí?

—No —apagué el motor y la miré.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Porque de todos los sitios a los que pensé en llevarte en nuestra primera cita, este era el único que creí que te impresionaría de verdad.

—¿En serio? —Frunció el ceño, y por una fracción de segundo, dudé de mi decisión, a pesar de que antes estaba muy entusiasmado con la elección.

—Sí. A ver, pensé en llevarte a la feria de Covey Shore, pero luego me acordé de que no te gusta estar rodeada de mucha gente, así que lo descarté. Otra idea era cenar en un restaurante elegante, pero sé que eso no va contigo.

Ella enarcó una ceja, interrogante. —¿No crees que parezca el tipo de chica de restaurantes elegantes?

—Pff. Por favor. Sé que no lo eres y, si te soy sincero, no tengo ni idea de cómo te las arreglas para estar tan buena comiendo solo ositos de gominola y nachos.

—Todo va al músculo —dijo, frotándose la barriga descaradamente.

—¿Sabes lo que significa eso?

—Nop —soltó con arrogancia. Bueno, al menos había algo en este mundo que yo sabía y ella no.

—Estás demostrando que tengo razón. Sabía que nada de eso te impresionaría. Así que he decidido llevarte a un sitio diferente.

—¿Y has pensado que ese sitio diferente era una librería? ¿Donde tendría que pagar por los libros? —respondió, con un tono nada impresionado, pero no tenía ni idea de lo que le esperaba.

—Tú no vas a pagar nada, profe. Vas a buscar los libros que te encantan y yo miraré mientras intento no parecer un acosador.

Entrecerrando los ojos, se apartó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. —Tengo que ser sincera. Todo esto sigue pareciendo un

poco de última hora.

Eso hizo que se me encogiera el estómago al instante. ¿Tan mala idea era? A mí me había parecido bastante buena. —Créeme, esto no ha sido cosa de última hora. Llevo un tiempo pensando dónde querría llevarte en una cita.

Ella puso los ojos en blanco, incrédula. —Sí, claro.

—De verdad que no lo ves, ¿verdad?

—¿Ver el qué?

Que estoy loco por ti.

—Llevo mucho tiempo colado por ti, Aster. —Pensé que suavizar la intensidad de mi declaración podría funcionar. Si nunca antes había tenido una cita, no quería asustarla por ser demasiado intenso.

Ella bajó la mirada, y le cogí la mano, llevándomela a mi lado de la consola. —¿Todo bien? —Pasé el pulgar por el dorso de su mano para intentar tranquilizarla, pero no estaba seguro de que sirviera de mucho.

—Todo bien. Supongo que daba por hecho que no te gustaba, y mucho menos que quisieras tener una cita conmigo. Todavía me parece una idea extraña que no estemos fingiendo ahora mismo.

Me mordí el labio, dejando escapar un pequeño gemido. —Sí, sobre eso… Tengo que confesarte algo. No creo que haya estado fingiendo en ningún momento. —Me lanzó una mirada de incredulidad y yo me reí entre dientes—. No puedo evitarlo. En el momento en que te vi, supe que me gustabas. Supongo que pensé que nunca te interesarías por un tío como yo.

—Eso no es verdad. Prácticamente me echaste de la biblioteca cuando te conocí.

—Eso fue cuando pensaba que eras otra cosa. Cuando llegué a conocerte y me di cuenta de lo increíble que eras, supe que era una estupidez pensar que yo pudiera gustarte.

—¿Por qué?

Dudé, porque sabía que no le gustaría la respuesta. —No soy precisamente listo. No podré mantener una conversación contigo sobre nada profundo. A menos que te interese hablar de fútbol.

Me dio un manotazo en el hombro, mirándome molesta. —Tanner. No digas esas cosas. *Sí* que eres listo. Solo que de una forma distinta a la mía. He estudiado la mecánica del cuerpo humano los últimos dos años, pero ni de coña podría averiguar cómo aplicar la mecánica de usar mi cuerpo para lanzar una pelota tan lejos como tú.

Me contuve para no sonreír con demasiada suficiencia. —¿Pero has conseguido averiguar la mecánica de usar tu cuerpo en otros contextos? —bromeé, dándole un suave codazo en el hombro. Se rio ligeramente—. Pero ahora en serio, eres la chica más guapa que he tenido el lujo de mirar, y todavía no entiendo por qué te interesas por mí, pero voy a seguir haciéndome a la idea hasta que entres en razón.

—¿Así es como consigues a las chicas? ¿Cubriéndolas de cumplidos increíbles?

Negué con la cabeza. —Nop. Solo a ti, porque he llegado a la conclusión de que no eres consciente de lo buena que estás.

Estaba a punto de volver a poner los ojos en blanco, lo noté, y me prometí a mí mismo en ese mismo instante que la próxima vez que lo hiciera, sería mientras le estaba dando el mejor orgasmo de su vida. Así que, para detenerla, me incliné sobre la consola central y la besé.

No se lo esperaba. Su reacción inicial me lo confirmó, pero cuando se dio cuenta de que no iba a ser solo un piquito para callarla, se fundió con mi contacto, permitiéndome tomar el control.

Le ahuequé la mejilla y froté mi pulgar contra su suave piel, sintiendo cómo su respiración se entrecortaba ligeramente. Cuando

me aparté, ella, con los ojos aún cerrados, dijo con voz queda: —Gracias. —Haciendo una mueca de vergüenza al instante, agachó la cabeza, sacudiéndola avergonzada—. Ay, no. ¿Quién da las gracias después de un beso?

Me reí, dejando que su vergüenza me resbalara porque me pareció adorable. —En todo caso, debería ser yo el que te diera las gracias a ti.

Dejó escapar un suspiro y sonrió, sin querer darle más vueltas a mi declaración. Dándose unas palmadas en los muslos, dijo: —Bueno, ¿vamos a empezar esta cita o nos vamos a quedar aquí sentados en el aparcamiento toda la noche?

Enarqué una ceja, ocultando mi diversión porque notaba que estaba nerviosa por cómo jugueteaba con la falda. Qué curioso. Nunca la había imaginado como una persona nerviosa. Parecía una tía tan dura, pero ¿quién iba a decir que tener una cita conmigo la pondría tan nerviosa?

—Quédate ahí.

Obedeció, observándome mientras yo rodeaba el coche solo para abrirle la puerta y tenderle la mano.

—Vaya, qué caballero. —Su voz goteaba sarcasmo, pero me gustaba que siempre estuviera dispuesta a buscarme las cosquillas, aunque ambos sabíamos que yo también le gustaba mucho.

—Solo por ahora. —Bajé la mirada hacia su vaporosa falda negra, mordiéndome el labio inferior—. Porque, joder, esa falda podría convertirme en un salvaje antes de que acabe la noche.

Chocó su hombro contra mi pecho al salir del coche en un gesto juguetón.

Cuando cerré la puerta, dijo: —¿Es tu forma de decirme que eres un poco como Jekyll y Hyde?

—¿Se supone que tengo que saber quién es? —admití, mirándola con cara de no enterarme de nada.

Ella puso los ojos en blanco y gruñó, empujándome contra el coche. No pude evitar alargar los brazos y cogerla, obligándola a apoyar su cuerpo contra el mío, y cuando levantó la vista, le di otro beso en los labios. Breve y dulce, porque me pareció que estábamos dándole demasiadas vueltas al comienzo de la cita.

—Teniendo en cuenta que una de tus asignaturas es Literatura Inglesa, deberías conocer la historia de Jekyll y Hyde.

Entrelazando mi mano con la suya, la conduje hacia la entrada de la librería y bromeé:

—Menos mal que estás aquí, entonces. Te tengo a ti para que me resuelvas cualquier duda.

—Para ya. —Me dio una palmada en el brazo, riendo ligeramente—. Haces que suene como si fuera tu esclava.

Me encogí de hombros, bastante divertido.

—Oye, si eso es lo que te va, por mí perfecto.

Cuando las puertas se abrieron, pude ver su asombro ante la tienda de cuatro plantas, con cada recoveco albergando un libro.

—Esto es increíble. —Aster tenía los ojos como platos e inspiró una pequeña bocanada de aire que, para mi fastidio, hizo que mi mente divagara por lugares por los que no debía. Como a qué sonaría Aster al borde del placer.

—¿Cómo sabías que nunca había estado aquí?

—No lo sabía. Está claro que he tenido suerte.

—Parece que es tu forma de funcionar.

—¿Tener suerte? Ya me gustaría. Ahora, si quieres echar un vistazo a los libros, voy a por un par de cafés para que nos sentemos justo

ahí. —Señalé la mesita escondida entre las estanterías con un cartel de «RESERVADO» encima.

—¿En serio?

—Sí. —Parecía algo perpleja por la sugerencia—. A no ser que quieras que te siga pegado al culo, cosa que estaré más que encantado de hacer. —Bajé la mirada hacia su falda, para que supiera exactamente en qué estaba pensando.

Me empujó.

—Sabes, que te quedes ahí sentado mirándome no suena a que sea una cita de verdad.

—¿Por qué no? Cada vez que encuentres un buen libro que quieras leer, puedes venir y contármelo.

—¿De verdad? ¿No te aburrirás?

—¿De mirarte? Nunca. Si lo hago, de todas formas, siempre puedo aprovechar el tiempo que estás ojeando para mirar algunas estadísticas de los nuevos fichajes para el año que viene.

—Mmm, vale. —Sonrió con torpeza y arrugó la nariz—. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? No es realmente una cita, ¿verdad?

—Bueno, me alegro de que te sientas lo suficientemente cómoda conmigo como para poder cargarte mi idea con tanta facilidad. ¿Quieres que hagamos otra cosa?

Di un paso atrás hacia la puerta, pero me detuvo.

—No. No. —Sonrió—. Es una idea muy considerada. Solo que no quiero que sientas que me estoy aprovechando de ti.

—Te lo estoy ofreciendo, así que no te estás aprovechando.

—No sé yo.

—Parece que subestimas lo fascinante que me resulta escucharte hablar de algo que te encanta.

Eso hizo que me diera un empujoncito en el hombro.

—¿Siempre has sido así de encantador?

—¿Encantador? —Ladeé la cabeza, pensándolo un minuto—. ¿O zalamero? Supongo que depende del tipo de chico que te guste.

—No eres un zalamero.

Deslicé las manos por su cintura y atraje sus caderas hacia mí. Ella se echó hacia atrás para crear algo de espacio, pero se rio tontamente cuando la ignoré y me incliné para besarla.

—Tanner —me reprendió, mirando a su alrededor como si a alguien le importara lo que un par de universitarios estaban haciendo en el vestíbulo.

—Esto no es una biblioteca, ¿sabes? Es una librería. Un lugar completamente diferente con un conjunto de reglas completamente diferentes.

—Aun así, no quiere decir que quiera que todo el mundo nos vea.

Retrocedí, dando un paso hacia la mesa.

—Vale. Vale. Lo siento.

Aster me cogió de la mano antes de que pudiera alejarme demasiado.

—¿Paseas por las estanterías conmigo? —canturreó, y obviamente acepté, dándole un apretoncito en la mano.

—Sabes, he leído que también hay un sótano lleno de textos antiguos que se remontan a la guerra de Secesión.

—¿Un sótano?

—Sí. No estoy seguro de querer bajar ahí. ¿Y si hay una de esas cajas de cristal como en *You*?

—¿La serie de televisión? Sabes que también es un libro, ¿verdad?

—Ahora sí.

—Vamos a buscarlo. —Me arrastró por un pasillo, y yo no era un experto en géneros, pero me llevó por el pasillo de jardinería, y estaba casi seguro de que *You* estaría clasificado como un thriller psicológico.

Lanzó una mirada por encima del hombro y esbozó una sonrisa sexy. Solo después de que apoyara la espalda en los libros y me atrajera hacia ella, mi pequeño cerebro se dio cuenta por fin de que no me había traído aquí para buscar libros, sino por una razón totalmente diferente.

Al inclinar la barbilla hacia arriba, la invitación a besarla estaba ahí, y yo nunca he sido de los que rechazan una invitación.

Le di un piquito en los labios antes de quedarme suspendido sobre ellos y mirar de un lado a otro.

—¿Por qué me da la sensación de que esto es igual de travieso que si lo estuviéramos haciendo en nuestra biblioteca de verdad?

—Porque es peor. —Se rio, claramente sin importarle, y me gustó que Aster se sintiera lo suficientemente libre a mi lado como para actuar así—. Es aún más público. Imagina que la gente encontrara al quarterback estrella besando a su tutora en los pasillos.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Si por el quarterback estrella fuera, estaríamos haciendo mucho más que besarnos —bromeé, dándole un piquito más en los labios. Cuando intenté alejarme, no me dejó.

Sus dedos se aferraron a mi chaqueta, reteniéndome en el sitio, esperando a que pillara la indirecta.

Supuse que esta era su forma nada sutil de pedirme que tomara el control del beso, algo que he aprendido que le gusta. Profundizando

el beso, deslicé mi lengua por sus labios, y ella abrió la boca, dejando que nuestras lenguas se fundieran.

Cuando la cabeza de Aster se echó hacia atrás sobre los libros, supe que estaba dando en el clavo, así que continué. Fui dejándole besos por el cuello mientras comprobaba que nadie bajaba a ver si encontraba un libro sobre cómo arrancar sus verduras.

Sus manos me agarraron con más fuerza, instándome a que siguiera. Y eso hice. Bajé una de mis manos hasta posarla en la parte baja de su espalda y noté cómo la tela de su falda flotaba en el aire por el ángulo en que estaba inclinada.

Deseaba con todas mis fuerzas meter la mano bajo la tela y terminar lo que habíamos empezado en aquel campo, pero si había algo de verdad en lo que había dicho Connor, tenía que tomarme las cosas al ritmo de Aster y dejar que ella me guiara.

—¿No decías que no te gustaba hacer esto en público? —pasé la lengua por su piel, saboreando el toque intenso del perfume que debía de haberse puesto allí, y ella jadeó.

—Tal vez me equivoqué al juzgarlo —resopló en un maullido sexi, mientras sus caderas se balanceaban suavemente hacia mi muslo.

Yyyyy..., iba a tener que parar ya. Me aparté a regañadientes y dejé escapar un suspiro de exasperación.

—¿Por qué has parado? —la voz de Aster rebosaba decepción, pero no tenía ni idea de lo que ese beso me estaba provocando.

Cerré los ojos, obligándome a admitírselo. —Porque si no lo hago, podríamos tener un problema.

—¿Qué clase de problema?

La miré porque no podía estar preguntando eso en serio, ¿o sí? —Creo que si mueves las caderas un poquito hacia la derecha, sabrás exactamente a qué tipo de problema me refiero.

Se mordió el labio inferior y bajó la vista, sonrojada.

—Ahora, si no te importa, voy a por un vaso de agua fría para calmarme. Tú busca en la sección que quieras, y yo estaré en nuestra mesa con un café con leche y caramelo para cuando estés lista.

—¿Café con leche y caramelo?

—Sí, con nata y sirope, ¿no?

—Sí, pero ¿cómo lo sabías?

Esbocé una sonrisa de suficiencia. —No me das ningún mérito, ¿eh, Aster? No es por sonar arrogante ni nada, pero no se llega a ser uno de los mejores quarterbacks del fútbol universitario sin prestar atención a los detalles.

—Ahora sí que suenas como Joe Goldberg.

Le resté importancia con un gesto restándole mientras ella soltaba una risita. —Venga, ve a buscar tus libros. Todo irá bien.

—Si insistes.

—Insisto.

Me tomé mi tiempo para llegar a la cafetería, en parte porque intentaba que se me bajara la erección antes de que alguien la viera, y en parte porque no me gustaba dejar a Aster.

Me observó y, cuando por fin llegué a la barra, le guiñé un ojo.

Ella se rio antes de darse la vuelta sobre sus talones y perderse entre los pasillos.

CAPÍTULO 14

Aster

—¿Tres libros? Después de hora y media ojeando. ¿Solo eso? —dijo, mirando mi montón con desánimo—. Sinceramente, pensaba que ibas a coger tantos que tendría que ayudarte a llevarlos.

Miré con anhelo las estanterías y luego el montón de libros. —Estos llevan en mi lista de lecturas pendientes los últimos dos meses. De verdad que quiero leerlos. —Acaricié una de las cubiertas y me encantó el tacto sedoso y mate bajo mis dedos. Las únicas hendiduras eran las del título.

—Vale. Siéntate. Vuelvo en un minuto. —En cuanto lo hice, se levantó y abarcó los tres libros con una de sus enormes manos.

—¿Adónde vas?

Levantó los libros. —¿A comprártelos. Son los que querías, ¿verdad? Por mí puedes elegir algunos más.

—¿Quieres comprármelos?

—Sería una cita en una librería bastante cutre si no lo hiciera.

Negué con la cabeza, sintiéndome un poco demasiado incómoda. —Oh, no tienes por qué comprarme los libros.

—Quiero hacerlo.

—Es demasiado.

Miró los tres libros que tenía en la mano como si no fueran nada. —¿Tres libros? No van a costar un dineral. Déjame invitarte, Aster.

¿Cuánta gente te ha comprado libros antes?

Bajé la vista hacia su mano. —¿Aparte de mi familia? Nadie.

—Genial. Entonces déjame que haga esto por ti. Quiero hacerlo.

Fruncí los labios y asentí, porque me resultaba extraño que alguien quisiera hacer algo bueno por mí sin ninguna segunda intención.

Dejándome sola sorbiendo mi café con leche, fue a pagar los libros. Cuando volvió, dejó una bolsa de papel a mi lado y sonrió antes de frotarse las palmas de las manos contra los pantalones.

—¿Hay algo indecoroso en esos libros?

—¿A qué te refieres?

—Cuando he ido a pagar, la cajera casi se atraganta con el chicle y me ha preguntado si de verdad iba a leerme esos libros.

Contuve una sonrisa, pero Tanner se dio cuenta. —Aster —gruñó a modo de advertencia. El tono grave y ronco de su voz hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—Vale. Puede que sean un poco picantes —cedí, tomando un sorbo de mi café, porque no me avergonzaba leer libros picantes, pero me resultaba divertido que él me los hubiera comprado por voluntad propia.

—Espera. ¿Acabas de hacer que te compre un lote de novelas eróticas? —susurró, mirando a su alrededor. Le ardían las mejillas y yo me reí entre dientes.

—Sinceramente, no. Tienen algunas descripciones gráficas, pero son como tres escenas. Tranquilo. Nadie va a pensar que eres uno de esos tíos raros que se quedan en la sección de romántica solo para ligar.

—Me estás poniendo el listón muy alto, ¿eh, profe?

—Siempre. —Esbocé una gran sonrisa y él me la devolvió. Entonces me di cuenta de que cualquiera que nos estuviera mirando solo nos

vería sonriéndonos de forma extraña por encima de nuestros cafés.

—Gracias por los libros.

—De nada. —Miró a ambos lados y me dedicó una sonrisa pícara—. Así que, ahora que ya tienes tus libros, he pensado que quizá podríamos ir a cenar cuando nos acabemos las bebidas. —Levantó la suya.

—Pensaba que habías dicho que no era el tipo de chica a la que llevar a un restaurante de lujo.

—No he dicho de lujo, ¿o sí?

—No.

—A ver, dime si me equivoco, pero pareces el tipo de chica a la que le encantaría un sándwich de pollo de El Poro's.

—Me encanta ese sitio.

—Lo sabía. —Bebió un sorbo de su café con un poco más de orgullo —. Tienes buen gusto, pero me extraña no verte nunca por allí, teniendo en cuenta que siempre voy después de entrenar.

—Precisamente por eso no me ves. Solo voy durante el descuento para madrugadores porque eso garantiza que la cola no dé la vuelta a la manzana.

—¿Así que vas allí con todos los jubilados?

Asentí. —Te sorprendería lo amable que es todo el mundo. Y siempre tienen algo que compartir.

—Bueno, esta noche no tendrás que preocuparte por eso. —Hizo un mohín, y eso solo me hizo preguntarme si el equipo de fútbol americano tenía algún tipo de trato que les permitiera saltarse la cola, porque no me podía imaginar a ninguno de ellos esperando la hora que anunciaban en la entrada—. He reservado una mesa para nosotros.

—¿Reservado? No reservan mesas.

—Sí lo hacen si eres uno de los *quarterbacks* de la Universidad de Covey.

—Vaya. Tu nombre de verdad significa algo en este sitio, ¿eh?

—Para todo el mundo menos para ti. Aunque espero que este tiempo juntos cambie eso.

—Yo también lo espero. —Le ofrecí una sonrisa tímida mientras me llevaba el vaso a los labios. El frío me recorrió la garganta al tragar, calmando la expectación que sentía en el estómago por lo que pudiera pasar a continuación.



—Gracias, Tanner. Me lo he pasado genial esta noche. —Agarré con más fuerza la bolsa de papel llena de libros, reacia a bajarme del coche porque no quería admitir que la noche estaba llegando a su fin.

Habíamos estado tanto tiempo en El Poro's que nos echaron porque iban a cerrar. Habíamos pasado más de cuatro horas juntos y aun así no me pareció suficiente. Quería más.

Dedicándome una pequeña sonrisa, tamborileó con el pulgar en el volante. —Yo también me lo he pasado genial. Gracias por dejar que te invitara a salir.

Y de repente me sentí como si estuviera en el instituto, en mi primera cita. Una tensión incómoda llenó el aire, porque ninguno de los dos sabía qué hacer. ¿Qué tenía Tanner que me hacía sentir como si no pudiera pensar con claridad? Casi echaba de menos los días en que no lo soportaba, porque al menos entonces no sentía que se me cortaba la respiración solo con mirarlo.

—¿Quieres subir? —Casi no podía creer que esas palabras hubieran salido de mi boca, pero, por otro lado, también sabía lo

desesperadamente que no quería que nuestro tiempo juntos terminara.

Miró por la ventanilla hacia las puertas de la residencia y luego de nuevo a mí. Aferró el volante y sentí una punzada de decepción porque pensé que se disponía a rechazarme.

—Me encantaría —contestó, para mi sorpresa—. ¿Pero solo si estás segura?

Le cogí la mano que tenía apoyada en el muslo y le pasé la uña por las gruesas venas que la recorrían. Él inhaló con fuerza mientras yo decía:

—Sí. Quiero que subas. No estoy lista para que esta noche termine.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Yo tampoco.

Entramos de la mano en mi habitación de la residencia y señalé mi cama.

—Por favor, siéntate. —Sus opciones se limitaban a eso o a mi puf, y yo sabía dónde prefería que acabara.

Mi cama crujió bajo su peso y reprimí una carcajada al darme cuenta de que era la primera vez que se sentaba en ella alguien que no fuera yo.

—Es una habitación grande para ti sola. —Miró a su alrededor, observando los libros y los pósteres, asimilándolo todo.

—Sí, bueno… Creo que ser una estudiante de segundo año ha ayudado. El semestre pasado tuve una compañera de cuarto que estaba loca, obsesionada con los Cheetos Flamin' Hot. Por suerte, se trasladó a otra universidad fuera del estado y no la han sustituido. Creo que puede que se hayan olvidado de la plaza, pero no pienso recordárselo.

—¿Se fue a Texas? —Enarqué una ceja—. ¿Porque le va lo picante? —Gruñí ante su patético intento de broma.

—No. Creo que acabó en St. Michael's. Ya no hablo mucho con ella.

Con la bolsa de libros en la mano, me deslicé hasta sentarme a su lado.

—¿Quieres que te enseñe algunos de los libros que he comprado?

—Sí. —Su sonrisa se convirtió en una de oreja a oreja. Nuestros muslos se rozaban y su mano descansaba detrás de mi espalda, de modo que estaba inclinado hacia mí. El olor de su colonia me mareaba, pero intenté mantener la concentración. Saqué uno de los libros de la bolsa y dejé los demás a un lado. Sin previo aviso, Tanner cogió el libro y lo estudió.

—Y ¿qué te atrajo de este libro? ¿El tío? —preguntó con un brillo travieso en la mirada.

Bajé la vista hacia el retrato en blanco y negro de un hombre guapísimo.

—No. Ya he leído un par de libros de este universo. El primero era sobre su padre y el siguiente sobre su amigo del instituto. Su personaje en el segundo libro me atrajo, y la trama sobre su madre del primero fue suficiente para que pasara directamente a lo más alto de mi pila de pendientes.

—¿Qué es una pila de pendientes?

—Es mi lista de libros por leer.

—¿Y los libros tienen universos? ¿Como *Marvel?*

—Sí, pero en mi opinión, este es mucho mejor. Mira, ya sé que su madre se está muriendo y que él está enamorado de su vecina. Me muero de ganas de ver cómo se desarrolla todo.

Se quedó callado, leyendo la sinopsis antes de volver a mirarme.

—¿Por qué te gusta tanto leer? —Fue una pregunta sincera, nacida del interés, y también una que nunca antes había respondido.

—¿Por qué a ti te gusta el fútbol americano?

—Porque me evade. Solo hay un objetivo durante cuatro cuartos y me encanta la sensación de ganar.

Una calidez se extendió por mi pecho mientras lo veía hablar del deporte que tan claramente amaba.

—Bueno, para mí es lo mismo. De acuerdo, no es ni de lejos tan físico, pero me evade y me transporta a un mundo que imagino. La mejor sensación del mundo para mí es estar tan absorta en un libro que me olvido de la hora que es o de cualquier otra cosa que esté pasando en mi vida.

Las comisuras de los labios de Tanner se curvaron.

—Lo pillo. Siento lo mismo.

Nuestros rostros estaban a escasos centímetros y la tensión crecía en la habitación. Quería besarlo y, a juzgar por la mirada en sus ojos, él también lo deseaba, pero ¿a qué esperaba?

Me incliné un poco más, acercando mi boca a la suya, y no tuve que esperar mucho para que Tanner captara la indirecta. Me besó inesperadamente en la mejilla, justo en la comisura de los labios. Luego, mientras sus labios dejaban besos ligeros por mi cara hasta llegar a mi oreja, su mano rozó la parte superior de mi rodilla.

—¿Te he dado ya las gracias por dejarme llevarte a una cita?

—Mmm —musité, conteniendo una risita porque la sensación era muy placentera—. Me lo has agradecido tantas veces que ya empiezas a sonar un poco desesperado.

Soltó una risa ahogada antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja. Contuve el aliento bruscamente, mis pies se despegaron del suelo porque eso era más de lo que esperaba.

—Créeme, Aster. Haces que me sienta desesperado.

Giré la cara hacia él y lo besé en los labios, entrelazando mis manos en su pelo.

Tanner besaba con delicadeza y timidez, y su boca se movía lentamente contra la mía, dándome tiempo a saborear el momento. La excitación floreció en mi cuerpo y se manifestó a través de mi rodilla, que se levantó intentando encontrar algo de alivio. No funcionó. Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo, y era porque los besos de Tanner lo eran todo.

Como tenía la mano en mi rodilla, la apretó y levantó mi pierna para que mi muslo quedara sobre los suyos.Medio a horcajadas sobre él, nos besamos un poco más, pero no fue suficiente. Mi centro ardía por dentro. Mi mente no dejaba de rememorar el campo y las ganas que tenía de volver a montarme sobre su entrepierna.

No podía creer que acabara de pensar eso. Pero, por otro lado, sí podía, porque Tanner había encendido algo dentro de mí que nadie más había logrado. Él era el fuego y yo, la cerilla.

Estar sentada a medias sobre él no era suficiente, así que terminé el trabajo. Sin romper el beso, me deslicé del todo, de modo que mi culo quedó firmemente asentado sobre sus gruesos muslos.

Gimió en medio del beso mientras me movía sobre su regazo para ponerme cómoda. Hubo un momento en que me detuve, porque podía sentirlo.

Enterito.

Tirando de su pelo, le eché la cabeza hacia atrás, besándolo con fervor porque, en esa posición, era yo quien tenía todo el control. Con sus manos en mis caderas, dejó que yo tomara la iniciativa, y lo exploré como siempre había deseado. Besando y mordisqueando sus labios, no pude contenerme. Me restregué contra su entrepierna, disfrutando de la sensación de su dureza rozando mi centro. No era tan fácil de sentir esta vez, ya que llevaba vaqueros en lugar de

aquel pantalón de chándal gris, pero fue suficiente para no querer parar.

—¿Está todo bien? —Con un apretón en mis caderas, sus ojos se clavaron en los míos, y me ajusté en su regazo, sintiéndome de repente un poco cohibida.

—¿Sí? ¿Por qué no iba a estarlo?

Su mirada se desvió hacia mis labios y luego subió a mis ojos. Pude ver que tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero fuera lo que fuese, no quería atreverse a formularla.

—¿Qué pasa? —Aún restregándome suavemente contra él, estaba tomando todo lo que quería.

—Solo quiero que sepas que podemos parar cuando quieras. No hay ninguna presión por mi parte. Soy feliz de ser el afortunado que puede besarse contigo.

—¿De qué estás hablando?

Cerró los ojos y luego maldijo. —Sabía que tendría que haber seguido con ello, pero no quería que te arrepintieras de nada.

—Tanner, ya sé que piensas que soy la persona más lista del mundo, pero ni siquiera yo puedo descifrar tus galimatías. —Le ofrecí una sonrisa, intentando aliviar la tensión que su extraño comportamiento había creado de repente.

—¿Te acuerdas de la fiesta de la hermandad a la que fuimos la primera vez?

—¿Te refieres a aquella en la que me besaste como si te fuera la vida en ello?

—Sí, esa. —Sonrió perezosamente al recordarlo—. Bueno, esto no es algo que mencionaría normalmente, pero como *él* lo hizo aquella noche, quiero asegurarme de que estás bien con esto antes de que vaya a más. *Si* es que tengo la suerte de que pase algo.

Fruncí el ceño, porque sabía exactamente a qué se refería. No era un secreto que Connor había ido por todo el campus, contándole a todo el mundo que yo era virgen. En general me daba igual, pero saber que esa era la razón del beso inicial de Tanner era una putada.

Lo hizo por pena, y eso era casi peor que el beso de Connor por manipulación.

—¿Aster? —Tanner enarcó las cejas, llamando mi atención—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me dejé caer en la cama, sin estar muy segura de si ahora me apetecía.

—Mira. No lo he mencionado porque quisiera avergonzarte ni nada por el estilo. Te lo he dicho porque quería que supieras que no me importa. Lo que sí me importa es asegurarme de que te sientas cómoda. No voy a presionarte para que hagas nada. Con los besos me conformo.

—Sabes, no tienes que preocuparte tanto por mí. Soy mayorcita y ya he tenido novios. Solo hago aquello con lo que me siento cómoda. No soy virgen porque sea una florecilla delicada. Soy virgen porque no consideré que ninguno de los chicos con los que he salido fuera digno.

Sonrió de oreja a oreja. —Claro, esa es la razón. Eres tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

Me besó en la mejilla. —Significa que se me había olvidado el alma vieja que eres. —Otro beso en la nariz—. Eres más madura que nadie que haya conocido. —Un beso rápido en los labios—. Y espero que algún día me consideres lo bastante digno como para llamarme tu novio.

Ya lo hago.

Me lamí los labios y le respondí de la única manera que me pareció apropiada. Lo besé de nuevo y, con las manos firmemente apoyadas

en sus hombros, tiré de él hacia mi cama individual, para que quedara tumbado encima de mí.

Igual que en el campo, solo que esta vez no había distracciones. —¿Estás bien así?

—Te habría empujado si no lo estuviera. —Levanté la cabeza y le rodeé la cintura con las piernas para poder presionar mi pelvis contra él. Él rio entre besos antes de que su mano se deslizara por mi costado, encendiendo cada fibra de mi ser a su paso.

Jadeé, arqueé la espalda y mis caderas se movieron involuntariamente. —¿Sigues estando bien? —preguntó contra mis labios, incitándome a pasar las manos por su pelo y a tirar de él.

—Pregúntamelo una vez más y te morderé el labio inferior.

—¿Es una promesa? —inquirió, con el atisbo de una sonrisa asomando en sus labios.

No tuve tiempo para pensarlo, porque Tanner me sacó la camisa por encima de la cinturilla de la falda. Su mano se deslizaba por la piel desnuda de mi vientre, y mi cuerpo se movía frenéticamente en un intento desesperado por conseguir más de él. A Tanner no se le podía meter prisa. Me besó lentamente bajando por la barbilla, hundió la cabeza más allá de mi garganta y luego en mi clavícula, todo mientras sus dedos acariciaban suavemente mi cadera.

Nunca pensé que diría esto, pero necesitaba más. Estaba cansada de esperarle, así que puse mi mano sobre la suya y la dirigí bajo mi camisa.

Su mano cálida me erizó la piel mientras observaba atentamente mi reacción a medida que subía. Centímetro a centímetro, respiración a respiración, estaba casi nerviosa cuando sus dedos rozaron el aro de mi sujetador.

Sí. Esto era lo que quería, pero podía ver la pregunta en la punta de su lengua. Iba a preguntarme si estaba bien con esto, así que no le

di otra opción. Le empujé la mano contra el encaje, animándolo a tocarme.

Finalmente, hizo lo que le pedí, pasando suavemente el pulgar por la tela que cubría mi pezón. —Oh, Tanner —gemí, sintiéndome un poco mareada con solo ese pequeño roce. Mis caderas se contonearon contra sus vaqueros, obteniendo todo el placer que podía.

Con mi camisa arremangada por encima de mis pechos, Tanner descendió por mi cuerpo, dejando besos a su paso. Me besó el centro del pecho antes de lamer y besar el camino hasta mi ombligo. Era excitante y enviaba llamaradas de deseo por todo mi cuerpo. Su boca nunca abandonó mi piel, pero se mantuvo firme en no tocarme donde me daría más placer.

Arqueé la espalda cuando sus besos llegaron al centro de mi torso, justo debajo del pecho. —Tanner, por favor. —No me gustaba suplicar, pero me había dejado sumida en un mar de deseo.

Fue entonces cuando lo hizo. Apartó suavemente la tela y succionó mi pezón con su boca. Besando y mordisqueando. Era más de lo que podía soportar. Era tan agradable. No se parecía en nada a lo que yo misma me había hecho y me hacía desear más. No podía evitar imaginar cómo me sentiría si me tocara en otros sitios.

—Sigue —le animé, moviendo su mano hacia mi falda. Nunca nadie me había tocado ahí abajo con los dedos, pero estaba más que dispuesta a que él lo intentara.

Metió la mano bajo la falda y abarcó con ella mi pubis por encima de las bragas. Apenas podía hablar. Con su boca alternando entre mis pechos y prodigando atención a mis pezones, me sentí superada por el placer. Algo que nunca antes me había sucedido.

Cuando sus dedos rodearon mi clítoris, estuve a punto de estallar. Era todo tan placentero. Cerré los ojos, tratando desesperadamente de concentrarme en el placer mientras los dedos de Tanner se aceleraban. Cada vez más rápido, los círculos se hacían más

cerrados, como si supiera que estaba a punto de excitarme tanto que no sería capaz de controlarlo.

—Tanner. —Fue todo lo que pude decir. Los dedos de Tanner detuvieron su asalto mientras curvaba los dedos sobre el borde de mis bragas. Apartó la tela, rozando mi sensible protuberancia por el camino.

Estaba vergonzosamente húmeda. Algo que nunca había conseguido por mi cuenta.

Sus dedos entraron en contacto con mi piel, y fue entonces cuando supe que no me quedaba mucho. Con el mismo ritmo que antes, solo que ahora sin barreras, estaba cerca. Entonces, con un último mordisquito en mi pezón, me perdí. El placer estalló por todo mi cuerpo. Me sentí entumecida, mientras las estrellas explotaban a mi alrededor. Era la primera vez en mi vida que podía decir que no podía pensar. Lo único en lo que podía concentrarme era en el inmenso placer que Tanner me estaba dando.

Con el cuerpo flácido, me dejé caer de espaldas en la cama, agotada. Tras unas cuantas respiraciones, me recompuse lo suficiente como para abrir los ojos.

Tanner estaba relajado a mi lado, apoyado sobre un brazo. Me dio un beso en los labios y, extrañamente, fue suficiente para encender aún más deseo en mí. No podía haber terminado todavía. Quería hacerle sentir igual de bien. Lo empujé para que se tumbara de espaldas en la cama y me senté a horcajadas sobre él, besando cada trozo de piel expuesta que encontraba. Tenía las manos en mis caderas, pero cuando empecé a arrugarle la tela de la camisa, me sujetó los brazos para llamar mi atención.

—¿Qué haces? —preguntó, y retiré la mano como si acabara de quemarme.

—Yo..., eh..., quería devolverte el favor. —¿Había interpretado mal las señales? ¿No era eso lo que la gente hacía por los demás? ¿Cómo podía no querer sentirse tan bien como yo?

Tanner me cogió la mano y se la llevó al corazón antes de besarme todos los nudillos. —Por mucho que me encantaría que me devolvieras el favor, quiero que esta noche vaya de ti. Es tu primera cita oficial y ya he ido más lejos de lo que debería. No quiero que la recuerdes como una noche en la que te pasaste de la raya por dejar que mi polla decidiera por mí.

—¿Estás seguro de eso? Porque noto lo duro que estás. —Era verdad. Incluso a través de la gruesa tela de sus vaqueros, podía sentir su erección apretando contra mi centro.

Me dedicó una sonrisa pícara. —Y por eso me encanta que tengas baño privado. ¿Hay alguna posibilidad de que me dé una ducha fría antes de irme?

—¿Irte?

—Sí... —dijo arrastrando las palabras, mirándome con curiosidad—. Mañana entreno temprano. No querría despertarte. —Su mirada recorrió mi cuerpo—. O debería decir..., mantenerte despierta toda la noche.

Deslicé las uñas por su antebrazo, recorriendo sus venas, gruesas y prominentes. Me hizo preguntarme cuántas horas tendría que entrenar para conseguir esa definición.

—Me gustaría que te quedaras —dije mientras me concentraba en sus brazos—. Aunque no hagamos nada más esta noche. Solo quiero tenerte aquí conmigo.

—Entonces no hay otro sitio en el que preferiría estar, ¿pero puedo darme una ducha de todos modos? De ninguna manera se me va a pasar este empalme del copón por sí solo. Necesito someterlo a base de agua fría.

—En realidad, no. Puedo ayudarte con eso.

No le di opción. Roce mis caderas contra las suyas. Mi sexo seguía expuesto, con las bragas a un lado, y lo aproveché para aumentar mi propio placer.

—Aster —advirtió Tanner. Tenía las manos en mis caderas y casi dirigía mis movimientos. Cualquier protesta por su parte era para hacerse sentir mejor. Estaba casi segura de ello.

Apoyando las manos en su pecho, me mecí hacia delante y hacia atrás y cerré los ojos. Era lo más cerca que había estado de tener sexo con alguien en mi vida, y me gustaba esta postura. Semidesnuda, cubierta solo por el sujetador y la falda, todo me parecía un poco travieso. Sobre todo porque sabíamos que tendríamos que hacer poco ruido con las paredes de papel de este sitio.

Estar encima me daba cierto poder y control sobre nuestros movimientos. Por no mencionar que me ofrecía una vista estupenda del guapísimo chico que tenía debajo.

Las manos de Tanner se habían deslizado desde mis caderas y ahora me agarraban el culo con firmeza. Ya había abandonado cualquier pretensión de que no iba a correrse. Me estaba ayudando a cabalgarlo, sin ninguna preocupación. No tenía dudas de que estaba empapando sus vaqueros, porque cada vez que mi clítoris rozaba la costura, una pequeña descarga de placer me recorría el cuerpo.

—Aster, no creo que pueda aguantar más —se quejó Tanner, y eso solo me animó más. Frotándome con más fuerza, moví las caderas más rápido, persiguiendo mi propio clímax mientras le ayudaba a conseguir el suyo.

Sus dedos me apretaron las nalgas con más fuerza, y cuando levantó las caderas, supe que estaba cerca.

Yo también.

Le clavé las uñas en el pecho mientras gritaba, poseído por su clímax. Yo no tardé en seguirle y, mientras el placer me recorría, caí sobre él como una muñeca de trapo.

Cansada y agotada, nunca pensé que algo pudiera sentar tan bien. El segundo orgasmo fue casi mejor que el primero. No creía que eso

fuera posible.

¿Sería el tercero aún mejor?

Era algo que quería averiguar, pero estaba segura de que esta noche no sucedería, ya que ya había sobrepasado los límites que Tanner intentaba marcar.

—Te juro que si mañana soy un desastre en el entrenamiento va a ser por tu culpa —dijo con una sonrisa de felicidad en la cara.

—Oye. —Le di una palmada en el pecho, acurrucándome contra él—. De no ser por mí, para empezar no tendrías entrenamiento al que ir.

Su mano me frotó suavemente la espalda y me besó la coronilla. —*Touché*.

—Bueno, ahora que hemos zanjado eso, ¿vas a quedarte a pasar la noche?

Soltó un largo suspiro. —Yo..., eh..., necesito evaluar los daños.

—¿De?

—Mis calzoncillos. —Se rio, y sentí la vibración recorrer mi cuerpo—. Puede que tenga un par de repuesto en mi bolsa del gimnasio, pero estoy bastante seguro de que estos están para tirar. Mis vaqueros también.

Apartándome de él, fui a mi armario y le tiré una toalla limpia.

—Date una ducha. ¿Quieres que te suba la bolsa del gimnasio mientras estás dentro?

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Con la falda arrugada metida en las bragas y solo un sujetador de encaje transparente en la parte superior, supe que le gustaba lo que veía. —¿Vas a bajar así?

—No. Claro que no. Me pondré unos pantalones de chándal y una camiseta, pero es mejor que salga yo así a que intentes ir tú a cualquier parte con esa mancha. —Señalé directamente la mancha

húmeda de su entrepierna, porque daba igual si su semen había traspasado o no la tela. Lo había empapado con mi excitación.

Se miró la mancha y gruñó con lo que esperaba que fuera aprobación. —Odiaría pedirte que salieras al aparcamiento tan tarde.

—Menos mal que me he ofrecido yo. —Me puse la sudadera que Tanner me había dejado y me quedó enorme, lo bastante larga como para rozarme las rodillas. Luego me coloqué las bragas mojadas sobre el pubis y me enfundé unos pantalones de chándal—. Tardaré cinco minutos, y hay un guardia de seguridad ahí fuera. Se llama Ed. Somos buenos amigos.

Me miró con escepticismo, pero, si éramos sinceros, no tenía muchas opciones.

Tanner se sacó las llaves del bolsillo y me las lanzó. —Como no vuelvas en cinco minutos, saldré a buscarte.

Sonreí con suficiencia. —Tanner Joyce corriendo desnudo por el campus. Esa sí que es una imagen que me gustaría ver.

—Por favor, no soy como esos neandertales de hockey a los que les encanta ir enseñando el paquete por el campus una vez al año.

—¿Sabes qué? —lo señalé con los brazos cruzados—, a lo mejor he sido demasiado precipitada con los deportistas. ¿Alex McDonnell participaba en esa tradición? —Sonreí con picardía al mencionar al único otro deportista al que le daba clases particulares. Tanner sabía perfectamente a quién me refería.

—Aster —fue otra advertencia, pero no pudo hacer nada porque ya había salido pitando hacia su coche antes de que pudiera cogerme.

CAPÍTULO 15

Aster

Aster: *¿Alguien ha dicho algo de la mancha de humedad de tus vaqueros?*

Tanner: *No te voy a mentir. Jackson tenía preguntas. La primera era si me había meado encima.*

Aster: *¿Y qué le has dicho?*

Tanner: *¿Qué podía decirle? «No me hagáis caso, es que mi novia acaba de usarme como juguete sexual antes de venir a casa».*

Sonreí, leyendo el mensaje una y otra vez. Novia. Era oficialmente la novia de Tanner Joyce y me sentía eufórica solo de pensarlo.

Tanner: *¿Has dormido bien? Siento no haberme podido quedar a dormir.*

Aster: *Mejor que volvieras a casa y te interrogara Jackson a que tuvieras que ir al entrenamiento sin calzoncillos.*

Todavía estaba fastidiada porque, cuando le subí la bolsa del gimnasio, lo único que quedaba dentro eran unos calcetines altos y una camiseta, lo que significaba que nuestra noche se había detenido en seco. Aunque, quizá fuera lo mejor. No podíamos quitarnos las manos de encima y Tanner tenía razón. No necesitaba precipitarme y acostarme con él enseguida. Teníamos tiempo y él parecía paciente.

—Pues… —dijo Thea con voz lánguida, asomando la cabeza por la puerta de mi habitación. No se molestó en llamar, pero a estas

alturas ya me estaba acostumbrando. Su cuarto era diminuto y, curiosamente, a mí me encantaba tener compañía de vez en cuando —. Se lo he dicho.

La ignoré un segundo, dejé el móvil y fingí leer uno de los últimos párrafos de mi capítulo antes de girarme para mirarla con intriga. Sabía que no le hacía ninguna gracia que me pirrara por su hermano, así que pensé en ahorrarle los detalles.

Thea interpretó mi ceja arqueada como una señal para abrir la puerta del todo y entrar contoneándose con una sonrisa de entusiasmo desmedido en la cara.

Sin dar más explicaciones, se dejó caer en mi cama y se tumbó, de modo que su larga melena castaña caía en cascada por los bordes.

Con una mata de rizos, se pasó una mano por el pelo, sacudiéndolo, antes de dejar las manos sobre el estómago y mirarme con una sonrisa serena. —Me siento tan aliviada… No te haces una idea.

—Tienes razón, no me hago una idea, ¿porque no tengo ni idea de qué estás hablando? —Rodé en la silla y volví a ojear uno de los capítulos de mi libro de texto porque ya me había imaginado lo que iba a contarme—. ¿Cómo se lo tomó Jackson cuando admitiste que estás coladísima por él?

Thea soltó un jadeo tan fuerte que de verdad pensé que se estaba cayendo de la cama. Al no oír el batacazo, supuse que era porque le preocupaba haberse perforado un pulmón. En cualquier caso, no me molesté en volver a girarme porque sabía que no tardaría en empezar a hablar. Las más de las veces, no podía evitarlo.

—No me puedo creer que acabes de decir eso. Y sin ningún remordimiento, además.

La miré por encima del hombro y sonreí. —¿Qué es lo que te molesta? ¿Que esté diciendo verdades como puños o que no te hayas admitido a ti misma que estás enamorada del mejor amigo de tu hermano?

—Lo siento, pero no tengo ni idea de qué estás hablando —la frustración mezclada con el dolor ensombreció sus labios y me resultó un tanto divertido.

—No hace falta tener un cociente intelectual de Mensa para saber que estás colada hasta los huesos por ese frustrado aspirante a malote.

Frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero no pudo decir nada. Probablemente porque se dio cuenta de que yo tenía razón. —¿Qué te hace estar tan segura?

—La primera noche que salí con Tanner. Cuando al principio pensaste que me estaba restregando con Jackson.

Levantó una mano, cerrando los ojos con fuerza mientras dejaba caer la cabeza. —¿Qué te he dicho sobre hablar de restregones?

—Pensaba que solo era un problema cuando era entre Tanner y yo.

Soltó otro gruñido de fastidio. —¿Cuándo va a parar esto?

—¿Cuando admitas que sientes algo por Jackson? —Me encogí de hombros, respondiendo a la pregunta por ella.

—No siento nada.

—Entonces, ¿por qué parecía que estabas a punto de asesinarme cuando pensaste que salía con Jackson?

—No es verdad.

—Sí que es verdad. Pensé que nuestra amistad se había acabado en ese mismo instante. —Dejé el bolígrafo y levanté las manos—. ¿Sabes qué? No pasa nada, lo pillo. Tanner no es el primer atleta del que me enamoro. Es difícil resistirse. —Me encogí de hombros sin más, porque admitir ahora que lo de Connor me había pillado por sorpresa me sentaba bien. Ya no estaba enfadada. Ni siquiera resentida por lo que había pasado. Simplemente fue una experiencia que me enseñó a estar más alerta y a aspirar a hombres mejores en mi vida.

Quizá ahora era más fácil pensar así porque Tanner y yo éramos pareja oficial. Él no quería ocultarme. Quería presumir de mí.

—Aunque Tanner mencionó que, por lo visto, Jackson tiene algunos tatuajes de los que se arrepiente.

—No me puedo creer que pienses que me importa.

—No me puedo creer que sigas negándolo ahora cuando es obvio para todo el mundo.

Eso hizo que cerrara la boca de golpe antes de preguntar: —¿Crees que Tanner lo sabe?

—No se lo he preguntado, pero no te estás ayudando a ti misma. La sutileza no es precisamente tu punto fuerte.

Hizo una mueca, se llevó las piernas al estómago y gruñó como una osa frustrada antes de taparse la cara con las manos. —Uf, la hermana desesperada que suspira por el compañero de equipo de su hermano no es la imagen que quiero dar en mi primer semestre en Covey U. Esperaba más bien una chica mala y misteriosa con humor y corazón.

—¿Por qué pareces el eslogan de una novela romántica edulcorada?

—Uf. ¿Romántica edulcorada? —gimió dramáticamente, echando las manos por encima de la cabeza antes de dejarse caer sobre las almohadas—. ¿Ni siquiera una novela erótica y oscura? Ni en mis propias fantasías consigo pillar. Esto se está convirtiendo en un verdadero problema.

—¿Cuál es el problema? Creo que tú también le gustas.

Levantó la cabeza de golpe, con los ojos como platos. —No, qué va. Solo me aguanta porque soy la hermana de su compañero de equipo.

—Mmm... —entrecerré los ojos, incrédula, porque estaba casi segura de que Tanner pensaba que pasaba algo, pero lo entendía. Si lo admitía en voz alta, significaría una conversación larga y

posiblemente incómoda con su hermano. Algo que dudaba que quisiera hacer.

Señalándome con una uña con forma de ataúd, levantó la barbilla y me miró con aire acusador.

—Ya veo lo que has hecho. Le has dado la vuelta a la conversación para no tener que responder a ninguna pregunta, y mientras tanto has usado tu psicología inversa para engañarme y que confesara algo.

—¿Confesar, eh?

Puso los ojos en blanco y luego giró el cuerpo para quedar tumbada boca abajo, jugueteando con las manos.

—Solo he venido a decirte que le he dicho a Tanner que su nueva novia también es mi nueva mejor amiga.

Hice una mueca.

—¿Qué? ¿Estoy siendo demasiado intensa con lo de ser tu mejor amiga? Porque Tanner sabe que exagero, pero eres la amiga con la que más me gusta hablar aquí, así que supongo que en realidad eres mi mejor amiga sin que tú lo pretendieras.

No paraba de hablar. Igual que su hermano el día que lo conocí.

—No, no es eso. Eso me parece bien, pero ¿me has llamado su novia? —¿Por qué sonaba tan raro al salir de la boca de otra persona?

Soltó una risita ahogada y se examinó las uñas pintadas de azul, desconchadas, quitándose los trocitos que se levantaban.

—Anda ya, conozco a Tanner de toda la vida —incluidos los nueve meses que ocupó demasiado espacio en el útero— y no es de rollos casuales. O eres su novia, o tiene toda la intención de *hacer* que lo seas. Simplemente está yendo a tu ritmo. Sinceramente, ese chico tiene la paciencia de un santo. —Enarcó una ceja, y noté que se estaba mordiendo la lengua para no decir algo, pero no le pregunté,

porque no quería oír hablar de las chicas que habían estado antes que yo.

—¿Yendo a mi ritmo? —repetí, con ganas de reír porque supuse que los tocamientos hacían las cosas más oficiales de lo que estaba preparada para aceptar. Restregones y magreo. Si Thea no me estuviera mirando, estaría escondiendo la cara de vergüenza solo de pensarlo.

—Ay, Dios. Para. —Thea cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos con las manos.

—¿Qué?

—Estás pensando en Tanner, ¿a que sí? Estás sonrojada y sonriendo como si recordaras algo que te ha dicho. —Hizo una pausa y se levantó de la cama de un salto—. O que te ha hecho. No puedo con esto.

La vi escabullirse de la habitación como alma que lleva el diablo y me reí.

—¡No es culpa mía! —le grité—. Lo has mencionado tú primero.

Tras eso, cerró la puerta de un portazo con tanta mala leche que la habitación tembló. No me importó. Me limité a reír e intenté leer el libro de texto.



Al entrar en la biblioteca, sonreí, porque Tanner ya estaba sentado en nuestro sitio de siempre. Diez minutos antes, nada menos. Mientras me acercaba a él, lo único que podía ver era su moño de pelo rubio y de punta, porque el resto de él estaba oculto por las estanterías bajas que rodeaban la mesa. El aislamiento era uno de los principales atractivos de ese espacio, y me sorprendía que nadie hubiera intentado disputármelo.

Sentí un orgullo en el pecho al ver que estaba leyendo algo y no mirando el móvil. Sabía que se estaba tomando todo el asunto de las tutorías mucho más en serio que Connor, pero no esperaba que estuviera tan metido en ello y que, además, le fuera tan bien.

—Hola. —Dejé caer la mochila y me senté en la silla a su lado—. ¿Has llegado pronto?

Tardó unos segundos en levantar la vista porque estaba muy absorto en su libro. ¿Tanto lo había cambiado en unas pocas semanas?

Cuando me vio, sonrió y cerró el libro tapando la portada con la mano.

—Hola, profe —dijo con una sonrisita de suficiencia.

Gruñí, dándole un golpecito con mi rodilla debajo de la mesa.

—¿Vas a llamarme profe para siempre? Porque pensaba que ahora que ya no fingimos salir oficialmente, se te habría ocurrido al menos un apodo más original.

—¿Rojita? —sugirió casi al instante.

Hice una mueca y negué con la cabeza.

—Peli.

Quería estrangularlo, y lo supo solo por mi expresión. Riéndose entre dientes, pasó el brazo por encima de mi silla y tiró de ella para que estuviéramos uno al lado del otro. Tan juntos que casi nos tocábamos, y todos los recuerdos de la noche anterior volvieron a mí como un tsunami.

Quería volver a estar así de cerca de él, y por mucho que no quisiera romper mi regla de no divertirme en la biblioteca, cuando su mano recorrió mi muslo, supe que estaba en territorio peligroso de tirar mi moral por la ventana.

—¿No vas a preguntarme qué estaba leyendo antes de que llegaras? —dijo, moviendo las cejas con picardía. Me apartó el pelo hacia un

lado y me besó allí, y odié que le resultara tan fácil derretirme. Inmediatamente incliné la barbilla, dándole mejor acceso, pero no me dio más.

—¿Qué estás leyendo, Tanner? —Mi voz salió grave y ronca, y no sabía qué me había pasado. Tanner me había hecho desear algo que nunca antes había esperado. Algo que solo él podía satisfacer.

Puse mi mano sobre la suya e intenté apartarla del libro sobre el que descansaba, pero él la apartó, manteniéndola a distancia.

—Bueno, como hablaste con tanta pasión de esos libros que te compré, pensé que podría leer tu favorito.

Tardé unos segundos en darme cuenta de a cuál se refería, y luego tuve que morderme la lengua para no gritar de vergüenza.

—¿No decías que no eran tan picantes?

Me removí en el asiento, sintiéndome un poco incómoda. No por lo que leía, sino porque Tanner lo supiera con todo detalle.

—A ver, ese es uno de los libros más suaves. Lo que de verdad me atrapó fue la historia.

—Ah, ¿sí? ¿También te gustó el juego de los limones? ¿O la escena de la ducha?

Tragué saliva, sin saber muy bien qué responder.

Silbó e inclinó la barbilla.

—No te preocupes. Estoy tomando nota. ¿Sabes qué? Es sorprendente, porque antes me costaba leer, pero este libro me ha convencido. —Presionó con el dedo en el centro del libro—. La escritura es fascinante.

—Espera un momento. ¿Es tu forma de decirme que te *ha gustado* leer las escenas subidas de tono?

—Oh, Rojita. Más que gustarme. Estuve fantaseando todo el rato con cómo reaccionarías tú si estuvieras en esa situación.

Me removí en el asiento, avergonzada de mirarle a los ojos, y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. Tímida, le respondí:

—No sabría qué decirte. No tengo mucha experiencia. —Le dediqué una sonrisa desconcertada que pareció incitarlo.

Su mano descendió hasta mi asiento y luego, con total naturalidad, aterrizó en mi muslo, y perdí por completo la concentración. En ese momento, me importaba un bledo todo lo que tuviera que ver con la economía o con subirle las notas a Tanner, porque solo podía pensar en los dos dedos que se deslizaban pierna arriba.

—Tanner —le advertí—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tocándote como creía que te gustaría? —Miró a su alrededor y, efectivamente, nadie nos prestaba atención, ya que estábamos escondidos en un rincón y yo no lo detenía mientras sus dedos ascendían por mis muslos.

Le aparté las manos con desgana.

—Ya sabes las reglas.

Sonrió con suficiencia.

—¿Reglas? No sé de qué me hablas.

Lo fulminé con la mirada.

—Nada de guarrerías en la biblioteca. —Su mano había encontrado de algún modo el camino de vuelta a mi pierna y, aunque dejé escapar algunos gruñidos de fastidio, esta vez no se la aparté.

—Vale, pero ¿no te gusta esto?

—Eh… —dudé, porque admitirlo me parecía incorrecto y muy, muy sucio—. Está bien, sí. —Me limité a los hechos, porque quería mantener la profesionalidad—. Pero eso no significa que sea algo que debamos hacer.

—¿Solo «bien»? ¿No te está poniendo cachonda? —Fue entonces cuando sus dedos me hicieron cosquillas en el dobladillo de la falda.

Me puse de puntillas, acercando sin querer su mano a mi centro. Mordiéndome la lengua, abrí el libro de texto, intentando desesperadamente concentrarme en él en lugar de en el hecho de que sus dedos danzaban ahora sobre el borde de mis bragas.

Tragué saliva, porque aunque estaba rompiendo todas y cada una de mis reglas, no pensaba detenerlo. La biblioteca estaba tranquila en esta tarde de martes cualquiera, pero yo estaba a punto de hacerla muy ruidosa si Tanner se salía con la suya.

Tanner tenía el ceño fruncido mientras miraba su libro. A todos los efectos, nadie sabría lo que estaba pasando debajo de la mesa… siempre y cuando yo pudiera mantener la compostura.

—Puedo parar si te sientes demasiado expuesta —murmuró en voz baja.

Era lo último que quería después de que me hubiera puesto a cien con tanta facilidad, y se lo demostré abriendo las piernas un poquito más. Captó el mensaje. Su mano danzó sobre mi ropa interior, jugando con la tela antes de levantarla con delicadeza y dejar mi intimidad al descubierto.

Ya no podía pensar con claridad, porque el aire sobre mi sensible piel era una sensación increíblemente buena. Fue rápidamente reemplazado por los largos dedos de Tanner mientras masajeaba lentamente mi clítoris. Me erguí un poco más, tratando de ocultar mis reacciones al bajar la vista hacia mi libro de texto.

Por desgracia, no se me daba tan bien disimular mis emociones y, sin duda, estaba dando la impresión de que algo pasaba.

Una risa brotó de su pecho mientras fijaba la mirada en el material que tenía delante.

—Joder, qué húmeda estás —dijo entre dientes, lo suficientemente alto como para que solo yo lo oyera—. ¿Quieres saber cuál fue mi escena favorita de todo el libro?

—Mmm —chillé, porque las palabras me fallaban en ese momento. Sus dedos se limitaban a deslizarse de un lado a otro por todas mis partes más sensibles hasta que me mordí la lengua para no gemir o hacer algún ruido igualmente vergonzoso.

—¿Estás bien, Aster? —preguntó en tono juguetón, sin mirarme todavía, y aún plenamente capaz de fingir que no me estaba tocando en absoluto.

—Tanner —musité—. Necesito más. —Mis caderas se movieron en un intento de conseguir más fricción de él, pero se apresuró a esquivarlo.

—¿Seguro que puedes aguantar aquí dentro? La discreción podría ser difícil en un minuto. —Había un deje de humor en su voz, y odiaba que me gustara la facilidad con la que me tomaba el pelo.

—Por favor. —Dios, nunca pensé que me encontraría suplicando por correrme, pero aquí estaba, haciendo precisamente eso entre las sagradas paredes de la biblioteca.

Entonces lo hizo. Con suavidad, introdujo un dedo dentro de mí, y lo único que lo ocultaba de todo el mundo era mi faldita. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Nunca había sentido tanta adrenalina corriendo por mis venas como en este momento.

Cuando añadió otro dedo, contuve otro gemido y me agarré a la silla en un vano intento de impedir que mis caderas se movieran.

—Supongo que esto significa que te gusta, ¿no? —preguntó, curvando los dedos dentro de mí para enfatizar su argumento.

Mientras sus dedos acariciaban mis paredes, ya no pude contenerme. Le agarré la muñeca con la mano y susurré:

—Tanner, estoy… estoy… estoy…

El subidón seguía creciendo. Nunca había sido tan intenso, y con cada respiración que tomaba, estaba más cerca de venirme. No tenía ninguna duda de que iban a prohibirme la entrada a la

biblioteca de por vida, y no solo por exhibicionismo, sino porque iba a gritar tan fuerte que todo el mundo se enteraría exactamente de lo que estaba pasando.

Aunque no me importaba.

Todo lo que quería era este orgasmo.

Y entonces ocurrió. Una oleada de euforia recorrió mi cuerpo, arrollándome con una fuerza brutal.

Por suerte, no grité. No pude, porque la boca de Tanner estaba sobre la mía y nuestras lenguas chocaban antes de que yo pudiera emitir un solo sonido.

Mis caderas se arquearon mientras una oleada de placer tras otra recorría mi cuerpo.

Como si Tanner supiera que eso era todo lo que necesitaba, mantuvo su mano en su sitio, esperando a que yo bajara del subidón.

Me aparté de él, todavía demasiado destrozada como para abrir los ojos, pero me relajé contra la silla por un segundo.

Cuando Tanner sacó los dedos de mi interior, apreté los muslos e hice una mueca. Baste decir que estaba empapada, y por mucho que me retorciera en el asiento no iba a mejorar la situación.

—No deberíamos haber hecho eso —admití.

Su expresión pasó del orgullo a la decepción en un segundo.

—Aster, lo siento. No debería haberte presionado.

Negué con la cabeza y le cogí la mano. —No. No. No es por eso. Es porque ahora no puedo concentrarme para estudiar. —Odiaba admitirlo, ya que primero era su tutora y después su novia, pero era imposible que me quedara aquí sentada tan tranquila. Mojada y deseosa—. ¿Vamos a mi casa? Creo que podré concentrarme si me cambio.

Él enarcó una ceja. —¿Crees que yo voy a poder concentrarme después de verte cambiarte?

Le di una palmadita en el pecho. —Me cambiaré en el baño. Y luego podremos estudiar.

—¿Estás segura de que Thea no me matará si aparezco por allí?

Me encogí de hombros. —Mejor eso que tener que moverme yo por una casa llena de deportistas.

—Vale, ¿pero y la cena? Podría pedirnos algo de comer cuando terminemos.

—Me parece un buen plan.

—¿Y tal vez podría quedarme para el postre?

—¿Y en qué consiste el postre? —choqué mi hombro contra el suyo.

—Supongo que tendrás que esperar para averiguarlo.

CAPÍTULO 16

Tanner

—Tanner —me dijo Aster dándome un manotazo en el pectoral—. Te está sonando el móvil. —No se movió de mi pecho, y no es que yo quisiera que lo hiciera, pero así me resultaba muy difícil llegar al móvil para apagar la alarma.

Cuando intenté zafarme de su agarre, se aferró a mí y soltó un quejido. Se me escapó una risita antes de darle un besito en la frente mientras le acariciaba el pelo. —No puedo apagarla si no me dejas moverme, profe.

Con los ojos todavía cerrados, refunfuñó un poco, y por fin pude estirarme para apagar la alarma. Eran las cinco de la madrugada de un miércoles y, por primera vez en mi vida, no me apetecía ir al gimnasio. Quería quedarme justo aquí, con mi piel pegada a la de Aster.

No tenía ni idea de cómo habíamos conseguido estudiar anoche, pero de alguna manera, Aster demostró la suficiente contención como para no dejar que la tocara hasta que terminé de explicarle el capítulo nueve de mi libro de economía y cené. Hacerme esperar de algún modo me ayudó a recordar y explicar algunas teorías económicas bastante complejas.

Era perfecta.

Incluso con el gruñido de enfado que me estaba dedicando esta mañana.

Gimió un poco más fuerte cuando me puse de lado, obligándola a tumbarse de espaldas en la cama. —¿Pero por qué narices pones la alarma tan pronto? —Cogió otra almohada, se la plantó en la cara y se acurrucó en la dirección opuesta, como si eso fuera a impedirme alcanzarla.

Le rodeé la cintura desnuda con los brazos y le dejé besos en el hombro. Soltó una risita, suspirando ante mi contacto, y no podía negar lo bien que sentaba todo aquello.

—Se supone que tengo que estar en el gimnasio en veinte minutos.

—¿En serio? ¿No hiciste suficiente ejercicio anoche? —Movió las caderas hacia atrás, sabiendo perfectamente que se estaba frotando contra mi polla, cubierta por los bóxers y ya medio dura. Para ser una chica que había hecho poca cosa con otros tíos, nuestras actividades desde luego la habían envalentonado.

—¿De verdad estás intentando que vaya al entrenamiento con una erección a punto de reventar los pantalones? Porque si sigues haciendo eso, puede que pierda la cabeza.

—Mmm, pues a lo mejor deberías hacer algo conmigo para solucionar tu problemilla, entonces.

—Mi problema no tiene nada de *pequeño*, muchas gracias.

—Eso ya lo sé. —Su mano se coló entre nosotros y me agarró la polla por cuarta, o quizá quinta, vez en las últimas veinticuatro horas. Nunca se me dieron bien las matemáticas para calcularlo.

Bzz. Bzz. Bzz.

—¿Es tu móvil otra vez? —preguntó incrédula.

—Sí. Dame un segundo. Es Jackson. —Sin soltarme la polla, Aster me dejó coger la llamada—. ¿Diga? —El final me salió con un gallo porque, justo cuando lo dije, me apretó un poco la polla. Poniendo una mueca, la miré, esperando a que Jackson hablara.

—¡Oh, menos mal! —dijo por el teléfono antes de que oyera voces ahogadas y a él decir: «Está vivo». Volviendo al teléfono, encendió su cámara y yo rechacé la invitación para compartir la mía—. ¿Dónde estás, tío? Cuando hemos llamado a tu puerta esta mañana, no estabas. Te hemos buscado por todas partes. Íbamos a organizar una partida de búsqueda, pero Matty ha dicho que estaba bastante seguro de que estabas en una cita. Ha mencionado que te vio mientras estaba con Olana, pero que no podía estar seguro porque ella lo estaba distrayendo. —Jackson puso los ojos en blanco—. He sabido inmediatamente que mentía porque *su* cita es tan sosa como el pan de hace tres días, así que seguro que te estaba observando más de cerca de lo que ha dicho.

—No pensarás irte de verdad, ¿ver…? —Y fue entonces cuando Aster vio su gran gorra de béisbol verde en la pantalla.

—¡Oh, Dios mío! ¿Has puesto la cámara? —Se echó las mantas por encima de la cabeza y se acurrucó debajo, maldiciéndome.

—Tranquila, no he compartido mi pantalla. —Eso no la calmó. Se hundió aún más bajo las sábanas, como si eso fuera a impedir que alguien la viera—. No puede verte.

—Créeme, si pudiera, le estaría preguntando cómo narices ha conseguido que una tía buena se acueste con él —dijo Jackson por el teléfono.

—Jackson —mascullé.

—¿Quién es, por cierto? No sabía que tuvieras a nadie en el radar ahora mismo.

—No es asunto tuyo —dije con los dientes apretados, porque odiaba cómo lo había expresado. Lo hacía sonar como si yo fuera un tío con una puerta giratoria en mi cama. Y no lo era.

—Tienes razón. No lo es, pero no puedo evitar preguntarme por qué esa voz me sonaba tan familiar. —Frunció el ceño y miró alrededor

de su pantalla como si eso fuera a encender mi cámara por arte de magia.

—¿Qué querías, J? —insistí, intentando desviar la atención de Aster.

—Solo comprobábamos si venías a entrenar esta mañana.

—Sí —dije arrastrando las palabras—. Puede que llegue un poco tarde.

Jackson sonrió. —Por supuesto que llegarás tarde. Se lo haré saber al entrenador. No tardes mucho.

—No tardaré —suspire mientras apagaba el teléfono y lo dejaba en la mesilla.

—¿De verdad te vas? —preguntó Aster, asomando la cabeza por el capullo de mantas que se había hecho. No pude evitar sonreír porque todo lo que veía era su cara redonda y sus grandes ojos verdes mientras me miraba con desconsuelo. Dejarla iba a ser difícil.

—Lo siento. —Le di un beso suave en los labios, que ella aceptó con avidez, arqueando la espalda para conseguir más—. ¿Pero tendrías un hueco en tu apretada agenda para cenar conmigo esta noche fuera del campus?

—¿Fuera del campus?

—Sí, en mi casa. Quiero cocinarte algo que no sean esos nachos asquerosos que te comes todo el tiempo en la cafetería.

—¿Qué tienen de malo esos nachos?

—Todo. Sabes que no usan queso de verdad para esas cosas, ¿no?

—Mejor para mis ambiciones veganas.

—Venga, me encanta cocinar, y me encantaría cocinar algo para ti. —Se giró para tumbarse bocarriba, aflojando la manta para que pudiera ver mechones de su pelo rojo asomando por debajo—. ¿Qué pasa?

—¿Y tus compañeros de piso? —preguntó, con la mirada fija en el techo.

—¿Qué pasa con ellos? No muerden, y el sitio está muy bien para ser un piso de estudiantes. Nada que ver con las residencias de hockey.

Hice una mueca porque fue una estupidez mencionarlo y, cuando su respiración se entrecortó, supe que había cometido un error garrafal. Sacar a relucir a un ex con el que ni siquiera estaba seguro de que hubiera llegado a su habitación no fue mi momento más brillante.

—Bueno es saberlo —fue cortante, nada dulce, y me encogió las pelotas.

—Lo siento. No pretendía mencionarlo a él ni tu relación. Solo quería decir que es un comentario que hacen muchas de las chicas que vienen a las fiestas que se dan en la casa, y ahora acabo de empeorarlo todo aún más, ¿verdad? —me reí con torpeza, preguntándome por qué no se había apiadado de mí.

—No pasa nada. La verdad, nunca llegué a ver la residencia de los de hockey. Cada vez que le preguntaba a Connor por qué no me presentaba a sus amigos, se inventaba alguna excusa sobre que estaban ocupados con el entrenamiento —negó con la cabeza y se rio con amargura—. Ese fue mi primer error con él. No quería presentarme porque estaba demasiado ocupado tirándose a todas las tías que podía. Solo que *a mí no*.

—Pues yo, por mi parte, me alegro de que no se te acercara lo más mínimo. Un tío como él no se merece arrebatarte ningún recuerdo feliz de ese modo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Ahora, déjame cocinar para ti esta noche y *enseñarte* un par de cosas sobre lo que un hombre de verdad hace por su mujer.

—Vale —se mordió el labio inferior—. Pero tengo una sesión de tutoría con Alex hasta las siete. ¿Es demasiado tarde?

—Qué va. Es perfecto.

Sus hombros se relajaron con alivio. —Menos mal, porque lo está haciendo genial y no quiero frenar su progreso.

—Cuidado, profe —le advertí—. Podría empezar a pensar que no soy tu favorito.

—Como todos los buenos profesores, no tengo favoritos.

Fruncí el ceño. —Los profesores solo dicen eso a los alumnos que no son sus favoritos.

—¿Qué te digo? Tienes que ganarte ese título, y quiero que te esfuerces más.

—Oh, señorita Paige. Me hiere usted —la besé en los labios justo antes de retirar las sábanas—. ¿Nos vemos luego?

—Sí. De todas formas, quiero llamar a mi madre antes de ir a ver al profesor Murphy. Quiere que solicite el puesto de ayudante de cátedra para su clase de primero del año que viene.

Enarqué las cejas, sorprendido. —¿Vaya, eso es bastante prestigioso, no?

—Sí, pero significaría que tendría que renunciar a algunas horas de tutoría, y no sé si quiero hacer eso todavía.

—¿Por qué no? En esencia, no es más que dar clases particulares a un grupo más grande —me puse rápidamente la ropa de ayer, sabiendo que me cambiaría en cuanto llegara al gimnasio.

—Mmm, puede ser —apretó los labios de un lado a otro, pensativa, mientras yo cogía mi bolsa y me la echaba al hombro.

—Bueno, profe, tengo que ir a entrenar antes de que el entrenador me mate —dicho esto, me incliné y la besé en los labios. Cuando me pasó la mano por el pelo, supe que tenía que apartarme porque existía la posibilidad muy real de que aquello fuera a más—. ¿Te recojo en la biblioteca a las siete?

—No. No te preocupes. Ya iré yo a tu casa.

Cuando me aparté a regañadientes, Aster gimió, haciendo un puchero con el labio inferior. Parecía agotada. Nos habíamos pasado casi toda la noche besándonos y magreándonos. Nunca llegamos hasta el final porque estaba dejando que Aster llevara la iniciativa. Cualquier cosa que ella quisiera hacer, yo estaba dispuesto. Incluso si era solo acurrucarnos en su cama.

—Hasta luego, profe.

Murmuró un suave adiós y, cuando salí al pasillo, me tomé mi tiempo para cerrar la puerta en silencio, ya que no quería despertar a nadie.

—¡¿Tanner?! —su voz fue tan chillona que me hizo hacer una mueca. Adiós al silencio. Cuando abrí los ojos y me di la vuelta, Thea estaba de pie con un albornoz rosa afelpado y una toalla enrollada en la cabeza. También llevaba una mascarilla facial verde y, en los pies, aquellas zapatillas de Wonder Woman que le había regalado por Navidad hacía un par de años.

—Buenos días, T. ¿Qué haces levantada tan temprano?

Inclinó la cabeza, molesta. —No actúes como si no conocieras mi rutina de belleza —agitó un cepillo largo delante de mi cara y yo retrocedí, con los labios curvados en una mueca de asco porque no quería saber para qué lo usaba—. Siempre estoy levantada antes del amanecer para tener el pelo, el maquillaje y el bronceado impecables.

—Créeme, T. No se me ha olvidado. Compartí baño contigo durante todo el instituto, ¿o es que ya te has olvidado?

Se le demudó el rostro, porque le vino a la mente un recuerdo concreto de aquel cuarto de baño. Uno del que no habíamos hablado en mucho tiempo, pero, como de costumbre, los labios de Thea se curvaron inmediatamente en una sonrisa. Era falsa y forzada, pero no quise disgustarla señalándoselo.

—Tienes razón, nunca podría olvidar entrar y encontrarme con que habías gastado todo mi champú caro porque intentabas mantener tu sedosa melena —ahí estaba otra vez con su humor. Siempre enmascarando lo que hay debajo. Puso los ojos en blanco de forma dramática—. Todos sabemos que a ti te tocaron el físico, el don para el deporte, el encanto... ¿No podías haberme dejado ser la gemela con el mejor pelo?

—Thea, tú eres la guapa, la lista y la que tiene un gran sentido del humor. ¿No podías haberme dejado a mí un par de chistes?

Fui a darle un abrazo, pero se echó hacia atrás, empujándome en el pecho con aquel cepillo gigante. Lo miré, confuso. Parecía un rascador de espalda con un peine para caballos en el extremo. ¿Acaso las chicas lo usaban para cepillarse las nalgas o algo así?

—Ni se te ocurra abrazarme —me advirtió con más intensidad de la que estaba acostumbrado—. Acabas de salir de la habitación de Aster a las seis de la mañana. No tienes el pelo mojado, así que dudo que te hayas duchado. No quiero tu sudor de sexo cerca de mí.

Levanté las manos, riendo entre dientes. —Vale. Vale. Siento ser un apestado. Te dejo tranquila en tu residencia.

El ceño fruncido y agresivo que me dedicó solo me hizo reír mientras me marchaba, contento de cómo me estaban saliendo las cosas.

CAPÍTULO 17

Aster

—Hola, mamá —dije, removiéndome en el asiento mientras miraba mi habitación. Eran las mismas cuatro paredes de hacía treinta minutos, pero el espacio parecía más grande sin la presencia dominante de Tanner. Tiré de las mangas de la sudadera de Tanner hasta cubrirme las manos, arrugando la tela en mis puños y bañándome en su calor. La sudadera olía a él, algo que me gustaba.

—¿Cómo estás? —pregunté, sintiéndome más feliz de lo que me había sentido en mucho tiempo. Mamá ya tenía fecha para la operación y yo, bueno, tenía una cita.

Mi madre me dedicó una leve sonrisa y se arregló el pelo castaño claro. —Estamos muy bien, cariño. Tu padre y yo hemos salido a comer hoy y hemos hablado de todo.

—¿De todo?

—De ti. De lo orgullosos que estamos de ti. De las ganas que tenemos de que vengas en verano.

Enarqué una ceja. —¿No tenéis otras cosas de las que hablar aparte de mí? Como, no sé, ¿quizá el hecho de que te operan pronto?

No pude evitarlo. Sonreía de oreja a oreja. No tenía ni idea, pero había decidido hacerle una visita improvisada para poder estar con ella.

—Sí, es emocionante, pero no es algo de lo que me apetezca hablar todo el rato.

Borrando un poco la sonrisa, asentí. Lo entendía. Hablar de la propia mortalidad debía de volverse bastante tedioso al cabo de un tiempo. Por no mencionar la ansiedad que conllevaba pensar en ello constantemente. Y fue entonces cuando mi sonrisa se suavizó, porque, aunque yo lo estaba tratando como si fuera el fin de su cáncer, existía una pequeña posibilidad de que solo fuera el principio de su viaje. Sacudí la cabeza, intentando quitarme la idea de la mente, porque no había forma de que yo fuera a creérmelo. Lo habían detectado lo suficientemente pronto, estaba segura.

—¿Qué tal el baile?

Agaché la cabeza. —¿No he hablado contigo desde entonces? —Ella negó con la cabeza y al instante me sentí mal. Puede que solo hubieran pasado unas semanas, pero en ese tiempo habían cambiado tantas cosas que parecía mucho más. Debería haberla llamado justo después, pero cada vez que lo intentaba, estaba ocupada, y cuando ella me devolvía la llamada, yo estaba dando clases particulares. No es ideal para una hija que podría tener un tiempo limitado con su madre. Sacudí la cabeza, librándome de esos pensamientos insidiosos.

—El baile estuvo bien. —Le resté importancia, no quería que pareciera que me lo había pasado bien de verdad. Sonriendo, recordé aquel día y cómo Tanner se quedó diligentemente a mi lado a pesar de que me negué a hablar con nadie. Luego me sacó a la pista de baile y volvió a besarme. El cerebro casi me estallaba solo de pensarlo.

—¿Solo bien?

—¿Sí? —Mi madre no era sutil. Notaba que buscaba algo, pero no tenía ni idea de qué. —¿Fui, me puse tu vestido y te mandé una foto, te acuerdas?

Ella asintió. —Sí. Estabas preciosa.

—No tanto como tú cuando te lo pusiste. Seguro que todavía te quedaría de muerte. —Me dedicó una leve sonrisa.

—¿Aster? —Mi madre entornó los ojos y la curiosidad tiñó su voz—. Esa no parece tu sudadera.

Me miré, sorprendida de que pudiera ver la sudadera gris desde ese ángulo, pero supongo que tampoco es que necesitara ver mucho. No era como si yo tuviera sudaderas de sobra. —Eh, sí, es que no lo es. —Me encogí de hombros y me apreté la tela contra el estómago, sintiéndome más cohibida de lo que pensaba por todo el asunto.

Hubo una pausa momentánea en la conversación mientras ella inclinaba la barbilla y me miraba expectante. Como si fuera a soltarlo todo y admitirlo sin más. —¿De quién es, entonces?

—Un chico al que le doy clases particulares me la prestó después de una noche hasta tarde en la biblioteca. —Apreté los labios, sin saber por qué de repente me sentía cohibida por hablarle a mi madre de Tanner. Supuse que era porque, después de la última vez y de todo lo que pasó con Connor, no quería que pensara mal de Tanner. Igual que yo. Metía a todos los deportistas en el mismo saco de mujeriegos, pero Tanner no era así. Tanner era diferente.

—¿Un cliente? —Mi madre me conocía lo suficiente como para saber que mentía, y pude oír la incredulidad en su voz—. ¿Estás segura?

Justo cuando lo preguntó, un mensaje de Tanner apareció en la parte superior de mi pantalla.

Tanner: *El entrenador no me está poniendo fácil el entrenamiento hoy, pero pensar en ti me está ayudando.*

Tuve que reprimir una sonrisa porque no quería que mi madre la viera, pero entonces ella emitió un gruñido ahogado y supe que estaba mostrando más de lo que pretendía. De acuerdo. Me eché de hombros, ganando de repente un poco más de confianza porque era hora de confesar. Estaba saliendo oficialmente con un deportista al que no tenía intención de dejar ir pronto, y si quería que eso continuara, tenía que actuar como tal.

—Es mi novio. —Hice una mueca. ¿Por qué era tan torpe? No podría haber dicho simplemente que estaba viéndome con él, o algo menos directo. Tuve que soltarlo sin más explicación.

—¿Tu novio? —No me sorprendió que mi madre negara con la cabeza, incrédula—. ¿Ya? ¿No estabas saliendo con ese chico de hockey hace unas semanas?

Tragué saliva. —Eso fue hace ya varios meses. Yo, eh, no planeé que pasara nada con Tanner. Simplemente… surgió.

—¿Tanner? ¿Así se llama?

—Sí. —Sonreí, porque el mero hecho de pensar en él parecía llenarme el estómago de burbujas de felicidad. No iba a decirle su apellido porque tenía la ligera sospecha de que podría buscarlo en internet, y no quería que viera los artículos sobre él antes de conocerlo en persona.

—Me gusta —dijo.

Él me gusta.

Era todo lo que yo quería, pero nada de lo que creía necesitar.

—Pero no puedo evitar que el nombre me suene. —Podría deberse a que todo el mundo en esta universidad conocía su nombre.

—No sé, mamá. —Me hice la tonta.

—Háblame de él —dijo, y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba sonriendo como una idiota solo de pensar en él. ¿Cómo se llevaría con mi madre? No podía creer que ya estuviera pensando en presentárselo, sobre todo por cómo empezamos, pero Tanner parecía hacerme pensar de formas que nunca creí posibles. —¿Aster? —insistió.

Mi mente se aceleró, porque ¿por dónde empezar? Había tantas cosas que podía decir sobre Tanner. —Es el chico más trabajador que he conocido.

—Eso está bien, sobre todo después del último.

—Connor no tiene ni punto de comparación —dije, y puse los ojos en blanco, molesta porque seguía hablando de Connor como si significara algo para mí. A estas alturas, ese chico no era más que una anécdota en mi vida. Incluso los mensajes y las llamadas de borracho a altas horas de la noche terminaron después del baile de la hermandad, lo que me hizo darme cuenta de que ambos nos habíamos olvidado por completo del otro—. Tanner es atento y auténtico. No solo se esfuerza por sacar buenas notas por sí mismo, sino por su hermana, porque la permanencia de ella en la universidad depende de ello. Es desinteresado, atento y… —me detuve al darme cuenta de que sonaba demasiado enamorada.

—Me alegro por ti, cariño —dijo con una sonrisa cómplice—. Parece un chico estupendo.

—Lo es.

—Ah, espera. ¿Tanner? ¿Tanner Joyce?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es el que te llevó al baile de la hermandad? ¿El del pelo largo? —Se dio unas palmaditas en el suyo—. Era precioso.

—Pe- ¿pero cómo lo sabes?

—Salía en el boletín mensual de Alpha Delta Theta. Estabas al fondo.

Adiós a mi plan de que lo conociera en persona primero, pensé con amargura.

—Lo siento. No es que buscase la información a propósito, y esperé a que lo mencionaras tú antes de preguntar. No quería invadir tu intimidad.

—No, no es culpa tuya. Supongo que no se me ocurrió que saldría por todo el boletín.

—No te enfades. Es muy guapo. Una mandíbula marcada.

Contuve la risa porque era un cumplido de lo más raro, pero sabía que era sincera.

Hazel: *Estoy aquí.*

¿Aquí? ¿Dónde era «aquí»? Entonces caí en la cuenta de golpe. Me estaba esperando en la biblioteca y yo seguía apalancada en mi habitación.

—¡Oh, mierda! Lo siento, mamá, pero tengo que irme. Llego tarde a una tutoría.

—No te preocupes, cariño. Esperaré aquí a que me cuentes más cosas sobre Tanner. Que tengas un buen día.

—Gracias —mascullé mientras recogía los libros y salía corriendo por la puerta antes de que me diera tiempo a pensar en lo que sentía al hablar de Tanner con mi madre.



Mientras cruzaba el campus a toda prisa, me sentía hecha un desastre. Aunque había conseguido ponerme una de mis faldas características, llevaba la sudadera de Tanner sin nada debajo, lo que, por no decir más, era bastante fresco. Llevar su ropa por el campus era toda una declaración de intenciones, y sabía que Hazel me haría preguntas en cuanto me viera.

Refunfuñando para mis adentros, intenté pasarme una mano por el pelo mientras sujetaba todos los libros, pero perdí el equilibrio y caí de bruces contra un pecho duro. Los libros se me cayeron al suelo y solté una palabrota.

—Tengo que dejar de hacer esto.

Enfadada conmigo misma, no me molesté en levantar la vista para ver con quién me había chocado porque ya llegaba tardísimo. No tenía tiempo para hablar.

—Lo siento, iba distraída.

Me agaché, recogí los libros y los apreté con fuerza contra el pecho.

—¿Tú? ¿Distraída? —rio entre dientes—. Pues yo diría que eres tú la que distrae a todo el mundo con esa falda tuya.

Hice una mueca, no quería levantar la vista, pero sabía que tendría que hacerlo si quería llegar a donde estaba Hazel. Me puse de pie y me encontré cara a cara con él. Esos ojos azules me atravesaron, pero no de la misma forma que antes.

—Hola, Aster —su mirada se desvió hacia mi ropa antes de volver a la mía, y sonrió—. Cuánto tiempo. Tienes buen aspecto.

Bajé la mirada y me sacudí el polvo de la falda.

—Hola, Connor —mascullé a regañadientes.

Soltó un bufido sarcástico.

—Me alegro de saber que todavía te acuerdas de mi nombre —dijo con amargura, pero no entendía por qué. ¿Acaso no recordaba lo que había pasado entre nosotros?

—¿De qué estás hablando?

—No respondes a mis llamadas. Mis mensajes se quedan sin leer. Ni siquiera te molestaste en saludarme en el baile de Alpha Delta Theta. Por un momento, pensé que era invisible —levantó las cejas, inclinando la barbilla—. Supongo que ahora lo soy, que te has encontrado un nuevo atleta con el que obsesionarte. Me has hecho *ghosting*, nunca podré superarlo.

Me mordí la lengua, conteniendo todo lo que quería decirle porque no merecía la pena. Hablar con Connor era como hablar con una pared. Daba igual que me hubiera tratado como a una mierda o que lo hubiera visto con innumerables mujeres, sobre todo con Rachel, desde que dejamos de «salir», él solo se centraría en el hecho de que yo había pasado página. Simplemente no lo entendía, y sería un desperdicio de saliva intentar que lo hiciera.

Sujetando los libros con un brazo, levanté la mano con el otro.

—Lo siento, pero ¿por qué demonios ibas a pensar que querría pasar el rato contigo, y mucho menos saludarte después de todo lo que pasó entre nosotros?

Su sonrisa se ensanchó, y supe que había tomado la decisión equivocada al meterme en una conversación con él. Estaba alimentando su ego, justo como él quería.

—No todo fue tan malo entre nosotros —me dedicó esa misma sonrisa que solía hacerme hacer cosas que sabía que no debía. Ahora, lo único que conseguía era que me entraran ganas de vomitar. ¿Cómo demonios pude caer en eso? Era tan falsa e interesada—. Recuerdo algunos momentos bastante buenos.

—¿Te refieres a cuando te pillé poniéndome los cuernos con Rachel?

De nuevo, otro bufido odioso, y me estaba costando toda mi contención no abofetearlo.

—Venga ya. Tú y yo no íbamos en serio. Solo nos divertíamos un poco entre tutorías.

Tragué saliva.

—¿Así es como lo llamas?

—Sí. No es como si a Rachel le interesara de verdad.

—¿Estás seguro de eso? Parecíais muy acaramelados en la cafetería hace unas semanas.

Su sonrisa se convirtió en una de oreja a oreja.

—Ay, Aster. Si querías llamar mi atención, no tenías que acosarme. Solo tenías que pedirlo. Te echo de menos.

Dejé escapar un gemido.

—Basta ya.

—Es verdad. Eres la mejor tutora que he tenido nunca y me arrepiento de haberlo fastidiado todo contigo. —Negó con la cabeza, desviando la mirada—. Ahora tengo a un tal Ralph. ¿Lo conoces? —Asentí. La única razón por la que le seguía el juego era para ver adónde quería llegar—. Es horrible. No sabe casi nada y no es muy bueno corrigiendo mis redacciones. —Me mordí el labio inferior porque sabía lo que eso significaba… No le «mejoraba» las redacciones como hacía yo.

—Lo siento. No haber sido un capullo y quizá las cosas habrían sido diferentes. —Intenté pasar por su lado, pero fue demasiado rápido y se plantó justo delante de mí—. Connor, llego tarde. Por favor, déjame pasar.

—¿Qué hace falta para que vuelvas a ser mi tutora?

—Un milagro y un apocalipsis. No necesariamente en ese orden.

—¿Por qué te pones tan difícil?

—Si de verdad me estás preguntando eso, lamento decirte que vas a necesitar mucho más que la ayuda de una tutora para aprobar lo que sea. —Pasé de largo, dejando que mi pelo le rozara la cara.

—¿Es por Tanner Joyce? —Reduje la velocidad, pero no me detuve del todo—. Porque si te ha comido el coco haciéndote creer que es un atleta diferente a mí, siento decírtelo, pero él también te está utilizando solo por sus notas. —No era verdad. Lo sabía porque cada vez que miraba a Tanner, sentía la conexión que había entre nosotros. Él me veía de verdad.

—Adiós, Connor. —Ya está. Estaba lista para irme.

—¿Le estás dando el mismo trato que a mí? —El Connor jovial con el que me había topado al principio había desaparecido. Ahora sus palabras tenían un matiz siniestro que no me gustó nada—. Yo que tú me andaría con ojo. A nadie le importa que un jugador de hockey de segunda haga trampas, pero si se descubriera que el chico de oro

del fútbol americano las hace en clase, con su novia ayudándole, nada menos... Bueno, eso sí que sería un escándalo.

Podía oír la amenaza en su tono, pero no le tenía miedo. Connor podía lanzar todas las acusaciones que quisiera sobre Tanner. Ninguna sería cierta y sería una pérdida de tiempo.

—Entonces, menos mal que él no es un tramposo como tú.

—¿Estás segura de eso? —Mientras me alejaba, él caminaba a mi lado, así que intenté acelerar el paso—. Porque he oído que el otro día estuvo en Covey Connections, y he pensado que deberías saberlo.

Reduje la velocidad, pero intenté que no se notara. —No, no es verdad.

—¿Cómo lo sabes? ¿No te has enterado de la movida de Aiden Matthews el año pasado con el equipo? —Había oído algunos rumores sobre bromas, pero no estaba segura de adónde quería llegar Connor—. Apostaron en esa aplicación a ver quién se liaba con más tías.

—¿Y qué? Tanner ni siquiera estaba aquí el año pasado.

Levantó las manos y negó con la cabeza cuando me detuve. —Oye, no me mates. Solo te digo lo que he oído. —Era lo que él quería, y yo normalmente soy mucho más lista, pero estaba decidida a dejarle clara una cosa.

—Sigue viviendo en tus fantasías. Yo viviré en la realidad, donde el que debería tener miedo en esta conversación eres tú, porque podría hundirte con la cantidad de pruebas que tengo.

Retrocedió. Bien. Iba de farol. No tenía nada que demostrara que hacía trampas porque todo estaba en su ordenador, pero me daba igual. Quería que supiera que sus amenazas vacías no me intimidaban. Ya no podía manipularme como antes porque me había vuelto más avispada. Al alejarme, añadí un poco de descaro a mi paso a modo de desafío.

CAPÍTULO 18

Tanner

—¿Y bien? ¿Quién es la chica? —soltó Jackson con voz arrastrada. Apoyado con los codos en la encimera de la cocina, se sujetaba la barbilla con las manos y me miraba con aire soñador, como si fuéramos un par de adolescentes hablando de nuestro primer amor.

Su mano se deslizó por la encimera y la aparté de un manotazo con la espátula.

—No es asunto tuyo.

—¡Ay! —Sacudió la mano de forma exagerada—. ¿Estás seguro? Porque he tenido que mentir por ti cuando has llegado tarde al entrenamiento hoy. Ergo, se ha convertido en asunto mío.

—Le has dicho al entrenador que tenía hemorroides. —Me le quedé mirando sin expresión antes de poner una capa de queso sobre el pollo a la parmesana.

Jackson intentó robarme un poco de queso otra vez, pero lo fulminé con la mirada. Este era un plato que no compartía en un día normal, y menos aún un día en el que intentaba camelarme a la tía más buena del campus.

—¿Y qué tiene de malo? No ha hecho ninguna pregunta.

Lo miré enarcando una ceja.

—Podrías haber dicho cualquier cosa, y eso es lo que se te ha ocurrido decir. Además, me debías una después de que le mintiera al

entrenador sobre el ojo morado que te hizo un fan demasiado efusivo en vez de Aiden hace unos meses.

Asintió, dándole un buen trago a su bebida y frunciendo los labios.

—Técnicamente, Aiden podría considerarse un fan demasiado efusivo. Así que no tuviste que mentir por mí.

Removí la salsa y cubrí el pollo por última vez antes de meterlo en una fuente para el horno.

—Si eso es lo que quieres creer, quién soy yo para contradecir tus delirios.

—Hablando en serio, no me había dado cuenta de que no parabas en casa porque estabas saliendo con alguien. Di por hecho que era por los hábitos sexuales de Aiden. Han ido a peor desde que él y Lyss decidieron que ya no se odiaban. —Negó con la cabeza—. ¿No podrían ir a casa de ella de vez en cuando?

—No —dijo Matty desde el sillón reclinable—. No tiene paredes insonorizadas.

—¿Y nosotros sí? —preguntó Jackson con voz chillona.

—Sabes que sí.

—Entonces, ¿por qué sigo sintiendo como si estuviera en la habitación con ellos? —pregunté, metiendo la fuente en el horno.

—Da gracias. Imagina lo mal que sería si no tuviéramos habitaciones insonorizadas —dijo Matty.

—Eso no lo mejora en absoluto —replicó Jackson, frunciendo el labio.

Como si fuera una señal, un golpe lento y melódico sonó contra el techo. Jackson miró hacia arriba, arrugando la cara con asco.

—No pueden ser ellos otra vez, ¿verdad?

—No subestimes nunca a Aiden. —Lo dije con naturalidad. La cosa había llegado a un punto en el que prácticamente me sabía de memoria sus hábitos sexuales—. Alyssa suele querer hacer una pausa para comer sobre esta hora. Con suerte, eso los animará a salir de casa.

—Ah, ¿sí? —Jackson sonrió de oreja a oreja y robó un nacho del cuenco que tenía preparado. Entrecerré los ojos y aparté el cuenco, fuera de su alcance—. Oye, tío, tú has puesto la comida. Creía que era para todos. —Se sacudió los restos de la mano en la camiseta—. Además, ¿no se suponía que no comías cosas de estas?

—Yo no, pero Aster sí.

—Ah, tiene nombre. —Levantó las manos, buscando en Matty el mismo entusiasmo. Estaba demasiado emocionado para un tío que se suponía que iba a ir a un bar de deportes en una hora—. ¿Quién es? No me suena haber visto ni oído hablar de ninguna Aster en las fiestas de Aiden.

—Normal que no. No es precisamente su ambiente.

—¿No? ¿Te has echado una mujer mayor? No te voy a mentir. ¿Has visto a esa tal Kinsey que anda por el campus? —Me hizo el gesto de «OK» con los dedos—. La tía está que arde.

Lo fulminé con la mirada.

—Aster está en segundo.

—Sí, pero tiene pensado graduarse el año que viene, ¿no? —terció Matty.

—Ah, ¿tú también la conoces? —preguntó Jackson.

—Todo el mundo conoce a Aster Paige. Es la Chica de la Biblioteca.

Jackson negó con la cabeza, riendo.

—La última vez que pisé una biblioteca fue cuando me perdí el primer día y pensé que era una residencia de estudiantes.

—¿Cómo sigues aquí si no estudias? —preguntó Matty.

Se encogió de hombros.

—Creo que tiene que ver con mi memoria fotográfica. —Se dio un golpecito en la cabeza y guiñó un ojo—. Viene bien para otras cosas. —Ignoré su insinuación.

Mi móvil vibró y miré el mensaje.

—No te estará cancelando la cita, ¿verdad?

—¿Por qué pareces tan esperanzado?

—Porque ese pollo a la parmesana huele de vicio.

—No. Es mi hermana. —La sonrisa jovial de Jackson se desvaneció un poco.

—¿Qué quiere?

—Por lo visto está en la Cantina de Covey y quiere que vaya con ella.

—¿Sola?

—Supongo que sí, ya que la única amiga que le conozco viene para acá.

—¿Qué vas a responderle?

Me encogí de hombros.

—Que tendrá que buscarse a otro para pasar el rato. Estoy ocupado.

Un fuerte golpe nos llamó la atención hacia las escaleras, y no me sorprendió ver a Aiden y a Alyssa bajándolas como si se hubieran tomado unas cuantas cervezas de más. No estaban borrachos de alcohol, de eso estaba seguro. Pero al menos eran predecibles, y sabía que estarían fuera de aquí unas cuantas horas.

—Hola, chicos —dijo Alyssa alegremente al llegar al último escalón —. Algo huele de vicio.

Aiden la rodeó con el brazo.

—No tan de vicio como tú.

Puse una mueca. Jackson hizo como que vomitaba. Matty arrugó la nariz mientras miraba a cualquier parte *menos* a Alyssa.

—Por favor. Ya tenemos bastante con participar en vuestros juegos sexuales. Preferiríamos no tener que oír también descripciones gráficas de ellos —dijo Jackson.

—Eso no ha sido gráfico —replicó Aiden—. Si quieres algo gráfico, ¿qué tal si te digo qué tipo de piercing…?

Alyssa le tapó la boca.

—Ya basta, Aiden. ¿No ibas a llevarme a cenar?

—Claro —dijo él con voz arrastrada, y me entraron ganas de reír porque era la primera vez que oía a Aiden recibir órdenes de nadie, aunque fuera para una tontería. Le cogió la mano y la guio a través de la habitación—. Volveremos en un par de horas.

—Dos horas de paz. ¿Qué vamos a hacer con tanto tiempo? —rio Jackson.

—Nos vemos luego —se despidió Alyssa con la mano mientras abrían la puerta para irse—. Tanner, ha venido una chica a verte.

Me puse tenso, emocionado de que Aster estuviera aquí.

—¿Y tú cómo sabes que viene por Tanner?

Aiden miró por encima del hombro con una sonrisa pícara. —Bueno, no es Britt, así que no viene por Matty. Y seamos realistas, Jackson, tú no te vas a ligar a una chica tan buena como la que está subiendo por el camino de entrada. Joder, es que… —Aiden silbó, ganándose un codazo de Alyssa—. ¿Qué? No estarás celosa, ¿verdad? Porque he hecho saltar por los aires todo mi reino solo para estar contigo. No sé qué más quieres que haga.

Dicho esto, bajaron por el sendero con aire despreocupado, cruzándose con Aster por el camino.

La puerta seguía abierta y fulminé con la mirada a mis dos zopencos compañeros de piso. —Estoy intentando impresionar a Aster. Por favor, no digáis nada que me ponga en evidencia.

—¿Entonces mejor no hablamos?

—Jackson —gimió Matty, levantándose del sillón reclinable—. Venga, va. Dejemos en paz a Tanner.

Negué con la cabeza, ignorándolo mientras cruzaba el gran salón hacia la puerta. Cuando vi a Aster parada allí con libros en la mano y un bolso al hombro, sonreí.

—Hola, profe.

—Hola. Me muero de hambre.

Me reí entre dientes, apartándome para dejarle espacio para entrar.

Se detuvo de inmediato a mi lado. —Eh…, hola.

Cuando me giré, me di cuenta de por qué estaba tan atónita. Matty y Jackson la miraban fijamente. Sin decir nada. Solo mirando. Puede que les hubiera dicho que no dijeran nada, pero, joder, esto era peor.

—Matty, Jackson, esta es Aster.

Ella dio un paso adelante, dispuesta a darles la mano, y cuando llegó a Matty, lo señaló. —¿Te conozco? ¿No eres ese chico del que el profesor Murphy habla todo el tiempo?

—¿Ah, sí? —dijo Matty, pasándose una mano por el pelo. Nunca le había gustado ser el centro de atención.

—Sí. Has creado una especie de tecnología de inteligencia artificial que predecirá el resultado de las apuestas antes de que se produzcan.

—Yo no diría inventado —dijo con timidez—. Muchas empresas llevan años utilizando tecnología como esta para amañar las apuestas.

Ella entrecerró los ojos y negó con la cabeza. —No. Pero la tuya es diferente. El profesor Murphy no me contó mucho, pero dijo que eres un genio.

—El profesor Murphy parece que necesita un buen polvo —bromeó Jackson, pero a Aster no le hizo gracia.

—Y tú eres Jackson, supongo.

Se llevó la palma de la mano al pecho. —Mi reputación debe de precederme si sabías quién era sin necesidad de presentación.

—Eres mi compañero de piso. Por eso sabe quién eres.

Matty tiró a Jackson del cuello de la camisa. —Venga. Larguémonos de aquí.

—¿Adónde vais? —preguntó Aster, viéndolos pasar. No era posible que quisiera que se quedaran, ¿o sí?

—Vamos a entretener a la hermana de Tanner mientras él te entretiene a ti —respondió Jackson, cogiendo su chaqueta del armario ropero.

—¿Vais a ver a Thea? —Enarcó una ceja y puso una sonrisita mona que me hizo pensar que sabía algo que yo no.

Jackson inclinó la cabeza hacia la puerta. —Sí, es nuestra amiga —dijo, mirando a Aster con recelo. Casi de la misma manera que la estaba mirando yo.

—*¿Amiga?* ¿Así es como la llamáis ahora? —preguntó Aster.

Me erguí un poco. —¿Hay algo entre vosotros dos que yo no sepa?

—A menos que cuentes el que se coma mi reserva de *Goldfish*, entonces no. No pasa nada. Matty, ¿estás listo? —Matty se ajustó la chaqueta y asintió—. Bien, porque si nos quedamos más tiempo, podrías ser interrogado sobre tu relación con Britt.

—No hay ninguna relación con Britt —respondió él, casi aburrido ya de todo el asunto.

—No. Tienes razón. Tienes más posibilidades de crearte una Britt falsa con esa cosa de la IA que de liarte con ella. De todos modos, he oído que ha estado hablando con un par de chicos del equipo de hockey —bromeó Jackson, y si a Matty le afectaba, lo disimulaba muy bien.

—Está en su derecho. Tengo novia, ¿recuerdas?

—¿Estás seguro? La última vez que lo comprobé, ibais por la cuarta ruptura del semestre.

—Olana es temperamental. Tiende a exagerar las cosas. Eso es todo.

—Lo que tú digas, tío. —Jackson rodeó los hombros de Matty con el brazo y ambos se despidieron.

No iba a fingir que no me había dado cuenta de cómo Jackson había cambiado el tema a la vida amorosa de Matty para que dejáramos de hablar de la suya, pero iba a dejarlo estar por ahora. Thea no había mencionado nada, y la conocía lo suficiente como para saber que lo haría si pasara algo.

—Nos vemos luego —dijo Jackson, cerrando la puerta tras él y Matty.

Aster se giró hacia mí, con esa sonrisa de complicidad todavía en el rostro.

—¿A qué ha venido eso?

—¿El qué? —preguntó Aster inocentemente, ocupando el sitio de Jackson en el taburete.

—Le estabas tomando el pelo a Jackson por algo.

Arrastró el cuenco de tortillas hacia ella, acunándolo como si fuera su primogénito, y se puso a mordisquear los nachos.

—No es nada. —Las comisuras de sus labios se curvaron y, desde luego, no sonaba a que no fuera nada.

—Aster —dije en tono de broma, y cuando me acerqué lo suficiente, hice girar el taburete para que quedara frente a mí. Hay que admitir que tardé mucho más de lo esperado porque mantuvo los brazos firmemente apoyados en la encimera, sin querer separarse de los nachos—. ¿Hay algo que no me estés contando?

—Nada. Solo creo que a tu hermana le gusta Jackson.

—No me digas eso —gemí—. Ya sospechaba algo.

—¿Por qué? ¿Es malo?

—No. Es solo que pasaron algunas cosas con Thea cuando éramos más jóvenes y no quiero que repita los mismos errores.

—¿Qué pasó?—Sinceramente, no me corresponde a mí decirlo ahora que tú y Thea sois amigas. Sentiría que estoy traicionando su confianza.

—Vale. —Bajó la mirada a sus manos y se puso a juguetear con los dedos.

—No eres tú, y estoy seguro de que te lo contará pronto, pero si se entera de que te lo he dicho, se enfadará, sobre todo porque lleva los últimos años intentando fingir que esa noche nunca ocurrió. Por no hablar del marrón en el que me metí después.

—Lo pillo. Es tu gemela. Es solo que ahora estoy en una posición incómoda.

—Bueno, entonces, ¿qué tal si intentamos arreglar eso? —Con las piernas cruzadas, sentía que estaba demasiado lejos de mí, así que deslicé las manos por la parte superior de sus muslos hasta llegar al borde de su falda.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniéndonos cómodos. Tenemos otros veinte minutos hasta que la comida esté lista. —Ahora estábamos cara a cara, así que hice lo que me pareció natural. Me incliné y le di un pequeño beso en los labios. Cuando me apartaba, Aster me sujetó la barbilla,

atrayéndome de nuevo para pedirme más. Nuestros besos se volvieron lánguidos. Me rodeó el culo con las piernas y, de alguna manera, yo ya estaba apretando mi polla dura contra su coño.

Respirando con dificultad, se echó hacia atrás. —¿Sabes que si hacemos esto ahora nos va a costar mucho estudiar?

—Sabes, he pensado que, como no era un día de estudio oficial, podríamos tomarnos la noche libre. Asumamos la derrota y divirtámonos un poco.

—¿Asumir la derrota? Nunca pensé que oiría eso del mejor *quarterback* del estado.

—Ya, bueno, sentí que lo de anoche era solo el principio de toda la diversión que podríamos tener.

Su espalda se arqueó cuando mis dedos se deslizaron por su muslo desnudo, y pude sentir cómo se le ponía la piel de gallina en las piernas.

Buscando su aprobación en su rostro, subí más la mano y deslicé los dedos hacia su centro.

—Tanner —respiró Aster. Estaba demasiado metido en lo que estaba haciendo como para fijarme de nuevo en su reacción, así que, en lugar de eso, cuando sentí la tela de sus bragas de encaje, le hice cosquillas con los dedos justo en el centro.

Echó la cabeza hacia atrás, apretándose contra ellos, persiguiendo el clímax con el que no la estaba ayudando.

—¿Qué me dices, profe? Tomémonos la noche libre.

Mi dedo ahora le rodeaba el clítoris y podía sentir cómo se le humedecían las bragas.

Estaba jodidamente buena cuando estaba cachonda. Me encantaba ponerla así.

—No lo sé.

Todavía se mostraba reacia, pero yo estaba a punto de cambiar eso.

—¿Y si me dejas tomar el postre primero?

—¿El postre? ¿No te sabrá asqueroso el pollo a la parmesana después de un tiramisú?

La indirecta le pasó de largo sin que se enterara, y yo me reí entre dientes, poniéndome de rodillas, con la esperanza de que eso le ayudara a entender un poco mejor.

—Estoy seguro de que no hará más que realzar el sabor.

—Oh, ¡OOH! —Abrió los ojos como platos e instintivamente quiso cerrar las piernas, pero mantuve mi cuerpo firme entre ellas, y no pensaba moverme.

Mordiéndome el labio inferior, ahora estaba directamente frente a su centro, esperando el momento.

—Eh... Yo nunca... —Dejó la frase a medias; no hacía falta que la terminara. Sabía exactamente a qué se refería.

Le cogí la mano, impidiendo que siguiera explicándose. —¿No tengo por qué hacerlo, si no quieres que lo haga?

Su respiración era entrecortada ahora, pero no estaba seguro de si era porque lo estaba sintiendo tanto como yo o porque estaba nerviosa.

—No. Quiero probarlo, es solo que... —Cerró los ojos, y se le pusieron las mejillas coloradas—. Me preocupa... —Otra pausa vacilante, y yo era demasiado tonto para saber por qué—. Mi sabor. —Agachó la cabeza, negándose a mirarme.

—¿Tu sabor? ¿Te preocupa que no me guste cómo sabes?

—Pues sí. Leí que debería comer mucha fruta durante una semana antes de que... bueno, ya sabes, y no había planeado que las cosas entre nosotros fueran a más de esta manera, así que comer fruta

era lo último en lo que pensaba. Intenté conseguir un jabón de esos virales que al parecer controla el equilibrio del pH y...

La hice callar poniéndome de pie y sujetándole las mejillas, obligándola a mirarme a los ojos. —Oye. No creo que tengas que preocuparte por nada de eso, profe. Ya sé que estarás deliciosa. — La besé en los labios con intención, vertiendo en el beso los sentimientos que tenía por ella, porque odiaba lo insegura que parecía estar con este tema.

Sus hombros seguían tensos porque mi beso no había servido para calmar sus nervios. Bueno, supongo que tendría que probar algo diferente.

Con los ojos cerrados, dijo: —Si no te gusta, puedes parar. No te obligaré.

—Si a ti te resulta incómodo, dime tu palabra de seguridad.

—¿Cuál es mi palabra de seguridad?

—Nachos.

Sonrió, y la tensión de su rostro se relajó ligeramente.

—Vale.

Con eso, volví a ponerme de rodillas y le mantuve los muslos separados. Apretába los dedos con tanta fuerza contra los taburetes que se le estaban poniendo blancos. Tenía que liberar esa tensión, así que actué con rapidez.

Apretando los labios contra la parte superior de sus bragas, saqué la lengua y la lamí a través de la tela. Ella soltó un gritito de sorpresa, pero no se apartó. En lugar de eso, empezó a soltar unos gemidos bajos y entrecortados, acercando más las caderas.

Ya sabía que sabría delicioso. Su olor era embriagador y, a medida que movía la lengua con más fuerza, la tela se desplazaba, revelando su delicioso coño que hasta ahora solo había sentido con los dedos.

Nunca la había presionado porque quería que se sintiera cómoda con todo lo que hacíamos, y aunque ahora estaba nerviosa, podía ver la mirada lasciva en sus ojos. Quería esto.

Y yo quería verla por fin entera.

Lamiendo los bordes de sus bragas, levanté la vista, solo para encontrarme con sus ojos fijos en mí. Su pecho subía y bajaba con agitación, pero entonces frunció el ceño rápidamente. —¿Lo odias? —preguntó, conteniendo el aliento.

—Ni de lejos. Sabes delicioso. —No me molesté en hablar más, fui directo al grano y le lamí la raja desde arriba hasta el centro.

Todo su cuerpo se puso rígido, pero yo seguí. Lamiéndole suavemente los labios, jugando con su clítoris con la lengua y asegurándome de no dejar ninguna zona sin tocar.Estaba deliciosa y era perfecta y... para ser sincero, no conocía suficientes adjetivos para describir lo excitante que era verla asimilar la sensación de que le comieran el coño por primera vez.

Con la nariz arrugada, tenía los ojos cerrados, y cada vez que rodeaba su clítoris con la lengua, contenía la respiración bruscamente.

—Tanner, es que... —No la dejé terminar la frase antes de meterle la lengua dentro.

Agradecí que el taburete tuviera respaldo, porque estaba seguro de que se caería en cualquier momento si seguía a ese ritmo, mientras se agarraba a la silla como si le fuera la vida en ello. Le puse las manos en las piernas, agarrándoselas, y la sujeté en su sitio mientras lamía su delicado coño.

Quería quedarme ahí abajo, pero al meterle un dedo dentro, supe que no tardaría mucho. No estaba acostumbrada a tanta estimulación a la vez, y yo estaba deseando verla deshacerse.

Sus caderas buscaban mis dedos y podía sentir cómo se contraía a mi alrededor, así que añadí otro, persiguiendo sus gemidos con la

esperanza de poder hacerla gritar. Lamiéndole el clítoris, no aflojé. Simplemente seguí lamiendo, girando y succionando hasta que sus caderas dejaron de moverse. Entonces lo hice con más fuerza que antes, sintiendo cómo se corría por todas partes.

Se desplomó contra la encimera de la cocina, todo su cuerpo se convirtió de repente en gelatina mientras gemía. Yo seguía firmemente entre sus piernas abiertas y no quería moverme, pero necesitaba ver cómo estaba. Besé la piel caliente de Aster una última vez antes de colocar la tela húmeda sobre su sexo y apartarme. En retrospectiva, comérsela antes de cenar probablemente no fue la idea más inteligente, porque ahora lo único en lo que iba a pensar era en lo que preferiría estar comiendo en lugar del pollo.

Poniéndome de pie, la besé en los labios, y ella se movió conmigo para profundizar el beso. Supuse que estaba demasiado delirante como para darse cuenta de que podía saborearse a sí misma, pero eso me alegraba. Quería que se sintiera bien, así que seguí besándola.

—No sé qué decir —susurró.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo.

Puso los ojos en blanco y me dio una palmada en el hombro antes de apoyar la frente en mi pecho. —Ha sido...

—¿Qué?

—Increíble.

—Créeme, el placer ha sido todo mío. Espero que me dejes volver a hacerlo alguna vez.

Me dedicó una sonrisa tímida. —Quizá —respondió en voz baja—. Pero ahora mismo, me gustaría mucho probar tu cena, porque huele de maravilla y estoy bastante segura de que hay muchas posibilidades de que se haya quemado.

¿Quemado?

Fue entonces cuando mi cerebro registró el zumbido de la habitación. Creía que estaba en mi cabeza por toda la adrenalina, pero en realidad era el horno.

—Oh, mierda. —A regañadientes, me aparté de ella, rodeé la encimera, cogí las manoplas de cocina y saqué la comida del horno.

Cerré los ojos mientras apartaba el humo con la mano, la puse sobre la encimera y la examiné. —¿Creo que todavía se puede comer, quieres probar un poco?

—Claro que quiero. Ningún chico me ha preparado la cena antes.

—Bueno, si esto es un asco, me aseguraré de que la próxima vez sepa mejor.



—Estoy llena —dijo Aster, frotándose la tripa melodramáticamente. Era adorable que intentara no herir mis sentimientos, cuando yo ya sabía que la cena era un asco. No podía decir otra cosa que había quemado horriblemente nuestra cena, y Aster, como la novia entregada que era, aguantó el tipo y trató de convencerme de que era lo mejor que había probado en su vida. Sin embargo, no cambiaría nada de esta noche, porque probarla fue la mejor parte.

—¿Quieres que veamos algo? —Incliné la barbilla, señalando el sofá, y ella desvió la mirada por encima de mi hombro y luego de nuevo hacia mí.

—¿Es eso un eufemismo?

—Solo si tú quieres que lo sea. Solo pensaba que quizá te gustaría relajarte un poco antes de que te acompañe a casa.

—¿A casa? ¿Ya me estás echando?

—No. Solo que no estaba seguro de que quisieras despertarte con un montón de tíos en la casa.

Se mordió el labio inferior, agitando las pestañas. —Mientras te tenga cerca, no me importa dónde esté.

Aparté el taburete y le ofrecí la mano. —Bueno, entonces, déjame acompañarte a nuestro maravilloso sofá seccional.

Se rio, dejándome cogerle la mano y guiarla. Cuando se acomodó, cogí el mando y me senté a su lado, pasándole el brazo por los hombros.

Durante la siguiente hora, Aster se fue relajando lentamente contra mí, y de alguna manera, terminé con la espalda en el sofá, mientras ella estaba tumbada sobre mi pecho. Mientras jugaba con su pelo, sentí una felicidad doméstica. Tener a Aster era algo completamente diferente.

Sus uñas arañaron la tela de mi camiseta y, cuando se estiró, me incliné para darle un beso. Dejó de moverse y nos besamos lánguidamente. Dios, podría hacer esto cada segundo de cada día.

Las manos de Aster se aferraron a mi camiseta y profundizó el beso deslizando su lengua por mis labios, lo que acepté gustosamente. A medida que el beso se intensificaba, también lo hacían sus movimientos. Había pasado las piernas por encima y de alguna manera se había colocado a horcajadas sobre mí. Su sexo estaba justo encima de mi polla, y aunque lo habíamos hecho innumerables veces, seguía siendo increíble.

—Tanner —dijo Aster entre besos. Sus manos estaban ahora bajo mi camiseta mientras subían por mi torso—. He estado pensando.

Levanté los brazos, dejando que me quitara la camiseta por la cabeza. Todavía encima de mí, me observó. —¿Va todo bien?

—Quiero que follemos —soltó. Con los ojos muy abiertos, seguía restregándose contra mí, fingiendo que no acababa de cambiarlo todo al decir eso. Claro, habíamos hecho muchas cosas, pero siempre me había dejado llevar por ella y por lo que ella quería hacer. Nunca quise presionarla.

—¿Estás segura? —Parecía ridículo preguntarlo, teniendo en cuenta que en ese momento me estaba montando como a un toro, así que le agarré las caderas y la detuve.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, me miró con ojos embriagados. —¿Por qué me has parado? —Como no podía mover las caderas, decidió adoptar un enfoque diferente y se desabrochó la camisa. Llevaba otro sujetador deportivo blanco, y contuve una sonrisa porque sabía con certeza que no era así como esperaba que acabara la noche, pero estaba decidida cuando sabía lo que quería.

—Porque quiero asegurarme de que estás realmente de acuerdo con esto. —De alguna manera, había logrado zafarse de mi agarre, y en un santiamén se estaba restregando contra mí.

—Créeme, he tenido tiempo de sobra para pensar en esto. —Empezó a besarme el pecho, recorriendo lentamente mi torso hasta llegar al ombligo. Inspiré hondo y mis caderas se movieron contra ella de forma involuntaria.

Levantó la vista, sonriendo, antes de que sus delicados dedos se aferraran a la cinturilla elástica y me bajara los pantalones de chándal, arrastrando los bóxers con ellos.

Mi polla se puso firme al instante, y ella sonrió, mirándola con avidez. —Quiero que seas el primero —dijo mientras su mano me envolvía y empezaba a acariciármela. Tragué saliva; no estaba seguro de poder soportar aquella imagen combinada con el hecho de que se me estuviera ofreciendo. Era muy típico de Aster ser tan analítica, pero me lo tomé como un cumplido, porque lo habría pensado durante mucho tiempo antes de atreverse a decir nada.

La mano de Aster dejó de moverse, y el pitido en mis oídos por la subida de tensión amainó lo suficiente como para oír sonar su teléfono.

Con mi polla todavía en su mano, miró alternativamente hacia mí y hacia la cocina, donde estaba su móvil, y noté que se debatía entre contestar o quedarse conmigo. —Uf —gruñó y se detuvo.

Yo no me movía, porque no estaba seguro de poder hacerlo. Con toda la sangre acumulada en la polla, no estaba seguro de que me quedara mucha para poder caminar.

El teléfono dejó de sonar y su rostro se relajó. Dejé caer la cabeza sobre las almohadas y cerré los ojos porque volvió a empezar. Solo que esta vez, me pasó la lengua por la punta. ¿Quién iba a decir que un toquecito así podía tener semejante efecto?

Su móvil sonó de nuevo, pero esta vez no le hizo caso y, sin previo aviso, se metió mi miembro entero en la boca. Se me cortó la respiración, pero mis manos fueron directas a su pelo porque no sabía qué más hacer con ellas.

Arriba y abajo. Su cabeza se movía mientras me la chupaba, y no podía negar lo bien que sentaba. Su lengua me hacía cosquillas en la punta cuando me sacaba de su boca, pero luego se aplanaba al metérmela de nuevo. Estaba a punto de correrme, y no estaba seguro de lo que eso significaría para el sexo de esta noche, pero estaba demasiado perdido en mi creciente orgasmo como para que me importara.

—Estúpido móvil —refunfuñó porque volvió a sonar, pero aun así siguió llevándome al borde del delirio. Cerré los ojos cuando una de sus manos me masajeó los huevos, porque supe que en ese preciso instante estaba perdido.

—Aster, yo… —Fue todo lo que tuve que decir para que se moviera más rápido y se metiera toda mi polla en la boca. Había llegado hasta la base y yo le estaba dando en la garganta. Intenté apartarme, pero no me dejó, y entonces ocurrió.

Eché la cabeza hacia atrás, corriéndome en su garganta mientras ella se tragaba hasta la última gota.

No sabía qué hacer, inseguro de si las estrellas que veía se disiparían al abrir los ojos.

—¿Ha estado bien? —preguntó Aster, con un atisbo de incertidumbre en la voz.

Abrí los ojos de inmediato y le ahuequé las mejillas. —Aster, ha estado más que bien. Ha sido increíble. Solo que no quería que tuvieras que tragártelo todo, eso es.

Me dedicó una leve sonrisa. —No quería montar un lío que tuvieras que explicarles a tus compañeros de piso.

Me contuve y no le dije que este sofá había visto cosas peores, porque no quería arruinar el momento.

—Gracias, A. Ha sido la leche.

—¿Seguro que ha estado bien? Porque he leído algunas cosas que quería probar, pero he pensado que debería dominar lo básico antes de hacer nada más.

Me reí entre dientes. —No necesitas ningún truco, Aster. Tus labios… —le pasé el pulgar por el labio inferior y tiré de él hacia abajo antes de soltarlo—, son todo lo que necesito.

Pude ver un ligero rubor trepando por sus mejillas, pero no duró mucho, porque su móvil volvió a sonar.

—Aster. Creo que deberías cogerlo. —Al principio pareció reacia a moverse. Yo también era reacio a que se moviera—. ¿Y si es por tu madre?

Vi cómo se daba cuenta y entraba en acción, dirigiéndose a su bolso vestida solo con el sujetador deportivo y la falda.

Mascullaba para sí misma mientras revisaba el móvil.

—¿Está todo bien?

—Sí, no es nada. Es Rachel Hardman. Me ha dejado varios mensajes de voz y un SMS diciendo que necesita hablar conmigo urgentemente.

—¿Sobre qué?

—Cosas de la hermandad, supongo.

—¿No habías terminado con lo de la hermandad?

—Sí, bueno, no se lo he dicho, pero imaginé que pillaría el mensaje cuando no aparecí en ninguno de sus eventos después de aquel al que fui contigo.

—¿No puedes bloquearla?

Se quedó mirando el móvil, como si lo estuviera considerando seriamente, pero luego cedió. —No. Debería al menos hablar con ella. No quiero que llame a mi madre y la agobie antes de la operación.

—¿De verdad le importaría a tu madre que no le devolvieras las llamadas a Rachel? —pregunté mientras me ponía los pantalones de nuevo y me levantaba para buscar mi camisa. Por mucho que Aster estuviera lista para tener sexo conmigo esta noche, los mensajes habían cortado un poco el rollo.

—Casi que voy a ir a hablar con ella en persona. Así podemos aclararlo todo.

—Si vas ahora, deja que te acompañe. No quiero que vayas sola por el campus de noche.

—¿Estás seguro?

—Sí, no tengo nada mejor que hacer ahora que mi cita me deja tirado.

Dejó el móvil sobre la mesa antes de abrocharse la camisa. —Vamos. Acabemos con esto de una vez. No quiero pasarme allí toda la noche.

CAPÍTULO 19

Aster

El pulgar de Tanner recorrió el dorso de mi mano mientras contemplábamos la casa de estilo colonial de la hermandad. Debería traernos buenos recuerdos, teniendo en cuenta que fue allí donde se celebró la fiesta a la que fuimos y donde Tanner me besó por primera vez, pero no podía evitar sentirlo como un nudo que no podía desatar. No quería estar aquí. Ellas no me querían aquí, pero, de alguna manera, mi madre me había convencido de que tenía que unirme para hacerla feliz.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Tanner, con un aire más preocupado de lo que debería. ¿Qué esperaba que pasara mientras yo estuviera allí?

—No hace falta. Gracias por acompañarme hasta aquí, pero no tienes que esperarme. No sé cuánto tardaré.

—Si crees que voy a dejar que vuelvas a casa sola en mitad de la noche, es que no me conoces tan bien como crees.

—Pero puede que esté ahí dentro un buen rato.

Se encogió de hombros. —No importa. Como te he dicho, de repente me he quedado libre después de que mi cita me dejara plantado. —Me dedicó una sonrisa torpe y le dio una patada al bordillo—. Me sentaré en el banco de ahí. —Señaló el pequeño banco bajo la farola.

—¿Solo si estás seguro?

—Estoy seguro.

—Vale. No tardaré mucho. —Le apreté la mano y me puse de puntillas para darle un rápido beso en los labios. No me soltó. Me sujetó la barbilla con la mano, manteniéndome inmóvil, e intensificó el beso. Por mucho que quisiera seguir, necesitaba terminar de una vez por todas con esta reunión con Rachel.

Gimió cuando me aparté. —Intentaré ser lo más rápida posible.

—¿Aster? ¿Es usted? —Haciendo una mueca, me giré para ver a Rachel en la puerta—. Taylor me ha dicho que había alguien merodeando fuera.

—Hola, Rachel. —Me acerqué a ella.

—Pase, pase. —Cuando miró por encima de mi hombro, la sonrisa falsa que había estado luciendo se desvaneció al instante—. Tanner. Lo lamento, pero son más de las nueve, lo que significa que no se permiten novios en la casa.

—Sin problema. Voy a esperar aquí fuera.

Rachel me pasó la mano por el hombro mientras me hacía entrar, enseñándome la casa como si no la hubiera visto antes. Para ser justos, la única vez que había estado en ella fue cuando estaban dando una fiesta, así que la sensación era diferente, con las hermanas de la hermandad paseándose en pijama.

—Adeline, ¿puede asegurarse de que la colada esté terminada? Y Heidi, ¿ha preparado los ramos de flores para la semana que viene? —Lanzaba una orden tras otra, chasqueando los dedos como si todo el mundo debiera dejar lo que estaba haciendo para ayudarla. Era tan odiosa.

—¿Hay alguna razón por la que necesitaba verme esta noche?

—Sí. —Se echó el pelo por encima del hombro, sin mirarme todavía, pero esperando que la siguiera. Estúpidamente, la seguí. Abrió una puerta y me quedé con la boca abierta de la sorpresa.

—¿Este es su despacho? —No podía creerlo. Era más grande que cualquier dormitorio que hubiera visto en este sitio y estaba impecable. Caminó con aire presumido hasta su escritorio de cristal con adornos dorados encima. Parecía una de esas oficinas horteras para adolescentes de Pinterest, pero por la forma en que se comportaba al sentarse en la silla, se notaba que se sentía muy pagada de sí misma.

—Sí. Tome asiento. —Hizo un gesto hacia la silla blanca y mullida que tenía enfrente, y yo hice lo que me dijo.

—Parece bastante grande para un despacho en esta casa, ¿no cree?

—No más que cualquiera de los dormitorios.

—¿Pero en los dormitorios no se alojan dos o tres chicas en cada uno? —Me miró con cara de no entender nada, como si ignorara por completo la insinuación—. Es solo que esto es mucho espacio para una persona, cuando podría ayudar a dar más sitio a las demás hermanas.

—Quizás.

—Solo es una idea —dije arrastrando las palabras, mientras jugueteaba con la pelusa blanca. Estaba casi segura de que se me pegaría al culo para el final de esta conversación.

—Bueno, si está llena de tan buenas ideas, quizá debería presentarse a presidenta. Así podrá decidir qué hacer con este lugar.

—¿Las votaciones son justas?

Eso la desconcertó. —¿De qué está hablando?

Me encogí de hombros, disfrutando metiéndome con ella más de lo que debería. —He oído que hay mucho soborno en esas cosas. No quisiera que se metiera en problemas.

—Si de verdad le preocupa la legitimidad de nuestro proceso electoral, entonces la insto a que forme parte de él.

—Primero tendría que ser hermana —mascullé con desdén, más para mí que para ella, pero sabía que me había oído. Lo oía todo. Demonios, probablemente tenía cámaras en esta habitación, vigilando cada uno de mis movimientos.

Mientras me removía en el asiento, observé las paredes. Estaban llenas de cuadros de Rachel y otras chicas de la hermandad. Había algo en las sonrisas falsas y las poses perfectas que hacía que esta habitación pareciera mucho más siniestra de lo que debería. Era casi como si estuviera hablando con una dictadora.

—Sobre eso. ¿Sabe por qué la he llamado?

—Pues no —solté—. Y, para serle sincera, me gustaría acabar con esto cuanto antes, ya que ha interrumpido la cena con mi novio.

—¿Novio? —Enarcó las cejas sorprendida—. ¿Así es como le deja que lo llame ahora? —Asentí, sin dignarme a responder al resto—. Increíble.

Mientras se echaba su perfecta melena rubia por encima del hombro, la estudié, preguntándome cómo se las arreglaba para ostentar tanto poder en este sitio. No la conocía bien, pero por cada interacción que había tenido con ella, podía decir que no era de fiar. Entonces, ¿cómo se las había apañado para conseguir el puesto más alto de la hermandad?

Debía de ser más lista de lo que pensaba para haber engañado a tanta gente y hacerles creer que sería buena para este trabajo. O eso, o realmente sobornó a todas las hermanas que pudo.

Empezó a teclear en su MacBook, mirando la pantalla con tal intensidad que casi pensé que se había olvidado de que yo estaba aquí.

Mientras seguía acomodándome en la silla, que era una de las cosas más incómodas en las que me había sentado nunca, entrecerré los ojos hacia la chica que me había obligado a salir de casa de Tanner para esta charla intrascendente. No quería estar aquí, y sabía que,

sin duda alguna, habíamos perdido cualquier oportunidad de estar a solas en la casa, todo porque vine para una reunión urgente.

Rachel levantó la vista hacia mí y sonrió. —Verá, he estado revisando su solicitud para la hermandad…

—¿Ah, sí? —Apenas recordaba qué ponía en aquello, ya que lo rellené a principios de año para contentar a mi madre. No fue algo a lo que le dedicara mucho tiempo, y estaba casi segura de que me había puesto pedante en el setenta y cinco por ciento de las respuestas.

—Sí, y siento no haberlo mirado antes, porque no la habría hecho pasar por el proceso de reclutamiento extraordinario, ya que no encaja en Alpha Delta Theta.

Se me salieron los ojos de las órbitas por la sorpresa. —¿Que no?

Intentó reprimir una sonrisa, pero no pudo evitarlo. Disfrutaba sacándome de mis casillas y quería que lo supiera.

—Pues sí —dijo arrastrando las palabras—. Lo siento, pero, aunque tiene las notas para encajar, no ha hecho méritos suficientes en otros ámbitos como para que se la considere material de Alpha Delta Theta. —Entrecerró los ojos y chasqueó la lengua contra los dientes. Era increíble lo borde que podía sonar sin ni siquiera intentarlo.

—¿Ah, de verdad? ¿Qué cosas necesitaría que hiciera? —Ya solo le estaba siguiendo la corriente, porque mi interés en unirme se estaba desvaneciendo.

—No ha hecho ningún voluntariado. —Eso era razonable, pero aun así tenía la sensación de que Rachel estaba intentando encontrar cualquier excusa para rechazar mi solicitud.

—Eso es porque paso la mayor parte del tiempo dando clases particulares. ¿No se considera eso un servicio a la comunidad? No cobro por ello.

Hizo un mohín con los labios, pensativa por un segundo. Supongo que le había ag aguado la fiesta. —¿Sabe qué? Tiene razón. Da clases particulares, pero no por la bondad de su corazón. Le dan créditos por ello. Y tampoco ha ayudado a ninguna de sus posibles hermanas de la hermandad que tienen dificultades. ¿Es ese el valor que añadiría si la dejáramos unirse? ¿Ayudaría a sus compañeras con los deberes?

¿Por qué me daba la sensación de que estaba insinuando que no me limitaría a *ayudarlas* con sus trabajos, sino que los haría por ellas? Me acordé de Connor y no pude evitar enfadarme...

¿Qué hago aquí? ¿Por qué le sigo el juego? No quiero estar aquí. Ellas no me quieren aquí. No encajo.

Lo único que me hacía aferrarme a esta hermandad era mi madre. ¿Acaso ella quería eso para mí ahora? Desde que empecé a contarle lo de Thea y sus payasadas, las preguntas sobre la hermandad se habían vuelto cada vez menos frecuentes. La única vez que lo había mencionado esta mañana fue para preguntar si Tanner era quien me llevaba a su baile. Quizá no era la hermandad lo que tanto le importaba a mi madre, sino que yo hiciera amigos y no pensara solo en mis estudios.

Amigos.

Solo pensar en lo insistente que era con que tuviera amigos hacía que sonara ridículo. ¿Qué persona de veintiún años está intentando hacer amigos? La gente de mi edad tiene amigos por defecto, y supongo que eso fue lo que me pasó a mí. Thea se convirtió en una amiga sin buscarlo, y Tanner... Bueno, a él lo consideraría más que un amigo, ya que estaba llegando a conocerlo de maneras más que amistosas.

—¿Aster? ¿Qué le parece? ¿Nos ayuda con los deberes y puede entrar en la hermandad?

Hice un mohín con los labios. —¿Sabe qué? Creo que voy a pasar.

—Perdón, ¿qué ha dicho?

—Que paso de todas todas. Creo que tiene razón. No encajo en este sitio y ya tengo bastante con lo mío. No me interesa ayudar a todas las hermanas de la hermandad. No tengo tiempo. —Intentaba ser amable, pero podía oír la mala leche en mi tono. No podía evitarlo cuando estaba frente a ella.

Soltó una carcajada tan fuerte que estaba casi segura de que Tanner podía oírla desde fuera. Sinceramente, estaba casi segura de que se había operado la nariz, las tetas, quizá incluso se había puesto algo de relleno, y me parecía bastante extraño. Se había cambiado todo de sí misma, pero no había intentado ni una sola vez cambiar su risa, y eso sería lo primero que yo haría.

—¿Es esa su forma de decir que tendríamos que salir con usted para que nos ayudara? —La sonrisita de su cara se ensanchó y se me hizo un nudo en el estómago, porque sabía exactamente a qué se refería —. ¿Sabe lo que me parece graciosísimo? Todo el mundo parece pensar que usted es una tutora increíble, capaz de sacar lo mejor de la gente en poco tiempo. Digo, mire a Tanner. No me extraña que se le pegue como una mosca a la mierda. Lo ha metido de nuevo en el equipo de fútbol, ¿no?

Entrecerró los ojos y yo me hice la tonta.

—Si tiene algo que decir, dígalo sin más. —Estaba harta de su gusto por el dramatismo.

—¿Ha estado ayudando a Tanner de la misma forma que ayudó a Connor? —Enarcó una ceja, e inmediatamente cerré la boca de golpe y tragué saliva.

Lo sabía.

Connor se lo había contado.

—¿No es por eso por lo que consigue que vuelvan a sacar aprobados tan rápido? —No necesitaba decirlo abiertamente. Yo sabía a qué se

estaba refiriendo—. Supongo que esa relación con el profesor Murphy también ayuda.

Joder.

Respiré hondo. —¿Sabe qué? —imité su falso tono amistoso—. Me voy a ir.

—¿He tocado la fibra sensible, Aster? —Ya no ocultaba su sonrisa de autosatisfacción.

—No. Las dos sabemos que solo estoy aquí por mi madre.

—Más bien la consideré solo porque era un legado, pero siga.

Me levanté y empecé a salir de la habitación. —Adiós, Rachel. Espero que se lo pase genial liderando esta hermandad, porque cuando salga al mundo real, se va a llevar una buena sorpresa al ver que las cosas no se pliegan a su voluntad como aquí.

Cuando mi mano se posó en el pomo de la puerta, le quedaba una última cosa por decir. —Espero que sepa que irse así tendrá graves consecuencias.

No hice caso a la advertencia en su voz. Simplemente abrí la puerta y la cerré de un portazo para que quedara claro. Pensaba que yo solo servía para ayudarlas a hacer trampas. Eso no volvería a ocurrir jamás.

Saludé con la mano al pasar junto a las esclavas —hermanas— y salí de la casa con la cabeza bien alta. Ya no iba a preocuparme por Rachel y sus opiniones. Tampoco es que lo hiciera mucho antes.

Mientras salía de la casa a grandes zancadas, Tanner se levantó y se acercó a mí. —¿Cómo ha ido? —preguntó con interés.

¿Por dónde empezar?

—Rachel está como una cabra, y cuanto antes nos alejemos de ella, mejor nos irá a todos.

Se rio y me pasó el brazo por los hombros, acercándome a él. —Estoy orgulloso de ti. —Me dio un beso suave en la frente justo cuando yo le entrelacé la mano—. ¿Puedo acompañarte a casa?

Apoyé la cabeza en su pecho, aspirando su aroma amaderado. Él era la razón por la que había tenido la confianza suficiente para entrar ahí y decir lo que pensaba. Quizá no solo era yo la que le enseñaba cosas a él.

—Claro, pero me gustaría mucho que pasaras la noche conmigo.

Sus dedos se flexionaron contra los míos, lo que hizo que levantara la vista hacia él. Sentí que me sonrojaba porque nunca le había pedido a un chico que se quedara a dormir, pero con Tanner sentí que era lo correcto.

—Si insistes. —Se inclinó para besarme en los labios antes de llevarme a mi residencia.

CAPÍTULO 20

Tanner

Tumbada boca abajo en la cama, Aster leía un libro de texto mientras balanceaba los pies en el aire. Yo estaba a su lado, sentado en su escritorio, haciendo lo que podía por concentrarme en las fichas que me había escrito.

Por desgracia, estar sentado aquí, en su habitación, era una distracción.

Esa falda de cuadros escoceses me distraía.

Esas medias hasta la rodilla me distraían.

Todo en ella parecía hecho para que me resultara imposible interesarme por estas tarjetitas.

Después de pasar otro mes juntos, Aster y yo habíamos caído en una rutina cómoda. Entre semana, estudiaba por mi cuenta hasta nuestras sesiones de los viernes y, los fines de semana, veníamos a mi casa, estudiábamos unas horas y yo le preparaba la única comida sana que tomaba en toda la semana.

Me gustaba; era lo más estable que me había sentido desde que llegué. No me estaba limitando a ir tirando en las clases, sino que las estaba aprobando con notables y sobresalientes, algo que no me había pasado nunca.

Lo que me llevaba a estar sentado en su escritorio, mirándole el culo a mi novia en lugar de las fichas con su letra redonda. Llevaba estudiando casi dos horas y ahora mi mente quería un descanso. Quería estudiar otra cosa un rato.

—Oye, profe.

Respondió con un suave «Mmm».

Dejé las fichas con cuidado sobre el escritorio y le puse la mano en el muslo. Dejó de moverse y me miró, sorprendida, casi al instante.

—Tanner, ¿qué haces?

Mi mano no se detuvo mientras la observaba con atención para ver cómo se lo tomaba. Siguió avanzando hasta llegar a su culo respingón y le di un apretoncito.

Gimió.

—¿Has dejado de estudiar para eso? ¿Para darme un apretón en el culo?

—No, eso ha sido solo un extra. ¿Te he dicho ya lo mucho que me encantan tus fichas?

Asintió.

—Sí. Prácticamente cada vez que te veo y cada vez que te enseño otro aprobado.

Todavía no me podía creer lo mucho que me había ayudado. Era la primera vez que sacaba tan buenas notas, y todo gracias a mi increíble novia.

—Bueno, me encantan tus fichas, pero he pensado que, ya que estás aquí, ¿quizá podríamos hacer un examen personal? —Estaba tanteando el terreno, a ver si picaba el anzuelo.

No se apartó de mi mano.

—Vale. ¿Quieres que te pregunte sobre algún tema en concreto? —Se giró, moviendo mi mano con ella sin darse cuenta y acercándola peligrosamente al borde de sus bragas.

¿Contaba ella como tema?

—No. Creo que deberíamos tratarlo como un examen sorpresa. A ver cuánto recuerdo.

—¿Quieres que te haga un examen sorpresa? —Tenía el ceño fruncido; era adorable que no pillara mi indirecta.

—Sí, pero quizá este examen sorpresa tenga recompensas distintas si acierto las respuestas.

Su sonrisa se desvaneció al comprender por fin lo que estaba sugiriendo.

—¿Qué tipo de recompensas? —preguntó, moviendo el muslo muy ligeramente para dejar paso a mis dedos. Ahora los deslizaba arriba y abajo por el borde de sus bragas, disfrutando de la sensación de estar tan cerca.

—¿Qué te parece si por cada pregunta que acierte, te puedo dar un beso?

Frunció los labios.

—Me parece un trato justo.

—Donde yo quiera —añadí.

Tragó saliva.

—¿Donde yo quiera? —Asentí—. Me da que si acepto eso, las cosas podrían descontrolarse muy rápido.

Argumento válido. Eso era exactamente lo que quería que pasara.

Se mordió el labio mientras se lo pensaba un segundo.

—Estoy dispuesta a examinarte, pero vamos a poner algunas reglas.

—Vale —dije con recelo. Sinceramente, el hecho de que aceptara era suficiente para hacerme feliz. Si quería unas cuantas reglas, ¿quién era yo para negárselas?

—Puedes besarme, pero no puede ser en ningún sitio que no esté ya visible.

Enarqué una ceja, fijándome en todas las partes de su cuerpo que estaban cubiertas y pensando en las formas en que podría romper sutilmente esa regla.

—Claro —dije con una sonrisa mientras le agarraba el muslo y lo empujaba suavemente—. Pero vas a tener que hacerme un hueco.

Se dio la vuelta, sonriéndome mientras se incorporaba y ahuecaba las almohadas contra el cabecero para poder apoyarse. Me limité a observarla, pensando en el primer lugar donde la besaría cuando tuviera la oportunidad.

—Vale, primera pregunta: ¿qué es el beneficio financiero obtenido en las transacciones?

La fulminé con la mirada.

—¿En serio, profe? Vas a lo fácil.

Se encogió de hombros.

—Considéralo una ronda de calentamiento. Mis preguntas se irán haciendo más difíciles a medida que avancemos.

«Como otra cosa», pensé para mis adentros, pero no lo dije porque pronto notaría lo duro que estaba.

—El beneficio.

—Correcto.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me acerqué a ella y la besé en los labios. Le ahuequé la mejilla con la mano y metí la lengua en su boca para rematar la faena, sin saber si técnicamente rompía las reglas, pero el gemido que soltó Aster sugirió que no le importaba.

Su cuerpo ya se arqueaba contra el mío y mis manos estaban listas para tocarla, pero me aparté, queriendo ser un alumno aplicado.

—Hazme la siguiente pregunta antes de que lleve esto demasiado lejos. —Tenía los labios rojos e hinchados, y luché contra el impulso de besarla de nuevo.

Tardó un minuto en recuperar la compostura para hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué son dos bienes que se compran y se usan juntos?

Era otra pregunta fácil, pero fingí que tenía que pensarlo.

—Bienes complementarios.

—Eso es.

Con una mano a cada lado de su cuerpo, le hice creer que iba a besarla en los labios, pero entonces me dirigí a ese punto justo debajo de su oreja que sabía que le gustaba. Con un murmullo de aprobación, me apretó los brazos, pidiéndome más en silencio, pero yo todavía no estaba dispuesto a dárselo.

—¿Cuál es la siguiente pregunta, profe? —le pregunté contra su piel, sin dejar de besarla y dándole unos cuantos mordisquitos en el hombro mientras ella echaba la cabeza hacia atrás para darme mejor acceso.

—Perdona. Me está costando un poco pensar ahora mismo. —Tenía los ojos cerrados y se aferraba a mí como si yo fuera su único salvavidas.

—¿Quieres que pare? —Le besé la piel de nuevo.

—No. Dame un segundo. Ya se me ocurrirá algo. —Seguí con lo mío e incluso subí la apuesta. Le llevé la mano a la camisa abotonada y le apreté un pecho para ver hasta dónde podía llegar. Ella arqueó la espalda como respuesta a mi caricia, así que deslicé el pulgar por donde creía que estaría su pezón. El gemido que soltó pareció indicar que estaba en el lugar correcto.

—Mmm, la entidad jurídica propiedad de accionistas individuales se denomina… —¿quería reírme porque estaba claro, por la forma en que hizo la pregunta y cómo se retorcía bajo mi cuerpo, que podría haberle dado la respuesta incorrecta y aun así me habría dicho que era la buena. Solo para que no dejara de tocarla.

Por suerte, me acordaba perfectamente de esa tarjeta. —Una sociedad anónima.

—Mierda —siseó ella. Con una mano aún en su pecho, fui bajando por su cuerpo hasta esa faldita en la que había estado pensando todo el día.

—Tanner —me advirtió—. Sé lo que estás pensando, y esa piel no está a la vista. Por eso puse estas reglas.

—Sin problema, profe, lo pillo —dije, deslizando ambos brazos por debajo de sus muslos para luego rodearle las piernas. Sin decir una palabra más, tiré de su cuerpo hacia abajo, de modo que su cabeza quedó sobre las almohadas y sus piernas se abrieron conmigo en medio.

—¡Tanner! —chilló Aster, pero la ignoré y opté por frotar mi cara contra la tela de su falda. Con cada movimiento de mi nariz, le iba subiendo suavemente la falda hasta que sus bragas negras quedaron a la vista.

Me recibieron unas sencillas bragas de algodón negro, que me gustaron un poco más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Cómo se supone que voy a hacerte otra pregunta contigo ahí? — Sus manos se enredaron en mi pelo, y quise reírme entre dientes porque no me estaba deteniendo, a pesar de que fingía protestar.

—Adelante, pregunta —dije, pero las palabras sonaron un poco ahogadas, ya que me estaba frotando la nariz contra la parte superior de sus bragas.

—Eh, nombra la estructura de mercado en la que muchas empresas venden productos que son similares pero no idénticos.

Levanté la vista, sonriendo. —Tienes que hacer preguntas más difíciles, profe. Competencia monopolística.

—Maldita sea —dijo con voz cantarina, pero sabía que no estaba tan disgustada.

Esta vez, bajé más y besé la parte superior de su montículo, observando su reacción al hacerlo. Al arquear la espalda, gimió y sus manos se aferraron con mucha suavidad a mi pelo.

Era mi señal para seguir adelante.

Besándola a través de su ropa interior de algodón, saqué la lengua y la lamí como si fuera su boca. Ella soltaba unos gemidos calientes y entrecortados, así que seguí. Una y otra vez, usé la lengua para deslizarme por encima de su hendidura, viéndola retorcerse de placer.

Sus bragas se estaban mojando, y podía saborearla a través de ellas. Dios, cómo deseaba volver a saborearla. Se había convertido en una obsesión para mí porque me encantaba ver cómo se le iluminaba el rostro cuando la hacía correrse.

—¿No vas a hacerme otra pregunta? —bromeé, justo antes de volver a pasar la lengua por la tela.

Soltó un pequeño quejido, sujetándome la cabeza como si no quisiera dejarme marchar. Desde luego, yo no quería irme.

Con otra inspiración brusca, declaró: —Nombra el sistema económico que se basa en el hábito, la costumbre o el ritual para decidir las cuestiones de producción y consumo de bienes y servicios.

Mierda. Incluso en su estado casi incoherente, había aumentado la dificultad de su pregunta.

Lástima para ella que yo hubiera estado estudiando como si me fuera la vida en ello, y me sabía la respuesta.

—Un sistema tradicional.

Su mano se aferró con más fuerza a mi pelo porque había acertado. Esta vez besé su montículo con más fuerza, asegurándome de lamerle el clítoris.

—Qué bueno está eso.

Para mí no era un cumplido suficiente. Quería darle más. Retirando la mano de su muslo, llevé mi dedo a su centro y la acaricié suavemente antes de introducirlo, con la tela como única barrera.

Soltó otro chillido, y sus dedos empezaron a tirar de mi pelo hasta el punto de hacerme daño.

Añadí otro dedo, gustándome la forma en que hacía que la tela se arrugara entre los labios de la vagina de Aster y se tensara sobre su clítoris. Sacudía las caderas, cabalgando sobre mis dedos con placer. Incliné la cabeza y lamí su clítoris cubierto de tela, pero no estaba satisfecho. La ropa interior estaba demasiado tensa. Quería que lo sintiera, así que usé los dientes, mordisqueando muy suavemente, lo que hizo que arqueara la espalda mientras gritaba en señal de aprobación.

Seguí adelante, porque oír sus gemidos entrecortados lo era todo, y haría cualquier cosa por volver a oírlos. Joder, si esta chica quisiera la puta luna, ya encontraría la forma de bajársela con un lazo.

—Tanner, estoy, estoy… —Ya sabía que estaba cerca. Lo había hecho suficientes veces como para saber, cuando sus piernas se quedaban quietas y su espalda se arqueaba en un ángulo particular, que estaba tratando de retrasar el orgasmo para poder permanecer en ese segundo de éxtasis un poco más.

Aceleré el ritmo de mi lengua y observé cómo mi chica se rompía a mi alrededor. Mantuve los dedos en su sitio mientras ella se contraía, respirando con tanta fuerza que intentaba recuperar el aliento.

Luego se dejó caer hacia atrás con los ojos cerrados y una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro.

La amaba.

Joder. *¿Acabo de pensar eso?* Aún tenía el dedo dentro de ella y no estaba ni a un par de centímetros de su coño, y estaba pensando en lo mucho que la *amaba*. Jamás le había dicho a nadie, aparte de a mi familia, que le quería.

Menos mal que tuve la previsión de morderme la lengua antes de que se me escapara ese pequeño secreto.

—¿Estás bien? —preguntó Aster, preocupada. Por lo visto, estaba tan absorto en mis pensamientos sobre amarla que se me había olvidado hablar.

Desenredándome de ella, subí por su cuerpo y me tumbé lentamente encima. Todavía estábamos completamente vestidos, pero cuando la miré a los ojos, sabiendo ahora que la amaba, sentí que era el momento más íntimo que había pasado jamás con una mujer.

—Estoy genial. —Le di un beso rápido en los labios, para no delatarme demasiado. Ella no quería que parara. Con una mano en mi nuca y la otra apretándome el culo, supe lo que quería.

Moví la entrepierna contra su centro, refregándome contra ella igual que habíamos hecho incontables veces desde que estábamos en el campo.

—Tanner —dijo mi nombre entre besos. No me detuve y me moví contra ella como si estuviéramos follando. En cierto modo, me gustaba. Siempre parecía que estábamos siendo un poco traviesos cada vez que lo hacíamos.

—Tanner. —Esta vez, dijo mi nombre con más urgencia. Levanté la cabeza para poder mirarla a sus preciosos ojos verdes.

—¿Sí, Aster?

—Quiero que follemos. —Un ligero rubor le floreció en las mejillas.

—¿Estás segura? No quiero presionarte.

—Y yo estoy cansada de esperar. Por favor, déjame saber qué se siente al tenerte dentro de mí. Te necesito.

Seguía dudando, porque en el ardor del momento casi le digo que la amaba. ¿Y si para ella era lo mismo? No podía permitir que se arrepintiera de esto.

—Tanner. No le des más vueltas. Te deseo, por favor, cógeme.

Su mano se coló por debajo de mis pantalones de chándal y volvió a apretarme la nalga, solo que esta vez sus uñas se clavaron en mi piel mientras me acercaba a su centro.

Podía sentir cuánto me deseaba, así que ¿tenía sentido negarlo?

Me bajó la tela del pantalón y los calzoncillos tan rápido que pareció precipitado. La ayudé empujando más hacia abajo y quitándomelos de una patada. Luego, me senté sobre los talones y me quité la camiseta por la cabeza.

Sus manos se posaron de inmediato en mis abdominales mientras me observaba. Esto era un cambio para nosotros. Normalmente, era ella la que estaba desnuda mientras yo adoraba su cuerpo, pero parecía que esta noche Aster quería cambiar los papeles.

La polla se me ponía más dura cuanto más tiempo la veía observarme.

—Tu cuerpo es increíble.

Solté una risa ahogada. Porque ¿qué otra cosa se supone que haces cuando tu novia te hace un cumplido así?

Sus uñas recorrieron mis abdominales, haciéndome cosquillas suavemente sobre cada músculo antes de bajarlas lo suficiente como para rozarme la polla. Solté un gemido grave mientras me la envolvía con la mano y la movía arriba y abajo.

Tragando saliva, puse mi mano sobre la suya, haciendo que me mirara. —A menos que quieras que me corra en tu mano, yo que tú pararía.

—¿Pero si acabo de empezar?

—Ya estoy a punto por comerte el coño.

Dejó caer la mano y empecé a desabrocharle la camisa. Llevaba un sujetador deportivo negro y mi polla se endureció porque, en mi

cabeza, era más sexi que el encaje. Se lo había puesto porque no esperaba que nadie la viera. Pero me estaba dejando verla.

Después de quitarle la camisa, arqueó la espalda para poder sacarse el sujetador por la cabeza.

Estaba ansiosa, y me encantaba que fuera a mí a quien esperaba, tumbada boca arriba. Me incliné y colmé sus pezones de atención. Si estaba lamiendo y succionando uno al ritmo de sus gemidos, pellizcaba y apretaba el otro.

Ahora sus caderas se movían contra mi polla, y podía sentir la tela suave, y ahora húmeda, de sus bragas mientras me movía contra ella. Podía sentir un retazo de sus labios mojados cuanto más me movía, y era mejor que cualquier refregón que hubiéramos tenido. Aunque, ¿podía considerarse un refregón en seco si podía sentir su humedad? ¿Era un refregón húmedo?

No tuve tiempo para pensar en el nombre. En lugar de eso, me incorporé y le di unos golpecitos en la parte exterior de los muslos.

—Levanta.

Supo exactamente lo que quería sin más explicaciones. Juntando las piernas, las levantó en el aire, dándome un acceso más fácil para agarrar tanto sus bragas como su falda y subirlas por encima de su culo y muslos.

Llevó las rodillas al pecho, y finalmente le quité la ropa, tirándola en algún lugar de la habitación. Dónde, no importaba. Lo que importaba era que Aster estaba desnuda y, mientras abría más las piernas, mi polla se alineó para entrar en ella.

Aclarando la garganta, se inclinó hacia la mesilla de noche y abrió el cajón. —Eh, he cogido esto. —Me lanzó un paquetito metálico, lo rasgué para abrirlo y saqué el condón.

—¿Puedo ponértelo yo? —preguntó justo cuando estaba a punto de ponérmelo, y asentí.

Justo cuando iba a explicarle cómo hacerlo, pellizcó la punta y lo desenrolló suavemente hacia abajo. Le preguntaría cómo sabía hacerlo, pero la conocía. Probablemente lo había buscado en internet, queriendo estar preparada.

Cuando el condón me cubrió, movió la mano arriba y abajo, haciéndome una paja.

—Aster —le advertí de nuevo, y ella me dedicó una sonrisita a cambio.

—Lo siento, solo quería saber qué se sentiría. —Se dejó caer de nuevo en la cama con una sonrisa casi vertiginosa en la cara.

La imité y coloqué las manos a ambos lados de su cabeza. En esta posición, mi polla estaba en su entrada, pero quería tomarme mi tiempo. La besé, lentamente, con la suficiente intensidad como para que, esperaba, pudiera sentir el amor que sentía por ella. Puede que no estuviera listo para decir las palabras, pero estaba más que listo para demostrarle cómo me sentía.

Me devolvió el beso. Nuestras lenguas se entrelazaron en una danza que parecía infinita mientras ella se retorcía debajo de mí, esperando a que entrara en ella. Deslicé la mano entre los dos, jugué con su clítoris y luego la penetré con los dedos. Estaba prieta y húmeda, y tan lista para mí. Aparté los dedos y Aster gimió disgustada.

—Tanner, por favor. Estoy cansada de esperar.

Enroscó las piernas en mis caderas y, al clavarme los talones en la parte posterior de los muslos, fue suficiente para que me hundiera un par de centímetros en ella.

Joder.

Apenas estaba dentro y ya sabía que esto me cambiaría la vida.

—Voy a ir despacio, Aster, pero si te duele, por favor, dímelo para que pare.

Con los ojos cerrados, asintió y clavó los talones un poco más. Con una lentitud tortuosa, entré en ella, sintiendo cómo se le cortaba la respiración a medida que me hundía más.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque no estaba seguro de que hubiera respirado desde que habíamos empezado.

Mordiéndose el labio inferior, asintió, pero no quiso abrir los ojos. Tenía el ceño fruncido y no parecía que estuviera disfrutando.

—Aster, cariño. Puedo parar si te duele demasiado.

—Por favor, no lo hagas. —Sus dedos me apretaron los brazos, así que seguí, hundiéndome más en ella con cada respiración. Una vez estuve dentro del todo, me tomé un momento para recuperar la compostura, porque estaba a punto de perder el control. Quise maldecirme porque debería haber supuesto que sentir a Aster sería tan bueno. Tenía el coño tan prieto que podía sentir cómo se cerraba a mi alrededor, apretándome la polla como un tornillo de banco. Me gustó. Se sentía bien. Era perfecta.

La tensión de su frente se desvaneció mientras entraba y salía de ella lentamente, observando su reacción. Cuando las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba y sus piernas se relajaron, lo tomé como una señal suficiente de que el dolor había remitido, así que aceleré.

—Qué bien sienta —dijo con voz casi de borracha.

Llevé la mano entre los dos y froté su clítoris con los dedos porque sabía que no iba a aguantar mucho más con la forma en que su coño se contraía a mi alrededor.

Mientras le frotaba el botón más rápido, inspiró bruscamente y arqueó la espalda.

—Tanner, creo que me voy a correr.

Gracias a Dios.

Moví la mano más deprisa y seguí embistiéndola. Ella respiraba de forma entrecortada y, cuando su espalda se agarrotó, supe que estaba cerca. Tenía la cara contraída y estaba preciosa.

—Te quiero, Aster.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar, pero eso no impidió que llegara al clímax. Gritó, su cuerpo sacudiéndose contra el mío, y aunque había un hilo de vergüenza amenazando con atravesarme, caí en mi propio orgasmo.

Dejé caer mi cuerpo sobre el suyo y me quedé mirando sus sábanas azules mientras contemplaba lo mucho que había jodido su primera vez.

¿Te quiero? *¿Te quiero?* ¿En serio? Tuve que admitirlo, en ese preciso momento, como un adolescente enamorado.

—Yo también te quiero. —Sus palabras fueron suaves y apagadas, porque mi hombro le cubría la boca, pero las oí.

—¿Qué has dicho? —Me hice el tonto; quería verle la cara para saber si era sincera o si solo lo decía por obligación.

Nuestra piel se pegaba la una a la otra y sus ojos se clavaron en los míos mientras yacíamos allí, aún conectados.

—Yo también te quiero. —No había más que pura felicidad en sus ojos, y eso me hizo sonreír—. Gracias por hacer que esto sea tan especial para mí.

La besé en los labios.

—Te quiero, Aster. Gracias por hacerme mejor persona.

Aún conectados, rodé para quitarme de encima de ella y la puse a mi lado. Estaba tumbado sobre algunos de sus apuntes, pero como no se enfadó, me quedé ahí, atrayéndola hacia mí.

Aster me quería. Nunca había estado con una chica el tiempo suficiente para oír esas palabras, y se me encogió el pecho. Nos

queríamos, y lo único que deseaba era decírselo el resto de mi vida.

Aster se acurrucó, rodeándome el torso con su brazo, y le besé la coronilla.

Hoy había sido un día perfecto y nadie podía decirme lo contrario.



Cuando me desperté, Aster seguía en mis brazos, acurrucada contra mí como un gatito que busca calor. Los dos seguíamos en cueros. Aún llevaba el condón puesto y me sentía hecho polvo.

Alargué la mano hacia la mesita de noche y miré la hora. Eran las ocho de la mañana, lo que significaba que habíamos dormido así toda la noche. Me sentía fatal y me había saltado el entrenamiento de pesas, pero necesitaba beber algo desesperadamente. Ya sabía que Aster no tenía nada en la nevera, así que me solté de su abrazo, con cuidado de no molestarla, y me dirigí al baño para deshacerme del condón.

Después, abrí el grifo y dejé que el agua fría me salpicara la piel caliente y sudorosa. Aster seguía dormida cuando volví a la habitación, así que me puse la ropa en silencio y salí a la máquina expendedora a por algo de comer y beber.

Con unos cuantos refrescos en la mano y unas chocolatinas en el bolsillo, volví a la habitación de Aster.

—Oh, Dios mío. —Fue todo lo que oí antes de que la voz chillona de mi hermana se impusiera—. Sabía que este día llegaría. Lo *sabía*.

—¿Qué día?

—El día en que saldrías de la habitación de Aster así. —Agitó las manos en mi dirección—. Borracho de sexo. Puaj.

Con los ojos cerrados, negaba con la cabeza de un lado a otro erráticamente.

—Olvídate de la lejía para los ojos. Eso no servirá de nada. Necesito ir a la iglesia y arrepentirme de todos mis pecados. Y de todos *tus* pecados también.

Me quedé allí, observando cómo a mi hermana le daba un ataque monumental por nada.

—Un poco dramática, ¿no crees, T?

—Claro, para ti es fácil. A ti no acaban de traumatizarte de por vida. ¿Sabes qué? Me voy a tu casa. Si tú y Aster estáis aquí, no volverán a pillarme desprevenida, y Matty y Jackson tienen burritos para desayunar.

Me reí mientras pasaba a mi lado patinando, dándome un empujoncito en el hombro. —Hasta luego, T.

Dicho eso, volví a la habitación de Aster. El único ruido eran los refunfuños de mi hermana mientras esperaba el ascensor. Negué con la cabeza, divertido, y abrí la puerta de Aster.

—¿Va todo bien? —pregunté, sorprendido de que ya estuviera levantada. Aún era temprano y, después de todo el sexo que tuvimos anoche, habría pensado que Aster se quedaría durmiendo hasta tarde.

Tenía los pies apoyados en el borde de la cama, dejando a la vista sus esbeltas piernas, mientras miraba el móvil. Con el pelo todavía revuelto y vestida con mi camiseta, era un sueño erótico hecho realidad.

Dejé los refrescos y las barritas de frutos secos en su escritorio antes de acercarme a ella y besarla en la frente, donde le habían aparecido unas leves arrugas de preocupación. No desaparecieron y ella no levantó la vista.

—¿Aster? —lo intenté de nuevo, bajando la barbilla para poder mirarla a los ojos.

Murmuró algo y por fin me miró, pero no había expresión alguna en sus ojos. Estaba impasible, y me alarmé al instante. ¿Se arrepentía de lo que había pasado entre nosotros?

—¿Va todo bien, profe? —parpadeó varias veces, dándose cuenta al fin de que yo estaba de pie delante de ella, mirándola fijamente.

—Estoy bien. Perdona, estaba leyendo un correo electrónico.

—¿Todo en orden?

—Sí. —Cerró visiblemente la aplicación antes de que pudiera ver de qué se trataba y centró su atención en el registro de llamadas—. Anoche perdí un montón de llamadas del decanato porque estaba un poco distraída. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al decir aquello, pero notaba que algo la estaba reconcomiendo—. Me escribían para ver si podía tener una reunión urgente con el decano hoy.

—¿El decano? ¿De qué?

Se encogió de hombros, con un malestar evidente en su comportamiento, pero hacía todo lo posible por ocultármelo, cosa que no me gustó. Quería que sintiera que podía sincerarse conmigo sobre cualquier cosa.

—Pues… no lo sé muy bien. Supongo que será para dar clases particulares a un estudiante nuevo o algo así. Tendría que haber respondido a la llamada ayer. —Levantó el móvil antes de dejarlo caer a su lado para poder entrelazar las manos.

—Si es solo un estudiante nuevo, ¿por qué te preocupas? Tampoco es que hubieras podido empezar con él de inmediato. Me estabas dando clase a mí. —Le guiñé un ojo antes de ponerme una camiseta por la cabeza y coger unos pantalones de fútbol americano rotos que había convertido en pantalones cortos.

—Más bien creo que eras *tú* el que me estaba dando clase a *mí* —replicó con desánimo. Tenía la mirada de nuevo fija en el móvil, y un

mal presentimiento en la boca del estómago me hizo pensar que algo iba mal.

—¿Estás segura de que todo va bien? Si pasa algo, ya sabes que puedes contármelo. —Intenté sonar informal, pero por dentro estaba preocupado. Odiaba pensar que estaba intentando lidiar con algo ella sola.

Tragando saliva, se puso de pie, ya completamente vestida. —No, todo está bien —dijo con una alegría forzada antes de acercarse a darme un beso en los labios—. Yo también tengo que irme pronto. —Levantó una bolsa de la colada y sonrió. Fue extraño. Casi como si la conversación que acabábamos de tener nunca hubiera ocurrido—. Alguien me ha estado arrugando todas las faldas. Necesito poner al menos tres lavadoras y planchar.

—Vale. ¿Puedo verte esta noche?

Negó con la cabeza. —Lo siento, le doy clase a Hazel, pero ¿podríamos vernos mañana?

La rodeé con los brazos por la cintura, sin dejar que se alejara demasiado. —O… —dije arrastrando las palabras—, podrías venir a verme *después* de la tutoría. No me importa, aunque sea tarde —sugerí, besándole los labios.

Dejó escapar un pequeño murmullo mientras se apartaba y miraba a un lado. No era la reacción habitual que obtenía de ella, y desde luego parecía que ahora sí me estaba ocultando algo, pero ¿qué podía hacer yo? Si no quería decírmelo, no la iba a obligar.

—Ya veremos. Quién sabe, igual te quedas K.O. por la noche con el entrenamiento.

Solté un bufido. —Creo que si algo iba a dejarme K.O., era lo de anoche. —Cogí los cordones de su bolsa de la colada y me la eché al hombro.

—¿Qué haces?

—Has dicho que ibas a hacer la colada, así que te ayudo.

—Tanner, no quiero que llegues tarde.

—No lo haré. Las lavadoras están de camino al gimnasio. Considéralo mi calentamiento previo.

Se quejó, pero aun así cogió el bolso. Un pequeño atisbo de sonrisa asomó mientras entrelazaba su mano con mi brazo.

—Vamos. —Me arrastró hacia fuera, y esperé que ese pequeño gesto la hubiera hecho sentir mejor, pero no estaba muy seguro.

CAPÍTULO 21

Aster

Me temblaban las manos al entrar en la biblioteca. No podía quedarme quieta y estaba casi segura de que todo el mundo podía ver cómo me castañeteaban las rodillas. Me quedé mirando la puerta que tenía delante, sin querer ver al decano al otro lado, pero sabiendo que iba a ocurrir en los próximos cinco minutos, quisiera o no.

Inspirando y espirando, intenté sonreír con la esperanza de no delatar lo nerviosa que estaba. Tenía una piedra en el estómago y se me revolvían las tripas solo de pensar de qué iba a tratar la conversación. En el fondo, lo sabía. Me costaba admitírmelo a mí misma, pero sabía que, de algún modo, se había enterado de algo y que me iban a echar la culpa.

Me mordí el labio y pensé en esa mañana; la culpa me recorrió hasta los huesos. Le había mentido a Tanner. Le dije que creía que iban a pedirme que fuera la tutora de un nuevo alumno. Ya sabía que no era así.

Sabía perfectamente de qué querían hablar conmigo y las consecuencias que tendría para él, para Hazel, para Alex… y para mí. ¿Me dejarían quedarme aquí? Tendría suerte si solo me suspendieran y no me expulsaran, pero ¿qué imagen daría eso?

Se me llenaron los ojos de lágrimas y negué con la cabeza en un intento desesperado de no ponerme a llorar delante de todo el mundo en la biblioteca.

Contrólate, Aster.

Apretando los libros con fuerza contra el pecho, di vueltas por el vestíbulo, ensayando lo que iba a decir en mi defensa. El único problema era que nada de lo que se me ocurría hacía que sonara mejor.

—Aster —me dijo Ralph con dulzura al pasar por el pequeño espacio de camino a su escritorio. Lo maldije en silencio, deseando que no hubiera estado allí para ver esto. Conociéndolo y conociendo su propensión a irse de la lengua, me imaginaba que esta reunión se haría pública cuando yo no quería—. ¿Cómo estás? —se acercó corriendo a mi lado, me puso la mano en el brazo y me acarició suavemente el jersey con el pulgar.

Estaba siendo… agradable, y eso me estaba volviendo loca. Miré su mano con mi desdén habitual.

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

—¿Bien? —dijo con voz ahogada—. Supongo que lo que he oído por la biblioteca no es verdad, ¿entonces?

Tragué saliva y el pitido en mis oídos se volvió ensordecedor.

¿Lo sabía?

¿Cómo era posible?

Ni siquiera yo lo sabía, así que, si él había oído algo, significaba que me habían tendido una trampa, ¿no? Ralph tenía buenos contactos, pero era imposible que supiera esto.

—¿Qué has oído? —No debería haberme molestado en preguntar, pero al menos podría prepararme para lo peor si sabía lo que iba a pasar.

Soltó el aire y se inclinó para susurrar:

—He oído que estabas haciendo chanchullos para que tus alumnos de tutoría sacaran mejores notas.

Contuve el aliento. Me temblaba todo el cuerpo y una sensación persistente en el estómago me dio ganas de tirarme al suelo y esconderme.

—¿Ah, sí?

Me hice la tonta porque ¿qué coño se suponía que hiciera? Si lo admitía, estaría jodida.

—Sí —respondió, y cerré los ojos, esperando lo inevitable. Que me contara con todo lujo de detalles mis delitos, los cuales no podría negar. Por eso el decano quería hablar conmigo, después de todo.

—Entonces, ¿es verdad que escribiste trabajos para tus alumnos y que tuviste una aventura con el profesor Murphy para sacar mejores notas? —Su sonrisa parecía casi divertida, como si estuviera contento de ser el primero en enterarse de la información.

—¿Qué? —espeté, completamente confundida—. ¿El profesor Murphy? *Jamás* he tenido una aventura con el profesor Murphy. Tiene cincuenta y tantos y una familia.

Ralph me miró y una lenta y socarrona sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Seguro? Porque suena bastante morboso. La empollona sexi que no lo sabe se lía con el profesor guapo mientras sale con el quarterback estrella y un jugador de hockey —miró a un lado—. Ahora que lo pienso, estoy bastante seguro de que de joven vi una porno con esa misma premisa. También estoy bastante seguro de que fue entonces cuando me di cuenta de que era gay.

—No me estoy acostando con el profesor Murphy —hasta decirlo me supo a rayos, porque de todas las cosas que esperaba oír, esta no era una de ellas.

—¿Estás segura? —bromeó—. Porque cuanto más lo pienso, más creo que tiene sentido. ¿De qué otra forma se explicaría que Tanner pasara de un suspenso a un notable en su clase? —La conclusión me

dolió porque no era verdad. Tanner se había partido el lomo y no se merecía esas acusaciones.

—¿Cómo sabías eso?

—Por los expedientes. Llegan a la oficina de tutorías. Ayuda a Kinsey a evaluar lo bien que funciona el programa.

—No puedes ir por ahí lanzando acusaciones como esa. Sobre todo, sobre Tanner. Se esforzó muchísimo para sacar esa nota.

—Pero sigues sin haber negado que lo ayudaste.

—No hice nada diferente con Tanner de lo que he hecho con mis otros alumnos de larga duración. Sacó esa nota por su cuenta. Yo solo lo ayudé enseñándole las mejores formas de aprender —y eso era lo que más dolía. No solo estaba manchando mi reputación. Estaba manchando la de Tanner, la de Hazel y la de todos los demás a los que ayudé a sacar mejores notas. Su duro trabajo iba a ser cuestionado por mi culpa. Por una estúpida decisión que tomé hace meses.

—¿Y conseguir prórrogas y puntos extra acostándote con su profesor? —bromeó Ralph, dándome una palmada en el hombro. No me moví, porque sabía que esa sería mi reputación a partir de ahora.

La tramposa.

Negué con la cabeza, intentando desesperadamente borrar esta conversación de mi memoria porque no podía creer que nadie pensara eso de mí y, mucho menos, que se lo contara a otros y cotilleara a mis espaldas.

—*Jamás* he tenido una aventura con el profesor Murphy.

—¿Pero sí que ayudaste a escribir trabajos de alumnos?

Cerré la boca al instante porque no podía responder a eso con la misma seguridad. La sonrisa maliciosa de Connor me vino a la

mente, porque era el único que me había manipulado, y odiaba haber caído tan fácilmente.

—¡Lo sabía! —me señaló Ralph, con los ojos como platos y una sonrisa desesperada y feliz brillando en su rostro. Sacudió la cabeza —. No me lo puedo creer, pero sabía que tenía que haber algún chanchullo de por medio.

—Tengo que irme. —Pasé por su lado con ganas de vomitar, pero sabía que tenía que dejar esa sensación a un lado porque necesitaba mostrarme profesional con el decano. Si él también creía que las acusaciones de hacer trampas eran ciertas, entonces tenía que mantener la calma y defender mi versión.

¿Iba a caer por esto?

Desde luego, eso parecía.

—¿Señorita Aster Paige? —me llamó la secretaria del decano, y yo levanté la vista con una sonrisa—. El decano puede recibirla ya.

Me mordí los labios y asentí antes de soltar un suspiro. Supuse que había llegado el momento. Estaba a punto de descubrir mi destino en la Universidad de Covey y no estaba preparada para ello.



Sentada en un banco tranquilo fuera del campus, dejé que la brisa fresca jugueteara con mi pelo mientras miraba mi móvil con rabia. Los datos de contacto de mi madre me devolvían la mirada, junto con su dulce sonrisa. Iba a ponerse bien. Su operación estaba programada para dentro de una semana, y yo iba a estar ahí para ella. Cada vez estaba más animada por ello. Y en eso tenía que centrarme. En mi madre.

No en que mi mundo se estuviera desmoronando, porque al menos yo no padecía una enfermedad que pudiera ser mortal.

Una lágrima solitaria cayó de mi mejilla y aterrizó directamente sobre la pantalla. Suspiré y la limpié, porque no podía creer que estuviera a punto de hacer esta llamada.

Me sequé la cara y le di al botón de llamar, aceptando mi destino.

—Aster, cariño, ¿cómo estás? —Su sonrisa contagiosa llenó la pantalla antes de que apareciera mi imagen. En cuanto lo hizo, frunció el ceño—. ¿Aster? ¿Qué pasa? ¿Ha roto Tanner contigo?

Debería.

Porque ¿qué demonios pensaría cuando descubriera la verdad sobre lo que pasó entre Connor y yo? ¿Pensaría que las otras historias eran verdad? ¿Que le estaba poniendo los cuernos y que hacía trampas *por* él?

—Tanner está bien. —Tragué saliva, sin saber qué más decir sobre ese asunto, porque estaba segura de que mi relación me estallaría en la cara pronto. Y eso era lo que sentía como una puñalada en las entrañas. Quería a Tanner. No tenía miedo de admitirlo—. Es solo que… tengo algo que decirte.

—¿Qué es?

—Me han suspendido. —Ya está. Lo había soltado. Rápido y al grano, porque sabía que, lo dijera como lo dijera, iba a ser un asco. No tenía sentido darle más vueltas.

Mi madre se quedó callada un minuto, asimilando mis palabras.

—Lo siento, cariño. Creo que he oído mal. ¿Qué has dicho?

Estaba en fase de negación. Exactamente como me sentía yo. Bueno, eso fue hasta que estuve sentada en el despacho del decano y me mostró pruebas concretas de que Connor había hecho trampas. Me maldije a mí misma porque debería haber dicho algo cuando descubrí que estaba haciendo trampas. Quizá así no estaría en esta situación en la que se cuestionaba toda mi integridad.

Dios, me sentía tan idiota por haber pensado alguna vez que Connor sería bueno para mí. Por haber pensado que podría unirme a una hermandad con Rachel de presidenta.

—Me han suspendido —dije una vez más, y mucho más claro ahora.

—¡¿Qué?! —Miré a mi alrededor, agradecida de que no hubiera nadie en el parque a esa hora del día, así que nadie fue testigo de su arrebato. No es que me sintiera menos avergonzada por ello. El mero hecho de estarle diciendo esto a mi madre me resultaba extraño. Yo era la chica que se esforzaba y se centraba en sus notas. Recogía lo que sembraba, y nunca pensé que este pequeño error volvería para morderme con tanta fuerza—. Eso no puede ser. ¿Has hablado con el decano? Tiene que ser un error.

—No lo es.

—Aster, ¿por qué demonios te iban a suspender a ti, precisamente a ti?

Respiré hondo porque tenía que admitirlo ante ella. Me creería. Lo entendería. O eso esperaba.

—Porque me lo merecía. —Tomé aire, sintiendo que el pecho se me hundía un poco—. Hice trampas.

Tragué saliva, esperando que me gritara, pero no lo hizo. Cuando abrí los ojos, solo me estaba observando, esperando una explicación más detallada.

Puedo hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Porque si no podía explicárselo a ella, ¿cómo demonios iba a conseguir que alguien más me creyera? Aunque, ¿importaba si conseguía que la gente se pusiera de mi lado cuando había pruebas concretas en mi contra?

—Técnicamente, no hice trampas, pero Connor, el jugador de hockey con el que salí y al que di clases particulares durante un par de

meses, sí. Llevaba haciendo trampas todo el tiempo que le estuve dando clases, pero para ser sincera, sus trabajos eran tan malos que no me di cuenta. No quiero ni pensar cómo habrían sido sus trabajos si los hubiera escrito él mismo.

—¿Cómo te enteraste? —Bueno, no me estaba gritando, así que eso era bueno.

—Estaba estudiando con él y quise comprobar una cosa en su ordenador mientras él estaba en el baño. Encontré un programa de IA abierto y un montón de indicaciones sobre cómo escribir redacciones para sus clases.

—¿Lo denunciaste cuando te enteraste?

Negué con la cabeza. —No. Cuando le planté cara, tuvimos una discusión enorme y se fue hecho una furia. Un par de horas después, me mandó un mensaje y me pidió que nos viéramos en la casa de la hermandad. Fui y me lo encontré besándose con Rachel.

—¿Rachel? —Había sorpresa y tensión en su voz—. No pensaba que fuera así.

—Ya —dije arrastrando las palabras—. No es tan simpática como estoy segura de que aparenta en esas reuniones de antiguos alumnos por Zoom a las que te gusta asistir.

—Pero no tiene sentido. ¿Por qué te echan a ti la culpa de que Connor hiciera trampas?

—Porque hay más.

—Ah —dijo con voz apagada.

No dejé que lo pensara mucho y añadí rápidamente: —Pero no es verdad. Ni siquiera sé cómo se le puede ocurrir a alguien una mentira tan ridícula. Pero es grave. Es terrible, de hecho.

—Aster, cuéntamelo y ya. No puedo ayudarte si no lo sé.

—Alguien ha iniciado un rumor de que tengo una aventura con uno de mis profesores.

—Aster —dijo mi madre con calma, pero por cómo apretaba los labios supe que estaba de todo menos tranquila—. ¿Puedes explicarme, por favor, por qué no has empezado por ahí?

—Porque es tan falso que es de risa. El profesor tiene cincuenta y tantos años y tres hijos.

—¿Qué profesor?

—El profesor Murphy. —Tragué saliva con amargura, porque sabía que esto se iba a poner más difícil.

—¿Te refieres al profesor que te quería como su ayudante el año que viene?

—Sí. Ese mismo.

—¿Seguro que no hay nada de cierto en esas acusaciones?

Mi propia madre me estaba cuestionando. Estaba jodida. Ya podía ir despidiéndome de Tanner, porque no iba a creerme. Rachel se habría salido con la suya.

Ni Tanner. Ni hermandad. Ni título universitario.

—No hay nada de cierto. La única persona con la que salgo es Tanner, y jamás tendría una aventura con uno de mis profesores.

—¿Cuánto tiempo piensan suspenderte? Supongo que lo borrarán todo de tu expediente cuando descubran que no es verdad.

—En parte no es verdad, recuerda. Sabía que Connor estaba haciendo trampas, pero no dije nada.

—Exacto. Quien hacía trampas era *Connor*. ¿Por qué te metes tú en líos?

—Porque es el hijo del entrenador de hockey de aquí. No pueden permitir que eso salga a la luz, porque sería un escándalo. Es mucho

más fácil echarme la culpa a mí.

—No. No. Eso no va a pasar. No vas a cargar tú con las culpas por un deportista idiota que tiene enchufes. Voy a hablar con tu padre y vamos a ir a discutir esto nosotros mismos con el decano.

Cerré los ojos con fuerza y solté un gemido. —No, mamá, no vas a hacer eso. Tu operación es en una semana, y ya he comprado los billetes para ir a verte dentro de tres días. Quería que fuera una sorpresa, pero supongo que esta es un poco más sorprendente de lo que esperaba.

Ella bajó la mirada, pensativa por un segundo. —Cuando llegues, ya veremos qué hacer.

—Cuando llegue, te cuidaré. Ya se me ocurrirá algo, aunque tenga que cambiarme de universidad y empezar de nuevo. Conseguiré un trabajo para que no tengáis que pagar más por mi educación. Debería poder convalidar mis créditos, ya que técnicamente no he hecho trampas, pero no conseguiré los créditos extra por todas esas horas de tutoría, que eran un montón.

—No pienses así. Esperemos a ver el resultado antes de tomar decisiones precipitadas.

Me entraron ganas de reír, porque era tan típico de mi madre centrarse en mí en lugar de en lo que le pasaba a ella. Odiaba necesitarla cuando esta era la primera vez que ella me necesitaba a mí.

—Cariño, no llores.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo. Me sequé las lágrimas, sorbiendo por la nariz para que pareciera que no estaba a punto de derrumbarme. ¿Esto era lo que conseguía por tener amigos y socializar? —Debería hacer la maleta, mamá.

—Por favor, llama a Tanner o a Thea. No quiero que estés sola esta noche.

Asentí, pero me sentía rota. Normalmente, era capaz de recomponerme y solucionar cualquiera de mis problemas. Esta era la primera vez que eso ni siquiera era una posibilidad, porque el resultado dependía enteramente de circunstancias externas.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Cuando se cortó la llamada, me quedé sentada mirando el móvil durante unos segundos. Una lágrima cayó sobre la pantalla justo cuando apareció la cara de Tanner. Me estaba llamando, y ese simple hecho fue suficiente para espabilarme.

Rechacé la llamada, sabiendo que aún no podía enfrentarme a él. ¿Cambiaría la imagen que tenía de mí? No quería ni pensarlo. Solo necesitaba llegar a mi habitación y recomponerme.

CAPÍTULO 22

Tanner

Tanner: *¿Por qué ignoras mis llamadas, profe? ¿Podemos hablar?*

Me quedé mirando el móvil, confundido. ¿Dónde estaba? Llevaba más de una hora de retraso y Aster nunca había llegado tan tarde a una sesión de tutoría. Los dos ticks azules de leído aparecían como un reloj, pero Aster todavía no había respondido a ninguno de los diez mensajes que le había enviado. Me había estado ignorando toda la mañana y no tenía ni idea de por qué.

Dejé el móvil a mi lado sobre la mesa y abrí de golpe uno de mis libros de texto, porque, si Aster no venía, iba a impresionarla recitando el siguiente tema de mi clase de Economía. No se esperaría que hubiese llegado tan lejos. Una leve sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en la última vez que acerté todas las preguntas y en lo bien que sabía.

Con ella no se trataba solo del sexo. Algo que consolidamos la otra noche al admitir ambos lo mucho que nos queríamos. Nunca se lo había dicho a otra chica, pero con Aster, sentí que era lo correcto. Con ella siempre siento que es lo correcto. Era porque ella era perfecta, y ahora era capaz de admitírmelo a mí mismo sin reparos. Todo en ella encajaba con lo que yo quería. Su humor autocrítico, su risa, su inteligencia. El hecho de que pudiera chincharme en cualquier momento, y a mí me flipaba. A todas horas. Todos los días.

Mi concentración flaqueaba un poco hoy porque algo en la biblioteca parecía diferente. El lugar estaba más silencioso de lo habitual, y solo lo rompía algún que otro susurro agudo.

—Lo sé. No me lo puedo creer. —Era la voz más alta que había oído en todo el día, y cuando levanté la vista y vi a Alex y a Hazel, otros dos alumnos de Aster, agucé el oído, interesado.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —Alex la miró con desaliento, con la voz áspera por la irritación. Normalmente no era de cotilleos, sobre todo después de haber visto de primera mano cómo podían arruinarle la vida a alguien con lo de Hayden, la novia de Adam, pero estaban hablando tan alto en un lugar silencioso que era difícil ignorarlos.

—No lo sé. —Hazel levantó las manos, exasperada.

—¿Nos creerá la gente si contamos nuestra versión de la historia? —Y así, sin más, tuve que parar, porque ahora el tema sonaba personal.

Bajé la cabeza, me puse los auriculares y ahogué el ruido con una de esas músicas para concentrarse que Aster me había recomendado.

Avancé el capítulo y un par de teorías más, distrayéndome solo de vez en cuando con el móvil, esperando que Aster por fin hubiera respondido. Normalmente no estaba tan desesperado, pero, por lo visto, cuando se trataba de Aster, era como un perrito abandonado.

Me quité rápidamente los auriculares cuando sentí que alguien me daba un golpecito en el hombro, esperando ver la cara de disculpa de Aster al levantar la vista. Lástima que, en su lugar, me encontré con la cara arisca de un jugador de hockey.

—Eh, Tanner. No me había dado cuenta de que estabas aquí —dijo Alex, con Hazel obedientemente a su lado.

Apreté la mandíbula, casi seguro de que iba a buscar pelea por escuchar a escondidas, ya que los jugadores de hockey eran conocidos por su mal genio. Con mi metro noventa y cinco, no era precisamente un tipo bajo, pero Alex era defensa y había oído que le

gustaba pelear. Algo de lo que no quería formar parte justo antes del inicio del campamento de entrenamiento de verano.

—¿Sí? —Sin preguntar, retiró la silla de enfrente y se sentó. Luego le hizo un gesto a Hazel para que hiciera lo mismo. Sosteniendo sus libros, ella lo miró con una sonrisa dubitativa antes de unirse a nosotros.

Él se jugueteaba con los pulgares. Ella miraba a cualquier parte menos a mí, y todo me daba la sensación de una incómoda reunión para tomar el té.

—Solo quería ver cómo lo llevas.

La preocupación en el rostro de Alex no encajaba con su pregunta. ¿Que cómo lo llevaba? ¿Se refería a mi suspensión? Debía de ser eso, porque él había sido víctima de la misma suerte que yo. —Estoy bien. El entrenamiento va bien, y espero ser el *quarterback* titular la próxima temporada, ya que Aiden ha perdido toda la motivación ahora que tiene a Alyssa Barnes del brazo. ¿Y tú? ¿Has subido tus notas lo suficiente para jugar?

Soltó una risa sarcástica y miró a Hazel. —Sí, tío. Estoy bien, pero no hablaba de fútbol. Hablaba de Aster.

¿Aster?

Dirigí la mirada a mi móvil, por si acaso me había contestado por fin. No lo había hecho.

—Estamos bien —respondí con firmeza, porque, francamente, no es asunto suyo, y me sorprendió que siquiera preguntara.

—¿De verdad? —intervino Hazel con entusiasmo—. ¿Has hablado con ella hoy? No ha respondido a ninguna de nuestras llamadas y estamos preocupados.

La preocupación se apoderó de mi cuerpo al instante. ¿Me estaba perdiendo algo?

—No —dije arrastrando las palabras, mirándolos a los dos, esperando que uno de ellos dijera algo.

Hazel se detuvo y una especie de revelación cruzó su rostro mientras miraba a Alex. —Ah, ¿no lo has hecho? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Ayer por la mañana. Estuvo ocupada con el decano ayer, así que no quise molestarla. —Omití el hecho de que le había enviado mensajes y la había llamado varias veces sin éxito—. ¿Por qué? ¿Qué pasa? —Mientras los miraba, sus ojos se abrieron como platos y Alex soltó un largo suspiro.

—Supongo que entonces no has mirado tu correo, ¿no?

Cogí el móvil y lo desbloqueé. Seguía sin haber un mensaje de Aster, pero eso ya no me preocupaba. Me preocupaba ese supuesto correo que no había revisado.

—No. ¿Qué pone? —Me levanté, pasando el dedo por la pantalla del móvil, listo para irme y llegar hasta mi chica.

El corazón me latía a un ritmo errático porque me esperaba lo peor. Si le había pasado algo, nunca me lo perdonaría. No después de lo que le ocurrió a Thea durante nuestro último año de instituto.

Deslicé el pulgar por la pantalla porque tardaba demasiado en cargar. Puede que solo fueran unos segundos, pero parecieron una eternidad.

La mano de Alex se posó en mi hombro. —Siento que seamos nosotros los que tengamos que decírtelo.

—¿Decirme el qué? —espeté con tanta fuerza que la gente a nuestro alrededor giró la cabeza en nuestra dirección.

Se quedó desconcertado y, en lugar de esperar su dramatismo, volví a centrar mi atención en el móvil. Treinta mensajes nuevos aparecieron en negrita y, mientras los repasaba, no vi nada

sospechoso. Eso fue hasta que apareció arriba del todo el que tenía una banderita roja.

SOLICITUD DE REUNIÓN URGENTE CON EL DECANO FARREN.

Fruncí el ceño.

¿A qué venía eso?

¿Tenía esto algo que ver con la reunión de Aster de ayer?

—Están investigando a Aster —admitió Hazel al fin. La lástima se reflejaba en sus caras cuando los miré.

—¿Por qué? —fue lo único que pude articular, porque todo me daba vueltas en la cabeza.

—Por sus métodos de tutoría.

—¿De qué estáis hablando? Aster no ha hecho nada malo.

Alex fulminó con la mirada a Hazel, que se mordía el labio con tanta fuerza que casi esperaba que se hiciera sangre. —¿Pero eso no es todo, verdad, H?

—¿Hay más?

Hazel bajó la mirada, y era casi como si se avergonzara de mirarme.

—Como parte de esta investigación, se están poniendo en duda sus relaciones.

—¿Con quién? ¿Conmigo? Porque eso es totalmente consentido y, en todo caso, fui yo quien insistió —maldije, molesto porque yo pudiera ser la razón por la que estaba en problemas cuando, básicamente, la obligué a trabajar conmigo—. Si hubiera sabido que afectaría a su reputación en la universidad, obviamente no habría seguido adelante.

—Contigo no —negó Alex con la cabeza; el remordimiento era palpable en su expresión. Apostaría a que estaba molesto por haber

metido la pata y haber acabado siendo él quien tuviera que contármelo.

—¿Entonces con quién?

—Con el profesor Murphy.

Tragué saliva, pero tenía la garganta tan seca que la sentía áspera e irritada. El profesor Murphy era el que le estaba ofreciendo el puesto de ayudante de cátedra, pero nunca había sospechado que hubiera nada raro entre ellos.

Alex y Hazel guardaron silencio, dejándome procesar aquello porque sabían que había estado saliendo con ella, y odiaba que me miraran con lástima. La misma lástima que me tenían cuando me dejaron en el banquillo.

¿De verdad todo el mundo me creía tan tonto como para no darme cuenta de que mi chica me estaba poniendo los cuernos? Vale que yo no ayudaba a la situación al haber suspendido las asignaturas más básicas de aquí, pero era imposible que esto fuera verdad. Era casi de risa que alguien pudiera siquiera pensarlo.

Conocía a Aster mejor que nadie aquí, y sabía que era imposible que tuviera una aventura con su profesor. Era demasiado estudiosa, demasiado buena para eso.

Intentar procesar este lío era casi imposible, así que abrí el correo urgente y lo leí. Cuanto más leía, más se me encogía el corazón.

«Ha llegado a nuestro conocimiento que la señorita Aster Paige ha estado utilizando medios de dudosa reputación y potencialmente poco éticos para ayudar a mejorar las notas de sus alumnos. Se nos han entregado pruebas y debemos investigar su procedencia. Por lo tanto, solicitamos su cooperación en esta investigación para garantizar un resultado rápido».

El decano estaba investigando a Aster y tenían pruebas.

—¿Qué pruebas tienen? —pregunté, sin dejar de revisar el correo. Estaba en modo de ataque, porque sabía que todo esto era falso. Conocía a Aster, y la persona que intentaban describir en este correo era una especie de arpía mentirosa. Ella no era eso. Ni siquiera quiso aceptarme como cliente hasta que se lo supliqué.

—Al parecer, otra persona a la que le dio clases particulares ha declarado y admitido que le ayudó a hacer trampas, y que alardeó de que tenía al profesor Murphy comiendo de la palma de su mano y que podía conseguir que hiciera lo que ella quisiera.

Eso no sonaba para nada a Aster, pero recordé de repente mi primera sesión de estudio y cómo se las apañó para conseguirme un trabajo de puntos extra para ayudarme a subir la nota. ¿Contaba eso como poco ético? ¿Lo consiguió porque me estaba poniendo los cuernos con el profesor? Bueno, si hubiera sido al principio, no me estaría poniendo los cuernos. Pero, aun así…

¿Era Aster de verdad la chica que creía conocer?

Por supuesto que sí. Todo esto era una estupidez.

Mi mente sabía irrevocablemente que le estaban tendiendo una trampa a Aster. Había pasado demasiado tiempo con ella para creerme ninguna de estas patrañas, sobre todo si venían de un excliente cualquiera.

—¿Sabéis qué estudiante ha sido?

Alex se rascó la nuca, reacio a decírmelo. Enarqué una ceja, mirándolo con insistencia.

—Fuiste tú el que me buscó para preguntarme cómo estaba ella. No te puedes enfadar porque te haga la pregunta.

Alex suspiró, dejando caer la mano junto con la farsa.

—Mi compañero de equipo, Connor Stephenson.

En cuanto su nombre salió de la boca de Alex, supe que todo era mentira.

—El otro día, en el vestuario, se estaba jactando de que ella le ayudó a hacer trampas para sacar mejores notas, y que probablemente tenía algo que ver con que es buena en el sexo oral.

Sin pensar, di un puñetazo en la mesa. Estaba enfadado. Tan frustrado que quería lanzar cosas y verlas romperse. Estaban manchando el nombre de Aster por pura diversión.

Se oyeron jadeos por toda la reverberante biblioteca, pero yo estaba demasiado consumido por mi propia rabia como para disculparme.

—¿Y le han creído? Desde luego que hubo trampas entre ellos, pero era él quien la engañaba con Rachel.

—Es el hijo del entrenador Stephenson. Eso le da a su nombre cierta credibilidad.

—No le crees, ¿verdad? —en cuanto su nombre salió de la boca de Alex, supe que todo era un montaje. Seguramente él y Rachel lo habían planeado todo. Si habían recopilado las pruebas, estaba seguro de que todo eran mentiras.

—Claro que no. Connor es un idiota y sabe que ya no puede jugar. Sus notas son peores que antes, y creo que solo intentaba fanfarronear. Sin embargo, uno de los entrenadores le oyó, lo que llevó a que lo investigaran.

—¿Y le echó la culpa a ella?

—Supongo que sí.

Le daba vueltas a la cabeza pensando en todas las formas en que podría hacérselas pagar a Connor, pero sabía que aporrearlo hasta que no viera tres en un burro no ayudaría en nada a Aster. Él era el tramposo, no ella.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Alex y Hazel se miraron con inquietud antes de que Hazel dijera: —Por eso hemos venido a hablar contigo. Suponemos que a Aster le han dicho que no puede hablar con nosotros mientras lo investigan

más a fondo, pero pensábamos que tú podrías ser la excepción. Ya veo que no.

Apreté los labios, intentando pensar en una forma de salvar a Aster, pero llegué a la conclusión de que tendríamos que oír su versión de la historia antes de poder planear nada.

—Dejadme hablar con Aster. Lo solucionaremos.

Junté los libros, los metí en la mochila y me dirigí directamente a la habitación de Aster. No iba a enfrentarse a esto sola. Iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para ayudarla.



Cuando se abrió el ascensor de las residencias, me sorprendió encontrar a Thea fuera de la habitación de Aster, con la frente apoyada en la puerta. El estruendo de los graves de la música rock retumbaba por el pasillo, y sabía perfectamente de dónde venía.

—¿Aster? ¿Vas a dejarme entrar? —dijo Thea, ahuecando las manos alrededor de la boca con la esperanza de que su voz se oyera por encima del ruido. Volvió a golpear, pero dudaba que Aster la hubiera oído.

Thea ladeó la cabeza con exasperación, pero, cuando me vio, la levantó de golpe y sonrió de oreja a oreja.

—¡Tanner, estás aquí!

—¿Qué le pasa a Aster? —pregunté, aunque obviamente ya lo sabía, pero quería saber si Thea estaba al tanto de algo.

Se encogió de hombros. —No tengo ni idea. La vi entrar corriendo por el pasillo llorando anoche y, cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que no quería hablar de ello.

—¿Y no se te ocurrió llamarme? —Vale, eso fue un poco más brusco de lo que debería haber sido con mi gemela, pero estaba cabreado.

Aster había estado mal por esto toda la noche y yo no había estado allí para consolarla.

Thea se quedó boquiabierta y me empujó con todas sus fuerzas. Aunque, la verdad, no fue para tanto. Apenas me inmuté. —¿Y por qué no te llamé? ¡Porque pensé que a lo mejor el capullo habías sido tú!

—No he sido yo. —Apoyé la oreja en la puerta, con la esperanza de oírla moverse por la habitación, pero la música estaba demasiado alta.

—Entonces, ¿qué le preocupa tanto como para sentir la necesidad de poner la música más alta que en aquel festival de música *country* al que te obligué a ir en esa granja de cacahuetes?La miré con los ojos entrecerrados, sin querer que me recordara que me hizo estar de pie en un campo de cacahuetes durante ocho horas a pesar de tener una leve alergia a los frutos secos. —Deja que me encargue yo.

—¿Sabes lo que ha pasado? No es por su madre, ¿verdad?

—No. No lo creo.

El rostro de Thea se ensombreció mientras me apartaba de un empujón. —Tanner, por favor, ¿no me dirás que eres tú la razón por la que está ahí dentro llorando? Porque, si es así, no tendré ningún reparo en darte una paliza. Puede que seas mi hermano pequeño, pero Aster no ha hecho nada para merecer que la trates como un idiota.

Levanté las manos; me habría reído, pero toda la situación era demasiado seria para eso. —Te he dicho que no soy yo, pero tengo una idea bastante clara de lo que ha pasado, así que, si no te importa, voy a ver si consigo que hable.

Eso hizo que Thea se calmara y entrara en razón. Me conocía de toda la vida, pero había forjado tal lealtad con mi novia que estaba

dispuesta a enfrentarse a mí por esto. Aster era alguien especial, y ambos lo sabíamos.

—Como me entere de que le has hecho daño, te la devolveré el doble de fuerte.

Puse los ojos en blanco, apartándola suavemente antes de ocupar su lugar frente a la puerta.

—Seguro que sí. Ahora, por favor, vuelve a tu zulo para que pueda arreglar esto.

Caminando hacia atrás, Thea no me quitó los ojos de encima hasta que llegó a su puerta, negando con la cabeza. Cuando desapareció en su cuarto, volví a centrarme en la puerta casi palpitante que tenía delante.

Llamé tres veces y, al no oír nada, dije: —Aster. Soy yo. Abre.

No hubo respuesta, pero no me di por vencido. Forcejeé con el pomo, y estaba cerrado con llave, así que aporreé la puerta, asegurándome de que pudiera oírme por encima de la música.

—Aster. Por favor, abre. Soy yo. Tanner.

Seguía sin haber respuesta.

Apoyé la frente en la puerta y suspiré con frustración. No había nada que pudiera hacer. Solo nos separaba un tablón de madera, pero parecía mucho más.

La música se cortó y agucé el oído. —Aster —le dije a la madera, y empecé a aporrearla de nuevo. Por fin había suficiente silencio como para oír sus suaves sollozos al otro lado. Agarré el pomo e intenté forzar la puerta, pero debía de tener algo más que un simple cerrojo, porque no cedía.

—Aster. Por favor. Abre.

—No puedo —gimió lo bastante alto como para que la oyera.

—¿Por qué no?

—Porque se supone que no debo hablar contigo.

Refunfuñé, molesto por que Aster fuera tan estricta con las normas, incluso cuando no la beneficiaban.

—¿A quién le importa? Soy tu novio. Te quiero y necesitamos hablar.

Con la cabeza gacha y la mano en la puerta, no quería tener esta conversación en público, pero casi me estaba obligando a ello con su cabezonería.

—Aster —suspire—. Sé lo que ha pasado. Lo han entendido todo mal. Lo resolveremos, pero, por favor, déjame entrar para que podamos hablar. No quiero perderte por una nimiedad como esta.

Cuando abrió la puerta a regañadientes, se me cayó el alma a los pies porque nunca la había visto así. No era solo que tuviera la cara cubierta de rímel corrido o la piel roja y amoratada. Sus ojos parecían casi sin vida. Me imaginé que así debían de estar los míos el día que me dijeron que me dejaban en el banquillo por primera vez.

—Aster —dije con un nudo en la garganta.

Se apartó para dejarme sitio para entrar en su habitación de la residencia. Ya había estado aquí muchas veces, pero hoy parecía distinto. Su habitación no estaba tan ordenada como de costumbre. Nada estaba en su sitio como siempre, y además había una maleta gigante que saltaba a la vista sobre la cama.

Se marchaba, y se me oprimía el pecho solo de pensarlo.

—Lo siento. —Su voz sonó tímida, y no soportaba oírla así. Se sentó en su cama deshecha, bajó la mirada a su regazo y se tomó un momento para respirar. Tras sonarse, finalmente clavó sus ojos en los míos—. Creo que no podemos seguir viéndonos.

Me quedé quieto un minuto, asimilando sus palabras porque no tenían ni puto sentido. —¿Espera, estás cortando conmigo? —No respondió, pero eso ya era una respuesta—. ¿Qué? ¿Por qué?

Hizo una mueca de dolor porque mis palabras salieron un poco más duras de lo que pretendía, pero, en serio, ¿qué se esperaba? Llevaba todo el día ignorándome, y yo sabía por qué, pero en lugar de hablarlo, ¿solo quería huir del problema? Las relaciones sanas no funcionaban así.

La última vez que la vi, mi cabeza estaba entre sus muslos y ella gritaba mi nombre. Ahora, quería fingir que no había pasado nada entre nosotros.

—Me han dicho que no debo hablar con ninguno de mis alumnos hasta nuevo aviso.

—Pero antes que nada soy tu novio.

—Aun así. Es poco profesional, y no debería haber dejado que esto llegara tan lejos. —Maldijo por lo bajo—. Debería haber aprendido la última vez que no era lo correcto.

—¿Porque eres mi tutora? —pregunté, enarcando una ceja. Ella asintió y yo me eché hacia atrás—. No parecía importarte mucho cuando fingías salir conmigo para devolvérsela a Connor. ¿Qué ha cambiado?

—El patrón que muestra mi comportamiento.

Era tan dramático y tan poco propio de Aster. Ella siempre era muy certera y analítica con lo que decía. No se andaba con dramas porque no la llevaban a ninguna parte.

—¿Y qué comportamiento es ese?

—Salir con mis alumnos. —Resopló con los ojos cerrados, resignada a tener que darme más explicaciones de las que me había dado hasta ahora—. Mañana vas a recibir una llamada del decano.

—Ya he recibido un correo suyo hoy pidiéndome una reunión porque quería hablar de tu conducta.

Abrió los ojos como platos y pareció algo traicionada, pero iba a enterarse tarde o temprano y, para ser sincero, no quería que

pensara que cortar conmigo era una opción. Íbamos a solucionar esto, juntos, le gustara o no. Iba a luchar por ella.

—Por favor, mañana no le digas que soy tu novia.

Solté una risa ahogada. —Bueno, eres tú la que acaba de cortar conmigo, así que no sería mentira. —Fue un golpe bajo, pero me estaba frustrando el rumbo que llevaba la conversación.

—Bien —replicó—. El decano te hará muchas preguntas sobre mis prácticas y necesito que respondas con la verdad. No puedo permitir que te metas en problemas por cosas que yo he hecho.

—¿Cosas que tú has hecho? ¿Qué has hecho aparte de enseñarme nuevas técnicas de estudio? Vale que sigo pensando que aquella sesión de aprendizaje kinestésico en el campo fue solo una excusa para restregarte conmigo, pero tus otros métodos han funcionado.

Cerró los ojos con fuerza, sin estar de humor para mis bromas. —Por favor. Por favor. Por favor. No le menciones eso al decano.

—Era una broma, profe. Eso no es asunto de nadie más que nuestro. —Me contuve de abrazarla porque no estaba seguro de si querría, ya que parecía muy nerviosa—. Pero nada de eso es verdad, así que solucionaremos esto. El decano es un hombre inteligente. Se dará cuenta de que Connor hablaba por hablar y te declararán inocente.

Apretó los labios en un intento fallido de evitar que le temblara la barbilla. —No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

—Hay algo de verdad en ello. —No pudo mirarme al decirlo, lo que me enfadó más de lo que me gustaría admitir.

—¿Es tu forma de decirme que *sí* te acuestas con el profesor Murphy? Porque sé a ciencia cierta que no ayudaste a Connor a copiar.

No rompas el escritorio. No rompas el escritorio. NO ROMPAS EL PUTO ESCRITORIO.

Me temblaban las manos y las había cerrado en puños para intentar que pararan, porque imaginar a Aster con cualquiera que no fuera yo hacía que mi cerebro se desbocara a lugares a los que no debía.

—No —espetó tan rápido que la creí—. Está felizmente casado. Por no mencionar que me saca veinte años.

—Entonces, ¿cuál es la verdad?

—Técnicamente, ayudé a Connor a copiar. Tienen pruebas.

—¿Lo hiciste?

—No a propósito. No me di cuenta de que estaba usando una IA para escribir sus redacciones, así que cuando me las traía, yo se las corregía y él las cambiaba palabra por palabra.

—¿Cuándo te diste cuenta?

Me miró con aire avergonzado antes de que una lágrima solitaria cayera de su ojo. —Estaba en la biblioteca con él y vi que se abría la aplicación de la IA. Le planté cara y me dijo que no era para tanto. Pensó que nadie se enteraría, sobre todo porque yo le ayudaba a editarlas. —Hizo un gesto displicente con la mano—. Dijo que creía que, como yo las editaba, técnicamente se consideraban obra suya. —Se retorció las manos y bajó la vista—. Debería haberlo parado y haberlo denunciado en ese mismo instante. Lo amenacé con hacerlo, pero luego lo vi con Rachel un par de horas más tarde y no le vi el sentido. Ya no era mi problema.

—Pero eso debería tener más consecuencias para él que para ti.

—Debería, pero su padre trabaja aquí y probablemente solo le darán un tirón de orejas. Por desgracia, no creo que a mí me vaya igual. Él y Rachel quieren verme caer por alguna estúpida razón.

—Están celosos. —Me lanzó una mirada de confusión—. Los dos están celosos de ti. Eres lista, guapa y te importa un bledo lo que

piensen los demás. Ojalá tuvieran ellos alguna cualidad admirable. No vas a caer. No vamos a dejar que pase.

—Ya ha pasado. Estoy suspendida hasta que se complete la investigación y, si encuentran más pruebas, me expulsarán. Ni siquiera sé si van a dejar que vuelva después de esto.

—Volverás. El que está en problemas es Connor, no tú.

Se mordió el labio inferior, y yo odiaba que nada de lo que pudiera decirle la calmara. —Sea como sea, no puedo quedarme aquí. —Finalmente, señaló la maleta gigante—. Supongo que, por lo menos, ya tenía planeado irme a casa con mi madre.

Cansado de la distancia, le cogí la mano y le besé todos y cada uno de los nudillos.

—Voy a hacer todo lo posible para limpiar tu nombre.

—No tienes que hacer eso.

—Claro que sí. Eres lo mejor de esta universidad y no deberían juzgarte por un solo error. No pueden darme a mí una segunda oportunidad con el fútbol y a ti, una suspensión.

Me dedicó una sonrisa débil, casi sarcástica. —Pero esa es la cuestión. Que sí pueden.

—Desde luego que pueden intentarlo, pero no les dejaré.

Bajó la mirada al suelo y musitó en voz baja:

—Gracias.

—Te echaré de menos. —Le froté la mano con el pulgar, porque la realidad de estar sin ella, aunque solo fuera por unas semanas, era horrible.

Volvió a levantar la vista, de repente serena. —No te preocupes. Sé que se supone que no debo darte clase, pero me aseguraré de seguir ayudándote. Te enviaré guías de estudio y podremos tener sesiones virtuales, pero, sinceramente, Tanner, creo que puedes

hacer todo esto por tu cuenta. Ahora que te han enseñado mejores técnicas de estudio, no me necesitas.

—¿Es eso lo que crees que me preocupa? ¿Necesitarte para estudiar? Porque no es el caso. Te necesito a *ti*. Desde que te conocí, te has convertido en una parte muy importante de mi vida. No voy a dejar que te vayas porque un estúpido jugador de hockey y una buscona no se salieran con la suya. No voy a dejar que echen a lo mejor que hay aquí. No después de todo lo que has hecho por mí.

—No creo que puedas ayudarme.

—Eso está por ver.

Tanto si aceptaba mi ayuda de buen grado como si no, estaba decidido a hacer lo correcto por ella y a conseguirle la justicia que se merecía. Solo necesitaba averiguar cómo.

CAPÍTULO 23

Aster

Tanner: *¿Al menos me vas a mandar un mensaje con la hora a la que te vas para que pueda ir a despedirme? Todo esto es ridículo.*

Resoplé al leer el mensaje de Tanner y lo descarté con un gesto, ignorándolo por enésima vez y sintiéndome tan fatal por hacerlo como la primera vez.

No era culpa de Tanner que yo me estuviera comportando así. A todos los efectos, Tanner se estaba portando como un novio perfecto y que me apoyaba en todo. Era todo lo que siempre habría imaginado querer. Solo que no era lo que necesitaba en este momento. Ahora mismo, lo único que deseaba era regodearme en mi propia autocompasión hasta que supiera el resultado de la investigación. No quería arrastrar a Tanner conmigo. Ni a Hazel y Alex, ya puestos. Connor... Bueno, él podía venirse conmigo derechito al infierno. Solo que no creía que las cosas fueran a salir así.

Connor tenía gente de su parte. Gente importante que no quería culparlo por las trampas. Dios no quiera que el hijo de un miembro del profesorado hiciera trampas para seguir en el banquillo del equipo de hockey. No, tenía que ser la chica la que lo había manipulado para que hiciera trampas. Yo era la tentadora que le había presentado la inteligencia artificial al deportista tonto y le había cambiado la vida. Todo iba a ser culpa mía, porque ¿qué responsabilidad iba a tener un atleta?

Al mirar alrededor de mi dormitorio, no podía creer lo vacío que estaba. Dos años de mi vida, empaquetados en esta única bolsa medio llena. Era triste, pero resumía por completo mi estancia aquí.

Nunca intenté llamar la atención. Solo quería pasar por la universidad dejando el menor rastro posible. Quizá podría graduarme antes de tiempo y ganar un montón de dinero trabajando en algún laboratorio de investigación, y nunca tendría que asistir a una reunión de antiguos alumnos.

Estaba contenta con ese plan.

Pero entonces conocí a Tanner, y eso lo cambió todo.

Tanner me cambió para mejor. Hizo que me importara algo más que yo misma y mis propios logros. No solo había forjado una amistad con él y su hermana, sino un vínculo que nunca pensé que encontraría con nadie más.

Lo quería, y podía verlo cada vez que me miraba. Él también me quería a mí.

Y, sin embargo, lo estaba ignorando.

Porque era más fácil que afrontar la realidad de que me iba de la Universidad de Covey —y, por tanto, de su lado— por un futuro indefinido.

Puede que no volviera nunca, dependiendo de los resultados de la investigación. ¿Qué haría si no entraba nunca más en este dormitorio? ¿Qué pasaría conmigo si me declaraban culpable de todo lo que Connor me acusaba? ¿Me aceptaría otra universidad con una suspensión por hacer trampas en mi expediente?

Poco probable.

Y las que lo hicieran no serían tan prestigiosas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me negué a dejarlas caer. Solo cuando sentí la humedad en las mejillas supe que era inútil pensar que podría detenerlas.

Todo esto por confiar en el chico equivocado.

Metí las últimas camisetas en la bolsa, consciente de que esto podría ser el final. ¿Quién sabe? Quizá Thea se quedaría con mi dormitorio ahora. Supongo que al menos saldría algo bueno de que me expulsaran. Aunque podría tener el disgusto de tener una compañera de cuarto, y no sabía hasta qué punto le gustaría eso.

Pensar en todo ello hizo que se me saltaran las lágrimas, porque me estaba superando un poco. No podía creer que esto estuviera pasando. Apenas había hecho nada malo y, sin embargo, me estaban castigando y mi nombre se estaba arrastrando por el fango por todo el campus. Oía los susurros cuando iba a cenar. La gente pensaba que yo era la zorra que había conseguido que suspendieran al profesor Murphy, porque no solo yo iba a caer por los errores de Connor. El profesor Murphy también.

Mi móvil vibró de nuevo y consideré ignorarlo porque probablemente era Tanner, pero sabía que no podía, ya que un taxi vendría a recogerme pronto.

Desconocido: *Hola, señorita Paige. Su taxi llegará en aproximadamente diez minutos.*

Toc. Toc. Los golpes en la puerta hicieron que el corazón me diera un vuelco, porque no podía creer quién había decidido venir a visitarme el día que me iba.

Rachel estaba asomada a mi habitación, sonriéndome como si tuviera una razón para estar allí. Como si fuéramos amigas y se estuviera despidiendo antes del final del verano.

Contempló la habitación, incapaz de ocultar su petulante satisfacción al ver que no quedaba ni rastro de mí allí.

—¿Qué hace usted aquí, Rachel?

Sin pedirme permiso, dio otro paso descarado para adentrarse en mi cuarto.

—Solo pensaba ver cómo estaba. Es una aspirante, después de todo.

—No, no lo soy. Ya le dije que abandoné el proceso.

—¿Está segura? Porque he venido a hablar de las implicaciones de su suspensión. Por desgracia, no podemos aceptar aspirantes bajo escrutinio académico y, lamentablemente, esa es usted.

Su sonrisa era amplia, y pude ver cómo miraba por encima de mi hombro para verse en el espejo.

—No puede echarme. Ya lo dejé yo.

Esa sonrisa espeluznante de nuevo. —Eso no es lo que dicen nuestras notas.

Tragué saliva, preguntándome si esto también acabaría de alguna manera en mi expediente debido a la suspensión académica, pero entonces recordé que se trataba de Rachel, y que joderme era su pasatiempo favorito. Esto no era más que otro triste intento por su parte de controlarme. Se aseguraría de que constara aunque no tuviera por qué.

—¿Necesitaba algo? Porque estaba a punto de irme.

—Sí —dijo arrastrando las palabras, como si se suponía que debía impresionarme lo sexi que sonaba su voz—. Solo quería ver si los rumores eran ciertos y si se iba.

—¿Así que ha venido a regodearse?

—He venido porque para mi hermandad era importante asegurarse de que la gente que no debería estar en ella se marchara. Usted carece de la integridad para ser una hermana.

—Tiene gracia, viniendo de una víbora como tú. —Me reí con sarcasmo, y era obvio que a Rachel la había pillado por sorpresa la pulla. Probablemente estaba acostumbrada a que la gente le dijera que sí a todo y a que hicieran lo imposible por complacerla. Pues bien, conmigo se iba a quedar con las ganas.

Con la mano en el pecho, como si fuera una damisela del sur, me lanzó una mirada incrédula. —¿Una víbora? ¿De verdad se atreve a llamar víbora a la presidenta de la hermandad en la que suplicaba por entrar? Con razón no la queríamos.

—Está reescribiendo un poco la historia, ¿no le parece? Yo no estaba suplicando.

—Su madre sí, sin embargo. —Rachel bajó la barbilla, y supe por su expresión que la emoción se reflejaba en mi cara con la mera mención de mi madre—. ¿Cómo está, por cierto? —Su voz destilaba sarcasmo—. El cáncer es una auténtica putada.

—Está bien. —Apreté los labios. Estuve a punto de estamparle la maleta en la cara, pero no podía hacerlo.

—Bien. En fin, debido a la investigación, vamos a tener que rescindir su oferta. —No creo que pudiera parecer más feliz al decir esas palabras, ni entendía por qué disfrutaba tanto siendo una cabrona.

—Usted no me ofreció nada porque yo abandoné el proceso. Ahora, le agradecería que se marchara de mi habitación. —Agarré el asa de la maleta y empecé a arrastrarla hacia la puerta, con la esperanza de pasarle por encima del pie sin querer.

Soltó una carcajada y me encogí. ¿Por qué su risa me dolía tanto en los oídos?

—¿Su habitación? Ya no.

—Sigue siendo *su* habitación, Rachel. —Para mi sorpresa, Thea estaba en la puerta, observando a Rachel con los brazos cruzados y los ojos entornados—. Puede que la deje para unas largas vacaciones, unas a las que la has obligado tú, debo añadir, pero volverá antes de que recuperes el sentido del estilo. Aunque no será muy difícil, ya que, para empezar, nunca lo has tenido.

Casi me ahogo de la risa con sus palabras, pero me contuve, viendo cómo Rachel retrocedía un paso.

Por muy segura de sí misma que se mostrara conmigo, Thea parecía desconcertarla. Le lanzó una mirada de desprecio y retrocedió con pasos lentos y vacilantes, esperando que no nos diéramos cuenta.

—Me alegro de verte, Thea —espetó Rachel—. En fin, solo venía a ver cómo estaba. Tengo que arreglar un par de cosas para las posibles aspirantes.

Con los labios apretados y los brazos cruzados, Thea se limitó a observar cómo Rachel se escabullía de mi habitación como si fuera su presa. Fue extraño, porque, aunque conocía a Thea desde hacía un par de meses, nunca la había visto tan seria.

—¿A qué ha venido eso?

Thea me restó importancia con un gesto. —A nada. Solo he oído algunas cosas de unas chicas de mi curso y puede que me enfrentara a ella la otra noche que salí.

—¿Lo hiciste?

—Sí, pero no quiero hablar de ello. Ahora mismo, quiero saber cómo lo llevas.

Agarré la maleta con más fuerza, porque no podía decir exactamente que estuviera bien, pero las cosas podrían haber sido peores. —Estoy bien.

Thea me atrajo hacia sí en un abrazo. —Sabes que no voy a dejar que nadie se acerque a esta habitación mientras estés fuera. Como alguien toque la puerta, haré que se arrepienta.

—Gracias —dije, aturdida, sin saber muy bien cómo sentirme al respecto, así que decidí cortar por lo sano—. Será mejor que baje la maleta. No quiero que me cobren un extra por hacer esperar al taxi.

—Deja que te ayude.

Su voz tenía la capacidad de derretirme sin proponérselo.

—Tanner, ¿qué haces aquí? —Sin pensarlo, caí en sus brazos, dejando que su cuerpo me llenara con el calor que me había estado negando. Su aroma amaderado mezclado con canela removió algo en lo más profundo de mi alma, y el dolor de dejarlo atrás se hizo más real. Era exactamente la razón por la que no quería verlo antes de irme, porque verlo significaba tener que admitir algunas verdades muy duras.

No quería dejar a Tanner porque lo amaba.

No era un amor de gritos y exageraciones. Era solo un latido constante y firme por el hombre que de alguna manera me había empujado a salir de mi zona de confort, y la idea de dejarlo atrás hundía mi corazón en las profundidades del océano.

No quería dejarlo. No quería dejar la Universidad de Covey, y aunque todo esto era temporal, me parecía demasiado permanente para creerlo.

—¿De verdad pensabas que te dejaría marchar sin despedirme? —Apreté los labios porque sabía la respuesta que él quería, pero solo podía darle la que no. Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza —. Puedes intentar alejarme todo lo que quieras, pero estoy en esto contigo. Voy a apoyarte en todo esto. Ya no tienes elección.

Le dediqué una pequeña sonrisa, porque no sabía de qué otra forma expresar mi gratitud. —Me alegro de que estés aquí.

—Y yo me voy. —Thea negó con la cabeza y se marchó—. ¿Por qué tenéis que hacer siempre que todo sea tan raro entre nosotros con vuestras miraditas? —No esperaba una respuesta. Ya se dirigía a su habitación, refunfuñando molesta.

—Así que, ¿te vas? —dijo él, agarrando mi maleta y poniéndola a su lado—. Sabes que no tienes por qué hacerlo.

Me reí con amargura. —Bueno, lo que es seguro es que no me permiten quedarme en el campus las próximas dos semanas.

—Siempre podrías quedarte conmigo.

—¿Y que Aiden intente cobrarme el alquiler? No, gracias. Además, necesito estar en casa con mi madre. —Tanner asintió, comprensivo. Sin decir más, sacó la maleta de mi habitación y se dirigió al ascensor—. Sé llevar la maleta yo sola, ¿sabes?

—Lo sé, pero te agradecería que me dejaras ser el novio atento unos minutos más, ya que no tengo ni idea de cuándo volveré a verte.

Selle los labios, y él me pasó un brazo por los hombros, atrayéndome hacia sí. Lo acepté de buen grado porque, por mucho que quisiera pensar que podía superar todo por mi cuenta, me alegraba de que Tanner estuviera aquí para apoyarme.

—Ahora, necesito que me digas todos los momentos en los que tus padres no están en casa.

—¿Por qué? —Arrugué el ceño mientras miraba a mi novio, confundida.

—Todavía me gustaría que me examinases —dijo con una sonrisa, y le di una palmadita en el pecho por la insinuación, a pesar de que sabía que iba a pasar.

CAPÍTULO 24

Tanner

Me quedé mirando el suelo de mármol mientras Alex abría la puerta. Salimos en silencio, sin saber muy bien qué decir. Hazel pasó rozándome antes de apoyarse en la pared. Tenía los labios fruncidos y el ceño arrugado. Solté un suspiro, preguntándome cuál de los tres rompería el silencio. Hazel me lanzó una mirada inquieta antes de dirigir su atención a Alex.

—Ha sido una locura —dijo con incredulidad.

No me salían las palabras, porque no había ninguna que pudiera describir lo jodido que estaba todo este asunto.

¿Os ha animado Aster alguna vez a usar métodos alternativos para mejorar vuestras notas? ¿Ha negociado alguna prórroga o trabajo extra para subir nota con los profesores? ¿Hasta qué punto os ha ayudado a reescribir vuestras redacciones? Veo que tu nota subió de un suficiente a un sobresaliente bajo, ¿cómo lo conseguiste?

Dos horas de interrogatorio y daba la sensación de que no habían llegado a ninguna parte. Hazel, Alex y yo podíamos negar todo lo que quisiéramos que la ayuda que recibimos de ella fuera incorrecta, pero parecía que ya se habían formado una opinión sobre ella.

Y sobre nosotros.

Porque las preguntas no solo eran insultantes para Aster, sino para todos a quienes había dado clases particulares.

Parecían creer que éramos tontos de remate y que la única forma de que hubiéramos mejorado nuestras notas era que Aster hiciera

trampas por nosotros.

¿Qué era más insultante que la gente pensara que mi novia era una tramposa? Que la gente pensara que yo también era un imbécil y que la única forma de aprobar era que ella hiciera trampas por mí.

Decir que estaba cabreado y agotado era quedarse corto.

Aster no ha estado en el campus en las últimas dos semanas mientras la investigaban a ella y al profesor Murphy, y los rumores que corrían sobre mi chica eran una auténtica locura. La gente se había formado su propia opinión, basándose en suposiciones falsas, y ninguna de ellas era cierta. Habían puesto su reputación por los suelos, y odiaba sentirme impotente y no poder hacer nada, porque cuanto más hablaba, más gente asumía que estaba en negación y que solo era su perrito faldero enamorado, creyendo con anhelo que ella podría corresponderme.

No me importaba lo que pensaran los demás. Aster me quería y yo la quería a ella. Era decidida, vivaz y tenaz. Cualquier palabra que describiera a un ser humano increíble, esa era Aster, y me daba absolutamente igual si los demás no la veían así. A ella tampoco le importaba. Eso solo significaba que había más de ella para mí.

—No me puedo creer que piensen que Aster haría trampas —dijo Hazel.

Alex resopló con fastidio. —Eso es porque, técnicamente, las hizo —le lancé una mirada fulminante a mi amigo de hockey y se encogió de hombros—. No es por ser cruel, pero no denunció a Connor cuando descubrió que estaba haciendo trampas. Eso puede poner en duda todo, incluida su integridad. No hizo trampas con nosotros, pero dejó que el hijo de mi entrenador hiciera trampas para seguir en mi equipo.

—Estarás de broma, ¿no? La estás responsabilizando por las cosas que *él* hizo. Lo siguiente será decir que como el profesor Murphy le miró la falda de forma indebida, también fue culpa suya.

—Sí, Alex. Creo que eso es un poco exagerado —intervino Hazel—. A Connor no es que le sobre la integridad, y sinceramente, parece que le tendieron una trampa.

—Sí, ya sabemos que oyeron a Connor alardear de sus logros con ella. Necesitaba usarla como cabeza de turco —dije.

Hazel se mordió el labio y negó con la cabeza. —No. No es eso. Yo…, eh, creo que podría haber algo más.

Aquello me llamó la atención. —¿Qué quieres decir?

A Hazel se le encendieron las mejillas mientras nos miraba a Alex y a mí. Se notaba que dudaba, pero no iba a dejar que se callara. —Hazel, ¿sabes algo?

Tragó saliva, mirando a Alex para que la ayudara, pero él parecía igual de perplejo.

—No estoy del todo segura. Es solo que he oído algunas cosas —hizo una pausa, casi como si no fuera a terminar la frase, y eso no me gustó.

—¿Como qué?

—Supongo que he oído que Connor y Rachel estaban saliendo *antes* de que pasara todo esto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, mucha gente sabe que a Rachel no le gusta Aster por la amenaza que supone para la hermandad.

Me erguí un poco. —¿Qué clase de amenaza? A Aster le da igual. Nunca le ha importado. Solo se estaba planteando la idea de unirse porque se lo pidió su madre.

—Puede que no. Quizá por eso no le gusta a Rachel. Oí que tuvieron algunos encontronazos cuando Aster llegó a Covey. Creo que pudo haber dicho algo así como que no le importaba, pero a la manera de Aster, ¿sabes a lo que me refiero? —esbozó una sonrisita y supe

exactamente a qué se refería. Mi chica era de armas tomar cuando quería—. Dudo que a Rachel le gustara eso. Imagina que alguien que debería respetar todo lo que has hecho se caga en el camino que elegiste tan libremente.

Fruncí el ceño. —Rachel ya es mayorcita. Seguro que puede soportar una pequeña crítica. Yo le di unas cuantas cuando intentó pedirme una cita antes de conocer a Aster.

—A mí también intentó pedirme una cita —rio Alex.

La cabeza de Hazel se giró bruscamente en su dirección, y me pareció que algo muy parecido al dolor se reflejaba en su cara. ¿Me había perdido algo? ¿Estaban estos dos saliendo? Estaba fuera del círculo del hockey, así que no lo sabría. —¿Lo hizo?

—No fue gran cosa. Fue después de un partido al principio de la temporada. Es una buscadeportistas, una de esas que van detrás de los jugadores, como quieras llamarla. Todo el mundo lo sabe. Solo busca a un atleta y supongo que después de que se le acabaran las opciones en el hockey, tuvo que probar con un nuevo deporte.

—Rachel está muy resentida, y supongo que el hecho de que Aster acabara contigo no ayudó —dijo Hazel.

Cerré los ojos, intentando encajar todas las conspiraciones de Hazel, pero me dolía la cabeza por todas las preguntas del decano. Necesitaba un minuto para pensar en esto a solas.

—¿Sabes qué? He quedado con mis compañeros de equipo y llego tarde. Hazel, si te enteras de algo más, ¿me lo harás saber? — Asintió, y le di una palmada en la mano a Alex, dándole un medio abrazo.

Tras despedirnos, me alejé de Alex y Hazel y crucé el campus, dirigiéndome a casa con la cabeza gacha. Mi mente todavía bullía y no quería que nadie me hablara hoy porque sabía que me harían preguntas sobre Aster. Preguntas para las que yo todavía intentaba encontrar respuesta.



—¿Thea? ¿Qué haces aquí? —Mi hermana estaba repantigada en mi sofá de cuero, viendo deportes con Matty y Jackson y comiendo dónuts en nuestra casa compartida como si fuera lo más normal del mundo. ¿Me había perdido algo? Sabía que mi hermana era amiga suya, pero no pensaba que tuvieran tanta confianza.

—¡Eh, Tan Tan! —Levantó un dónut a modo de saludo con una amplia sonrisa dibujada en la cara. Le dio un gran mordisco al glaseado con virutas rosas y masticó como una bestia salvaje—. Me alegro de que por fin estés aquí. Llevo más de una hora esperando.

Tras tragar la masa, dejó con cuidado el dónut a medio comer en una servilleta sobre la mesa de centro y se sacudió los dedos. Se incorporó, pero le dio otro bocado antes de levantarse.

—¿Esos son mis pantalones de chándal?

Se miró los pantalones grises con el emblema de la Universidad de Covey en la cadera y se rio. —Sí, eh, lo siento. Tengo toda mi ropa lavando y me he acordado de que tenía estos, así que me los he puesto. No te importa, ¿verdad? Hemos compartido útero, y poca gente puede decir eso, así que, ¿qué más da un pantalón de chándal entre hermanos?

Me encogí de grima y vi que Matty hacía lo mismo, aunque estaba concentrado en algo en el móvil.

—Demasiada información, reina T —dijo Jackson sin apartar la vista de la tele—. Eh, T. —Se refería a mí—. ¿Sabías que tu hermana acapara todos los dónuts y se niega a irse incluso cuando no la invitan?

Thea jadeó de forma dramática. —¿Cómo te atreves a ser tan insensible? Cuando yo no he hecho más que apoyarte todos estos años.

—¿Años? —Jackson le dio un sorbo a su cerveza—. Te conozco desde hace un par de meses.

—¿En serio? —Se lo pensó un minuto—. Supongo que tienes razón. Lo siento, escucharte hablar sin parar de Aiden ha hecho que parezcan años. Ochenta y dos, para ser exactos.

—¿Queréis parar de tontear? —Matty dejó caer el teléfono, mirando alternativamente a mi hermana y a Jackson, y yo me mordí la lengua por miedo a vomitar. Que mi hermana coqueteara no era nuevo, pero eso no lo hacía más fácil cuando esos dardos iban dirigidos a mi compañero de piso.

—Thea. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, tengo información muy importante que compartir contigo.

—¿Relacionada con...? —Enarqué una ceja. Me crucé de brazos porque, por mucho que quisiera a mi hermana, estaba cansado y me mataba la cabeza.

—Lo mejor que te ha pasado en la vida, aparte de mí.

—¿Qué cotilleo tienes sobre mí? —intervino Jackson, y Matty le tiró un cojín a la cara.

—De ti no —dijo Thea entre dientes—. De Aster —afirmó, como si yo no supiera ya que ella era lo mejor que me había pasado en la vida.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, ¿recuerdas que te dije que estoy pensando en coger una optativa de periodismo el año que viene? —Asentí, preguntándome adónde quería llegar—. Pues he quedado con una chica que estudia eso, Sienna, y le he hecho algunas preguntas sobre cómo destapar una historia.

—Vale —dije arrastrando las palabras, sin querer meterle prisa, pero sabiendo perfectamente que se tomaría su tiempo para explicarlo.

—Bueno, me recomendó algunos libros, empecé a leerlos y pensé que tomaría cartas en el asunto.

—Ve al grano —se quejó Jackson—. Lleva toda la tarde soltando indirectas sobre la estúpida historia.

Thea puso los ojos en blanco, fulminando a Jackson con la mirada antes de volverse hacia mí. —Vale. Resumiendo. Puede que tenga algunos trapos sucios de Rachel que no solo limpiarían el nombre de Aster, sino que podrían significar que Rachel tuviera que dimitir de la hermandad.

Me animé de inmediato. —¿Y has esperado hasta ahora para decir algo?

—He estado trabajando en ello desde que Aster me habló de ella hace un mes, pero no quería decir nada hasta que tuviera algo más.

—Cuéntamelo ya.

Se le iluminaron los ojos y me di cuenta de que tanto Matty como Jackson estaban ahora interesados. —Bueno, siéntate, hermanito. Tengo mucho que contar.

CAPÍTULO 25

Aster

Thea: *Algo gordo va a pasar. Lo presiento. ¿Tú no?*

Negué con la cabeza y dejé el móvil sobre la mesa junto al sillón reclinable porque no tenía ni idea de a qué se refería Thea. No era nada nuevo, pero en los últimos días se había vuelto aún más críptica de lo habitual. Por desgracia, no estaba de humor para devolverle la llamada y, sin duda, hablar de su último encuentro con Jackson. Esos dos llevaban jugando al gato y al ratón un par de meses, y yo nunca había tenido tiempo de preguntarle a Tanner qué le parecía.

—¿Te gusta estar de vuelta en casa? —preguntó mi madre en voz baja mientras se estiraba—. Ojalá me hubieras despertado. Este sofá no es nada cómodo —dijo con voz áspera. Todavía la tenía ronca y le faltaba el aliento, pero los médicos decían que era normal una semana y media después de la operación.

—No he tenido valor para despertarte. Necesitas descansar.

Los médicos nos aseguraron que el cáncer estaba lo bastante localizado como para extirparlo por completo, y yo solo podía esperar que así fuera.

Mi madre golpeó la almohada para acomodarla y me miró. Cerré el portátil y lo dejé en la mesa a mi lado.

—No pasa nada. He de admitir que dar las clases por internet ha sido genial. No tengo que hablar con nadie y puedo centrarme solo

en el temario de la asignatura. —Intenté ocultar mi sonrisa burlona, sabiendo perfectamente que eso fastidiaría a mi madre.

—Aster —dijo arrastrando las palabras—. Creía que ya habíamos hablado de esto. No es así como deberías hablar de tus compañeros.

—¿Estás segura? Porque no creo que ninguno de ellos tenga nada bueno que decir de mí. Que te acusen de tramposa tiene ese efecto.

—Dudo que nadie que te conozca se crea ese rumor. Apenas aguantas a la gente. ¿Quién va a creer que estarías dispuesta a asumir el papel de madrastra de los hijos de un profesor? —reflexionó tosiendo, porque todo aquello era demasiado para ella.

—Ah, ya lo sé. —En realidad, los estudiantes que iban a clase conmigo sabían que las acusaciones sobre el profesor Murphy y yo eran una locura, pero dudaba que ninguno de ellos le diera muchas vueltas.

—¿Has tenido noticias de la universidad?

Era la tercera vez que mi madre me lo preguntaba en pocas horas y, a veces, parecía que ella estaba más nerviosa que yo por la decisión. Habíamos hablado de todo lo que había pasado y ella insistía en que yo no había hecho trampas, llegando a sugerir que lleváramos a juicio a la Covey U si se planteaban mantener esta suspensión incluyéndola en mi expediente o perjudicándome académicamente. No estaba segura de estar preparada para tomar la vía legal, pero no podía negar que estaba cabreada por cómo habían gestionado la situación, aunque sintiera que mis actos habían estado flirteando con el lado incorrecto de lo que estaba bien.

—Todavía no, pero, en teoría, no debería saber nada hasta dentro de un par de días.

La espera era una tortura, sobre todo porque me parecía que, cuanto más se alargara, más información encontraría la universidad para usar en mi contra. Tanner era optimista y creía que esto no iba

a acabar de otra forma que no fuera con una disculpa por parte de la universidad, pero yo tenía mucha menos fe en ese resultado.

—¿Y qué hay de esas otras opciones que sé que has estado mirando?

Me mordí la lengua, molesta porque hubiera visto la pantalla de mi portátil, ya que no le había dicho —a nadie, en realidad— que estaba pensando en trasladarme a la Universidad de Charlotte para terminar la carrera. No era ni de lejos tan prestigiosa, pero significaba que estaría más cerca de casa si mamá me necesitaba.

—Entonces, ¿has visto mi pantalla?

Asintió. —No quiero que te traslades a la Universidad de Charlotte.

—¿Por qué no?

—Porque está demasiado cerca de nosotros.

Resoplé con sarcasmo. —¿Perdona? ¿Demasiado cerca?

—Sí. Ni siquiera echaste la solicitud para la Universidad de Charlotte la primera vez porque querías ir a la mejor de las mejores. La de Charlotte está bien, pero tú estás destinada a la grandeza.

—¿De verdad? —Le dediqué una mirada sarcástica—. Porque ahora mismo siento que estoy destinada al salario mínimo el resto de mi vida para pagar una carrera universitaria que no he terminado.

—¿Cuándo te has vuelto tan dramática?

—Supongo que se me ha pegado algo de Thea —murmuré, pero mi madre lo oyó y sonrió.

—Ah, sí. Thea. Tu mejor amiga, la que negarás que es tu mejor amiga hasta que deje de mencionarla.

Me reí para mis adentros, pensando en el último mensaje que me había enviado. Era críptico de narices, pero estaba casi segura de que ella pensaba que yo sería capaz de descifrar el código porque me creía un genio. Me daba demasiado crédito.

—Definitivamente, diría que es una amiga.

—Aleluya. Mi trabajo como madre ha terminado.

—Dejemos una cosa clara: tu trabajo como mi madre nunca terminará.

Una pequeña y tensa sonrisa se dibujó en sus labios. —Quizá no, pero me alegro de que ahora tengas gente que te cuide.

—Sí —dije arrastrando las palabras, pensando en lo mucho que echaría de menos a Tanner y a Thea si me iba—. Sinceramente, por mucho que la Covey U me haya cabreado por cómo ha gestionado esto, sigo esperando que entren en razón y que las cosas me salgan bien allí.

—Eso es lo que quería oír. Que tenías una razón para quedarte. —Su sonrisa lo decía todo.

—No quiero quedarme por Tanner. Quiero quedarme porque tienen el mejor programa de matemáticas del país. ¿Por qué dejar lo mejor si no tengo por qué?

—Estoy de acuerdo. Solo creo que es una feliz coincidencia que también resulte ser donde tiene que estar el mejor *quarterback* universitario del país. Me alegro mucho de que hayas encontrado a alguien como él. Es un chico encantador.

Me encogí ante la palabra «chico». Tanner no era un chico. Era un hombre. Era mi ancla y tenerlo a mi lado me hacía sentir la chica más afortunada del mundo.

—¿Tú qué sabrás?

—Por todo lo que me has contado, y te conozco. No perderías el tiempo con un chico con el que no vieras un futuro, así que me alegro por ti.

Supuse que se estaba olvidando de Connor, pero todos cometemos errores, y lo mío con Connor nunca fue tan serio como lo que tenía

con Tanner. Perder la virginidad con él fue una decisión consciente, porque sentía que había algo más entre nosotros y quería explorarlo.

—Gracias, mamá. —Le sonreí, sin saber qué decir, pero sentí cómo se me acaloraban las mejillas. Quería verme feliz por si le pasaba algo, pero seguía sin darse cuenta de que mi felicidad no dependía solo de un chico o de la universidad a la que fuera. También dependía de su salud.

El fuerte timbre de la puerta resonó por toda la casa.

—Quédate ahí, mamá. Ya voy yo. —Dejé el portátil en la mesa de centro y eché la manta sobre el reposabrazos antes de caminar hacia la puerta en pijama, es decir, con la camiseta de Tanner. Tenía que admitir que estar en casa con mis padres no estaba tan mal. Apoyar a mi madre durante su recuperación había sido una de las mejores cosas que podría haber hecho y, al menos con esta suspensión, podía centrarme únicamente en ella y en nadie más.

Cuando abrí la puerta, me quedé sin aliento, porque no era un repartidor como esperaba.

—¿Tanner? ¿Qué haces aquí?

Casi me caigo al salir por la puerta de lo rápido que corrí hacia él. Por suerte, su cálido abrazo me recogió.

Me abrazó con fuerza y yo me aferré a su espalda, palpando cada músculo solo para comprobar que era real y que no estaba soñando. Estar en casa había sido genial para mi madre, pero no ha sido hasta ahora, envuelta en el aroma de Tanner, que me he dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

—Hola, profe —se rio entre dientes, acurrucándose en mi cuello y provocándome escalofríos por toda la espalda—. Te he echado de menos. —Me dejó un beso en la base del cuello y lo apreté con más fuerza; no estaba lista para soltarlo—. Pero verte aquí con mi camiseta del instituto tiene que ser lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me aparté de él, miré la camiseta de Lakeside y sonreí con timidez.

—Sí, bueno..., puede que la cogiera prestada una vez que tenía frío en tu casa. —Era una excusa tonta, porque tuve un montón de oportunidades para devolvérsela. Simplemente, nunca quise hacerlo.

—Tengo que decir que compite seriamente con esas faldas y calcetines sobre con qué me gusta más verte.

—Quizá algún día tengas la suerte de que me ponga las dos cosas.

Se agarró el pecho y echó la cabeza hacia atrás con un suspiro. —¿De verdad quieres ponerme palote delante de tu familia? —masculló. Lo empujé en el hombro, sabiendo que bromeaba, pero me agarró y me atrajo hacia él para darme otro abrazo.

—Aster, ¿quién es?

Apoyé la cabeza en el pecho de Tanner. Quería meterme dentro de su cazadora universitaria y desaparecer, porque nunca antes le había presentado un novio a mis padres, y ahí estaba mi padre, pillándome acurrucada con uno.

Tragué saliva, me aparté lo suficiente del abrazo de Tanner para poder ver a mi padre y señalé a mi novio.

—Este es Tanner.

Como de costumbre, Tanner se tomó el conocer a mi padre con calma, tendiéndole la mano y aceptando la de mi padre como si fuera cualquier otra persona.

—Encantado de conocerle, señor.

—Encantado de conocerte a ti también. —Pude notar la vacilación en su voz, que se vio confirmada por su mirada recelosa. Mi padre sabía lo que había pasado con la universidad, así que no me sorprendía que sospechara de cualquiera de Covey U que viniera hasta aquí para verme. Demonios, a veces hasta yo sospechaba. Pero sabía que me equivocaba, porque cada vez que miraba a Tanner, sentía que era lo correcto.

Mi padre asintió levemente, mirando a Tanner con severidad. —¿Espero que no formes parte de todo este lío en el que está metida mi hija?

—¡Papá!

—No. Soy una de las muchas personas que están de su lado.

Su voz sonó fuerte y destilaba sinceridad. No tenía ninguna duda de que Tanner había estado luchando por mí en el campus, pero eso no infundió la misma esperanza en el rostro de mi padre. Hice algunas cosas mal, y debía ser castigada por ello. Es que una suspensión era una píldora bastante difícil de tragar cuando el tipo que realmente había hecho trampas y había creado los falsos rumores sobre mí seguía en el campus, yendo a entrenar y viviendo su vida como si nada.

—Me alegro de oír eso. Espero que el decano entre en razón pronto y se disculpe con Aster por el tiempo que ha tardado la investigación.

—Lo hará. —Apreté los labios, conteniendo lo que de verdad quería decir. Tanner parecía muy seguro y confiado en este resultado, pero no entendía por qué—. Y conociendo a Aster, un par de semanas en la lista de inactivos no perjudicará sus notas —bromeó Tanner, dándose cuenta al poco de que el público al que se dirigía no le pillaba la gracia.

Mi padre asintió, con una expresión algo perpleja, lo que no era de extrañar. Supongo que la primera vez que se imaginó conociendo a mi primer novio, se lo imaginó bajito, estudioso y demasiado parecido a uno de los tíos de *The Big Bang Theory* como para tener gracia, pero ahora, todo lo que tenía delante era un mastodonte de un metro noventa y cinco, con un moño rubio y la confianza para llevarlo.

Sí, recuerdo que me metí mucho con ese pequeño mechón de pelo que le salía de la coronilla, pero tenía que admitir que le había cogido el gusto. A Tanner le quedaba bien, y no podía negar lo

mucho que me gustaba pasarle la mano por el pelo y tirar de él justo en el momento adecuado.

—¿Tanner? ¿Eres tú? —Mi madre me apartó de un empujón y le dio un abrazo a mi novio como si no fuera la primera vez que lo veía—. Me preocupaba que tu vuelo se retrasara.

Un momento, ¿sabía que venía?

Los brazos de Tanner rodearon con suavidad el cuerpo pequeño y cansado de mi madre. —No, no. Ha aterrizado puntual.

Ella le dio una palmadita en la espalda y se separó del abrazo para observarlo. —Eres incluso más alto de lo que esperaba.

Sus manos se deslizaron por sus brazos y habría jurado que le apretó los bíceps. Mi madre se estaba recuperando de una operación, así que se lo dejaría pasar porque probablemente todavía estaba bajo los efectos de la medicación, pero lo único que yo pensaba era: "*manos quietas*".

—Se la ve muy bien, señora Paige.

—Por favor, nada de estas tonterías de señora Paige. Llámame Hannah.

Él le dedicó una sonrisa afable. —Por mucho que desee hacerlo, ya sabe que mis raíces de Georgia hacen que sea casi imposible.

—Ah, sí —se rio—. *¿Qué estaba pasando?* —¿Qué tal tu madre? ¿Y Thea? ¿Sigue trabajando en ese proyecto?

Levanté la mano y carraspeé para llamar su atención.

Ambos apartaron la mirada el uno del otro y me miraron con el ceño fruncido. —¿Eeeh…, me he perdido algo? ¿De qué os conocéis?

Tanner miró a mi madre con un brillo travieso en los ojos. —Digamos que hemos tenido un par de conversaciones.

—¿Y eso qué quiere decir?

Mi madre tomó la palabra. —Tanner y Thea me llamaron el otro día para hablar de unas cuantas cosas.

Miré a mi novio de reojo y no pude evitar sentirme un poco dolida porque no me lo había contado.

—¿Lo hicisteis?

—Sí —dijo Tanner, mirándome con aire de disculpa mientras mi madre nos hacía pasar al salón.

—¿Qué te apetece beber, Tanner?

—Un vaso de agua, por favor.

—Yo lo traigo —dije enseguida, pues no quería que mi madre gastase demasiadas energías. Con una sonrisa cansada, me cogió del brazo y me lanzó una mirada de advertencia.

—No. Ya voy yo. Tú siéntate y habla con Tanner. Tengo la sensación de que tenéis mucho de qué poneros al día.

Ahora sí que sabía que pasaba algo, porque ¿qué demonios se suponía que significaba eso?

Entró en la cocina sin decir una palabra más, dejándonos a Tanner y a mí de pie.

—Vamos. —Me senté en el sofá y Tanner se sentó a mi lado. Su mano rozó la mía para tantear mi reacción. Se la cogí, sin miedo a que mi familia viera el cariño que le tenía.

—Bueno, ¿me vas a contar cuándo os habéis hecho tan amiguísimos mi madre y tú?

Soltó una risita. —Me llamó para darme las gracias por las flores que le enviamos Thea y yo.

—¿Te llamó? —Intenté recordar en qué momento podría haberlo hecho sin que yo estuviera a su lado.

—Sí, dijo que estabas preparando la cena —explicó, como si pudiera oír mis pensamientos—. Puse a Thea al teléfono y, bueno, tuvimos una agradable y larga conversación.

—¿Thea también habló con ella? —Me temblaban las rodillas al pensar en todas las cosas con las que mi madre podría haberme avergonzado.

—Sí, la cosa se alargó más de lo previsto porque Thea tenía algunas preguntas sobre Alpha Delta Theta.

—¿Qué tipo de preguntas? —Empezaba a sospechar y me preguntaba si era a eso a lo que Thea se refería en su mensaje.

—Pues estaba pensando en la posibilidad de unirse.

—¿Qué? ¿Por qué? Sabe por lo que me hizo pasar Rachel. ¿Por qué querría formar parte de eso?—La razón principal es que quiere una habitación. Está harta de vivir en un armario y esa sería la vía más rápida.

—¿Incluso si eso significa vivir con Rachel? ¿Sabes que cuando fui el mes pasado trataba a todo el mundo como si fueran sus sirvientes?

Me observó mientras me alteraba. La verdad es que no me di cuenta de que me estaba alterando hasta que dejé de hablar y noté que mi pecho subía y bajaba con fuerza.

—¿Has terminado?

Asentí.

—Se acuerda de todo, créeme. Además, ya conoces a Thea y sus manías, ¿no? —Volví a asentir—. También quería aprovechar la oportunidad para destronar a la abeja reina.

—¿Qué hizo?

Se encogió de hombros y me apretó la mano. —Poca cosa. Se limitó a hacerle a tu madre algunas preguntas capciosas y luego puede

que mencionara algunos de los problemas con la reputación actual de la hermandad.

Estaba atando cabos en mi cabeza y Tanner sonreía mientras me observaba. —¿Es tu forma de decirme que tu hermana se ha chivado del comportamiento de la hermandad a la alumna más entregada?

Levantó las manos y negó con la cabeza, riendo. O sea, que sí. —Mi hermana era una posible aspirante preocupada, y tu madre es la primera de la lista de contactos con la que hablar.

—¿Lo es? —Apreté los dientes—. No debería estar haciendo nada de la hermandad ahora mismo. Se está recuperando de una operación.

—Tranquila. Estaba en la lista, pero ponía que no se contactara con ella hasta el año que viene. La única razón por la que Thea habló con ella fue porque estaba conmigo cuando tu madre me llamó.

—Aquí tenéis. —Mi madre dejó dos vasos de agua sobre la mesa y luego se sentó en el sofá de enfrente—. ¿Qué tal el vuelo? ¿Te ha dado tu entrenador tiempo libre? ¿Tiene tu hermana más preguntas sobre el proceso?

Lo estaba acribillando a preguntas, pero no le di a Tanner tiempo para responder. —Mamá. ¿Por qué estás haciendo cosas para Alpha Delta Theta ahora mismo? Se supone que tienes que descansar —pregunté, y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

Me respondió con un gesto displicente. —Estaba aburrida de ver reposiciones de las mismas series que veíamos cuando eras pequeña.

—Pero tienes que descansar.

—Estoy descansando. Hablar por teléfono y discutir asuntos que son imperativos para la supervivencia de la hermandad es importante para mí.

—Ya me lo dirás a mí —mascullé con sarcasmo.

—Y como no quieres saber nada del proceso, fue agradable hablar con alguien que sí quería.

—Sigo sin querer saber nada —se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

—Lo sé, y no pasa nada. Si te soy sincera, la única razón por la que te animé tanto a unirte fue porque quería que vieras que había algo más en la universidad que tus libros de texto. Me preocupaba que te fueras y que dentro de diez años te arrepintieras de no haber hecho nunca una amiga con la que pudieras recordar aquellos años. —Miró a Tanner—. Pero después de hablar con Tanner y su hermana, veo que no hay mayor problema en ese sentido. Lo que no entiendo, sin embargo, es por qué no me dijiste que Rachel es una zorra monumental.

—¡Mamá! —Con la boca abierta, la miré como si fuera otra persona. En cierto modo, así era como me sentía. Nunca había oído a mi madre decir una palabrota en los veintiún años que llevaba en este mundo, y que dijera eso de una de sus propias hermanas de la hermandad me resultaba extraño.

Se encogió de hombros. —Si hubiera sabido lo poco acogedora que había sido, habría llevado su comportamiento a la junta directiva antes.

—¿La has denunciado?

—Cariño, estaba tratando a las hermanas y a las aspirantes como a basura. La hermandad no se fundó para eso, y si se llegara a saber, correríamos un grave peligro de vernos envueltas en un escándalo similar al de esa gente de Southern Collegiate.

Miré a Tanner, sabiendo de sobra que era amigo de la chica que sufrió las novatadas allí, y se le borró un poco la sonrisa.

—Enviamos a unas cuantas exalumnas por sorpresa y la encontraron gritándole a un par de hermanas porque no eran capaces de hacerle

la cama a su gusto, lo que llevó a las hermanas a entrevistar al resto de la hermandad.

—¿Y qué pasó?

—Digamos que el tiempo de Rachel en Alpha Delta Theta se ha acabado.

—¿La habéis echado?

—Que existan hermandades no significa que sean anticuadas en su forma de pensar sobre el trato a los demás. La nuestra se fundó para hacer el bien y respetar a la gente que te rodea. No para abrirse paso a codazos hasta la cima y luego abusar del poder. No somos como las Tri Beta. Queremos ver a las chicas prosperar. Por eso me implico tanto. Es mi forma de devolver lo que he recibido.

—Entonces, ¿Rachel está fuera de la hermandad?

—Y le han abierto un expediente disciplinario —intervino Tanner—. Ralph testificó ante el decano que ella le sobornaba para dar clases particulares a los atletas, y algunos de esos atletas declararon oficialmente que ella había admitido que otros le hacían los deberes y que les sugirió a ellos que hicieran lo mismo.

—Pero ¿por qué iba a confesar Ralph que había aceptado el dinero? ¿No se metería en un lío?

—Alegó que lo devolvió y, la verdad, creo que a la gente le preocupaba más la conducta de la hermandad Alpha Delta Theta que él. Se estaban ganando cierta fama por todo el campus y, como ha dicho tu madre, nadie quiere que se repita el acoso que ocurrió en Southern Collegiate. Vale que aquello fue otro nivel, pero iba por el mismo camino.

Quizá tenía que darle un poco más de crédito a Ralph. Siempre estaba dándome la lata con las tutorías, pero, por lo visto, cuando lo he necesitado, ha estado ahí para mí. Joder. Iba a tener que empezar a ser amable con él.

Con las piernas cruzadas, me senté a meditar sobre todo lo que Tanner y mi madre me habían confesado. Era casi demasiado para encontrarle el sentido.

—¿Entiendes lo que esto significa para ti? —preguntó Tanner.

—¿No? Aún no he recibido noticias del decano. Esperaba su llamada en uno o dos días, ya que al principio me dijeron que la suspensión sería de dos semanas mientras investigaban el asunto. La verdad es que me esperaba lo peor.

—¿Por qué ibas a pensar eso? —Mi madre me puso una mano en la rodilla y me la acarició con el pulgar para reconfortarme—. Ya hemos hablado de esto. Si no recibes una disculpa, lo llevaremos por la vía legal.

—Pero me lo merecía. Ayudé a un chico a copiar.

—En realidad, no. —Tanner me lanzó una mirada de advertencia—. Él copió, tú le corregiste el trabajo y solo te enteraste después de que estaba copiando.

—Pero cuando me di cuenta, no lo denuncié.

—No lo hiciste. Y la forma en que el tío te lo agradeció fue creando falsos rumores sobre ti y un profesor. No solo te estaba jodiendo la vida a ti, sino que también se la estaba jodiendo al profesor Murphy.

Me mordí el labio inferior, porque al oírlo todo así expuesto, parecía que todo este asunto era injusto, pero yo soy el tipo de persona que siempre escucha a la autoridad y espera que hagan lo correcto tras una investigación exhaustiva.

—¿Ha pasado algo con Connor?

Fue entonces cuando la sonrisa de Tanner se ensanchó.

—¿De verdad creías que habría venido hasta aquí si no hubiera sido así? Tienes que darle las gracias a Alex por esto.

—¿Alex McDonnell? ¿Mi alumno de tutoría? —Asintió—. ¿Y qué ha tenido que ver él?

—Habló con el entrenador sobre la conducta de Connor fuera del hielo y sobre cómo eras la mejor tutora que había tenido nunca, y que el único que copiaba era su hijo.

—¿Alex se ha arriesgado por mí?

—Ayuda que sea una de las estrellas del equipo, justo por detrás de Scotty Hendricks. Alex es callado. No habla mucho a menos que tenga algo importante que decir. Todo el mundo lo sabe, y él te conoce. No va a dejar que pagues tú el pato por un aspirante a estrella de hockey de segunda.

Cerré los ojos con fuerza, intentando comprenderlo todo.

—Pero ¿por qué lo ha hecho?

Tanner se rio entre dientes.

—Puede que no lo creas, pero tienes un grupo de gente que te ve en Covey U, Aster, y quieren ayudarte. Sé que todavía no te ha llamado el decano, pero sé de muy buena tinta que tiene pensado llamarte hoy en algún momento.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi entrenador me dijo que mi tutora sería readmitida en los próximos días y, como eres la única con la que sabe que obtengo resultados, solo puedo suponer que eres tú.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Podrían haberme buscado una sustituta.

—¿Cuándo te darás cuenta de que eres insustituible, Profe?

Ignoré el calor que me subió a las mejillas porque no quería sonrojarme delante de mi madre.

—Pero ¿y el profesor Murphy?

Tanner frunció los labios, claramente un poco molesto.

—¿Sinceramente? Volvió a dar clase a los dos días. Lo sé porque me estaba pisando los talones por un trabajo que se me había olvidado entregar porque estaba demasiado ocupado pensando en cómo podía ayudarte.

—Entonces, ¿no encontraron nada?

—¿Esperabas que lo hicieran? —Enarcó una ceja con curiosidad y algo de diversión.

—No, pero pensé que si la palabra de Connor había bastado para que me suspendieran tan fácilmente, a saber de qué más era capaz.

—Ni siquiera yo creo que se hubieran podido salir con la suya con una acusación tan grave basada en meros rumores. Oí que el profesor Murphy está tan enfadado con el tema que amenaza con demandar a la universidad por daños a su reputación.

Mi teléfono empezó a sonar y mi madre se llevó una mano al pecho.

—¿Son ellos? —Cuando asentí, suspiró aliviada.

—Voy a cogerlo —dije, levantando el teléfono, y me fui a mi habitación, pues quería hablar con el decano en privado por si eran malas noticias.

Mientras bajaba las escaleras lentamente, incrédula, me encontré con mi madre, mi padre y Tanner, que esperaban ansiosos a que dijera algo.

—¿Va todo bien? —abordó el tema Tanner, con voz inquieta.

—Todo está perfecto —dije con un nudo en la garganta, intentando contener mis emociones. Se había acabado—. Me han dicho que no han encontrado pruebas de que hubiera una relación.

—Obviamente —dijo mi madre.

—Y que han decidido sancionar a Connor por lo de copiar, ya que no había más pruebas lo bastante concluyentes como para indicar que

algún otro estudiante también lo hubiera hecho.

Tanner no pudo contenerse. Se abalanzó sobre mí y me estrechó en un fuerte abrazo. —Lo sabía, profe.

—Pero ¿qué pasa con todo este lío de la expulsión? —preguntó mi madre.

—La van a borrar de mi expediente y nos van a compensar por el alojamiento y la manutención que pagamos durante mi ausencia.

—Es lo mínimo que podían hacer. ¿Y qué hay de tu reputación? ¿Y del tiempo de clase perdido? ¿Y del hecho de que creyeron a un cabeza hueca del equipo de hockey por encima de una de sus mejores estudiantes? ¿Se han disculpado siquiera?

—Sí, pero, sinceramente, no importa lo que piensen. Nunca me ha importado lo que los demás pensaran de mí. Los únicos que importan, sin yo saberlo, lucharon para que volviera. Son las personas en las que debo centrarme. Nadie más.

—¿Eso significa que vuelves?

Dirigí mi atención a Tanner y luego a mi madre, sin saber qué decir.

—Si vas a decir que no porque quieres estar aquí conmigo, te digo ya que no te quiero aquí. —Mi madre era directa en el mejor de los casos, pero su rápida respuesta a mi inquietud me dolió un poco.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Aster. No puedes usarme más como excusa. Estoy bien y mejoro cada día. Tengo a tu padre para que me cuide. Tú tienes toda una vida por delante y solo te quedan un par de meses de tu segundo año de universidad. No quiero que pierdas el tiempo en casa cuando yo seguiré aquí cuando vuelvas.

Me dio un vuelco el estómago porque inmediatamente me puse en lo peor, pero cuando vi la sonrisa de mi madre, supe que si de verdad quería hacerla feliz, tenía que hacer lo correcto para mi futuro.

—Comprenderé perfectamente que no quieras volver, pero te echaría de menos si no estuvieras allí —dijo Tanner, todavía con el brazo rodeándome.

¿Por qué ese comentario hizo que el corazón se me saliera un poco del pecho?

El estómago me dio otro vuelco, pero esta vez fue porque sentí una ligereza que nunca antes había experimentado. ¿Sería porque las cosas por fin empezaban a salirme bien? Mi madre estaba mejorando, Rachel y Connor habían desaparecido de mi vida y el profesor Murphy había vuelto a su puesto. No había nada más que arreglar. Podía seguir adelante con mi vida.

Miré a Tanner, que tenía un brillo de esperanza en los ojos. ¿Por qué iba a dejar que dos personas celosas como Rachel y Connor me echaran de mi propia universidad? Me había esforzado mucho para sacar esas notas —más de lo que ninguno de los dos se había esforzado jamás— y merecía quedarme en la universidad que había elegido y graduarme con el prestigio que tanto me había costado conseguir.

—Vale. —Fue una afirmación corta y sencilla, porque no soy de las que se quedan dándole vueltas a las cosas cuando sé lo que quiero, y lo que quería era terminar la carrera y pasar todo el tiempo posible con Tanner.

—¿Vale? —replicó Tanner con un deje de vacilación.

Lo miré y sonreí. —Vale. Volvamos a Covey y enseñémosle a todo el mundo de qué pasta estoy hecha.

Tanner me devolvió la sonrisa y me tendió la mano. —Eso es lo que me gusta oír. Vamos a ello, profe.

EPÍLOGO

Tanner

—Deja de juguetear con la escayola —dijo Hayden. Adam ladeó la cabeza, apartándose de su contacto, pero eso no la detuvo. Le arregló la parte de atrás del cabestrillo para asegurarse de que estuviera lisa. Él puso los ojos en blanco, pero la miró con el mismo cariño que yo recordaba de antes de su lesión.

No me podía creer todo lo que había pasado entre el partido del campeonato y ahora. Adam no había estado aquí para nada de eso; optó por hacer la rehabilitación en casa y Hayden se fue con él. Tenía mejor aspecto, pero eso era bastante fácil, teniendo en cuenta que la última vez que lo vi se lo estaban llevando del campo en camilla.

Era agridulce que esta fuera la primera vez que lo veía en tanto tiempo y la última que viviríamos juntos.

—No puedo evitarlo. Me pica. —Adam intentó mover el hombro e hizo una mueca de dolor, pero cuando se cruzó su mirada con la de Hayden, le dedicó una sonrisa despreocupada, intentando disimularlo. Luego me miró a mí para desviar la atención. Estaba seguro de que estaba harto de que la gente le preguntara por su futuro ahora que estaba lesionado—. Y bien, ¿ya lo tienes todo empaquetado?

No solo llevaba una maleta grande en un lado, sino que también tenía la bolsa del gimnasio colgada del otro hombro. Ambas bolsas estaban llenas de ropa suficiente para tres semanas de viaje antes de tener que volver a Covey para el comienzo de la pretemporada.

Sí, habéis oído bien. Pretemporada. No curso de verano. Me había librado, y no solo había aprobado mis asignaturas, sino que tenía una media de notable en la mayoría de ellas.

Era una sensación extraña no tener que preocuparme por mis notas, pero una por la que estaba inmensamente agradecido, y todo gracias a la preciosa chica que estaba a mi lado. Pasándole el brazo por la cintura, la sujeté por la cadera y le di un beso en la mejilla. Ella hizo lo mismo, rodeándome con su brazo y dedicándome una pequeña sonrisa antes de apoyar la cabeza en mi pecho.

—Sí. Como tú. —Le eché un vistazo a sus tres maletas grandes y luego al cabestrillo que le cruzaba el hombro.

—¿Qué planes tenéis para el verano? —preguntó Hayden con su dulce sonrisa. Nunca la había visto más feliz, pero al mirarme, estaba bastante seguro de que ella pensaba lo mismo de mí.

Dirigí mi mirada a Aster, y ella respondió por los dos. —Voy a visitar a los padres de Tanner en Georgia y luego viajaremos un poco por el Sur.

—¿Ya vas a conocer a los padres? —preguntó Adam sorprendido. Él no había visto cómo había evolucionado nuestra relación en los últimos meses, así que probablemente le pareció muy rápido.

—Sí. Bueno, ya sabes, yo ya he conocido a los padres de Aster. Qué va, su madre prácticamente ha adoptado a Thea como si fuera su hija ahora que se va a convertir en una Alpha Delta Theta, así que pensé que era justo que mis padres conocieran a la chica de la que no paro de hablar.

Aster me dio un pellizco en el costado porque odiaba mostrar demasiado afecto en público. A mí, en cambio, no me importaba en absoluto. Quería que todo el mundo supiera que Aster Paige era la definitiva para mí. No había nadie más en este mundo que pudiera compararse con ella. Especialmente después de ver la forma en que se recuperó de su suspensión eliminada del expediente. Le dio igual

y se enfrentó a todos y cada uno de los rumores con más descaro del que creía posible.

Cuando miré a Adam, me lanzó una mirada cómplice porque nos parecíamos más que el resto de los de la casa. No éramos de los que perdían el tiempo con chicas que no nos interesaban. Ninguno de los dos tenía el tiempo ni las ganas para eso. Él sabía que yo iba tan en serio con Aster como él con Hayden.

—¿Adónde vais a ir?

Aster hizo una pausa, mirándome con el ceño fruncido. —No lo sé. Tanner no me ha dejado planificar un itinerario. Cree que deberíamos dejarnos llevar.

—Vamos. Solo tengo tres semanas libres hasta que tenga que volver, y nunca he tenido la oportunidad de ser espontáneo. Creo que sería divertido no tener planes y disfrutar de nuestro tiempo juntos.

—No se me da muy bien la espontaneidad, pero lo haré por ti. —Sonrió con picardía porque sabía a qué se refería, y todo tenía que ver con la noche anterior y nuestra improvisada sesión de magreo en el coche, que puede que no terminara solo en besos.

—¿Vuelves a Covey con Tanner? —preguntó Hayden, sacándome de mi ensoñación con Aster. Habían pasado casi cuatro meses y seguía tan enamorado de ella como cuando la conocí.

Aster frunció los labios antes de responder. —No. Me quedaré en casa con mi madre esas últimas semanas y volveré al comienzo de las clases. No ha estado bien, así que quiero pasar todo el tiempo que pueda con ella, ya que se negó a que me quedara con ella todo el verano.

—¿Y vosotros? ¿Vais a hacer algo? —pregunté rápidamente porque sabía que Aster no querría responder preguntas sobre su madre. Aunque estaba claro que se encontraba mejor, sabía que todavía le resultaba difícil hablar de ello.

Hayden miró a Adam antes de responder, dedicándole una pequeña sonrisa. —Nos quedaremos por California porque Adam necesita constancia para su rehabilitación.

—Sí, no tendré la oportunidad de jugar si no me recupero —rio con tristeza, y eso hizo que se me encogiera el estómago, porque ahí estaba yo, con todas las oportunidades del mundo para llegar a la NFL, mientras que Adam todavía luchaba por las suyas.

Considerado inicialmente una elección de primera ronda, sus posibilidades en el draft cayeron considerablemente después de su lesión y acabó siendo seleccionado en la sexta ronda por los California Rattlesnakes, pero fue inmediatamente traspasado a los Charlotte Crossbills como parte de un paquete de intercambio. Su pronóstico médico significaba que estaba desperdiciando un contrato de novato en la rehabilitación y tendría que demostrar que estaba lo suficientemente bien como para jugar. Solo podía esperar que reunirse con su antiguo compañero de cuarto, Devin, lo motivara a seguir adelante.

—También vamos a la boda de Dev.

A Hayden se le abrieron los ojos como platos ante la sola mención del chico que vivió en mi habitación antes que yo. Solo lo había visto unas pocas veces porque ya estaba de salida para cuando yo me mudé con Aiden. Por lo que pude deducir, y por la forma en que todos hablaban de él, era un buen tipo, y ojalá lo hubiera conocido más allá de unos cuantos gruñidos al cruzarnos. —¡¿Cómo se me podía olvidar?! Un fin de semana en Las Vegas con Britt y Reign. Va a ser muy divertido. —Una sonrisa se dibujó en sus labios, y eso me hizo feliz, ya que estaba desolada cuando llegó aquí.

—Todavía no me puedo creer que se vaya a casar —dijo Adam, negando con la cabeza—. Sabía que estaba obsesionado con Reign, pero le ha puesto el anillo más rápido de lo que ganó la Super Bowl.

Me reí, pero bajé la mirada al suelo, porque todo empezó a parecer demasiado real. La dura verdad de que íbamos a despedirnos de

Adam se había instalado entre nosotros como un invitado no deseado. Había llegado el momento. Para él era el fin de una era, mientras que la mía no había hecho más que empezar. Esperaba llevar a la Universidad de Covey hacia un nuevo legado, y era abrumador, pero sabía que podía con ello.

—¿Creéis que sería raro si Jackson me llevara como su acompañante a esa boda?

Todos nos volvimos hacia Thea de golpe. Había estado tan extrañamente callada, repantigada en el sofá, que casi había olvidado que estaba allí. Claro que, probablemente era porque se estaba atiborrando la boca con lo que quedaba de las patatas barbacoa de Matty.

—En primer lugar, que tú y Jackson vayáis a cualquier sitio que se parezca a una cita no va a pasar. —Lo sabía porque ya lo había hablado con Jackson. Thea enarcó las cejas al asimilar mis palabras, y la sorpresa se apoderó de todas sus facciones, como si pensara que a mí me parecería bien que saliera con mi compañero de piso—. En segundo lugar, *yo* no voy a ir a esa boda, así que sí, sería extremadamente raro que fuera *mi hermana* cuando no conoce a nadie.

Ella sacó el labio inferior. —Eso no es verdad. Conozco a Matty, a Jackson, y he visto a Aiden de pasada, así que eso es más que a nadie. Además, ¿cómo esperas que conozca a mi futuro marido de la NFL si no me dejas ir a una boda de la NFL?

—Pensaba que querías que te llevara yo. —Jackson no parecía nada impresionado mientras ponía los ojos en blanco desde el otro extremo del sofá para mirarla. Echó la mano por encima de la cabeza y giró la barbilla hacia el televisor para poder seguir viendo el partido de los Carolina Catfish.

—Sí, porque tú eres mi pasaporte. Luego ya podré aspirar a algo mejor una vez allí.

Jackson puso los ojos en blanco. —¿Se puede ser más insufrible? ¿Por qué estás aquí siquiera?

Levantó la bolsa de patatas. —Porque tenéis los mejores aperitivos. Por eso, y porque Tanner me lleva a casa.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —dijo Tanner con sorna.

—Además, vamos a escuchar a Taylor Swift todo el rato, ¿vale?

Aster se limitó a sonreír, totalmente impasible ante las excentricidades de mi hermana, que era otra de las razones por las que la quería.

—i¿A quién no le gusta la T-Swizzle?! —Thea fulminó con la mirada a todos los presentes, observando si alguien se atrevía a contradecirla. No lo harían.

—Bueno. —Adam rompió el silencio y miró con cariño a Hayden—. Será mejor que nos vayamos. Se está haciendo tarde y tenemos un largo viaje en coche hasta casa de mis padres.

Hayden asintió y me dio un abrazo.

—Aster es todo un partidazo —susurró para que solo yo pudiera oírla —. Me alegro mucho por ti.

—Gracias —musité, esperando que Aster no lo oyera. Aunque no estaba seguro de que importara. Ya sabía que ella era la mujer de mi vida.

—¿Y la graduación? ¿Vais a volver? —pregunté antes de coger una de las maletas de Adam. Jackson se levantó de un salto del sofá para venir a ayudar también, ya que ninguno de los dos quería que Adam cargara peso en los hombros.

—Sí. Solo vamos a dejar estas maletas. Luego pasaremos nuestros últimos días en Covey la semana que viene.

Adam y Hayden se graduaban, lo que significaba que tendríamos otra habitación libre en casa de Aiden. Un hueco que Aiden aún no

nos había dicho qué jugador de fútbol consideraba digno de vivir con nosotros. No tenía ni idea de cómo entré en la lista el año pasado, pero estaba bastante seguro de que fue porque quería vigilarme de cerca. Sin embargo, no podía guardarle rencor por ello. El alquiler era barato y, en general, era un sitio bastante bueno para vivir.

—Parece el fin de una era. —Fue lo único que dijo Adam, reconociendo que esta sería la última vez que lo veríamos. No jugaríamos con él el año que viene. Joder, puede que no volviéramos a jugar juntos nunca más, y algo en eso me entristecía.

—La única era que se acaba es la tuya, viejo —intervino Jackson, cogiendo una de las maletas de Adam y haciéndola rodar a su lado.

Adam puso los ojos en blanco. —Dos años. Esa es la diferencia entre nosotros, J.

—Dos años universitarios. Son como ocho años normales.

—Sí, pero apuesto a que volverás pronto por aquí.

Adam lo fulminó con la mirada. —¿Y qué te hace pensar eso?

—Tu era en el fútbol de Covey aún no ha terminado. —Su mirada se posó en el hombro de Adam—. Tu era como jugador… ¿quién sabe? Lo que sí sé es que, sea cual sea el tiempo que te quede jugando, no será suficiente, y no tienes suficiente carisma para ser comentarista, así que creo que vas a acabar siendo entrenador. —Jackson movió las cejas—. En la Universidad de Covey.

Hubo una breve pausa mientras Adam asimilaba la sugerencia.

—No digo que no vaya a pasar, porque ninguno de nosotros sabe lo que nos depara el futuro, pero lo que sí sé es que no tengo que pasar otro año escuchando a Aiden intentar batir el récord de tener el sexo más ruidoso posible.

—Tampoco el resto de vosotros —intervino Aiden, bajando las escaleras con aire de suficiencia. Nadie tenía ni idea de a qué se

refería, pero eso era normal cuando se trataba de Aiden. El tío era un enigma, metido en su propio mundo la mayor parte del tiempo.

—¿De qué hablas? —preguntó Jackson.

—¿Se me olvidó mencionar que este verano empezamos las obras en casa de Alyssa?

—¿Qué obras? —Jackson esperó a que Aiden respondiera.

Aiden dirigió su mirada a Alyssa, dedicándole una sonrisa. —Vamos a restaurarla. Pero necesita muchas obras, lo que significa que Alyssa no puede vivir allí.

—¿Así que va a ser nuestra quinta compañera de piso? —preguntó Jackson.

—Nop —soltó él, riéndose entre dientes—. Va a ser mi *única* compañera de piso. Casa d'Aiden cierra oficialmente.

Miré a Jackson, que parecía igual de perplejo por la noticia. Sabíamos que al final querría que nos fuéramos, pero supongo que todos pensábamos que tendríamos otro año.

—¿Eso significa que vamos a tener que buscarnos otro sitio para vivir? —preguntó Matty.

Se encogió de hombros. —Más o menos. Seré bueno y os daré tiempo para encontrar algo, pero ella se muda a principios del próximo semestre, una vez que le hayan quitado todos los baños.

Pues vaya mierda. Supuse que Jackson, Matty y yo íbamos a tener que buscarnos una casa nueva este verano, además de los entrenamientos de fútbol.

Justo cuando Aiden empezaba a bajar las escaleras, miró hacia atrás. —¿Qué pasa, Matty? Parece que alguien te acaba de poner la polla en un cinturón de castidad.

Matty apareció, apartando a Aiden mientras miraba el móvil como si contuviera todas las respuestas de la vida.

—¿Matty? —dije con inquietud. Tenía el pelo hecho un desastre y, aunque no era raro en él, ya que le gustaba el look desaliñado, esta vez estaba fuera de control.

—Eeeh, acabo de romper con Olana. —Parecía aturdido, pero no podía decir que me sorprendiera. Thea, en cambio, ahogó un grito como si acabara de ver un fantasma.

—¡Aleluya! —vociferó Jackson, levantando las manos al cielo mientras cerraba los ojos y tarareaba de forma un poco exagerada.

—¡Jackson! —le advirtió Adam.

—¿Qué? Si lo estábamos pensando todos.

Aiden soltó una carcajada, se acercó a grandes zancadas a Jackson y le chocó los cinco. —¿Por fin estamos de acuerdo en algo?

Jackson asintió con la barbilla. —No puedo negar que es la mejor noticia que te he oído decir. Esa chica te trataba como una mierda. ¿Qué ha hecho esta vez?

Matty se quedó callado, perdido en una neblina de confusión. —Yo, eh, no quiero hablar de ello. —Sacudió la cabeza y casi sentí pena por él. La palabra clave ahí es *casi*. Al igual que a los otros chicos, Olana me parecía tan molesta como una mosca revoloteando sobre mi comida en una barbacoa. No era agradable, por decirlo suavemente, y entender qué veía mi compañero de equipo en ella siempre fue un dilema.

Matty me miró, con los ojos enrojecidos, mientras se pasaba una mano por su alborotado pelo castaño y tiraba de las puntas con irritación. Necesitaba hablar con él, pero no con toda esta gente alrededor.

—Supongo que eso significa que puedes llevar a Britt a la boda de Dev, entonces. —Jackson movió las cejas mientras observaba a su amigo con regocijo.

—¿Britt? —Si no hubiera estado mirando, me habría perdido la forma en que se curvaron los labios de Matty al mencionar a su mejor amiga—. Ella ya va.

—Entonces, podrías llevarme a mí. —Como de costumbre, mi hermana cortó la tensión con su necesidad de ser el centro de atención—. Tienes mi número y compras los mejores aperitivos. —Levantó la bolsa ya vacía de patatas fritas sabor barbacoa.

—Vaya. Qué rápido cambia tu veleta. —Jackson sacudió la cabeza con falsa incredulidad, pero Thea le restó importancia con un gesto.

—Bah, no me deseabas lo suficiente. —Le lanzó una mirada a Matty —. Si necesitas una cita, soy tu chica.

—Vale, nos vamos. —Agarré a Thea y tiré de ella en dirección a las maletas—. Coge tu maleta, T.

Después de cargar las maletas de Adam y luego las nuestras, nos despedimos por última vez de mis compañeros de piso de verano y nos metimos en el coche. Mirando a Aster a mi lado, le tendí la palma de la mano y ella se quedó mirándola. —¿Estás lista para esto?

—Contigo a mi lado, ¿cómo no iba a estarlo? —Puso su mano en la mía y, mientras la sujetaba, supe que ella era la definitiva para mí. Habíamos pasado por tantas cosas juntos y estaba impaciente por ver qué nos deparaba el resto de nuestras vidas.

—Puaj. Por favor. Por favor. Por favor, ¿podemos poner algo de música? No soporto escucharos a los dos durante la próxima hora. —Thea se cruzó de brazos, hundiéndose en el asiento con un puchero, y yo simplemente me reí entre dientes, listo para dirigirme al aeropuerto con las dos mujeres más importantes de mi vida.

El final

¡Espero que hayan disfrutado la historia de Aster y Tanner! Si quieren leer lo que sucedió dos años después, pueden leer el epílogo extendido AQUÍ.